

*Genuine
Russian vodka*

PLANETA

JEAN ZIEGLER



UN NUEVO LIBRO-DENUNCIA
POR EL AUTOR DE *EL ORO NAZI*

*Los Señores
del Crimen*



**LAS NUEVAS MAFIAS
CONTRA LA DEMOCRACIA**

COOL BEFORE DRINKING

Ramlord

*genuine
russian vodka*

Colección Documento

JEAN ZIEGLER

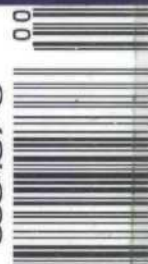
Un fantasma amenaza a Europa: el crimen organizado. Desde hace dos siglos, las sociedades democráticas se han desarrollado y fortalecido, a pesar de los pesares, en nuestro viejo continente. Hoy, sin embargo, viven bajo la amenaza de los llamados «señores del crimen». En efecto, desde hace unos quince años han aparecido nuevas y terribles mafias locales que extienden, lenta pero incansablemente, su organización criminal por todo el planeta. Se aprovechan de la caída del comunismo y de la consiguiente crisis social y moral de los países que estuvieron tras el Telón de Acero; también se aprovechan de la desidia de ciertos Estados y de las facilidades que proporcionan el neoliberalismo económico mundial y la globalización financiera. Estos nuevos «padrinos» avanzan enmascarados, viven en la sombra, utilizan hombres de paja y nadie conoce sus verdaderas caras y sus nombres auténticos. Incluso, en ocasiones, controlan el poder político.

Jean Ziegler, con un eficaz equipo de colaboradores, ha investigado este nuevo ejército del crimen. Su extraordinario relato y el análisis exhaustivo que realiza se basan en gran cantidad de testimonios –jueces, fiscales, policías– y en la consulta rigurosa de archivos que hasta hoy día eran inaccesibles.

El balance es terrible.

COOL BEFORE DRINKING

693437-8



Jean Ziegler Los
señores del crimen

Documento

Jean Ziegler

con la colaboración de Uwe Mühihoff

LOS SEÑORES DEL CRIMEN

Las nuevas mafias contra la democracia

Traducción de
Manuel Serrat Crespo

PLANETA

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados

Título original: Les seigneurs du crime

© Jean Ziegler, 1998

© por la traducción, Manuel Serrat
Crespo, 1998 © Editorial

Planeta, S. A., 1998

Córcega, 273-279, 08008 Barcelona
(España)

Diseño de la cubierta: Enric Jardí

(foto © Elena Clavrol) Primera

edición: noviembre de 1998 Depósito

Legal: B. 43.664-1998 ISBN

84-08-02738-7

ISBN 2-02-032452-0 editor Éditions du Seuil,

París, edición original Composición: Foto

Informática, S. A. Impresión: Hurope, S. L.

Encuademación: Encuademaciones Roma, S.

L. Printed in Spain - Impreso en España

índice

<i>Agradecimientos</i>		11	
Prefacio		13	
Primera parte			
	LLEGAN LOS BÁRBAROS		
	I. La banalidad del crimen		21
	II. La deficiencia inmunitaria		29
III. El crimen organizado, estadio supremo del capitalismo	45		
IV. ¿Cómo definir la criminalidad organizada?	49		
V. Matar para reinar	60		
VI. La ley de la tribu	64		
VII. Depredadores de corazón seco	74		
Segunda parte			
LOS LOBOS DE LAS ESTEPAS DEL ESTE	81		
I. El Amo	83		
II. Muerte en París	93		
III. El dinero de la sangre	97		
IV. Los bajos fondos de Moscú	105		
V. El crimen organizado privatiza el Estado	112		
	VI. La guerra civil mafiosa		122
	VII. El tráfico de seres humanos		129
VIII. Huérfanos desvalijadores de cajas fuertes	140		
IX. La derrota de Josef Oleksy			144
Tercera parte			
EL EJÉRCITO ROJO, CUNA DE ASESINOS	149		
	I. Pacha Mercedes		151
	II. Chernobil a domicilio		159
III. La heroína de Asia central y de Vladivostok	170		

Cuarta parte	
MONSEÑOR Y SUS UNIDADES NEGRAS	177
I. El bandidismo bancario	179
II. La irresistible ascensión de Agha Hasan Abedi	182
III. El mesianismo tercermundista	188
IV. La organización del imperio	193
V. La impunidad	207
VI. Una cálida noche en Tampa	211
VII. Se cierra	217
VIII. La muerte de Agha Sahib	222
Quinta parte	
LA GUERRA DE LA LIBERTAD	225
I. La sombra del Estado policíaco	227
II. El paralizado brazo del juez	230
III. La impotencia de los policías	238
IV. Internet unifica el mundo	242
V. Vigilancia electrónica indiscriminada	248
VI. Un héroe de nuestro tiempo: el «topo»	255
VII. El muro de silencio	263
VIII. Los abogados	276
IX. La Hidra	280

Cada uno de nosotros es responsable de todo
ante todos.

FIÓDOR DOSTOIEVSKI

*Este libro está dedicado a la memoria de Luiz Carlos Perreira,
mi ahijado, asesinado el martes 14 de mayo de 1991, a la edad
de veintiún años, en el cruce de las calles Santa Rodriguez
y Mai'a Lacerda (Moro de Santa Tereza) por un sicario
de los Escuadrones de la Muerte de la policía militar
de Río de Janeiro.*

*A mis amigos Jean García, muerto en 1997, y Gilbert
Baechtold, fallecido en 1996.*

Agradecimientos

Este libro es fruto de un trabajo colectivo de investigación de más de cuatro años que realicé especialmente con un joven jurista alemán, Uwe Mühlhoff. Le agradezco sus valiosas sugerencias teóricas y sus numerosas indicaciones bibliográficas y documentales. Las permanentes discusiones que mantuvimos y la mutua verificación de conocimientos me han sido extremadamente valiosas. Él realizó las entrevistas con los colaboradores de la división del «crimen organizado» de los Landes-kriminalämter (oficinas de la policía judicial) de Nordrhein-Westfalia, de Brandeburgo, de Hamburgo, de Hesse, y de las Polizeipraesidien (prefecturas de policía) de Frankfurt del Main y de Colonia, así como con las autoridades judiciales de Dortmund, Frankfurt del Oder y Leipzig.

Los expertos de las Naciones Unidas en Islamabad, Viena y Ginebra me han permitido acceder a investigaciones no publicadas todavía.

En Italia fueron sobre todo Cario Carbone y Marco Maglioli quienes reunieron una importante documentación y me abrieron numerosas puertas en Calabria, Sicilia, Milán, Turín y Roma.

De Hans See, del Business Crime Control Center de Maintal (Alemania), he aprovechado su erudición, sus relaciones y sus consejos.

N. Z. me ha ayudado competentemente en la consecución y traducción de las fuentes rusas.

Juan Gasparini me ha ayudado con las fuentes ibéricas.

Gracias a su profundo conocimiento de Internet, Raoul Ouédraogo me ha permitido acceder a documentos esenciales. También he contado con la cooperación de los responsables de la Biblioteca y el Centro de Documentación de las Naciones Unidas, en el palacio de las Naciones de Ginebra.

He recibido las autorizadas opiniones de Christian-Nils Robert, profesor de Derecho Penal en la Universidad de Ginebra, y del consejero nacional Ernst Mühlemann, ponente del Consejo de Europa para la admisión de la Federación Rusa.

En cinco países distintos, tanto mis colaboradores como yo hemos realizado entrevistas a fondo con procuradores, jueces, responsables de servicios secretos y de distintas organizaciones policiales. Sus nombres figuran en el texto cuando recibimos expresa autorización para citarlos. Por razones evidentes, muchos han preferido mantener el anonimato. Pero todos nos han ayudado, con gran generosidad humana, con su impresionante saber y su crítica a nuestras tesis y a los resultados de nuestras investigaciones.

La copia definitiva del manuscrito la realizaron Catherine Lorenz, Arlette Sallin y, en el último estadio, Dominique Mio-llan y Mireille DeMaria.

Sabine Ibach y la agencia literaria Mohrbooks apoyaron nuestro proyecto desde el primer día. Me prodigaron sus sagaces consejos Erica Deuber-Pauli, Richard Labévière y Jean-Claude Guillebaud. Reciban todos ellos mi caluroso agradecimiento.

J.z.

Ginebra, enero de 1998.

Prefacio

Un espectro recorre Europa: el del crimen organizado. Desde hace más de dos siglos en nuestro continente existen sociedades democráticas regidas por normas libremente aceptadas. Hoy las amenaza la ruina por culpa de los señores del crimen organizado. Los cárteles del crimen constituyen el estadio supremo y la propia esencia del modo de producción capitalista. Se benefician en gran medida de la deficiencia inmunitaria de los dirigentes de la sociedad capitalista contemporánea. La globalización de los mercados financieros debilita el Estado de derecho, su soberanía, su capacidad de respuesta. La ideología neoliberal que legitima —peor aún: que «naturaliza»— los mercados unificados difama la ley, debilita la voluntad colectiva y arrebató a los hombres la libre disposición de su destino.

Los grandes «padrinos» avanzan enmascarados. Detestan exponerse a la luz del día. Su mundo es el crepúsculo. Muy pocas veces aparecen en una audiencia. Pocos jueces recogen sus mentiras. Salvo unos escasos iniciados, nadie conoce su verdadero nombre. Carecen de rostro.

Utilizan numerosas y variadas identidades, llevan unas existencias aparentemente honorables, muy prestigiosas a veces.

Nunca matan con sus propias manos ni dirigen directamente la palabra a los miles de soldados a los que mandan. Dirigen desde la sombra inmensos imperios. Son enigmas envueltos en misterio.

¡Y sin embargo existen! Sus huellas se encuentran en el suelo ensangrentado cuando se llevan los cadáveres. Su presencia se lee en los aterrorizados ojos del sospechoso o en el extremado nerviosismo del acusado que, ante el juez, se niega casi siempre a nombrar a la divinidad suprema.

¿Cómo acercarse a ellos? ¿Cómo medir sus pasos? ¿Cómo conocer sus obsesiones nocturnas, su modo de golpear? ¿Cómo adivinar sus métodos, sus estrategias?

Mis colaboradores y yo pudimos acceder a numerosas fuentes policiales de Europa, pero también de Asia (Pakistán) y de Estados Unidos, y consultar muchos informes —especialmente del Bundeskriminalamt alemán, de los Landeskriminalämter, de la policía federal suiza, del TRACFIN¹ francés, de la Guardia di Finanza italiana.

Algunos de los mejores policías de Europa nos han favorecido con su experiencia, su impresionante saber, sus temores y sus esperanzas.

Revistas especializadas en criminología, centros universitarios de Derecho Penal y asociaciones de magistrados o de policías organizan regularmente coloquios internacionales, a los que se accede por invitación, donde los comisarios de división franceses, los *constables* de Scotland Yard, los coroneles de los *carabinieri*, los funcionarios del FBI o los *Oberkriminalkommissare* alemanes dan cuenta, con franqueza a menudo sorprendente, de su difícil trabajo.

Con los documentos judiciales se plantearon distintos problemas: en Francia, Alemania, Suiza y Austria tuvimos a menudo que presentar, por vía jerárquica, peticiones de acceso a esos documentos. En Italia, en cambio, donde el mismo *procuratore pubblico* instruye y se encarga de la acusación ante el

1. Tratamiento de las informaciones y acción contra los circuitos financieros clandestinos.

juez competente, bastaba una autorización escrita del secretario para poder fotografiar los documentos anexos al proceso.

Mi calidad de parlamentario me ayudó. El Parlamento Europeo y diferentes asambleas legislativas nacionales llevan a cabo trabajos de investigación y de análisis a menudo apasionantes. Existen en su seno comisiones especializadas que cuentan con investigadores y expertos competentes; por ejemplo, la comisión antimafia de la Cámara de diputados italiana.

Los documentos que publican esas comisiones son a menudo de gran riqueza. El informe de la comisión de la Asamblea Nacional francesa de enero de 1993 es un modelo en su género.

Algunos organismos de comunicación de dimensión continental que gestionan archivos informatizados —*Time Magazine Incorporated*, las sociedades editoras de la *Süddeutsche Zeitung*, de la revista *Der Spiegel*, de los diarios *Le Monde* y *El País*, y del *Times* de Londres— disponen de un material documental rico e interesante. Nuestro equipo se abonó a esos archivos y los utilizó.

Mis colaboradores y yo mismo sólo somos unos modestos sociólogos de limitado valor y no grandes y temerarios periodistas de investigación. ¿Intentar entrevistar a los *Buyuk-baba*² turcos, a los señores pathanes del Khyber, a los *Vor v zahón*¹ rusos?

¿Hablar con sus soldados, difundir en el seno de sus organizaciones nuestros cuestionarios o, peor aún, intentar una observación activa introduciéndonos en el medio? ¡Ni hablar! No podíamos llevar a cabo las clásicas investigaciones sociológicas sobre el terreno. Deseábamos seguir viviendo.

La primera parte de nuestro libro está consagrada a la investigación de las relaciones entre la globalización de los mer-

2. *Buyuk-baba*: literalmente, «Abuelo»; título de los supremos dirigentes de los cárteles turcos del crimen organizado.

3. *Vor v zakon*: «Ladrones dentro de la ley», título oficial de los padrinos de la más antigua organización criminal rusa.

cados y el declive del Estado nacional por un lado y el desarrollo del crimen organizado por otro.

Las partes segunda y tercera intentan un análisis empírico de los modos de funcionamiento y de agresión de los cárteles criminales que nacieron sobre los escombros del mundo comunista del Este. Para las sociedades democráticas de Europa, los señores rusos, ucranianos, chechenos, rumanos, kaza-kos y demás constituyen, hoy, la amenaza más inmediata. «Te heriré sin cólera y sin odio, como un carnicero», clama Bau-delaire en uno de sus más célebres poemas. La mayoría de los boyardos que encontraremos en estas páginas son grandes carniceros.

La subversión del universo de las finanzas internacionales por el crimen organizado es estudiada en la cuarta parte a través del difunto BCCI (Banco de Crédito y de Comercio Internacional) de Agha Hassan Abedi, al que *Time Magazine* denomina «*the sleaziest bank o/all*»⁴ («el banco más podrido del mundo»). En la quinta parte se hará un inventario de aquellas armas judiciales y policíacas que hoy, a mi entender, son las más aptas para asegurar la supervivencia de la sociedad democrática en su guerra mortal contra el crimen organizado.

¿Por qué este libro?

La leyenda de Hércules, héroe mítico de los griegos, da una respuesta: Hércules se había encargado de acabar con el león de Nemea, animal feroz que parecía invulnerable. La cosa estuvo a punto de irse al garete: Hércules, buscando a su enemigo, lo encontró sin advertirlo. Creyó que la melena del animal eran los pelos de su propia barba. Despertándose in extremis, el héroe mató al monstruo.

Con el crimen organizado las sociedades democráticas de Occidente actúan con frecuencia del mismo modo: la presen-

4. *Time Magazine*, Nueva York, 29 de julio de 1991.

cia en su seno del monstruo es tan evidente que ni siquiera lo advierten. Siguen durmiendo mientras acarician con dulzura a su enemigo.

¿Habrá un despertar?

El presente libro quiere contribuir a ese sobresalto.

PRIMERA PARTE

LLEGAN LOS BÁRBAROS

El primer rasgo de la corrupción de las
costumbres es el destierro de la verdad.

MONTAIGNE

La banalidad del crimen

Saint-Just escribe: «Entre el pueblo y sus enemigos nada hay en común, sólo la espada.»¹

Hoy, en las democracias occidentales, la espada se ha mellado. El crimen organizado progresa. Amenaza con su victoria sobre los pueblos.

Eckart Werthebach, antiguo jefe del contraespionaje alemán, advierte: «Por su gigantesco poderío financiero, el crimen organizado influye secretamente en toda nuestra vida económica, el orden social, la administración pública y la justicia. En algunos casos dicta su ley, sus valores, a la política. De este modo desaparecen gradualmente la independencia de la justicia, la credibilidad de la acción política y, a fin de cuentas, la función protectora del Estado de derecho. La corrupción se convierte en un fenómeno aceptado. El resultado es la progresiva institucionalización del crimen organizado. Si esa evolución prosiguiera, el Estado sería muy pronto incapaz de asegurar los derechos y libertades cívicos de los ciudadanos.»²

Un antiguo ministro de Defensa de Estados Unidos es codirector de un poderoso banco multinacional especializado en el tráfico de armas y que administra los fondos del terrorista Abou

1. Louis Antoine de Saint-Just, *Fragments d'institutions républicaines*, prefacio y notas de Robert Mandron, París, UGE, 1988.

2. Eckart Werthebach presidió hasta 1997 el Bundesamt für Verfassungsschutz, la DST alemana. Cf. Eckart Werthebach, en colaboración con Bernadette Droste-Lehnen, «Organisierte Kriminalität», *Zeitschrift für Rechtspolitik*, núm. 2, 1994.

Nidal; Giulio Andreotti, siete veces primer ministro de Italia, catorce veces ministro, ha sido acusado por el procurador de Palermo de asociación con la Cosa Nostra;³ a Ernesto Samper, presidente en ejercicio de la República de Colombia, se le ha retirado el visado estadounidense por la acusación de ser un agente de los cárteles de la droga: eso es lo que sorprende e inquieta.

Nos equivocáramos viendo sólo en la criminalidad transcontinental organizada la expresión de una patología social, esa parte de desviación y oscura locura que contiene en lo más hondo cualquier sociedad civilizada.

Se trata de algo más y de otra cosa.

¿De dónde procede el Estado? ¿De dónde proviene su fuerza? ¿Qué es lo que mantiene viva una democracia? ¿Qué es lo que hace que un conjunto de individuos aislados se convierta en una sociedad estructurada, civilizada, que resiste las pasiones centrífugas? ¿Cuál es el origen de la ley?

Kant definía el Estado como una «comunidad de voluntades impuras bajo una regla común».⁴ ¿Cómo definir las voluntades impuras? Todos los hombres son habitados por las peores pasiones, energías destructoras, celos, instinto de poder. Pero en raros instantes de lucidez abdican parte de su libertad en beneficio de la voluntad general y del bien público. Fundan con sus semejantes la «regla común», el Estado, la ley. La libertad más total preside esta fundación. Kant sigue diciendo: «Ay

3. Senador vitalicio, Giulio Andreotti perdió su inmunidad el 27 de marzo de 1993. El proceso de Palermo se inició el 26 de septiembre de 1996. Ha dado origen a una verdadera cascada de libros. Sólo citaré dos: Emanuele Macaluso, *Giulio Andreotti, tra Stato e Mafia*, Mesina, Rubbettino, 1996 (el autor, senador comunista, antiguo dirigente de la Confederación General del Trabajo italiana, ha escapado de varios atentados mafiosos); Giulio Andreotti, *Cosa loro. Mai visti da vicino*, Milán, Rizzoli, 1995 (se trata de una especie de diario en el que Andreotti refuta, punto por punto, las acusaciones hechas contra él). Al terminar estas páginas (enero de 1998) el proceso sigue.

4. Immanuel Kant, *ha religión dentro de los límites de la mera razón*, Madrid, Alianza Editorial, «El libro de bolsillo», núm. 163, 1995.

del legislador que quisiera establecer por la fuerza una Constitución con fines éticos; no sólo haría de ese modo lo contrario de esta Constitución sino que, además, minaría su Constitución política y le arrebataría cualquier solidez.»

Kant conocía mejor que nadie la extremada fragilidad de la regla común, del cañamazo social tejido por las voluntades impuras, el abismo que, constantemente, amenaza bajo las instituciones aparentemente más sólidas.

La criminalidad transnacional en Europa, provista de una técnica avanzada, es sin duda inquietante. Pero no especialmente porque ataque las instituciones, la ley, el Estado; si sólo fuera eso, con reforzar la acción represiva de la sociedad democrática, de su magistratura y sus leyes, de su policía bastaría para acallarla.

El peligro mortal del crimen organizado es otro.

Con el cebo de la riqueza rápida, la corrupción endémica, la amenaza física, el chantaje, debilita las voluntades de los ciudadanos. Lo demás viene casi por necesidad: una sociedad que no se mueve ya por propia iniciativa y cuya armonía no obedece ya a voluntades singulares y libres es una sociedad condenada. Ningún Estado, ninguna ley, ninguna fuerza represiva, por determinados que estén y severos que sean, pueden ya protegerla.

¿De dónde procede la formidable eficacia de los cárteles del crimen organizado? La respuesta es compleja: esos cárteles combinan tres formas de organización que, hasta hoy, se excluían mutuamente.

Un cártel criminal es, en primer lugar, una organización económica, financiera, de tipo capitalista, estructurada de acuerdo con los mismos parámetros de maximalización del beneficio, de control vertical y de productividad que cualquier otra sociedad multinacional industrial, comercial o bancada legal.

Al mismo tiempo, el cártel es una jerarquía militar.

La violencia está en la base de cualquier asociación criminal. Una violencia a menudo extremada, enteramente sometida a la voluntad de acumulación monetaria, de dominio territorial y de conquista de los mercados.

Entre la racionalidad de la acumulación capitalista y el orden militar existía, hasta hoy, una contradicción: sea cual sea su sector de actividad (industrial, comercial, bancario u otro), una sociedad multinacional que tiene éxito prospera por la iniciativa personal, el libre juego, dentro de estructuras flexibles de la voluntad acumuladora de cada uno de sus miembros.

Una estructura militar, en cambio, funciona de modo autoritario. La jerarquía militar se define por la relación mando/obediencia. Obedecer ciegamente, hasta la muerte, las órdenes de sus jefes es el primer deber del soldado.

El tercer modo de organización al que recurre el cártel criminal es el parentesco ciánico, la estructura étnica. Ese tercer modo, la formación social etnocéntrica, es en principio exclusivo de las otras dos sociabilidades mencionadas, la jerarquía militar y la formación capitalista.

Ahora bien, también aquí el cártel criminal supera la contradicción, crea la simbiosis.

Cada uno de esos tres modos de organización —capitalista, militar y étnica— posee su propia y temible eficacia.

Insisto en este punto: en la vida ordinaria, las tres formaciones se excluyen mutuamente, se oponen entre sí o, al menos, viven existencias autónomas, paralelas, cerradas las unas a las otras. Al combinarlas, el cártel criminal consigue acumular la eficacia propia de cada una de ellas. De ahí su fuerza victoriosa y la inmunidad que opone, por lo general, a cualquier intento de penetración policíaca.

Kant denomina «mal radical» a la fuerza que desvía las voluntades singulares de los ciudadanos y los lleva a debilitar, a pervertir, a anular, en el peor de los casos, la regla común.

Myriam Revault d'Allonnes, exegeta de Kant, escribe: «Está la inolvidable grandeza del signo histórico que revela la disposición moral de la humanidad. Pero está también ese mal radical como inclinación de la naturaleza humana, inclinación no extirpable e insondable abismo de un poder originario que puede orientarse hacia el bien o hacia el mal...» Y, más adelante: «En la medida en que no se vuelve por naturaleza a fines estables, el hombre es maleable [...] La especie humana es lo que queremos hacer de ella.»⁵

Hay parte de Mefisto en la mayoría de señores del crimen que vamos a encontrar en este libro.

Conocen por intuición o por experiencia el carácter ambiguo, equívoco, marcado por una fragilidad consustancial, de todas esas voluntades impuras que intentan seducir con mortal eficacia.

Trabajan una pasta maleable y lo saben.

Según el ministro del Interior de la Federación Rusa, unas 5 700 bandas mafiosas controlan el setenta por ciento del sector bancario del país y la mayor parte de sus exportaciones de petróleo, de gas natural, de minerales estratégicos y de materias primas forestales. En Alemania, Italia, Turquía y Estados Unidos el crimen organizado subvierte sectores enteros de la economía de mercado. Es cada día más poderoso en Francia. Las economías nacionales de varios países del África negra están por completo criminalizadas.

¿Cómo ha sido posible semejante desgracia?

Las razones son múltiples.

La primera: la banalización, en nuestro siglo, del acto criminal.

Dirigidos por Milosevic, Karadjic y Mladic, las tropas re-

5. Myriam Revault d'Allonnes, *Ce que l'Homme fait a l'Homme*, París, Ed. du Seuil, 1995.

guiares y los milicianos serbios invaden el valle y la pequeña ciudad de Srebrenica, en Bosnia oriental, el amanecer del 13 de julio de 1995. Srebrenica es una zona de seguridad de las Naciones Unidas. El general Bernard Janvier, en nombre de las Naciones Unidas, se niega a bombardear a los agresores. Indiferente complacencia de los cascos azules holandeses que están allí. Silencio de los gobiernos europeos. Los serbios reúnen a todos los hombres de entre quince y setenta años en el campo de fútbol, en la plaza pública, en un descampado, luego, sistemáticamente, uno tras otro, los degüellan, les arrancan los ojos, los matan de un hachazo, pocas veces de un tiro en la cabeza. Las víctimas se cifran en ocho mil. Jacques Julliard formula la pregunta: «¿Hay que juzgar a Janvier?»⁶ Legítima pregunta.

Abril-junio de 1994: en las colinas de Ruanda, en la región de los Grandes Lagos, en el África central, las milicias Intera-hamwe, al mando del general Théoneste Bagosora y algunos ministros del difunto presidente Juvenal Habyarimana, organizan el asesinato —preferentemente a machetazos— de centenas de miles de habitantes tutsis y opositores hutus. Los cascos azules que están allí no intervienen. Los gobiernos europeos parecen indiferentes. Probable número de víctimas: entre quinientas mil y ochocientas mil.

En Camboya, de 1975 a 1979, en Etiopía, de 1974 a 1989, bajo las bombas americanas en Vietnam, de 1969 a 1974, durante tres generaciones en los gulags siberianos y durante seis años en los campos de exterminio nazis, decenas de millones de mujeres, hombres y niños fueron exterminados.

Auschwitz, Srebrenica, la Kolyma, los campos camboya-nos y los calabozos etíopes se han convertido en barómetro de la locura criminal de los hombres. Pues bien, Eichmann, Ka-radjić, Beria, Pol Pot, Mengistu y todos sus colegas de monstruosidad colocaron el listón muy alto.

6. Jacques Julliard, en *Le Nouvel Observateur*, 9 de octubre de 1996.

Cualquier fechoría, cualquier matanza que se sitúe por debajo de este listón es pues percibida, forzosamente, como un crimen menor, un mal menor.

¿La heroína china o norcoreana que, pasando por Vladivostok y luego por Nigeria, inunda las ciudades de América y Europa y mata cada año a decenas de miles de chiquillos? ¿La penetración del mercado inmobiliario de la Costa Azul por las bandas rusas que asesinan a sus competidores y raptan a los hijos de vendedores recalcitrantes? ¿Sector enteros del pequeño comercio de Berlín sometidos a extorsión? ¿Decenas de miles de muchachas vendidas como ganado, engañadas, obligadas a prostituirse en toda Europa?

Comparados con los horrores perpetrados por los nazis, los jmeres rojos o los fascistas de los Balcanes, todos estos crímenes parecen delitos veniales.

Así, la actividad cotidiana de los señores del crimen organizado no provoca en la opinión pública de las sociedades libres la repulsión horrorizada, la angustiada determinación que serían necesarias para su eliminación.

Una segunda razón que explica los progresos de la criminalidad transnacional organizada es su escasa visibilidad.

Los *saigneurs* (sangradores) —como los llama un comisario de división francés, jugando con la palabra *seigneurs* (señores)— son poco visibles. Cometan sus crímenes en la penumbra. Avanzan ocultos, odian la luz del día. Temen como a la peste la mirada de los pueblos.

Aquí no hay estruendosas conferencias de prensa que anuncien las próximas depuraciones étnicas, los próximos ataques de represalia contra indefensas aldeas. No hay comunicados de victoria al borde de las fosas comunes.

Los carteles del crimen organizado trabajan en la clandestinidad. Aquí no arden los barrios ni hay cortejos de huraños supervivientes o montones de cadáveres pudriéndose al sol.

Los asesinos de «Monseñor», los erradicadores rusos, los *Bu-yuk-baba* turcos o los sicarios colombianos degüellan, preferentemente, por la noche. Sin previo anuncio y sin ruido. Lejos de las cámaras.

Por lo que se refiere a la infiltración los principales mercados financieros a través de bancos multinacionales de carácter enteramente criminal —por ejemplo, la BCCI, Banca del Comercio y del Crédito Internacional— se lleva a cabo en silencio, a la sombra, al abrigo de cualquier curiosidad fuera de lugar.

Circunstancia agravante: Toto Runa, llamado *la Bestia*, jefe supremo de la Cosa Nostra en ambas riberas del Atlántico, Giovanni Brusca, apodado *el Cerdo*, los señores chechenos o los padrinos rusos detestan las entrevistas. El primer plano los horroriza. Incluso una simple fotografía le puede suponer, al temerario reportero, una nariz o una oreja cortadas.

¿Quién querría hablar, en tales circunstancias, de los cárteles del crimen organizado? ¿Movilizar la opinión pública? ¿Dar la alarma? La sociedad mediática tiene algo mejor que hacer. Y, de todos modos, la materia prima es mediocre, insuficiente el número de cadáveres.

II

La deficiencia inmunitaria

Para resistir la violencia, el chantaje, la agresión cotidiana de los cárteles del crimen organizado, una sociedad necesita valores; sólo unos ciudadanos solidarios, vinculados a un común bien público, unidos en la defensa de la democracia, manteniendo entre sí relaciones de complementariedad y reciprocidad y que deseen la justicia social pueden resistir la coacción, la seducción utilizadas por los agentes de la criminalidad transnacional.

No obstante, frente a la criminalidad transcontinental organizada las sociedades democráticas de Occidente sufren una evidente deficiencia inmunitaria. ¿Cuáles son sus causas?

La primera: la globalización de la economía mundial.

¿Por qué la globalización? ¿Por qué ahora?

Dos respuestas:

1. La tendencia a la monopolización y a la multinacionalización del capital es consustancial al modo de producción capitalista; a partir de cierto nivel de desarrollo de las fuerzas productivas esta tendencia se hace imperiosa, se impone como por necesidad.

2. Mientras duró la división del mundo en dos bloques aparentemente antagonistas, la globalización encontraba trabas. En el Este, un imperio militarmente poderoso reivindicaba (falsamente) una ideología de la defensa de todos los trabajadores. Las oligarquías capitalistas del Oeste se sentían obligadas a salvaguardar un mínimo de protección social, de libertad sindical, de negociación salarial y control democrático de la

economía. Era preciso evitar que en Occidente se votara comunista. En otras palabras: los partidos socialdemócratas occidentales han actuado como alquimistas de la Edad Media que, con el plomo, intentaban hacer oro. Esos partidos (esas centrales sindicales) transformaron en ventajas sociales para sus clientes el miedo de los capitalistas ante la expansión comunista.

Con la caída del muro de Berlín, la desintegración de la URSS y la criminalización parcial del aparato burocrático de China, la globalización de la economía capitalista ha emprendido el vuelo. Y, con ella, la precarización del trabajo, el desmantelamiento de la protección social. Numerosos partidos socialdemócratas —por ejemplo, el Partido Socialista italiano— se han licuado. Otros se han debilitado terriblemente, han perdido cualquier credibilidad. Todos sufren de lleno el determinismo del mercado globalizado. La Internacional Socialista ha hecho implosión. Los sindicatos se ven confrontados con una dramática pérdida de su poder. El modo de producción capitalista se extiende por toda la Tierra, sin encontrar ya en su camino contrapoderes dignos de este nombre.

Al hablar, en una carta, del capital financiero y el capital industrial, Marx utiliza la curiosa expresión de «*fremde Mach-te*» («potencias extranjeras»). Como ejércitos ocupantes, ajenos al país al que esclavizan, esas potencias desnaturalizan, anulan con más frecuencia, la libre voluntad de los hombres agredidos.

La maximalización del beneficio, la acumulación acelerada de la plusvalía, la monopolización de la decisión económica son contrarias a las aspiraciones profundas, a los intereses singulares de la mayoría. La racionalidad mercantil asóla las conciencias, aliena al hombre y aparta a la multitud de un destino libremente debatido, democráticamente elegido. El determinismo de la mercancía asfixia la libertad irreductible, imprevisible, siempre enigmática del individuo. El ser humano se ve reducido a su pura funcionalidad mercantil. Las «potencias extranjeras» son enemigas del país, del pueblo que ocupan.

¿Qué es la globalización?

La realización de la ley de los costes comparativos de producción y distribución, formulada por el especulador bursátil y profesor de economía David Ricardo a comienzos del siglo XIX, se generaliza. Cualquier bien, cualquier servicio se producirá donde sus costes sean más bajos. Todo el planeta se convierte así en un gigantesco mercado donde compiten los pueblos, las clases sociales, los países. En un mercado globalizado, los países europeos —con sus costosos sistemas de seguridad social, su libertad sindical, sus salarios relativamente altos— salen perdiendo rápidamente. Se instalan la angustia por el mañana, el paro y, luego, la miseria. Pero en un mercado globalizado, lo que uno pierde —la estabilidad del empleo, el nivel salarial, la seguridad social, el poder adquisitivo— no es automáticamente ganado por los otros. La madre de familia de Pusan, en Corea del Sur, que ejerce un trabajo mal pagado y el proletario indonesio que, por un salario de miseria, se desloma en la nave de montaje de una zona franca de Ya-karta sólo mejoran de un modo muy mediocre su situación mientras el obrero mecánico de Lille o el trabajador del textil de Saint-Gall caen en el paro permanente.

La integración progresiva en un mercado planetario único de todas las economías antaño nacionales, singulares, gobernadas por mentalidades, por una herencia cultural, por modos de actuar e imaginar particulares, es un proceso complejo.

Algunos economistas alemanes han forjado un concepto explícito: «*Killerkapitalismus*» («capitalismo de asesinos»).

He aquí cómo funciona concretamente el *Killerkapitalismus*:

1. Los Estados del Tercer Mundo combaten entre sí para atraer inversiones productivas efectuadas por industrias y em-

presas de servicios extranjeras. Para ganar esta batalla no vacilan en reducir, más aún, las ya débiles protecciones sociales, las libertades sindicales, el poder de negociación de los asalariados autóctonos.

2. En Europa, especialmente las empresas industriales, de gestión, etc., proceden cada vez más a la desubicación de sus instalaciones de producción y —desde hace algunos años— también de sus laboratorios y centros de investigación. Por un efecto de retroceso singularmente perverso, la simple amenaza de una desubicación induce al Estado a ceder, cada vez más, a las exigencias del capital, a consentir una reducción de la protección social (despidos, anulación de reglamentos, etc.), en resumen, a precarizar, «fluidizar», el mercado autóctono de trabajo.

3. Los trabajadores de todos los países entran, de pronto, en competencia unos con otros. Se trata, para todos, de trabajar y asegurarse un empleo, un sueldo para su familia. Esta situación provoca la desolidarización entre categorías de trabajadores, la desmovilización del espíritu de lucha, la muerte del sindicalismo; en resumen, el consentimiento vergonzoso, desesperado a menudo, del trabajador a la destrucción de su propia dignidad.

4. En las democracias europeas se abre una grieta: quienes tienen trabajo intentan por todos los medios conservarlo y combaten contra los que ya no lo tienen y, probablemente, nunca lo tendrán ya. La solidaridad salarial se quiebra. Otro fenómeno: entre la función pública y el sector privado se instala una antinomia. Un último fenómeno, el más grave de todos: el trabajador autóctono empieza, con frecuencia, a odiar al obrero inmigrado. La serpiente racista levanta su horrenda cabeza.

En los Estados industriales occidentales había en 1990 25 millones de parados de larga duración. En 1997 son ya 37 millones.

Por lo que se refiere a la precarización, en Gran Bretaña, en 1997, sólo un trabajador de cada seis tiene trabajo estable, regular y a tiempo completo. En Estados Unidos, los trabajadores llamados dependientes (excluidos los cuadros dirigentes), que formaban el ochenta por ciento de la población activa en 1996, sufrieron una pérdida de su poder adquisitivo del 14 % entre 1973 y 1995. En Francia, el paro afecta hoy al 12,6 % de la población activa: un francés en edad de trabajar de cada ocho está en el paro. Mientras que el crecimiento sigue siendo insuficiente, un francés de cada tres tiene sólo un trabajo precario. Alemania tiene cuatro millones y medio de parados. El treinta por ciento de las empresas, aproximadamente, pagan salarios inferiores al mínimo sindical.¹

El informe llamado del «desarrollo humano» del PNUD (Proyecto de las Naciones Unidas para el Desarrollo)² establece: en los países del Tercer Mundo, 1 300 millones de seres humanos disponen de menos de un dólar diario para sobrevivir; 500 millones de personas morirán antes de haber alcanzado los cuarenta años; la distribución de la propiedad, especialmente de la tierra cultivable, es escandalosa (en Brasil, por ejemplo, en 1997, el 1 % de los propietarios controla el 43 % de las tierras cultivables—; 153 millones de hectáreas permanecen en barbecho, y, mientras tanto, 5 millones de campesinos expoliados vagan con sus famélicas familias por las carreteras de aquel inmenso país).

Los países industrializados, organizados en la OCDE, no se libran: 100 millones de personas viven por debajo del um-

1. Cifras de la OCDE.

2. El PNUD utiliza —además de los parámetros económicos clásicos, como el poder adquisitivo, la renta por habitante, el volumen del producto nacional bruto, etc.— criterios cualitativos complementarios. Ejemplo: el grado de escolarización de una sociedad, la situación de los derechos del hombre, la pureza del agua, la calidad de los cuidados médicos, la de los alimentos, etcétera.

bral de la pobreza. En 1997, en estos mismos países, 37 millones sólo disponen para vivir del subsidio de paro; ese subsidio tiende a reducirse en el tiempo y en la cantidad. El 15 % de los niños en edad escolar no van a la escuela. Francia tiene miles y miles de personas sin techo; sólo en Londres hay más de cuarenta mil. En Estados Unidos, 47 millones de personas —la mayoría de las cuales pertenecen a las clases más pobres— carecen de cualquier seguro de enfermedad.

En resumen, en vez de hacer que florezca la riqueza generalizada para distribuirla en los cinco continentes, el mercado unificado crea el desorden desigualitario, la injusticia y, frecuentemente, la miseria.

Pero la mano invisible de este mercado globalizado no destruye sólo las sociedades, también masacra la naturaleza. Basta con observar la evolución de las selvas vírgenes del planeta. Los bosques tropicales sólo cubren aproximadamente el 2 % de la superficie de la Tierra, pero albergan casi el 70 % de todas las especies vegetales y animales. En menos de cuarenta años (1950-1990) la superficie global de las selvas vírgenes se ha reducido en más de 350 millones de hectáreas: el 18 % de la selva africana, el 30 % de las selvas oceánica y asiática, el 18 % de las selvas latinoamericana y caribeña han sido destruidos. En 1997 siguen desapareciendo millones de hectáreas. Al ritmo actual, se considera que se destruyen más de tres millones de hectáreas anuales. La biodiversidad: cada día varias especies (vegetales, animales) quedan aniquiladas de modo definitivo, más de cincuenta mil entre 1990 y 1996. Los hombres: en el último recuento censal, en 1992, quedaban en la selva amazónica menos de doscientos mil habitantes autóctonos (por los nueve millones de antes de la agresión colonial). También la sabana sufre los estragos de la sobreexplotación. En 1996, en trescientos millones de hectáreas los árboles y

arbustos fueron totalmente destruidos, generalmente por el fuego.³

En 1998, 37 000 sociedades transnacionales de origen europeo, americano o japonés —que poseen, juntas, 170 000 filiales en el extranjero— dominan la economía mundial.

Cinco países capitalistas de primera línea (Estados Unidos, Japón, Francia, Alemania y Reino Unido) se reparten 172 de las doscientas mayores sociedades transnacionales. De 1982 a 1992, sus ventas pasaron de tres billones a cinco billones novecientos mil millones de dólares, y su participación en el producto mundial bruto del 24,2 al 26,8 %. Ninguna fuerza social o política parece hoy en condiciones de contrarrestar sus ambiciones.

Bajo los golpes de la globalización de los mercados, el Estado nacional europeo, la democracia occidental, productos de la lenta evolución de los municipios de la Edad Media, de los principios del Renacimiento y de las conquistas de la Revolución francesa, sufren daños irreversibles.

Debe considerarse otro fenómeno: la radical ruptura entre la economía real y la economía virtual. Antaño, el dinero expresaba el valor de las cosas, era el medio de pago para las mercancías, los servicios y demás bienes producidos por el hombre. Ahora no. En la jungla en que vivimos circulan sumas astronómicas que ya no corresponden a nada, en el sentido literal del término. Y, en cualquier caso, no a un incremento de productividad, a un real aumento de las riquezas económicas. Tomo por ejemplo a mi país, Suiza. En 1997, por quinto año consecutivo, el producto nacional bruto ha aumentado muy débilmente —menos del 1 % en cifras reales—, mientras que el Swiss Index (el índice de las principales

3. Informe de Arba Diallo, jefe de la secretaría de las Naciones Unidas a cargo de la lucha contra la desertización, Ginebra, 1997.

acciones suizas cotizadas en Bolsa) dio —durante los seis primeros meses de 1997— un salto de más del 40 %.

El capital financiero se ha autonomizado gradualmente. Miles de millones de dólares «flotan» sin amarras, con total libertad. El proceso no es de hoy, pero se acelera a un ritmo sorprendente. Un ejemplo: el mercado del eurodólar ha pasado de ochenta mil millones de dólares en 1973 a más de cuatro billones en 1998.

La revolución de la telefonía, la transmisión de datos a la velocidad de la luz (300 000 km/seg.) entre especuladores, la numerización de los textos, de los sonidos y de las imágenes, la extremada miniaturización de los ordenadores y la generalización de la informática hacen prácticamente imposible cualquier vigilancia de esos movimientos de capitales flotantes —más de un billón de dólares diarios—. Ningún Estado, por poderoso que sea, ninguna ley y ninguna asamblea de ciudadanos puede luchar contra semejante enemigo.

La vitalidad, la inventiva de los mercados financieros producen admiración. Nuevos productos, a cual más sofisticado, más complejo, más innovador, se suceden a un ritmo pasmoso.

Tomemos la galaxia de los productos financieros llamados «derivados». En 1997 se elevan a más de un billón setecientos mil millones de dólares. Hoy todo puede ser objeto de especulación «derivada»: firmo un contrato para la compra a fecha y precio fijos de un cargamento de petróleo, de un lote de moneda, de una cosecha de trigo, etc. Si en dicha fecha la Bolsa indica un precio inferior al mío, pierdo. En caso contrario, gano.

La locura reside en lo siguiente: puedo montar una especulación con productos llamados «derivados» invirtiendo sólo el 5 % de mi propio dinero. Lo demás es crédito. Además, puede especularse con productos derivados de otros productos derivados, y así sucesivamente. Extremada fragilidad, pues, de una interminable pirámide de créditos que se hincha sin cesar y se eleva hacia el cielo.

Esos jóvenes genios (hombres y mujeres) que, gracias a sus

modelos matemáticos elaborados por ordenador, intentan anticipar los movimientos del mercado, dominar el azar y minimizar los riesgos, trabajan como pilotos de fórmula 1. Deben reaccionar en una fracción de segundo. Cualquier decisión errónea puede producir una catástrofe. La tensión es enorme. Las Bolsas crean un mercado que funciona las veinticuatro horas del día. Cuando Tokio cierra, Nueva York abre, y cuando los *traders* americanos se derrumban en su cama, la guerra se desplaza a Frankfurt, Londres y París.

Los *traders* son la quintaesencia del capitalismo financiero: una pasión insensata, demencial de poder, de prestigio, de beneficio y una inagotable voluntad de aplastar al competidor los devoran. Las anfetaminas los mantienen despiertos. Producen oro del aire.

En prácticamente todos los grandes bancos multinacionales del mundo, esos jóvenes genios ganan el doble o el triple que el presidente del banco. Cobran gratificaciones, participaciones en el astronómico beneficio. Son los Cresos del tiempo presente. Su locura es rentable.⁴

Pero se producen catástrofes.

En marzo de 1995, un inglés de veintiocho años, de rostro infantil y cerebro enfebrecido, hace perder a sus patrones, en el plazo de cuarenta y ocho horas, la módica suma de mil millones de dólares. Nick Leeson era uno de los *traders* de la Ba-rings Bank de Londres en la Bolsa de Singapur. Su especialidad: los derivados de valores japoneses. Pero Leeson no había previsto el terremoto de Kobe ni el consiguiente hundimiento de las acciones japonesas. Más vanidoso que un gallo, Leeson se negó a admitir su derrota. Falsificó los documentos. Ac-

4. En el Deutsche Bank, veinticuatro jóvenes *traders* ganan más que el presidente del banco, cuyo sueldo anual supera los dos millones de *Deutschmarks* (cifras de 1996, citadas en *Der Spiegel*, núm. 41, 1996).

tualmente se pudre (y por seis años) en un sórdido calabozo de Singapur. Por lo que se refiere a su banco, el más antiguo y prestigioso de los bancos privados ingleses, fundado en 1762, fue devorado por la tormenta.

¿Otros ejemplos? La lista es larga: en abril de 1994, la poderosa Deutsche Metallgesellschaft de Munich es devorada, por medio de especuladores, a causa de los derivados de 1 400 millones de dólares. En Estados Unidos, Orange County y otras entidades públicas del estado de California pierden, especulando con derivados, centenares de millones de dólares. El contribuyente americano debe reparar los daños.

Una pesadilla obsesiona a los responsables de los bancos centrales de los Estados: que el propio sistema capitalista pueda ser barrido un día por una reacción en *cadena de sucesivos* hundimientos de las pirámides de créditos provocados por *traders* desafortunados o criminales.

*En agosto de 1996, el gobierno de Washington anuncia una serie de excelentes noticias: el paro baja masivamente, la economía estadounidense reanuda su crecimiento, la productividad industrial aumenta, el consumo la sigue, las exportaciones progresan. ¿Cómo reacciona la Bolsa de Wall Street? ¡Con el pánico! Los principales títulos industriales inician un significativo descenso, pues para los especuladores la creación de centenares de miles de empleos es una pesadilla. El aumento del consumo interno también. Anuncian un posible repunte de la inflación y, por lo tanto, un probable aumento de las tasas de interés sobre la moneda. Y, por ello, un desplazamiento masivo de los capitales especulativos (y de inversión) del mercado de las acciones hacia los mercados monetarios. Hacia las obligaciones y los *municipal bonds*.*

En nuestras democracias occidentales, que practican el sufragio universal secreto, votamos periódicamente para elegir diputados, presidentes. Raras veces por estrategias políticas.

Ampliamente desposeídos de nuestros derechos efectivos de ciudadanos, incapaces de influir en las condiciones concretas de nuestras existencias, despojados de nuestra cualidad de seres históricos, nuestros destinos individuales y colectivos están, en lo esencial, determinados por los principales operadores de las Bolsas de Chicago, Tokio, París, Frankfurt, Zurich y Londres.

Hoy, para los bancos centrales de los principales Estados del globo, los únicos medios de regular el mercado financiero son el establecimiento de las cotizaciones y el de las tasas de interés. Armas del todo insuficientes, como demuestra la caída de las cotizaciones de la Bolsa de Wall Street en agosto de 1996. Lo que gobierna el mundo son las oscuras angustias, las «intuiciones», los deseos, las «certidumbres», la desenfrenada afición al juego y al beneficio de los operadores de Bolsa.

La burbuja especulativa se hincha sin cesar, al margen de cualquier control público. La economía virtual prevalece sobre la economía real.

La globalización de los mercados produce su propia ideología: la ideología neoliberal. Puesto que el movimiento que la hace nacer es potencialmente omnipotente, esta ideología se da a conocer como un pensamiento único, como la ideología del «final de la Historia». Legitima la globalización y la auto-nomización de los capitales. Prosigue su marcha triunfal de malvender los bienes públicos so capa de ciertos eslóganes como «privatización», «desregulación», «flexibilidad» y «depuración de las estructuras».

¡Noble ideología! Actúa utilizando la palabra «libertad». ¡Basta de barreras, de separaciones entre los pueblos, los países y los hombres! Libertad total para todos, igualdad de oportunidades y perspectivas de felicidad para cada cual. ¿Quién no va a adherirse? ¿Quién no sería seducido por tan halagüeñas perspectivas? Sin embargo, la ideología neoliberal

es la enemiga jurada del Estado y de la regla común. Difama la ley y glorifica la libertad sin trabas. Libertad asesina cuando se trata de relaciones entre los pueblos dominadores del Norte y los pueblos proletarios del Sur del planeta. Libertad generadora de injusticias, de desigualdades y de nuevas pobreza en el propio seno de las sociedades industriales del Norte. Dramático aumento de la desigualdad en el Sur.

¿Justicia social, fraternidad, libertad, complementariedad de los seres? ¿Vínculo universal entre los pueblos, bien público, orden libremente aceptado, ley que libera, voluntades impuras transfiguradas por la regla común? ¡Cuentos de viejas! ¡Arcaicos balbuceos que hacen sonreír con condescendencia a los jóvenes y eficaces ejecutivos de los bancos multinacionales y empresas globalizadas y a los especialistas en todo tipo de derivados!

El despotismo más feroz es el que confía al juego del libre mercado el cuidado de regular las relaciones entre los hombres y entre los pueblos.

Jean-Jacques Rousseau, en *El contrato social*, resume mis palabras: «Entre el débil y el fuerte, la libertad oprime y la ley libera.» Con la Revolución francesa había aparecido una convicción en nuestras sociedades de Occidente: la libre decisión de la voluntad colectiva está en condiciones de resolver todas las cuestiones existenciales que se les plantean a los hombres. Un único héroe: el pueblo. Un único sujeto de la Historia: el hombre, por fin propietario de su libre razón. Una sola legitimidad: la que se desprende del contrato social.

Llevado en julio de 1794 ante los miembros del Comité de Salvación Pública, que fueron sus jueces, Saint-Just exclama: «Desprecio el polvo que me compone y os habla: podrán perseguirme y hacer que ese polvo calle. Pero desafío a que me arranquen esta vida independiente que me di en los siglos y los cielos.» ¿Quién no sonreiría hoy al releer esa proclamación

de fe en la capacidad del hombre para moldear su propio destino?

Tantas revoluciones abortadas o pervertidas en este siglo desacreditaron profunda, y tal vez definitivamente, cualquier política voluntarista. Ridiculizaron ante la mirada de los supervivientes cualquier intento de movilización colectiva. Un excesivo descrédito ha caído hoy sobre cualquier lucha voluntaria por la justicia, sobre cualquier combate colectivo que pretenda imponer el orden humano al caos de las cosas.

Sin embargo, con la difamación de la ley, la decrepitud del Estado y el triunfo de la racionalidad mercantil sobre la libre decisión de la voluntad colectiva, todo un lienzo del muro de la civilización occidental se derrumba.

Considerándola de más cerca, la ideología neoliberal se anula a sí misma en tanto que ideología. ¡Habladle a un banquero privado ginebrino de la miseria, del hambre de los pueblos del África central! ¡Habladle del espantoso pillaje de la economía del Zaire por el truhán de Mobutu! Os asegurará su total compasión. Le dejarán sinceramente desolado los progresos del Kwashiorkor en Kinshasa, los niños de hinchado vientre y pelo que se ha vuelto rojo. Pero, lamentablemente, señor, ¿qué quiere usted que yo le haga? El flujo de capitales Sur-Norte es excedentario con respecto al flujo Norte-Sur. Esto es así. Yo no puedo hacer nada.

¿Circuitos de migración de capitales? ¿Distribución planetaria de bienes? ¿Sucesión en el tiempo de revoluciones tecnológicas y de modos de producción? Son posibles objeciones, pero no cambiarán el curso de las cosas. Todo eso depende de la «naturaleza» de la economía. Como el astrónomo que observa, mide, analiza los movimientos de los astros, las cambiantes dimensiones de los campos magnéticos, el nacimiento y la destrucción de las galaxias, el banquero neoliberal mira, comenta, sopesa las complicadas migraciones de capitales y de bienes.

¿Intervenir en el cambio económico, social y político? ¡Ni lo piense, caballero! La intervención no conseguiría más que la perversión del libre florecimiento de las fuerzas económicas, en el último de los casos su bloqueo.

La naturalización de la economía es la última artimaña de la ideología neoliberal.

La naturalización del acontecer económico por la ideología neoliberal produce numerosos daños. En especial el nacimiento de movimientos «identitarios». ¿De qué se trata? De todos los movimientos cuyos actores sólo se definen por algunas cualidades objetivas compartidas: la etnia, el clan, la religión, etc. El SDS (Serpska Demokratska Stranka), partido de los serbios de Bosnia, el Opus Dei de origen español, el movimiento Ecóne de la extrema derecha católica, los Hermanos Musulmanes de Egipto, el Fis argelino, el movimiento del difunto rabino Meir Kahan son buenas ilustraciones de ello. El cúmulo de pertenencias culturales singulares constituye la gran riqueza de las sociedades democráticas. El terror identitario me parece odioso. No obstante, puesto que el hombre se niega a ser una simple información enviada por un circuito cualquiera, se encabrita, se levanta, se rebela. Con los restos de lo que queda de la Historia, de antiguas creencias, de deseos actuales, improvisa una identidad en la que refugiarse, protegerse de la destrucción total. Una identidad forzosamente grupuscular, étnica a veces, religiosa otras, pero de la que casi siempre nace el racismo. Es exactamente lo contrario de una nación, de una sociedad democrática, de un ser social vivo, nacido del cúmulo de pertenencias y herencias culturales diversas, libremente asumidas. Gracias a la constitución del mercado planetario unificado y a la ideología neoliberal que lo legitima, la muerte de la sociedad está ya cerca.

Alain Touraine utiliza una atractiva imagen: «Entre el mercado planetario y globalizado y las miríadas de movimientos identitarios que nacen en sus riberas, existe un gran agujero

negro. En este agujero pueden caer la voluntad general, la nación, el Estado, los valores, la moral pública, las relaciones intersubjetivas, en resumen: la sociedad.»⁵

¿La consecuencia de todo ello?

Una rápida disminución de las defensas inmunitarias que una sociedad oponía antaño a la criminalidad transfronteriza organizada.

Daré sólo un ejemplo: el redactor económico de la revista *Facts* de Zurich puso a prueba las convicciones morales, la ética profesional de diez de los más prestigiosos bufetes de abogados de Zurich. Eligió a sus interlocutores al azar, en el *Who's who* internacional de los abogados mercantiles, publicado anualmente por Martindale-Hubbel, en Nueva York.

Instalado en la habitación 309 de un hotel a orillas del lago de Zurich, el hotel Edén au-Lac, el periodista se hace pasar por un tal Alexei Scholomicki, hombre de negocios checo, representante de la sociedad Trading and Consulting de Praga. Llama luego, uno tras otro, a los diez bufetes. Solicita cada vez una cita urgente en el mismo día. Cuenta a sus interlocutores la siguiente historia: una empresa de Cheliabinsk (Rusia) debe vender osmio (materia altamente tóxica) a una empresa checa de Ostrava sin que las autoridades rusas tengan conocimiento de ello puesto que la comercialización del osmio está prohibida por Rusia.

Nueve de los diez bufetes requeridos reciben inmediatamente al falso traficante checo. Nadie verifica seriamente sus documentos de identidad. El traficante no tiene tampoco el certificado de origen del osmio; los abogados deben pensar pues que se trata de material robado. El traficante solicita ayuda a los abogados para la primera fase de la transacción: un

5. Alain Touraine, conversación con el autor, 1996.

kilo de osmio debe ser inmediatamente transferido por el precio de 5,1 millones de dólares, pagaderos en metálico.

¡Qué importa! Los eminentes abogados de Zurich están dispuestos a todo. Y saben hacerlo: la mayoría de ellos propone la creación de una sociedad *offshore* en las islas Caimán, método infalible para lavar dinero y hacer desaparecer las huellas de la transacción. Uno de los abogados consultados optaría, más bien, por Liechtenstein. Un segundo sugiere una solución más sencilla todavía: las cantidades transitarán por la propia cuenta corriente del bufete de Zurich. Además es locuaz: si el cliente tuviera que vender plutonio, le propondría Dubai, donde el bufete tiene discretos y eficaces correspondientes. Un tercero no confía mucho en las islas Caimán; para el tráfico de osmio aconseja Panamá.

Todos los bufetes consultados cobran las tarifas habituales: entre 350 y 500 francos suizos la hora. El periodista y falso traficante checo concluye que, para ellos, se trata de un asunto por completo corriente, de los que sus gabinetes suelen ocuparse. El primero pide un adelanto de diez mil dólares, el segundo quiere cobrar una suma correspondiente al uno por ciento de las cantidades transferidas, el tercero, finalmente, exige una prima de riesgo de cincuenta mil dólares.⁶

6. «Anwaltsbüros: saubere geschäfte», *Facts*, Zurich, núm. 28, 1996; «Aufruhr in der Anwaltsbranche», *ibídem*, núm. 29, 1996; *Die Bilanz*, mensual, Zurich, agosto de 1996.

III

El crimen organizado, estadio supremo del capitalismo

Nabucodonosor II, rey de Babilonia que aplastó la insurrección de Judea, destruyó Jerusalén y deportó a los supervivientes judíos, tuvo este sueño: «Habrá un cuarto reino, duro como el hierro, como el hierro que lo hace todo polvo y lo aplasta todo; como el hierro que rompe, reducirá a polvo y romperá a todos aquéllos. Esos pies que has visto, en parte terracota y en parte hierro, es un reino que será dividido; participará en la fuerza del hierro, según has visto el hierro mezclado con la arcilla de la terracota. Los pies, parte de hierro y parte de arcilla de alfarero: el reino será en parte fuerte y en parte frágil. Según has visto el hierro mezclado con la arcilla de la terracota, se mezclarán en semilla de hombre, pero no aguantarán juntos, al igual que el hierro no se mezcla con la arcilla.»¹

El capitalismo encuentra su esencia en el crimen organizado. Más concretamente, el crimen organizado constituye la fase paroxística del desarrollo del modo de producción y de la ideología capitalista. El reino del hierro sucede al reino de la arcilla.

El crimen organizado funciona al margen de cualquier transparencia y en una clandestinidad casi perfecta. Realiza la máxima «maximalización» del beneficio. Acumula su plusva-

1. Antiguo Testamento, Daniel 2, «El sueño de Nabucodonosor»; texto citado por Jean-Marie Guéhenno en *La fin de la démocratie*, París, Flammarion, col. «Champs», 1995.

lía a velocidad vertiginosa. Efectúa la cartelización óptima de sus actividades: en los territorios que se reparten, los cárteles llevan a cabo, en su beneficio, un dominio monopolístico. Más aún, crean oligopolios. Los *Buyuk-baba* turcos, los dirigentes del BCCI, los boyardos cleptócratas rusos, los señores che-chenos escapan, casi por completo, al control del poder público, de su Estado, de sus leyes. Sus fabulosas riquezas no pagan impuestos. No temen las sanciones judiciales ni a las comisiones de control de las Bolsas. La noción de contrato social les es ajena. Actúan en la inmediatez y con una libertad casi total. Sus capitales atraviesan las ciberfronteras del planeta sin obstáculo alguno.

¿Qué capitalismo, en su fuero interno, no sueña con semejante libertad, con semejante rapidez de acumulación, con semejante ausencia de transparencia y semejante beneficio?

¿Qué es lo que hace que el reino capitalista, el reino levantado sobre sus pies de arcilla, siga resistiendo hoy, pese a todo, al férreo reino del crimen organizado? Los ejecutivos alemanes y franceses de una sociedad multinacional o transcontinental, el banquero privado ginebrino, el especulador americano o inglés que desvalija los mercados financieros o los barrios de una ciudad son seres de carne y hueso. Tienen un pasado de niño, de adolescente, sueños de marido, de amante o de padre. Como todos los seres humanos, son el producto de una socialización compleja, familiar, regional, nacional. Llevan en sí algunos valores, la Historia los ha moldeado. Sin embargo, como sucede con todos los demás seres humanos en este planeta, su teoría está siempre atrasada respecto a su práctica. O, como dice Régis Debray, «los hombres no son lo que creen ser».² Sus estructuras mentales evolucionan

2. Régis Debray y Jean Ziegler, *Il s'agit de ne pas se rendre*, París, Ar-léa, 1994, p. 28.

nan mucho más lentamente que la instrumentalidad material de lo cotidiano.

El modo de producción capitalista nació, se desarrolló y floreció en sociedades profundamente marcadas, todavía, por la herencia cristiana, judía, teísta o simplemente humanista. En estas sociedades existen valores de decencia, de justicia, de respeto a los demás, de honestidad, de salvaguarda de la vida. No toleran el asesinato ni el aplastamiento sin compensación del débil. El pecado los horroriza.

Esa compleja herencia constituye, en distintos grados, un telón de fondo para la conciencia o el inconsciente del banquero, del ejecutivo de una empresa transcontinental o del especulador bursátil. Frena sus acciones y censura constantemente sus sueños.³

Pero nada es tan sencillo. Frente a Ayub Afridi, señor del paso de Jaybar en Pakistán y acusado de ser el dueño de la ruta de la heroína, a Agha Hassan Abedi, fundador del Banco del Crédito y del Comercio Internacional, a Toto Riina, jefe supremo de la «comisión» de la mafia siciliana, a K. A., prócsul de los «Ladrones dentro de la ley» ruso en Estados Unidos, el banquero ginebrino, el ejecutivo francés o el especulador de la City de Londres sienten una espontánea repulsión. Al mismo tiempo envidian secretamente su libertad, la magnitud de sus beneficios, el desenfrenado ritmo de su acumulación. Sienten hacia ellos unos ardientes e irreprimibles celos.

Una complicidad secreta y no reconocida se instala así entre ambos reinos. Y todo ello sin que los capitalistas se den

3. El historiador británico Eric John Hobsbawm muestra de un modo convincente —en una fase concreta del devenir del capitalismo industrial inglés del siglo XIX— ese desfase entre la matriz social y la práctica de los capitalistas. Eric John Hobsbawm, *Histoire économique et sociale de la Grande-Bretagne*, París, Éd. du Seuil, 1977, 2 vols.

realmente cuenta. Su inmunidad contra las seducciones de los señores del crimen, consecuentemente, se debilita.

La eficacia de cualquier reglamentación de los mercados financieros, de los mercados de inversiones, de las operaciones bursátiles, etc., depende en último lugar del autocontrol y de la cooperación de los actores, y este autocontrol y esta cooperación están hoy extinguiéndose.

El comisario principal Schwerdtfeger fue, durante largos años, director de la división de Criminalidad Organizada de la policía judicial del mayor *Land* alemán, Renania-Westfalia. Hoy, consejero especial del prefecto de policía de Dusseldorf, resume mis palabras: «La criminalidad organizada es el capitalismo agravado [*verschärfter Kapitalismus*].»⁴

4. *Kriminaloberrat Schwerdtfeger*, conversación con Uwe Mühlhoff.

IV

¿Cómo definir la criminalidad organizada?

Escuchemos a los expertos del Fondo Nacional Suizo de Investigación Científica: «Hay crimen organizado [transcontinental] cuando una organización cuyo funcionamiento se asemeja al de una empresa internacional practica una división muy estricta de las tareas, dispone de estructuras herméticamente separadas, concebidas de modo metódico y duradero, y se esfuerza por obtener beneficios tan elevados como sea posible cometiendo infracciones y participando en la economía legal. Para conseguirlo, la organización recurre a la violencia, a la intimidación e intenta ejercer su influencia sobre la política y la economía. Suele presentar una estructura muy jerarquizada y dispone de mecanismos eficaces para imponer sus reglas internas. Sus protagonistas, por lo demás, son ampliamente intercambiables.»¹

Las Naciones Unidas son más lacónicas aún. El grupo de expertos encargado de preparar el «plan mundial de acción contra la criminalidad transnacional organizada» en la conferencia de Nápoles² estableció las siguientes características: «Organización de grupos con fines de actividades criminales; vínculos jerárquicos o relaciones personales que permiten a ciertos individuos dirigir el grupo; recurso a la violencia, a la

1. Fondo Nacional Suizo de Investigación Científica, programa de investigación, *Violence au quotidien et crime organisé*, Berna, 1995, exposición de motivos, p. 6, dirección de Marc Pieth.

2. Conferencia de las Naciones Unidas: «El crimen organizado y el tráfico de drogas», Nápoles, 21-23 de noviembre de 1994.

intimidación y a la corrupción; blanqueo de beneficios ilícitos.»

La biblioteca del palacio de las Naciones en Ginebra, fundada en 1920 por James D. Rockefeller, es, con mucho, la mayor biblioteca de ciencias sociales de Europa. Su ordenador central sugiere no menos de veintisiete definiciones distintas para el concepto de «criminalidad transnacional organizada».

Ningún cártel del crimen organizado cae del cielo. Cada cártel tiene una historia, una sociogénesis, «valores» que lo legitiman y condiciones colectivas recurrentes que les dan su estructura.

No podemos establecer aquí la sociogénesis de cada uno de los cárteles evocados en este libro. Nos limitaremos a un solo ejemplo: el de la mafia siciliana.

Derivada del árabe, la palabra «mafia» aparece por primera vez en la parte meridional de Sicilia hacia finales del siglo xvi. Significa «valentía», «coraje», pero también «seguridad en sí mismo» y «arrogancia».

La estructura agraria de Sicilia, que data de los normandos, se vio trastornada en 1812 por un decreto del rey de Nápoles: se trataba de quebrar las fuerzas centrífugas de un reino que englobaba civilizaciones y poblaciones tan diversas como las de Campania, Apulia, Sicilia, Calabria, Basilicata, etc., de reducir los privilegios feudales y limitar, especialmente en Sicilia, el poder de los príncipes. Los feudales contrataron «hombres de honor» y crearon sociedades secretas para resistirse al decreto de Nápoles. Estas sociedades adoptaron el nombre de «mafia».

Pero la historia es compleja, contradictoria: 1865 es la fecha de la unificación forzosa de Italia bajo el reinado de la Casa de Saboya. El reino de Nápoles desaparece. No obstante, las dinastías (españolas, francesas) que se habían sucedido a lo largo de los siglos en el trono de Nápoles habían sido con-

sideradas siempre, por el inconsciente colectivo, como dinastías «autóctonas». El extranjero era el hombre del Norte, el conquistador piomontés que, por las armas, provocaba la destrucción de la independencia napolitana.

La mafia se transformó: de sociedad secreta al servicio de los príncipes se convirtió en fuerza de resistencia al invasor. Adquirió una credibilidad popular, una autoridad patriótica. Al menos en Sicilia. En 1893, más de cien mil campesinos sicilianos se levantaron contra Roma. En los documentos oficiales romanos aparece la palabra «mafia» para referirse a los campesinos insurrectos.

Una nueva mutación aconteció a finales del siglo XIX y comienzos del XX: la miseria obligaba a decenas y decenas de millares de familias sicilianas, calabresas, de Apulia y otras a emigrar al otro lado del océano. En las embarcaciones viajó la mafia. Se convirtió en organización transcontinental.

Rechazando la ley del Estado que los acogía, se autonomizó y se convirtió en la organización de autodefensa de los inmigrados víctimas de discriminaciones.

Se criminalizó. Existen ahora una «vieja» y una «nueva» mafia. La nueva mafia se extiende por el otro lado del Atlántico, la vieja refuerza su implantación en la Italia meridional.³

En 1943, la mafia recibe una legitimidad internacional. El ejército y la marina estadounidenses preparan la invasión de Sicilia. El Office for Strategic Services (OSS, antepasado de la

3. Debo a mis amigos de la Universidad de Cosenza, especialmente a Carlo Carbone y Luigi Gallo, valiosas indicaciones. Una editorial sobre todo, Rubbettino (Cosenza y Messina), desempeña para la reflexión histórica sobre el fenómeno mafioso un importante papel, publicando traducciones o trabajos autóctonos. Cfr., por ejemplo, Christopher Duggan, *La Mafia durante il fascismo*, 1986; Jane y Peter Schneider, *Classi sociali, economia e politica in Sicilia*, prefacio de Pino Arlacchi, 1989; Mario Centorrrino, *Economía assistita da mafia*, 1995. Entre los trabajos sociológicos, cfr. especialmente Umberto Santino, *ha Mafia interpretata, dilemmi, stereo-tipi, paradigmi*, 1995; Renate Siebert, *La Mafia, la morte e il ricordo*, 1995. Más tarde nos referiremos a la obra fundamental de Pino Arlacchi.

CÍA) se encarga de poner en pie una quinta columna; tendrá que acoger y guiar a las tropas de desembarco. El OSS se pone en contacto con Lucky Luciano y otros padrinos de la mafia de origen siciliano en Nueva York. Resultado: al disponer de informaciones seguras, de mapas precisos —establecidos por los mañosos locales—, y conocer los emplazamientos de las guarniciones alemanas el desembarco es un absoluto éxito. Las tropas norteamericanas son acogidas por un hombrecillo enteco, don Calogero Vizzini, principal padrino de la isla. Entrega al mando una lista de «hombres de honor», que nombra a esos mañosos alcaldes de las distintas ciudades y pueblos de la isla y confiere a don Calogero el grado de «coronel honorario» del ejército estadounidense.

Durante la Primera República italiana, la mafia siciliana goza de una sorprendente inmunidad: violentamente anticomunistas, los padrinos son para los sucesivos gobiernos de Roma personajes que deben respetarse; la guerra fría los ha convertido en aliados. Además, la Democracia Cristiana, partido constantemente dominante de 1945 a 1992, obtiene, gracias a los padrinos, confortables mayorías electorales en todo el sur del país.⁴

Fuertemente marcados por la racionalidad capitalista norteamericana, los nuevos padrinos aparecidos en la posguerra ya no se dedican —en primer lugar— al control de la población o al de la tierra. Lo que ahora les interesa son los mercados: inmobiliario, transporte marítimo, importación-exportación, banca. También los métodos cambian: se acabó la coexistencia negociada entre familias, arraigada cada una de ellas en una tierra particular. Se inicia entonces la lucha fratricida por el dominio de los mercados.

En julio de 1997, las autoridades judiciales de Palermo

4. Alexander Stille, *Excellent Cadavers. The Mafia and the Death of the First Italian Republic*, Nueva York, Random House, Pantheon Books, 1995.

anuncian el desmantelamiento de una organización criminal que controlaba casi todos los concursos para los trabajos públicos de la ciudad. La organización funcionaba bajo la dirección de Toto Runa, detenido en 1993 y condenado a cadena perpetua. Uno de sus corresponsales, Angelo Siino, fue durante años el responsable de la coordinación entre funcionarios municipales venales y grandes empresas de obras públicas del norte de Italia. La mafia controlaba, especialmente, los trabajos del velódromo, del hospital Petraglia, del almacén de transportes públicos, de la universidad... y del nuevo palacio de Justicia.⁵

La mafia italiana es hoy una de las grandes potencias financieras del planeta.

Su volumen de negocio anual se eleva a unos cincuenta mil millones de dólares. Su patrimonio inmobiliario supera los cien mil millones de dólares.⁶

No es en absoluto una organización homogénea, sino más bien un complejo embrollo de redes, familias biológicas o asociaciones coyunturales que se combaten, se alian, colaboran o compiten.

Sin embargo podemos distinguir cuatro áreas culturales mañosas.

La *Cosa Nostra* de Sicilia, dirigida por una «cúpula» (reunión de los principales jefes de clan), es la más poderosa, congrega unos 180 clanes, 5 500 «hombres de honor» y 3 500 «soldados» (afiliados). La *Camorra* gobierna en Campania, la inmensa región agrícola e industrial del interior de Nápoles; cuenta con más de 7 000 miembros organizados en 145 clanes. En Apulia, en la costa adriática, reina la *Sacra Corona Unita* con un millar de hombres; fue creada e implantada en el siglo XIX por tráfugas de los clanes sicilianos y de Campania.

5. Despachos de agencia en *La Tribune de Genève*, Ginebra, 11 de julio de 1997.

6. Alexander Stille, *Excellent Cadavers*, ob. cit.

Calabria es la región que permaneció más tiempo abandonada, primero por el reino de Nápoles, luego por la Italia unificada. En sus espléndidas montañas, difícilmente accesibles, se refugiaron en el transcurso de los siglos albaneses que huían de la ocupación otomana, sarracenos convertidos, judíos sefarditas, protestantes perseguidos del norte. Una ancestral tradición de bandidismo, que se alimenta del robo a los viajeros que se dirigen de norte a sur o de sur a norte, dio origen a la *N'Dranghetta*. Sus 80 clanes agrupan hoy unos 5 000 miembros.

El propio término de «mafia» se ha universalizado recientemente. En las repúblicas nacidas de las ruinas de la difunta Unión Soviética, por ejemplo, las bandas criminales se llaman a sí mismas *mafya* y sus soldados *mafiosniki*. Son también los términos que les aplican los documentos oficiales (y por extensión las autoridades policiales que combaten esas bandas en la Europa occidental).

El término «mafia» se ha convertido en todo el mundo en sinónimo de «crimen organizado». Basta, para convencerse de ello, consultar ese sorprendente documento de 1997 que es el CD-ROM *Krim-Dok*, que contiene más de cien mil entradas procedentes de los 177 Estados miembros de la Organización Internacional de Policía Criminal (OPIC, llamada familiarmente «Interpol»).⁷

Entre las distintas mafias que actúan en nuestro planeta existe una feroz competencia. Frecuentes guerras entre mafias de distintos orígenes geográficos, sociales, nacionales y culturales producen cada año centenares de muertos. También se desarrollan colaboraciones. Colaboraciones siempre frágiles, puntuales. O, como dice Robert Putnam, «*at best joint-ventu-*

7. *Krim-Dok*, CD-ROM editado por la Fachhochschule für Polizei, Villingen-Schwenningen, Alemania,

res».⁸ en el mejor de los casos las cooperaciones coyunturales duran un tiempo reducido.

Por lo que se refiere a los *joint-ventures* evocados por Putnam, es conveniente matizar: grandes cárteles criminales de origen ruso, italiano, caucásico, colombiano, norteamericano, chino o japonés dominan hoy, en el mundo, los principales sectores económicos donde se acumulan capitales criminales. Son organizaciones multinacionales que firman entre sí ocasionales acuerdos de colaboración, convenios para repartirse temporalmente los mercados y se conceden mutuamente ayudas logísticas. En cambio, entre esos grandes cárteles y las bandas criminales más tradicionales, más locales —en resumen, entre el crimen organizado transcontinental y el «hampa» propiamente dicha—, no hay acuerdos ni reparto. ¿Que un cártel multinacional decide conquistar un sector económico, un mercado específico, ocuparse de una región dada? Sus soldados eliminan con el Kalachnikov a los truhanes locales.

Un ejemplo: a comienzos de los años noventa, la Cosa Nostra siciliana decidió encargarse de la región del Delfinado. La prostitución, la estafa en los seguros, las máquinas tragaperras, la extorsión a los comerciantes —especialmente restaurantes— estaba tradicionalmente en manos del hampa de Grenoble, bien estructurada y bastante apacible, a fin de cuentas. La decisión de la Cosa Nostra lo cambió todo. Los truhanes locales, que se negaban a abandonar el terreno, fueron eliminados uno tras otro. El método era siempre el mismo: dos hombres en una moto, con pasamontañas y casco; uno conduce, el otro mata. Rápido y efectivo. Por lo general en plena calle.

Durante la fase paroxística de la campaña de eliminación (diciembre de 1995 -mayo de 1996), siete hombres mordieron

8. Robert Putnam, en colaboración con Robert Leonardi y Raffaella Nanetti, *Making Democracy Work. Civic Traditions in Modern Italy*, Princeton University Press, 1993.

así el polvo. Un truhán de treinta y dos años fue ejecutado de dos perdigonadas en un aparcamiento de la ciudad el 17 de mayo de 1996. Antes habían sido asesinados ya dos importantes dirigentes locales: Jean-Pierre Zolotas y Antonio Sapone. Tres víctimas más estaban limpias de antecedentes penales.⁹

El último testigo potencial de los policías del SRPJ de Lyon está actualmente inmovilizado en una cama de hospital con los pulmones perforados, la lengua cortada, el maxilar destruido, rotos los huesos de las caderas y los hombros. Intenta teclear sus respuestas a las preguntas de la policía con sus únicos dedos válidos en una máquina especialmente acondicionada.

El inmenso campo de la criminalidad económica está prácticamente ausente de nuestro libro. Sólo lo menciono aquí para mostrar la frontera que lo separa del crimen organizado.

La Interpol evalúa en quinientos mil millones de dólares los daños causados en 1996 en los países de la Europa occidental por esta criminalidad económica.

Frankfurt del Main es la primera plaza financiera del continente. Los crímenes que allí se cometen son competencia de la policía judicial (Landeskriminalamt) del *Land* Hesse. El comisario principal Fach, director adjunto de la división de Criminalidad Organizada del Landeskriminalamt, y sus colegas Hofer y Krieg disponen de una experiencia práctica de excepcional riqueza. Krieg advierte: «En materia de criminalidad económica, los actores son conocidos en el 99 % de los casos. Pero es extremadamente difícil perseguirlos: cuanto más alto está un delincuente en la jerarquía de la empresa, más lo cubre esa jerarquía. El cajero de un banco que estafa

9. Los agentes del SRPJ (Servicio Regional de la Policía Judicial) de Lyon no los consideraron truhanes, sino «víctimas anexas».

es denunciado a la policía. Un jefe de división del mismo banco escapa a la denuncia; es discretamente despedido. Si el estafador es un miembro de la alta dirección, la jerarquía negocia su silencio, sugiere su dimisión y lo arregla amistosamente: la eventual devolución, un dorado retiro, etc. En materia de criminalidad económica, las empresas que son víctima de ella dan siempre preferencia a la salvaguarda de su renombre y a la protección de la confianza que les concede el público.»¹⁰

Menciono la distinción entre criminalidad transcontinental organizada y criminalidad económica establecida por Winfried Hassemer,¹¹ quien, como profesor de Derecho Penal en la Universidad de Frankfurt del Main, es una autoridad en la materia: para él, la criminalidad organizada se caracteriza esencialmente por su capacidad de aterrorizar, paralizar, corromper eventualmente el aparato judicial y el aparato político. Los criminales económicos no disponen de semejantes poderes. Dicho de otro modo, sólo las organizaciones criminales que son lo bastante poderosas como para infiltrar gobiernos, parlamentos, administraciones policiales y palacios de justicia —es decir, para paralizar el brazo que, teóricamente, debe golpearlas— obtienen una impunidad real y permanente. Crean una contrasociedad capaz de negociar con el Estado de Derecho. Se aseguran un *rechtsfreier Raum*, un espacio en el que ninguna norma social, ninguna ley, ninguna sanción judicial dificultan sus negocios.

La teoría de Hassemer es plenamente operativa en países como Rusia, Colombia y, de momento, Italia. Sólo puede aplicarse con reservas a los casos de Francia, Alemania o Suiza.

Más adelante exploramos la diferencia entre criminalidad

10. Comisarios principales Fach, Hofer y Krieg; conversación con Uwe Mühlhoff.

11. Winfried Hassemer, «Innere Sicherheit im Rechtsstaat», en la revista *Der Strafverteidiger*, núm. 12, 1993.

organizada y criminalidad política. Los amos del crimen organizado adquieren su capital de modo ilegal; lo aumentan del mismo modo; para que fructifique, se multiplique y prospere, utilizan también estrategias criminales. El agente de la criminalidad económica procede de un modo distinto: su capital —empresa industrial, comercio, banco, tierras, etc.— ha sido comprado, heredado o creado del modo más legal. Pero si surgen obstáculos en el camino, si una crisis amenaza con destruir los beneficios o, incluso, el capital, recurre entonces, para defenderlos, a medios criminales.

Evoco como ilustración dos casos antinómicos: K. A., llamado *el Amo*, al que encontraremos más adelante en este mismo libro, reina sobre uno de los principales imperios de la mafia rusa y tiene a sus órdenes un ejército de *raketiri*. Todo su inmenso capital ha sido obtenido por medios absolutamente criminales. K. A. practica la criminalidad organizada. La ilustración de la criminalidad económica: un gran abogado de Zurich había fundado una sociedad de inversión, reuniendo por medio de anuncios capitales legales. A consecuencia de inversiones desafortunadas, la sociedad se vio en dificultades. El abogado procedió entonces a un aumento del capital. Fabricó un prospecto engañoso e indujo a error a los nuevos proveedores de fondos. El abogado fue condenado por estafa y expulsado del colegio.

La violencia, por su parte, también adopta distintos significados según se aplique al servicio del crimen organizado o al de la simple criminalidad económica.

Algunos asesinos profesionales a sueldo de los señores del crimen rusos circulan con total libertad por los hoteles de lujo de Estados Unidos, Rusia y Europa. Provistos de sus portafolios, dotados del más moderno armamento, degüellan, ejecutan, envenenan a cualquiera, sea cual sea su nacionalidad, su edad, su estatus social o su función, cuando sus amos lo deci-

den. La violencia de los señores rusos sirve para adquirir capital, protegerlo contra la competencia, acumularlo, desplazarlo u ocultarlo. Tomemos ahora el ejemplo de un asesino al servicio de criminales económicos: João Lelo. Gigante moreno de unos cincuenta años que tiene sobre su conciencia, por decirlo de algún modo, la muerte de centenares de *posseiros*, jornaleros agrícolas, sindicalistas campesinos, es un *pistolero* empleado por los latifundistas de Rondônia, estado del Mato Grosso (Brasil). El 3 de diciembre de 1995 cometió un error fatal. Al final de una fiesta popular, acompañado por dos jóvenes bellezas locales, monta en su coche, un Toyota 4 x 4 rojo, despide a sus cinco guardaespaldas. Amanece en el Mato Grosso. Un desconocido de largos cabellos y pantalones tejanos se acerca al coche y ejecuta a João de seis disparos a quemarropa con un revólver provisto de silenciador.

La capacidad profesional, la energía criminal, la crueldad personal de los asesinos rusos y de João Lelo son las mismas. Pero los primeros actúan al servicio y en nombre de los más poderosos cárteles de la criminalidad transnacional organizada; el otro, al servicio de latifundistas cuyos derechos de propiedad están certificados, en algunos casos, desde el tiempo de Juan II, rey de Portugal, en el siglo XVII.

Insisto: no considero la criminalidad económica como un fenómeno menor. Los daños que produce en las economías de la Europa occidental y los perjuicios que nos causa a todos son terribles. Pero nuestro libro está consagrado a un enemigo más peligroso aún: el crimen organizado transfronterizo. Éste es el que se trata de desenmascarar, de comprender, de combatir prioritariamente.

V

Matar para reinar

Cuando, a fines del mes de mayo de 1453, los ejércitos otomanos de Mehmet el Grande, cuyo objetivo reconocido era la destrucción de la cristiandad bizantina, se hallaban ante los muros de Constantinopla, los teólogos partidarios de Gustiniani y los que defendían las teorías de Notaras seguían agotándose en estériles discusiones. En los desportillados muros, el emperador Constantino XI hizo colocar los iconos para lograr que retrocedieran, por la magia de las imágenes, las fuerzas del Anticristo.¹

Los señores del crimen organizado asedian hoy nuestras sociedades democráticas. Releyendo las sutiles resoluciones de las Naciones Unidas, las actas de los interminables debates del Parlamento Europeo o de los coloquios que jueces, policías y universitarios consagran, regularmente, a la criminalidad transnacional organizada, tengo la impresión de que nuestras autoridades actúan del mismo modo que Constantino XI: intentan oponer, a la violencia brutal del agresor, la magia del verbo. Organizan coloquios y amontonan informes.

Victor Hugo escribió: «La palabra mantiene el globo bajo sus pies. Y lo esclaviza.» Nuestros actuales gobernantes parecen compartir esa opinión.

¡Gran error!

Los señores del crimen no argumentan, no hablan, no negocian: matan.

1. Louis Bréhier, *Vie et Mort de Byzance*, París, Albin Michel, 1946, reed. 1969.

La violencia es consustancial a todos los cárteles de la criminalidad organizada. Es ejercida por unidades independientes, especialmente equipadas y entrenadas a este efecto. Tales unidades responden directamente a los supremos dirigentes de la organización.

Sus tareas son múltiples: se encargan de la seguridad física de los distintos operadores de la organización. En segundo lugar garantizan la disciplina interna, ejecutan sin piedad a los traidores y simples sospechosos. Finalmente, cuando los técnicos de la prospectiva y el marketing identifican un nuevo campo de acción, las unidades de seguridad eliminan sistemáticamente a los competidores del sector económico concernido. Una de las razones principales de los beneficios, a menudo astronómicos, que acumulan los cárteles reside en el hecho de que gozan de una posición de monopolio en el sector donde operan. Monopolio obtenido, a menudo, por la más brutal violencia.

La Interpol publica cada año una estadística de los asesinatos, crímenes y homicidios voluntarios basada en la compilación de las estadísticas nacionales. Permite evaluar la violencia criminal en cada país.²

Colombia es, así, el país en paz más violento del mundo. En 1996, la Interpol registró 25 723 asesinatos, crímenes, homicidios intencionales para una población global de 36 millones de habitantes. El crimen es la primera causa de muerte en Colombia, por encima de cualquier enfermedad conocida y de los accidentes de carretera.

2. Una reserva: la estadística incluye homicidios no directamente atribuibles al crimen organizado; por ejemplo, asesinatos pasionales, crímenes cometidos por delincuentes aislados, etcétera.

El índice de muerte por homicidio voluntario en Colombia en 1996 es de 77,4 víctimas por cien mil habitantes. Estados Unidos «produjo» poco más de veinticinco mil muertos por homicidio voluntario. Sigue China, muy por detrás: unas dieciséis mil personas asesinadas por manos criminales; y ello en un país de más de mil doscientos millones de habitantes.

Los sicarios colombianos suelen ser gente muy joven, sin ninguna formación escolar, confrontada con una vida de miseria y de paro permanente que, para ayudar a sus familias, se contratan como asesinos. Muchos de ellos son fervientes católicos: antes de cada asesinato se dirigen a la iglesia, rezan a su santo favorito y encienden un cirio ante su imagen para tener éxito en su empresa.³

En el seno de los cárteles de la criminalidad transcontinental organizada, la violencia es el principal factor de promoción. Asegura la movilidad social vertical. Las cualidades personales del «soldado», su inteligencia, su astucia, su auto-dominio y, sobre todo, su brutalidad y su sangre fría determinan el ascenso.

Tomemos el caso de Giovanni Brusca, llamado *el Cerdo*, sucesor de Toto Runa a la cabeza de la comisión de la Cosa Nostra. Nacido en 1964, vino al mundo en una familia mañosa de San Giuseppe Jato, burgo montañoso a medio camino entre Palermo y Corleone. Cuello de jabalí, barba y cabello negros, ojillos penetrantes, Brusca es un asesino de talento. Debe su rápida llegada a la cima a algunos actos de violencia especialmente conseguidos.

El 23 de mayo de 1992 fue un día radiante: tres coches blindados que transportaban al juez Giovanni Falcone, su mujer y sus guardaespaldas, volaban a 160 km/hora por la

³ Gabriel García Márquez, *Noticias de un secuestro*, Mondadori España, Barcelona, 1996.

autopista Messina-Palermo que bordea el mar. En una colina desde la que se domina un puente, Brusca y sus cómplices observaban. De pronto, los dedos de Brusca empujaron una manecilla: más abajo, en la carretera, una formidable explosión lanzó por los aires el convoy, destrozando a Falcone, su esposa y tres jóvenes policías.

Dos meses más tarde, el colega, amigo y sucesor de Falcone, el procurador Paolo Borsellino —en coche blindado y con guardias—, visitaba a su madre en Palermo. Una bomba accionada por Brusca hizo saltar el convoy. Tampoco esta vez quedaron supervivientes.

En el atentado contra Falcone y los suyos, un cómplice había echado una mano a Brusca: Santino di Matteo. Detenido, Santino decide colaborar con la policía. El Cerdo, tras haber hecho raptar al hijo de Santino, Giuseppe, de once años, lo estrangula con sus propias manos y, luego, arroja el cuerpecito en un baño de ácido.

En mayo de 1993, en Agrigento, el papa Juan Pablo II condena inequívocamente la criminalidad organizada, sus asesinatos, la Cosa Nostra. Como represalia, Brusca ordena un atentado con bomba contra la basílica de San Juan de Letrán, a las puertas de Roma, uno de los monumentos cristianos más antiguos del mundo occidental.

Esos actos de «valor» le valen al Cerdo una fulgurante carrera: a la edad de veintinueve años accede a la cabeza de la Cosa Nostra.

VI La ley de la tribu

En la construcción de las organizaciones criminales, el etno-centrismo desempeña un papel decisivo. Basta para advertirlo escuchar los relatos de jueces de instrucción franceses, austríacos, alemanes o ingleses, que se las ven con pandillas kazakas, chechenas, kosovares, cingalesas, etc. Exasperados, los jueces suelen chocar con un muro. Idéntica frustración aflige a los investigadores, los policías: penetrar un cártel étnico resulta, a menudo, una misión imposible.

Para comprender el funcionamiento, la mortal eficacia de la mayoría de cárteles, parece pues indispensable tener en cuenta la cuestión étnica.

Abriré un paréntesis: rechazo evidentemente cualquier criterio racista. No quiero dar aquí la impresión de que a las fuerzas policiales europeas les basta con combatir los cárteles etnocéntricos del Cáucaso, de los Balcanes, de Rusia y de otras partes. En primer lugar, existen organizaciones criminales francesas, alemanas, etc., que no responden a la definición de la etnocentricidad. Luego, existen cárteles multiétnicos. Sin embargo, para los procuradores, jueces y policías de la Europa occidental, las organizaciones criminales etnocéntricas constituyen hoy, y con mucho, los adversarios más coriáceos.

Observemos con mayor atención los problemas que plantean esos cárteles étnicos.

Paul Valéry escribió: «Los hechos no penetran en el mundo donde viven las creencias.» Cualquier conciencia colectiva basada en la identidad étnica es habitada por fuertes creencias.

Hecha de una común visión de la Historia, de un territorio habitado en común, de una lengua común y de estructuras de parentesco vastas y sólidas, la identidad étnica aparece como un dato objetivo. Sin embargo, contemplándola de más cerca, la identidad étnica depende, ante todo, de la subjetividad colectiva. El sentimiento de pertenecer a un grupo que se define por un origen común, por muy mítico que sea, un destino colectivo singular, solidaridades llamadas de sangre, se alimenta ante todo de creencias; creencias forzosamente irrazonadas, apodícticas, axiomáticas. La etnia a la que un hombre siente que pertenece es, para él, superior a todas las demás.

Nada es más poderoso, más motivador y más cegador que una creencia. En su reino, en efecto, los hechos no penetran. Las fantasías, los sueños, las angustias, las afirmaciones apodícticas ocupan el campo de la conciencia. Por eso, las formaciones sociales cuyo primer cimiento es la etnia son tan poderosas, movilizadoras y prácticamente indestructibles.

Lo que es cierto para las formaciones sociales en general lo es también, y sobre todo, para los cárteles del crimen organizado. Las jerarquías criminales asentadas sobre una base étnica son las más eficaces de todas. Para ilustrar esta realidad elijo casos tomados de tres áreas culturales distintas.

El primero es el de Hadji¹ Mohamed Ayub Afridi, apuesto bigotudo de tez oscura, jefe del clan pathán de los Afridi que viven, desde hace más de dos mil años, en las montañas que dominan la carretera del paso de Jaybar, entre Pakistán y Afganistán. La carretera une el Asia central con el Asia del sur. Es uno de los ejes estratégicos más importantes del planeta: Alejandro Magno, las legiones romanas, los *basilei* bizantinos, los

1. *Hadji* es el título honorífico que llevan los musulmanes que han efectuado la peregrinación a La Meca.

khanes mongoles, los regimientos de la reina Victoria lo han recorrido. Quien domine el estrecho desfiladero de dieciocho kilómetros de largo, conocido con el nombre de paso de Jaybar, que une el Hindú Kus con la fértil llanura del Indo y los valles meridionales del Himalaya será un hombre poderoso.

Los pathanes no son hombres banales: su vitalidad es legendaria. Su valor también. Afridi reina sobre un imperio financiero internacional cuyas empresas y participaciones pro-liferan en Asia, en Oriente Medio y Europa. Según las autoridades pakistaníes, la primera fuente de su fortuna es la exportación de heroína.

En ese universo secreto se produce un golpe de teatro. En diciembre de 1995, el omnipotente clan de los Afridi anuncia la caída de su jefe.

La historia es sorprendente y, en alguno de sus aspectos, confusa. Un gélido día de mediados de diciembre, bajo el límpido cielo de Peshawar, los dos sobrinos y adjuntos más cercanos del *sahib*,² Hadji Babu Khan Afridi y Noor Alam Afridi, convocan a la prensa internacional en su palacio-fortaleza, situado en el barrio universitario. Los rodean los tres hijos de Ayub y los principales miembros varones del clan. Anuncian que Ayub se ha rendido a las autoridades estadounidenses.

Las circunstancias de la rendición, tal como Babu las describe, son reveladoras: enfermo, Ayub se había hecho tratar en Bagdad y, luego, en Teherán. Restablecido, regresó a su bastión del valle de Tirah, en pleno territorio tribal de los Afridi, en la región del paso de Jaybar. Desde allí, acompañado por algunos fieles, cruzó a pie las montañas nevadas para llegar al valle de Nangarhar, en Afganistán. Tras haber recibido una promesa de salvoconducto del primer ministro afgano, Rab-bani, se dirigió en camión a Kabul.

El 11 de diciembre, Ayub sube a un avión carguero que le

2. *Sahib* significa «señor», nombre que designa al jefe supremo de los pathanes.

lleva a Dubai. Provisto de un pasaporte afgano, obtiene un visado norteamericano y toma un avión de línea hacia Nueva York.

Babu anuncia que la tribu ha encargado a un bufete de abogados neoyorquino la defensa de su jefe. Añade que, antes de partir, Ayub ha comparecido ante *xmjirga* (consejo constituido por los ancianos de la tribu) y que éste le ha absuelto de cualquier delito y ha reconocido su inocencia.

Babu concluye: «Ignoramos lo que le ocurrirá en Estados Unidos. Sólo sabemos que Hadji Sahib es inocente y que demostrará ante el mundo que no ha hecho daño alguno.»³

A finales del mes de diciembre de 1995, el tribunal del distrito oriental de Brooklyn, Nueva York, anuncia que el acusado Mohamed Ayub Afridi, con orden de busca y captura internacional desde 1988, será juzgado por tráfico de drogas, estafa, blanqueo del dinero de la droga, violación de la ley de aduanas, contrabando y falsificación de documentos. En enero de 1998 aún no se ha pronunciado veredicto definitivo alguno.

La explicación de tan extraña rendición se encuentra en el propio Pakistán. Una guerra sin cuartel oponía el clan de los Afridi al terrible general NaseeruUah Babar, por aquel entonces ministro del Interior y hombre fuerte del gobierno de Be-nazir Bhutto. NaseeruUah Babar había jurado acabar con los Afridi. En 1993, a Sahib se le había retirado su condición de diputado. Los demás miembros del clan habían sido declarados no aptos para la candidatura. Por denuncia de la Anti-Narcotic Forcé (ANF), dependiente del ministro del Interior, un tribunal especial constituido en Peshawar había ordenado la confiscación de todos los bienes de Ayub y de diecisiete miembros de su clan. Todos habían sido condenados apoyándose en la Anti-Smuggling Act (ley contra el contrabando) de 1977.

Una frase que pronunció por aquel entonces el general

3. Cf. *The News*, Islamabad, 17 de diciembre de 1995, y *The Dawn*, Islamabad, 18 de diciembre de 1995.

Naseerullah Babar contiene, probablemente, la clave del enigma: «A esos jefes de tribu no les gusta ser encarcelados.»⁴

A Sahib se le ofrecían dos soluciones: arriesgarse a ser capturado, en un plazo más o menos breve, por los comandos de Naseerullah Babar, ser encarcelado en Lahore, Karachi o Isla-mabad y, probablemente, asesinado en la cárcel, o rendirse a las autoridades estadounidenses y enfrentarse, en Nueva York, a un proceso regular.

Prudentemente, Mohamed Ayub Afridi eligió la segunda alternativa.

El siguiente caso se sitúa en el Oriente Medio: el de Mon-zer al-Kassar.

Es la mañana del martes 19 de diciembre de 1995. Lugar, la sala de audiencias de la cámara penal del Tribunal de Justicia de Ginebra, situada en el antiguo hospital General del siglo XVIII, en plena ciudad antigua. Roble claro en las paredes. La República calvinista detesta los ornamentos. Una única excepción: un escudo ginebrino, esculpido en madera oscura, se perfila por encima del cráneo del presidente. El escudo es un círculo dividido en dos; a la izquierda, sobre fondo rojo, la mitad de una águila negra, símbolo del Sacro Imperio Romano Germánico; a la derecha, sobre fondo amarillo, una llave de san Pedro, signo del poder episcopal. Por encima del círculo, en letras negras, la divisa de la revolución calvinista: «*Post té-nebras lux.*»

En el banquillo de los acusados, un hombre de estatura media, tez oscura, abundante pelo canoso y rizado, y nariz prominente. Tiene unos ojillos negros. Sigue con indulgente sonrisa el alegato del fiscal Laurent Kasper-Ansermet.

Monzer al-Kassar está rodeado por una guardia especial:

4. Declaración del ministro del Interior en *The Friday Times*, Karachi, 4 de enero de 1996.

hombres armados velan en el vestíbulo y los corredores. Goza de un salvoconducto del tribunal.

La acusación, llamada «instancia de confiscación», tiene trescientas páginas. Menciona los delitos de terrorismo internacional, falsificación de documento público, tráfico de drogas y armas de guerra, blanqueo del dinero del crimen y violación del embargo sobre la venta de armas de guerra a las partes que combaten en Bosnia. El fiscal pide la confiscación de 6,2 millones de dólares depositados en las cuentas de bancos privados ginebrinos por Monzer al-Kassar.

En la jungla de la criminalidad transnacional organizada, al-Kassar es uno de los más astutos depredadores. Acusado por la justicia española de haber proporcionado las armas a los terroristas responsables del secuestro del paquebote *Achi-lle-Lauroy* del asesinato de un rehén judío, escapa a la sanción penal por falta de pruebas concluyentes. En 1992, la justicia española ordena el embargo de sus cuentas y, luego, es obligada a levantar la medida.

Las principales policías de Europa y América intentan hacerle caer. Todo es en vano. Al-Kassar parece intocable. Debe su inmunidad judicial, su astronómica fortuna y su considerable poder a su pertenencia étnica. Regularmente, la razón de Estado de distintos gobiernos europeos —con relaciones financieras comerciales y militares con países de Oriente Medio— detiene el brazo de los jueces en el último minuto.⁵

Aunque de origen sunní, al-Kassar es considerado alauita, pariente político —gracias a su matrimonio— de esa tribu que ocupa, desde la noche de los tiempos, las cadenas montañosas que dominan el Mediterráneo y Latakia. Está afiliado al clan de Hafiz y Rifaat ai-Asad.

Prácticamente, todos los hombres de al-Kassar son alai-

5. Cf. Manfred Morstein, *Der Pate des Terrors. Die mörderische Ver-bindung von Terrorismus, Hausgift und Waffenhandel*, Munich, Verlag Pi-per, 1989.

tas. Como los drusos, practican una religión muy influida por la herencia chiíta. Una jerarquía clandestina gobierna la comunidad. Los alauitas hablan una lengua dialectal propia de las tribus de la cordillera marítima, impenetrable para los servicios de escucha arabófonos (del FBI, de la CÍA o incluso de los órganos sirios). Un código esotérico y una gnosis rigen su universo mental. Las estructuras del parentesco son complejas, están protegidas por un código de honor o lealtad, y el silencio y la solidaridad intraétnica son los valores supremos.

La fe alauita vive del secreto: *kitman* y *taqiya* son las dos obligaciones que un niño aprende en cuanto comienza a moverse en sociedad: *kitman* («secreto») y *taqiya* («disimulo») le protegerán del extranjero, del enemigo, del sunní que habita las fértiles tierras de la llanura y hace periódicas maniobras en la montaña. Como los chutas, los alauitas veneran a Alí, el yerno del Profeta. «Alauita» quiere decir «partidario de Alí», «el que pertenece a Alí». Los alauitas tienen una larga historia de sufrimientos: ya en el siglo XIV, una *fatwa* de Ibn Taymiya los asimiló a los paganos. Se abrió la caza del alauita. Los otomanos los persiguieron, sus hijas fueron raptadas, colocadas como criadas-esclavas en casa de los grandes propietarios.

Se invirtió la situación bajo el mandato francés: los alauitas se enrolaron masivamente en las «tropas especiales del Levante», punta de lanza indígena del ejército colonial. Por primera vez en la historia del Creciente fértil, los alauitas se hacen respetar, temer. ¡Pero a qué precio! Tras la independencia, los sucesivos gobiernos de Damasco hacen pagar muy cara a los alauitas su colaboración con el ocupante. Hasta el 17 de noviembre de 1970, cuando uno de los suyos, el joven general de aviación Hafiz al-Asad (Hafiz *el León*), derriba el poder sunní y coloca a los suyos en los mandos del Estado.

Desde entonces, los alauitas reinan en Siria. Monzer al-Kassar es uno de sus principales financieros.

El tercer ejemplo es el de los cárteles chechenos. Los chechenos —menos de dos millones de personas— habitan un pequeño país como la mitad de Suiza. Las cordilleras del Gran Cáucaso bordean, por el sur, fértiles llanuras y colinas. Son un pueblo orgulloso, de extremada habilidad militar y con impermeables estructuras ciánicas. Durante decenios, los invasores rusos perdieron miles de hombres.

Un riguroso código de honor gobierna los clanes chechenos. Si uno de ellos ha proporcionado un hombre a una organización criminal y ese hombre muere en la acción (o desaparece en la cárcel), el jefe del clan lo sustituye inmediatamente por su hijo mayor.

En el África de los Grandes Lagos, los reyes tutsi —de Ruanda, de Burundi, de Ankole— solían utilizar para sus trabajos sucios a los batwas, cazadores pigmeos de la alta selva central. Lo mismo hacen los señores rusos del crimen: suelen reclutar sus asesinos entre los chechenos.

Desde el fin de la Unión Soviética, sin embargo, los chechenos se han emancipado. En la avenida Gorki de Moscú pueden verse hoy los Mercedes blancos, blindados, de los jefes chechenos, seguidos por algunos 4 X 4 Toyota de sus guardaespaldas. Sus padrinos controlan ahora barrios enteros de Moscú, especialmente los situados en la parte meridional alrededor del puerto del sur, que les sirve de base europea. Ningún otro cártel ni, con más razón, autoridad legal penetra allí.

En el estudio de los documentos publicados por el Ministerio del Interior de la Federación Rusa se impone la prudencia: según la vigente Constitución rusa, la República chechena es formalmente miembro de la Federación. A partir de 1993, el pueblo checheno adoptó mayoritariamente la política independentista del presidente Diojar Dudaiev. En 1994, el ejército ruso destruyó la capital, Grozni, y un gran número de ciudades y aldeas de la pequeña República caucásica y musulma-

na. Pretexto: la defensa de la integridad territorial de la Federación. Una frágil paz se pactó en 1996. Pero el conflicto ruso-checheno está muy lejos de haberse resuelto definitivamente.

Una intensa guerra de propaganda acompaña al conflicto. Los documentos del Ministerio del Interior ruso cargan en la cuenta chechena todos los pecados de la Tierra. Deben ser leídos, pues, con ojo crítico.

Los cárteles chechenos parecen tener ciertas características que los hacen especialmente peligrosos: la poderosa estructura ciánica de esta nación caucásica favorece una compartimentación y una homogeneidad extremas entre los asesinos de los distintos cárteles. Los miembros de cada cártel llevan en su cuerpo singulares tatuajes rituales: una ave de presa del Cáucaso, dos espadas cruzadas, un cráneo de ojos vacíos y demás signos totémicos.⁶ Muchos chechenos detenidos en Alemania llevaban amuletos, fetiches que demostraban su profundo arraigo en una cultura ancestral, poco afectada todavía por los preceptos y las creencias del islam.

El clan, estructura básica de la sociedad chechena, se denomina *tep*. Está gobernado por la ley de la sangre, *miest*. Ésta obliga a todos sus afiliados a ejecutar a cualquiera que sea culpable de la muerte de un miembro del clan. Sólo los miembros del clan conocen sus verdaderos nombres. Al margen del clan —y, con más razón todavía, en el exterior de Chechenia— se utiliza uno cualquiera de los nombres más corrientes de la lengua chechena, con documentos convenientemente falsificados. De ahí la extremada frustración de los policías franceses, suizos, ingleses o alemanes que se las ven, regularmente, con decenas de sospechosos que se llaman Abdulla-hab, Shamhan, Iandarbiev, Diojar o Zelimkan.

La lucha secular contra la opresión rusa ha desarrollado en

6. Sobre los tatuajes rituales chechenos, véanse las reproducciones de una colección en Jürgen Roth, *Die Russen-Mafia*, Hamburgo, Rasch und Róhring, 1996, pp. 296 y ss.

los chechenos cualidades militares y una temeridad en el combate excepcionales. Frente a las bandas rusas en especial, los señores chechenos no tienen piedad. Sus asesinos operan con consumada habilidad: Piotr Leonschikov, «hombre de negocios» ruso de veintisiete años que vivía en una mansión de Grünewald, cerca de Berlín, fue ejecutado a distancia y de un solo disparo ante su garaje, en 1995, mientras le rodeaban sus guardaespaldas. Cuando se trata de aterrorizar a un adversario, sin matarle, los chechenos dan también pruebas de notable talento: en el hotel Majestic de Berlín, a un «hombre de negocios» le acribillaron el cuello a puñaladas sin que ninguna de ellas le seccionara la carótida.

El más virulento racismo reina en los carteles de cualquier procedencia étnica. Ejemplo: en otoño de 1995 se celebraba en el hotel Marriot, situado en el centro de Viena, un encuentro en la cumbre de los principales padrinos rusos que actúan en su país o residen en el extranjero. El encuentro fue «observado» (escuchado, etc.) por los agentes del EDOK (Ermittlung und Dokumentation) austríaco.⁷ Asistían unos veinte padrinos, con sus consejeros y sus guardaespaldas. Punto importante del orden del día: ¿Cómo «purificar» las ciudades rusas, cómo eliminar a los «negros»? Los mañosos de origen étnico ruso llaman «negros» a los mañosos originarios del Cáucaso. Se tomó la decisión de eliminar físicamente a todo mañoso caucásico que estuviera en cualquier ciudad cuya población fuera mayoritariamente rusa.⁸

7. Hannes Reichmann, «Das Netzwerk der Wiener Paten», *Wirtschaftswoche*, Viena, núm. 18, 18 de noviembre de 1995.

8. En la Federación Rusa viven aproximadamente diez millones de personas pertenecientes a etnias no rusas. Para ellos, la lengua rusa dispone de un número casi infinito de términos despectivos. Ejemplos: *chorni* («culo negro») se aplica sobre todo a los caucásicos; *gortsi* («salvaje de las montañas»), a los habitantes de la cordillera del Cáucaso del norte; *churka* («cabeza de palo»), a todas las minorías no rusas.

VII Depredadores de corazón seco

Prácticamente, todos los informes elaborados y puestos periódicamente al día por los principales servicios policiales europeos que he leído y que forman una de las bases documentales de este libro describen los cárteles del crimen internacional organizado como estructuras sociales complejas que disponen de infraestructuras muy efectivas y cuyas estrategias de acumulación criminal obedecen a una rigurosa racionalidad. Es una hipótesis sólo parcialmente bien fundada.

Recordemos a Pierre Bourdieu: «Las realidades sociales son siempre enigmáticas y, bajo su aparente evidencia, difíciles de descifrar.»¹ La realidad es casi siempre impura. Hay que desconfiar de las «aparentes evidencias». Al leer los informes de la policía se impone una gran prudencia.

La escuela ginebrina de psicología social, inspirada en la obra fundadora de Jean Piaget, indica el camino a seguir.² Las relaciones mando/obediencia, las estratificaciones y las jerarquías que estructuran cualquier formación social, también los cárteles criminales, por tanto, suelen estar predeterminadas por realidades infraconceptuales, no racionales.

Lo veremos a lo largo de este libro: la irracionalidad individual, tanto de los dirigentes como de los actores de segundo, tercer y cuarto nivel, trastoca constantemente las estrate-

1. Pierre Bourdieu en *Alternatives algériennes*, diciembre de 1995, p. 3.

2. Pierre Moessinger, *Irrationalité individuelle et Ordre social*, Ginebra-París, Librairie Droz, 1996.

gias criminales más racionalmente concebidas. El universo de la criminalidad transcontinental organizada parece una jungla. Bajo su cielo protector, por el sotobosque, merodean animales feroces. Odios irreconciliables oponen entre sí a dirigentes o ejecutores de menor rango. La *vendetta* es la única ley respetada. Ninguna palabra dada, ningún contrato firmado tiene la menor oportunidad de durar. Numerosas eliminaciones discretas, asesinatos públicos o mutilaciones que forman la trama cotidiana de la actividad de los cárteles sólo se explican por el odio interindividual, la pasión amorosa, la vanidad, el deseo de venganza o una delirante voluntad de poder.

La «hybris»

En 1993 se celebró una cumbre de los jefes mañosos de Italia. Aquellos *capí* tenían que rendirse a la evidencia: los atentados, ejecutados con bomba por lo general, que mataban y mutilaban a varias personas a la vez, destinados a procuradores, jueces, policías o altos funcionarios, no habían dado el resultado previsto. El Estado no había cedido: la reglamentación de los *pentiti* seguía en vigor, los jefes de las grandes familias de la Cosa Nostra estaban todavía encarcelados en prisiones de alta seguridad.³

Los jefes mañosos decidieron entonces emprenderla con las obras y los símbolos de la cultura y la identidad plurimile-narias del pueblo italiano. Un comando atacó la Galería de los Uffizi de Florencia. Toda una ala, que albergaba cuadros del Renacimiento de valor inestimable, quedó destruida por las bombas. Otras bombas asolaron un piso entero de la Civica Galería de Arte Moderna, Villa Reale, en Milán. Balance: cuatro vigilantes y un peatón marroquí muertos.

El lunes 5 de agosto de 1996, finalmente, el procurador de

3. Cfr., más adelante, quinta parte, cap. VII: «El muro de silencio.»

Florenzia Gabriele Chelazzi reveló que 150 kilos de un poderoso explosivo (tritón) acababan de ser descubiertos en una gruta de Toscana. Debían servir para derribar la célebre torre inclinada de Pisa.

En su delirio de omnipotencia, los señores mañosos estaban convencidos de que, con sus insensatos ataques contra el patrimonio cultural italiano (e incluso mundial), conseguirían someter a su voluntad a todo el cuerpo de carabinieri, toda la policía judicial, toda la magistratura, el Parlamento y el conjunto del gobierno.

El odio

Seres salvajes, adiestrados desde la infancia para matar, son los tan mal llamados «hombres de honor». Lo reconoce uno de los más importantes de todos, Calefore Ganzi, «hombre de honor» de una poderosa familia de Palermo desde 1980, cuyo padre, sus dos abuelos y sus hermanos pertenecen, todos ellos, al crimen organizado.

Durante más de diez años dirigió un comando de asesinos que había dejado un rastro de sangre por toda Europa. En agosto de 1996 se produjo el milagro: encerrado desde hacía varios años en la cárcel de Ucciardone, en Palermo, el asesino solicitó realizar una confesión completa. Esta apasionante confesión demuestra cómo un muchacho de quince años, nacido en una familia mafiosa, queda separado desde la infancia del mundo civil, de su modo de comportarse, de sus valores. Asimilando los parámetros de la ciega obediencia al *capo*, de la más desenfrenada violencia y de la astucia, se vuelve como un perro adiestrado para matar. El diario *La Repubblica* publicó su confesión con el evocador título de «*lo e i meifratelli natiper ucci-dere*» («Yo y mis hermanos, nacidos para matar»)⁴.

4. Calefore Ganzi, confesión en *La Repubblica*, 6 de agosto de 1996.

La vanidad

La conducta de los señores contemporáneos del crimen organizado suele parecerse a la de Herodíades, princesa judía de escandalosa vida en el siglo I de nuestra era. Hija de Aristóbulo, nieta de Herodes el Grande, Herodíades era la amante de su cuñado, el rey. Su conducta era enérgicamente criticada por numerosos pensadores judíos, especialmente por Juan Bautista. Herodíades tenía una hija cuya resplandeciente belleza sedujo al rey. Se llamaba Salomé. Cierta día, tras haber danzado ante él, le pidió que expresara un deseo: por consejo de su madre, Salomé pidió la cabeza de Juan Bautista. Se la llevaron en una bandeja de plata.

Herodíades no soportaba la palabra libre ni las frases que la molestaban. Creía poder poseer, por la fuerza, el pensamiento, el verbo. Los señores de la criminalidad organizada actúan del mismo modo, sobre todo en Rusia.

En Rusia existen numerosos periodistas decididos, competentes y valerosos. La prensa es absolutamente libre. Pero debido a la casi omnipotencia de los padrinos por una parte y las anémicas instituciones democráticas por la otra, su influencia real es escasa. Contrariamente a lo que ocurre, a veces, en Occidente, en Rusia ninguna denuncia de la prensa ha puesto fin, hasta hoy, a la actuación de un cártel del crimen organizado.

Los señores de los cárteles actúan ante la menor crítica con inaudita violencia. En cuanto su vanidad se siente herida, sólo piensan en castigar al insolente. Pocas veces pierden el tiempo pidiendo el derecho de respuesta, escribiendo cartas de los lectores o ni siquiera entablando un proceso por difamación. Sólo matan.

David Satter dirige en Nueva York el Comité Internacional para la Protección de los Periodistas. Da regularmente

cuenta de los asesinatos de periodistas en Rusia. Sorprendentemente, en cada uno de los casos citados los asesinos operaron con la mayor impunidad, con frecuencia entre los transeúntes, vecinos o familiares de las víctimas.⁵

Entre 1994 y 1996, 63 periodistas por lo menos —hombres y mujeres— fueron ejecutados por los cárteles; entre ellos, algunos corresponsales de la prensa internacional (Félix Solojov, Natalia Alianika) y el director general de la televisión del Estado, Vladislav Listiev.

La sangrienta serie prosiguió en 1997. Ejemplo: Vadim Bi-rikov, sesenta y cuatro años, jefe de redacción adjunto de la revista *Delovije Ludi* y uno de los periodistas económicos más prestigiosos del país, fue encontrado el 25 de febrero de 1997 en el garaje de su casa, en Moscú, con las manos atadas a la espalda y una bala en la cabeza. Su coche había desaparecido. Ni rastro de los asesinos.⁶

Como los tiranos de la Antigüedad, figuras antinómicas de las sociedades democráticas contemporáneas, los señores del crimen son esclavos de sus deseos, violentan a los demás y son ciegos para ellos mismos. Su poder sólo se basa en el temor que inspiran, su riqueza en el robo y, cuando levantan el brazo, lo hacen siempre para matar.

Esos monstruos nocturnos gobiernan hoy buena parte de la economía —y en el Este, de la política— de los países de Europa.

Recuerdo una noche de verano que pasé en una terraza de la Piazza Navona, en Roma, acompañado por Pino Arlacchi.

Senador de la izquierda democrática, natural de Calabria,

5. El estudio de Satter fue traducido al alemán en *Die Weltwoche*, Zurich, 7 de marzo de 1996, con el sugestivo título de: «Freipass für Mord an Medienschaffenden» («Carta blanca para los asesinos de periodistas»).

6. Para detalles sobre el asesinato de Birikov, cfr. *Neue Zürcher Zeitung*, 26 de febrero de 1997.

profesor de Sociología en la Universidad de Florencia y autor de una prestigiosa obra científica, Arlacchi es un especialista mundialmente conocido del crimen organizado/

Arlacchi acababa de salir del cine, donde había visto la última película hollywoodiense consagrada a la mafia. Estaba fuera de sus casillas: «Estos cineastas le hacen un flaco favor a la lucha antimafia: ¡glorifican a los padrinos! Los muestran como buenos padres de familia, maridos afectuosos, amigos fieles. Y cuando se trata de sus empresas, les atribuyen todas las virtudes: excelentes organizadores, sagaces financieros, eficaces hombres de negocios... ¿Hombres de honor los Corleo-nesi? ¡Qué risa! Son depredadores de corazón seco. Monstruos desprovistos de la menor fibra humana, dominados por arcaicas pasiones y movidos por instintos de poder y rapiña absolutamente primitivos. Son unos crápulas.»

7. En 1997, Kofi Annan le nombró secretario general adjunto de las Naciones Unidas para la lucha contra el crimen organizado, el terrorismo internacional y la trata de seres humanos.

SEGUNDA PARTE

LOS LOBOS DE LAS ESTEPAS
DEL ESTE

¿Quién no querría ser bueno?
Pero en este triste planeta,
escasos son los medios, el
hombre es brutal y bajo.

¿Quién no querría, por ejemplo, ser honesto?
¿Se prestan las circunstancias? No, no se
prestan.

BERTOLT BRECHT, «Canción de Peachum», en
La Ópera de dos centavos

I El

Amo

Ninguna formación criminal en el mundo se parece a las bandas mañosas surgidas de los escombros de la antigua Unión Soviética. Su origen y el alto grado de aceptación que tienen en la sociedad plantean complejos problemas. La más antigua de las organizaciones criminales, los *Vor v zakon*, se remontan a la Rusia zarista del último decenio del siglo pasado. Pero el régimen bolchevique acabó con los cárteles criminales. Stalin exterminó sistemáticamente a todos sus miembros, asimilando sus actividades tradicionales —extorsión, corrupción de funcionarios, apropiación indebida, trata de blancas, robo— a las actividades contrarrevolucionarias y demás ataques contra el Estado soviético. Fueron castigadas con la muerte.

Stalin murió de una hemorragia cerebral, en el Kremlin, el 5 de marzo de 1953. A partir de entonces, el terror de Estado ejercido por los «órganos» (cuerpos que constituyen el aparato represivo) sobre las personas y grupos llamados «desviados» se aligeró poco a poco; insensiblemente al principio y cada vez más rápidamente después. Durante el reinado de Leonid Brézhnev en particular (de 1964 a 1982), la corrupción de amplios sectores del Estado y de la sociedad hace fulgurantes progresos. Se constituyen cárteles mañosos cada vez más potentes que infiltran la economía y pactan alianzas puntuales con algún secretario regional, algún director de complejo industrial, agrícola o comercial. Prestan servicios a la población, agotada por las penurias recurrentes, organizando y aprovisionando el mercado negro en todas las grandes ciudades.

En marzo de 1985, Mijaíl Gorbachov es elegido secretario general del PC soviético. Poco después proclama la *glasnost* y la *perestroika*, advenimiento de una política de transparencia, de apertura y de democratización limitada. En la opinión soviética, especialmente la rusa, nace una inmensa esperanza: el país se abrirá a Occidente, se unirá al concierto de las naciones civilizadas, saciará su hambre, respirará, gozará del mundo, vivirá por fin. Pero, en vez del Occidente liberador y solidario —el Occidente que colaboraría, con masivos créditos en el armonioso desarrollo del país—, llega el Occidente depredador.

En agosto de 1991, la Unión Soviética se disgrega. La formidable vitalidad de las bandas mañosas explota. Están por todas partes. Controlan ampliamente, y en su beneficio, la transformación de la economía dirigida en economía de mercado. Y, sobre todo, plantan cara a Occidente. El capitalismo más salvaje cae sobre Rusia y las repúblicas nacidas de las ruinas de la URSS. El ciudadano ordinario se siente agredido. Está angustiado, desorientado, sin seguridad alguna y sufre de lleno la miseria económica y social que sigue al hundimiento de las antiguas instituciones.

En esta situación, los señores del crimen, los nuevos boyardos, forman una especie de guardia de hierro, una vanguardia, la única capaz de levantarse contra la agresión de los capitalistas occidentales. Todas las referencias morales se derrumban. Con un espantoso estruendo, el Estado totalitario arrastra en su caída y entierra bajo sus escombros todos los antiguos valores, conductas, instituciones y certidumbres. Un nihilismo frío, desesperante, llena los corazones. Pero queda una evidencia: los únicos adversarios serios de los depredadores extranjeros son los señores rusos del crimen. Tienen la habilidad capitalista y mafiosa, poseen la necesaria determinación, los capitales y las armas para levantarse contra el invasor. Un banquero occidental asesinado en Moscú es una pizca de la dignidad rusa restablecida.

Yuri Afanassiev¹ muestra el sutil avance en la aceptación de los cárteles mañosos por el público: con Brézhnev prestaban un servicio gracias al mercado negro; permitían a los responsables de Estado (de los complejos, etc.), acosados, vencer los callejones sin salida del aprovisionamiento. Llega luego la *perestroika* y la agresión capitalista exterior. Los señores mafiosos resisten, oponen a la aplastante superioridad del agresor su habilidad en la corrupción y la violencia, y frenan su avance. Resultado, se convierten para muchos rusos en una especie de refugio de la dignidad nacional. Llegan por fin los años de Yeltsin. El Estado totalitario y su universo aparecen hoy en la conciencia de la gente tan lejanos como la época neolítica. Una nueva generación ocupa la escena con la conciencia por completo cosificada: el dólar es su dios; el goce inmediato de cualquier forma de placer posible, su credo. Además, es inteligente y está poseída por una devastadora vitalidad, una ilimitada sed de conquista. Ha sido también formada, frecuentemente, en las mejores escuelas de gestión. Los señores del crimen recluían hoy en su seno a sus más brillantes cuadros.

La mafia rusa es una nebulosa móvil, un fenómeno simbiótico. El núcleo duro de los cárteles se ve constantemente enriquecido por nuevos segmentos de población: ex militares que se morían de hambre se han convertido en asesinos profesionales; jóvenes ejecutivos —hombres y mujeres— carentes de la menor pizca de escrúpulo moral; antiguos altos funcionarios, generales, *apparatchiks*, policías de envergadura que, al llegar la hora de la privatización, eligieron el crimen.

Importantes investigaciones y encuestas se están llevando a cabo actualmente en la Universidad de Ciencias Huma-

1. Yuri Afanassiev, doctor honoris causa por la Universidad de Ginebra, es uno de los principales sociólogos de la Rusia contemporánea. Debo a nuestras conversaciones —y a la lectura de su obra (cuatro de sus libros han sido traducidos al francés)— un valiosísimo conocimiento de las contradicciones de la sociedad rusa.

ñas del Estado de Rusia, cuyo rector es Yuri Afanassiev, para conocer mejor los sistemas de autointerpretación y los componentes sociales de las principales organizaciones criminales.

No pretendo dar respuesta a las preguntas que plantea la irrupción del capitalismo salvaje en una sociedad totalitaria. Me limitaré a una rápida fenomenología de las bandas rusas. Se trata, aquí, de comprender la actualidad y la naturaleza del peligro que suponen los «lobos de las estepas del Este».

De todas las organizaciones criminales que existen hoy en nuestro planeta, las bandas rusas son, con mucho, las más peligrosas, las más poderosas, las más activas.²

Surgida de los escombros del antiguo Imperio soviético y perpetuando sus métodos de ocultación, violencia y mentira, la mafia rusa amenaza directamente a las sociedades democráticas de la Europa occidental.

K. A. es una de sus figuras más inquietantes, más enigmáticas. Dotado de una formidable inteligencia, de un instinto de poder siempre despierto, de extremada astucia, de una desmesurada afición por la violencia, su vitalidad parece inagotable. Reina como dueño sobre el constante caos de las bandas. Es el padrino de los padrinos, *el Amo*.

¿De dónde sale ese hombre? ¿Cuál es su carrera?

Aquel atardecer de estío era cálido y luminoso en los bosques, los campos y las ciudades de la Bielorrusia occidental. De pronto, del sol poniente surgieron unos aviones y, en pocos minutos, los diez primeros pueblos soviéticos desaparecieron entre las llamas, enterrando centenares de mujeres, niños y campesinos bajo sus escombros.

2. Para una teoría general de sus estructuras, cfr. Alain Lallemand, *Organizatsiye. La mafia russe a l'assaut de l'Europe*, Editions Calmann-Lévy, 1996.

Era el 22 de junio de 1941. La guerra de agresión de Hit-ler contra la Unión Soviética acababa de empezar.

Unas semanas más tarde, los Panzers alemanes eran detenidos a treinta kilómetros de Moscú. Avanzando por la Le-ningradskoi, una patrulla de tres carros había llegado incluso hasta las afueras y fue destruida a apenas quince kilómetros de la plaza Roja. Al viajero de hoy que, desde el aeropuerto de Cheremetievo, se dirige hacia el centro de la ciudad, un sumario monumento compuesto por barras de hierro oxidadas y cruzadas le recuerda el acontecimiento.

El invierno de 1941-1942 fue especialmente duro, con temperaturas que llegaban a menudo a los treinta grados bajo cero. Durante meses, día y noche, casi sin solución de continuidad, los cañones de largo alcance de los invasores martillearon los arrabales occidentales de Moscú. Cerca del puerto Sur, una familia —la madre y sus hijos— perdió en una sola noche su alojamiento, sus ahorros y todas sus pobres propiedades. Vivió entonces en las ruinas, refugiándose en los pasillos del metro cuando —y era frecuente— los aullidos de las sirenas anunciaban la llegada a la ciudad de los bombarderos alemanes, alimentándose de pan negro y patatas distribuidas por la comisaría del barrio. K. A. era el menor. Su infancia se vio sumida en las extremas privaciones de la guerra, la angustia nocturna de los bombardeos. Todos los suyos murieron, el niño creció entre ruinas. Solo. Se convirtió en un lobo capaz de soportar todos los sufrimientos. Duro, implacable, paciente, astuto.

Un hombre se encargó de su educación, V. G., llamado *el Mongol*, propietario de uno de los clubs de boxeo que abundaban en Moscú.

Hacia los veinte años, K. A. organizó una banda, que dirigió con implacable mano y que se especializó en la extorsión. Vistiendo por lo general el uniforme de los milicianos (policías) moscovitas, sus miembros raptaban a millonarios de la *nomenklatura* comunista, especuladores del mercado negro u

otros corruptos, los llevaban por la noche a uno de los múltiples bosques que rodean Moscú. Allí, las víctimas eran torturadas hasta que firmaban la transferencia de sus bienes a la banda o hasta que un amigo pagaba el rescate exigido.

Cierto día, los jóvenes boxeadores pasados de revoluciones atacan a un riquísimo coleccionista de arte que vive en Moscú. Desvalijan primero su *dacha* en el campo y vacían luego su apartamento. Se llevan sus obras de arte, algunas de las cuales tienen un valor inestimable. Sin embargo, al contrario que los *apparatchiks* corruptos llevados al bosque, torturados y liberados a cambio de un buen rescate, la víctima avisa a sus amigos del KGB.

La pandilla cae. K. A. es encerrado primero en la Butyrka y luego en Magadan, dos reductos de la criminalidad organizada. El Mongol, por su parte, también es encarcelado a consecuencia de otro asunto. Posa su protectora mano sobre su joven ex alumno. K. A. entabla útiles relaciones y prosigue sus clases.

Así pues, una vez purgados sus cinco años, sale de Magadan un verdadero padrino. Ya liberado, solicita y obtiene su parte de poder y de riqueza en el crimen organizado moscovita, lanzándose a numerosas empresas: bancos, extorsión, casinos, trata de mujeres. Pero su reinado es de corta duración. A comienzos de los años ochenta, la justicia soviética le condena a varios años de penal por coacción y amenazas de muerte. Tras su liberación es admitido entre los *Vor v zakon*.

Los *Vor v zakon* forman una organización misteriosa. Nacida durante los últimos años de la era zarista en los campos siberianos, practica ritos iniciáticos, tiene una rigurosa estructura piramidal y opera como una especie de instancia de referencia para el conjunto de las bandas criminales en suelo ruso. Asume esencialmente el papel de arbitro entre los padrinos de los distintos cárteles.³

3. Jürgen Roth, *Die Russen-Mafia*, ob. cit., pp. 23 y ss.

La carrera internacional de K. A. comienza una noche de otoño del último decenio.

En una *dacha* cerca de Moscú, los principales señores rusos de la criminalidad organizada celebran un consejo. El consejo supremo de los cárteles se llama *Chkod*. Éste designa a K. A. como su plenipotenciario en Estados Unidos. K. A. decide dirigirse inmediatamente a América.

La decisión respondía a una urgente necesidad: un elevado número de bandas rusas (euroasiáticas y caucásicas) actuaban en suelo norteamericano, en desorden y anarquía. Varias de ellas se combatían abiertamente. Los muertos eran numerosos. No se respetaba ya división territorial alguna. En resumen, la acumulación capitalista salvaje estaba en peligro.

Por aquel entonces, el FBI tenía identificados cinco grandes conglomerados criminales de origen soviético, divididos en más de doscientas veinte bandas operativas implantadas en diecisiete grandes ciudades estadounidenses, que se combatían entre sí.⁴

A finales de los años setenta, bajo la presión de la opinión pública internacional, el régimen de Brézhnev había tenido que consentir la emigración de gran número de ciudadanos soviéticos de origen judío. Los cárteles clandestinos del crimen organizado habían aprovechado la ocasión: gracias a documentos falsificados, se habían infiltrado masivamente en la oleada de emigrantes. El FBI, además, sospechaba que el régimen de Brézhnev expidió voluntariamente permisos de salida a miles de endurecidos criminales que purgaban su pena en el Gulag. Al final de la década de los setenta, más de cuarenta mil emigrados de origen soviético, verdaderos o falsos judíos, poblaban Brighton Beach, comúnmente conocido con el nombre de «Little Odessa».

4. Dorinda Elliott y Melinda Liu, «The Russian Mafia Goes Global», *Newsweek*, 2 de octubre de 1995.

Steven Handelmann forjó un término pintoresco para designar a los padrinos soviéticos que aflúan a Estados Unidos: *comrades criminals*?

Entre los jefes de banda rusos que en aquella época no sólo aterrorizaban a sus compatriotas emigrados sino también a los comerciantes, industriales y banqueros autóctonos, sobresale una figura: Evsei Agrom. Había llegado al aeropuerto Kennedy en 1975 tras haber pasado diez años en el Gulag por asesinato. Pero cierto día de mayo de 1985 Agrom salió imprudentemente al balcón de su apartamento en Brooklyn. Fue ejecutado con un fusil de mira telescópica.

Le sucedió B. Y., su principal consejero y emigrado soviético también. B. Y. extendió el imperio y estableció las primeras relaciones con algunos políticos locales corruptos. Custodiado por un verdadero ejército de jóvenes truhanes, sobrevivió a pesar de numerosos conflictos con sus nuevos asociados. Lamentablemente, B. Y. cometió un error imperdonable en un hombre de su talla: utilizó una tarjeta de crédito falsa y le echaron mano. Condenado en 1989, desapareció tras los barrotos. Tras la caída de B. Y. se inició la guerra de las bandas.

El Amo desembarcó en el aeropuerto Kennedy de Nueva York en la primavera de 1992. Se disponía a poner orden en el caos de las bandas rusas (chechenas, ucranianas, kazakas, etc.) que actuaban en suelo estadounidense.

Dispone una guardia personal de varias decenas de experimentados asesinos y pone manos a la obra con una rapidez y un rigor impresionantes. Opera con ejemplar crueldad: en numerosas ciudades de Estados Unidos, los *re-ketiri*^b recalcitrantes, con los ojos reventados, colgados en habitaciones de hotel, aplastados por camiones o degollados a navaja, atestiguan su paso.

5. Steven Handelmann, *Comrade Criminal*, New Haven, Yale University Press, 1995.

6. *Reketiri*: deformación rusa de la palabra inglesa *mcketeer*, el que extorsiona, el que cobra el precio de la «protección».

En la jungla de las megápolis, el Amo cambia por completo su modo de vida, la manera de moverse, de alojarse y de vestirse. Se acabó la escandalosa vida del nabab. Se acabaron los gigantescos Mercedes de cristales ahumados seguidos por todoterrenos Toyota atestados de guardaespaldas. Se acabaron las suntuosas fiestas, las noches ruidosas, los chorros de champán rosado, el caviar a cucharadas y las arrogantes apuestas en las mesas de juego, realizadas de madrugada ante los pasmados ojos de los curiosos. Utiliza identidades y disfraces siempre nuevos. Opera en una clandestinidad casi perfecta, cambia de ciudad y de alojamiento prácticamente cada semana, su prudencia se parece a la de un lobo de las estepas rusas. Evita cualquier ostentación. Ha recuperado un modo frugal de vida. Como en los tiempos de su infancia entre las ruinas de los arrabales meridionales de Moscú, se mueve en las metrópolis estadounidenses preferentemente a pie o en metro, sólo sale de noche y no confía en nadie. El FBI ignoró durante mucho tiempo su existencia.

El poder solitario del Amo es considerable. Renata Lesnik y Hélène Braun lo describen de este modo: «Sus cuatro teléfonos portátiles, conectados a los satélites, funcionan las veinticuatro horas del día; a veces comunica el mismo día con catorce países, en ruso o en el argot de la cofradía. Tras una simple llamada telefónica por su parte, algunos bancos privados de Moscú desbloquean, en un abrir y cerrar de ojos, varios millones de dólares cuando meses y meses de negociaciones no habían dado resultado alguno. Desde Nueva York, uno de sus gruñidos por el auricular basta para arreglar cualquier litigio entre clanes en toda Rusia y más allá. En Amberes o en Tel-Aviv, tanto en Londres como en Montecarlo, los más altivos interlocutores se ponen firme con sólo oír su voz. Un hombre de negocios siberiano que había vendido un laminador en África del Sur le ruega humildemente al "señor" que acepte la mitad de su beneficio... Un regalito de tres millones de dólares. Cualquier hombre de negocios deseoso de cooperar con

una firma norteamericana pregunta primero su opinión. Si lo "olvidaran", sus proyectos acabarían en fracaso.»⁷

Pero K. A. tiene la sangre caliente, una vitalidad desbordante, un apetito sexual aparentemente insaciable. Las mujeres van a ser su perdición.

Está en la mejor edad. Lleva el cabello canoso y cortado muy corto, una perilla adorna su rostro macizo y brutal, es fuerte como un toro. Tiene unos ojillos verdes y los pómulos prominentes.

Al amanecer de un día de los años noventa, un comando de élite de la policía neoyorquina toma por asalto un dúplex situado en un edificio de Brighton Beach. K. A. es apresado en el vestíbulo, vestido sólo con sus calzoncillos. Se había demorado unos minutos de más en el domicilio de una de sus amantes.

En enero de 1997, la justicia del estado de Nueva York le condena, por extorsión y matrimonio fraudulento, a nueve años y siete meses de cárcel.

7. Renata Lesnik y Héléne Braun, *L'Empire de toutes les mafias*, París, Presses de la Cité, 1996, p. 85.

II Muerte en París

Serguéi Majarov es un hombre joven, apuesto, alto, de piel morena, cabello de azabache que contrasta, extrañamente, con sus ojos de un azul claro, casi transparente. Tiene treinta y seis años. Es multimillonario. Su profesión oficial, productor de cine. En el garaje subterráneo de su mansión parisina se alinean los coches de lujo, las limusinas norteamericanas. Majarov es un habitual de Maxim's, en París. Encantador, simpático, elegante, posee una gran alegría de vivir. Las mujeres le adoran. En aquellos años de 1990-1994 su vida transcurre esencialmente entre su dúplex, con una terraza que tiene una incomparable vista de la torre Eiffel, en la avenida Marceau de París, y un hotel ginebrino situado en el muelle del Mont-Blanc, donde alquila la suite presidencial.

Aquel lluvioso día del 22 de noviembre de 1994 está tranquilamente sentado en el salón de su apartamento de la avenida Marceau. Junto a él, una hermosa joven, maniquí de profesión y polaca de nacionalidad. Su guardaespaldas está en el vestíbulo. Los asesinos atacan con una sangre fría y una habilidad impresionante.¹

Una llamada en el interfono de la planta baja del edificio atrae a Majarov hasta el vestíbulo. Su silueta aparece tras la puerta cristalera. El cristal es grueso, capaz de resistir los impactos. Las primeras balas de gran calibre rebotan. La puerta resiste. Pero, como verdaderos profesionales, los asesinos no

1. Testimonio de los inspectores de la brigada criminal de la policía judicial en *Le Monde*, 11 de febrero de 1995.

ametrallan la puerta. Concentran sus disparos en un pequeño espacio. El blindaje cede. A través del agujero, la segunda salva acaba con la víctima.

La operación se ha desarrollado en una fracción de segundo. El guardaespaldas no ha tenido tiempo de desenfundar, Majarov no ha tenido tiempo de tirarse al suelo.

Las armas de los asesinos llevan silenciadores. Los policías encontrarán, más tarde, una ametralladora CZ de fabricación checa, el arma preferida de las bandas rusas. Por lo que a los asesinos se refiere, salen tranquilamente del edificio y desaparecen en la noche parisina.

Nacido en una familia de artistas intelectuales de la diáspora rusa de Georgia, Majarov había abandonado la URSS en 1980 para reunirse con su padre, pianista, en Viena. Poco después apareció en Francia.

Se había especializado en el comercio de materias primas. Se había asociado con O. M., un amigo de la infancia, en un negocio que había producido una comisión de un millón y medio de dólares. La suma había sido depositada en una cuenta numerada de un banco suizo. Sin embargo había estallado un conflicto entre ambos: Majarov había rechazado el modo de repartición.

Se había entablado un proceso ante la justicia suiza, que debía resolver el litigio. Por su parte, O. M. había desaparecido en Israel.

Abriré aquí un paréntesis: sucede con frecuencia que algunos padrinos buscados en Europa desaparezcan en Israel. Eso no significa que el país sea un Eldorado para los señores del crimen organizado. Los lobos de las estepas del Este utilizan Israel por otra razón: cualquier nuevo inmigrante puede, tras algunos meses, pedir un pasaporte. Luego puede abandonar el país cuando quiera sin que el pasaporte sea anulado. Un pasaporte israelí es el documento de entrada ideal en Europa del oeste. Muchos no judíos procedentes de los escombros del imperio lo utilizan: en Rusia y en las demás repúblicas ex so-

viaticas unos pocos dólares bastan para comprar un certificado del origen «judío» del portador. Las autoridades rabínicas israelíes que teóricamente deciden sobre los casos dudosos están desbordadas de trabajo. Si todo va mal, el mañoso ruso (ucraniano, lituano, etc.) siempre puede procurarse en Tel-Aviv, por unos cien dólares aproximadamente, dos testigos que jurarán por su honor que el demandante era conocido en Rusia como un «judío piadoso».²

A mediados de diciembre de 1994, avisada por un chivato, la policía francesa hace una redada en un lujoso hotel de la calle Scribe, en París. Descubre un comando de cuatro rusos, el jefe y tres musculosos gigantes. Sus documentos de identidad, en regla, indican todos la misma profesión, «obrero». Sin embargo, los cuatro «obreros» han efectuado en los días anteriores compras en tiendas de los Campos Elíseos por un valor de varias decenas de miles de dólares, pagando con una tarjeta de crédito expedida por un establecimiento de Nicosia.

Los cuatro hombres son interrogados y detenidos. Profieren amenazas contra los inspectores franceses. Pero las bases legales para su detención no son suficientes. Los inspectores tienen que acompañarlos a Roissy, donde son expulsados y metidos en un avión que se dirige a Moscú.

Quince días más tarde, un financiero de origen ruso es asesinado en Bruselas en las mismas condiciones, exactamente, que Serguéi Majarov.

Siguiendo los respectivos hilos, los inspectores de las policías judiciales francesa y belga confirman una convicción: los asesinos que el 22 de noviembre abatieron con consumada habilidad a Majarov en su apartamento de la avenida Marceau son los mismos que a finales de diciembre, en Bruselas, ejecutaron del mismo modo al financiero ruso. En ambos casos fueron probablemente los cuatro «obreros» rusos detenidos a

2. Cfr. *Le Monde*, 16 de agosto de 1997.

mediados de diciembre en el hotel Scribe y, luego, por falta de pruebas, expulsados a Moscú, los que dieron el golpe.

La hipótesis de los investigadores es la siguiente: parte de la comisión (o la totalidad) por el contrato comercial negociado —legalmente— por Majarov y O. M. estaba destinada a los señores de un cártel ruso. Al perder la paciencia y confiando poco en la justicia suiza, al parecer exigieron —tras la desaparición de O. M. en Israel— el pago de la comisión por parte de Majarov. Puesto que éste remoloneaba, fue ejecutado.³

Las ceremonias funerarias por Serguéi Majarov se celebraron en la iglesia rusa de la calle Daru, en París.

3. Por lo que se refiere al papel desempeñado en este asunto por el financiero residente en Bruselas, nunca se ha aclarado.

III El dinero de la sangre

En Francia son, ante todo, los Renseignements Généraux, la policía judicial, el servicio de investigación de aduanas, la gendarmería y TRACFIN —servicio muy cualificado que depende de varios ministerios a la vez y se encarga, especialmente, de poner al descubierto los circuitos de blanqueo— quienes se ocupan de la represión de la criminalidad transfronteriza organizada y de las organizaciones de blanqueo de los capitales criminales.¹

Un informe con fecha de 29 de marzo de 1996, firmado por los Renseignements Généraux y titulado «*Criminalidad organizada procedente de los países del Este*», analiza los hechos y cifras más recientes recogidos por el conjunto de los servicios mencionados.

A comienzos de los años noventa, la penetración en Francia de las bandas euroasiáticas surgidas de los escombros de la antigua Unión Soviética es acompañada por un impresionante crecimiento de las inversiones llamadas «mañosas». Sólo en el año 1994, el Banco de Francia hace el inventario de las transferencias por una suma global de 55 000 millones de francos franceses, procedentes de las repúblicas de la ex URSS. La mayor parte es de origen «dudoso» o claramente «criminal».

El informe de los Renseignements Généraux intenta esta-

1. La ley del 22 de enero de 1993 obliga a los banqueros a declarar a TRACFIN los movimientos de fondos sospechosos. Para la crítica de esta ley, cfr. Thierry Jean-Pierre y Patrice de Méritens, *Crime et Blanchi-ment*, París, Fixot, 1993, pp. 204 y ss.

blecer una estratificación de las organizaciones criminales orientales establecidas en Francia:

1. En la parte baja de la escala aparecen las bandas de malhechores que sólo se entregan a banales actividades de extorsión, a la «protección» forzosa de comerciantes y trabajadores inmigrados originarios de la Europa del Este, a los burdeles y al tráfico de heroína.

2. En el segundo peldaño está el crimen organizado transfronterizo propiamente dicho, comprometido en empresas criminales de gran envergadura, bien por cuenta propia, bien en el marco *ájoint-ventures* realizadas en asociación con cárteles de otros continentes. Estas organizaciones suelen tener su base en París o en la Costa Azul.

3. En el tercer peldaño se encuentran los financieros de origen ruso, uzbeko, kazako, checheno, moldavo, polaco, etc., que llevan en Francia una existencia perfectamente legal, no se mezclan en guerra de bandas alguna, sino que gestionan sociedades financieras, bancos, trusts inmobiliarios y circuitos de inversión de toda clase destinados a reciclar en la economía francesa los beneficios criminales de los cárteles activos en la ex URSS o de cualquier parte del mundo. Tarea exclusiva: blanquear el dinero del crimen, hacerlo fructificar en el terreno inmobiliario, la Bolsa o cualquier otra empresa lucrativa francesa. Son, por así decirlo, administradores de fortunas que se encargan de desarrollar una estructura para acoger capitales procedentes del Este.

4. En lo alto de la escala hay hombres de negocios que, desde Francia y por cuenta de los cárteles, invierten sumas a menudo colosales en especulaciones financieras, negocios de importación-exportación, *joint-ventures* en el mundo entero. Ejemplos: múltiples transacciones con armas y materias nucleares provenientes de las reservas del ex Ejército Rojo; venta de ciento cincuenta camiones de fabricación rusa a la República del Congo-Brazzaville; explotación de canteras en Abjasia dirigida desde los despachos situados en los Campos Elíseos.

Siento por los funcionarios del TRACFIN, del servicio de investigación de aduanas, de la policía judicial, de la gendarmería y de los Renseignements Généraux una viva admiración: gracias a su trabajo de benedictinos, sacan a la luz circuitos de financiación de extraordinaria complejidad.

Ejemplo: encubierta en una transacción multinacional que se trataba oficialmente de alfombras se había invertido en Gi-braltar una suma de origen criminal de doscientos millones de francos franceses, suma que había transitado después por Du-blín para regresar a un conocido banco de París. El STRAC-FIN descubrió también el rastro de importantes sumas de origen criminal, igualmente giradas desde una agencia bancaria parisina, vía Bélgica y Londres, a Estados Unidos. Otras sociedades financieras vinculadas a cárteles rusos, con sede en Hali-fax, Licchtenstein, Luxemburgo, Rotterdam, Tórtola, las islas Vírgenes, financiaron en Francia compras o trabajos inmobiliarios por un total de decenas de millones de francos franceses.

Francia es, sin duda, el país de Europa en que la conciencia de la amenaza mafiosa está menos desarrollada en la opinión pública. La ignorancia y la indiferencia de los franceses a este respecto son simplemente aterrorizadoras. En cambio, Francia dispone de una función pública muy competente, de instancias de represión del crimen organizado, numerosas y valerosas, que llevan a cabo minuciosos y constantes controles.

La lectura del informe de los Renseignements Généraux antes citado nos deja, sin embargo, perplejos: ¿cómo ha sido posible una penetración tan profunda y rápida? Probablemente, la explicación resida en la especial estrategia utilizada por los cárteles orientales: éstos parecen absolutamente indiferentes a los precios del mercado. Para los objetivos deseados, ponen en juego sumas que no tienen relación alguna con los precios que suelen establecerse en Francia.

Así, un hombre de negocios ruso compra por veinticinco

millones de francos franceses un apartamento en la avenida Foch que, a precio del mercado de 1995, apenas vale la mitad. También, en la avenida Georges-Mandel, en el distrito XVI, una sociedad rusa adquirió por 32 millones de francos franceses una casa relativamente modesta y la transformó gastando algunas decenas de millones más.

El informe revela una muy fuerte concentración territorial de las inversiones mañosas en Monaco, Antibes, Niza, Fréjus y Villefranche-sur-Mer. Otra concentración —ésta corroborada por las autoridades suizas—² se produce en los departamentos del Bajo Rin, el Ain y la Alta Saboya. La proximidad de las plazas financieras de Basilea y Ginebra, muy apreciadas por los depredadores orientales, proporciona una convincente explicación a esa alternativa de implantación.

Por admirable, paciente e inteligente que sea el trabajo de los investigadores franceses, suele desembocar sólo en la expulsión de los criminales y pocas veces en su condena por un tribunal. Las razones de ello son múltiples: la falta de colaboración de las autoridades rusas, las identidades ficticias de los detenidos, la estructura etnocéntrica de numerosos cárteles, etcétera.

He aquí algunos ejemplos:

G. es natural de la ciudad de Bujará. Es un hombre apuesto, enérgico, de unos cuarenta años, con los ojos rasgados, e inteligente.

Desde la caída de la Unión Soviética se instaló en Berlín, donde lleva la existencia dorada de un próspero hombre de negocios.

En marzo de 1993 es expulsado de Alemania, por or-

2. Informe del grupo de trabajo referente a los capitales procedentes del Este (*Lageberich Ostgelder*), Departamento Federal de Justicia y Policía, Berna, 1995. Un nuevo informe, que abarca los años 1995-1996, apareció en diciembre de 1997.

den judicial, debido a unos documentos transmitidos por el FBI.

Un mes más tarde se instala en París. Alquila un departamento en el distrito XVI, crea varias sociedades comerciales e invierte masivamente en restaurantes de lujo.

Los investigadores franceses descubren el pasado alemán de G. Al parecer, en Berlín practicó el secuestro, el rapto y, de vez en cuando, la tortura sobre anticuarios procedentes de la diáspora judía.

G. se defiende, indignado. ¿Sus ganancias? 150 000 francos franceses al mes, que proceden de unas rentas en Rusia. ¿Qué hace en París? Turismo. Exhibe dos pasaportes, uno ruso y otro israelí. Ninguno de los dos es válido. Detenido en el Quai des Orfèvres, G. resiste con admirable sangre fría.

Finalmente, al no tener el menor cargo contra él, los inspectores franceses deben soltarle. Es llevado a Roissy, puesto en un avión y expulsado hacia Moscú.

Otro ejemplo de impunidad: Z., cuarenta años muy bien llevados, es también un considerable hombre de negocios. Hijo de un ex oficial del KGB, tiene en Moscú muy buenas relaciones. Por sus cuentas abiertas en distintos bancos franceses pasan, regularmente, colosales sumas en divisas que alertan al TRACFIN.

Z. opera, según las evidencias, a la cabeza de una bien estructurada empresa multinacional: gran número de los giros que recibe pasan por las cuentas corrientes de una sociedad distribuidora de películas que vende culebrones brasileños a las cadenas de televisión rusas. Posee unas lujosas oficinas en los Campos Elíseos.

El hombre es objeto de una comisión rogatoria emitida en 1993 por la justicia penal de la Federación Rusa. En los documentos transmitidos a los jueces franceses figura como prin-

principal acusación la «dilapidación de fondos públicos por medio de documentos de crédito falsificados». Detenido en París, es liberado.

Último ejemplo: A., de unos treinta años, fornido, de estatura media y el cuerpo acibillado de cicatrices, viste con elegancia y parece disponer de grandes medios financieros. Es un literato. Le atrae la Costa Azul.

Por lo que se refiere a su estilo de vida, imita hasta la caricatura el de la alta aristocracia anterior a 1914. Frecuenta primero las suites presidenciales de distintos hoteles de lujo de Niza y se instala después en su propio domicilio, también en Niza: un suntuoso apartamento con terraza. Para sus excursiones nocturnas a los casinos de la costa, donde apuesta con regularidad sumas impresionantes, utiliza alternativamente varias grandes berlinas.

¿Sus asuntos legales? Inmobiliarios. Pero los tribunales de Moscú le buscan: según las autoridades de la Federación Rusa, el hombre parece estar a la cabeza de una organización criminal especializada en el secuestro y el rapto.

Con esta información, los inspectores de la policía judicial de Niza le abordan. Rodeado por sus guardaespaldas, A., en traje de baño, saborea un pastís en la terraza de su residencia. Control de identidad. A. presenta un pasaporte que lleva el apellido de una joven ucraniana con la que se ha casado pocos meses antes. El pasaporte tiene un visado permanente alemán. Ventajas de los acuerdos de Schengen: el visado le ha abierto las puertas de Francia.

Los inspectores le detienen por presentar un permiso de residencia falsificado. El ruso protesta, dice que nació en Ucrania y es ciudadano de esa República. Los funcionarios franceses se muestran inflexibles. A. es encerrado en el centro de detención para extranjeros en situación irregular. El tribunal administrativo de Niza ordena su expulsión.

Frecuentemente, algunos hombres de negocios rusos utilizan en territorio francés, métodos «comerciales» poco ortodoxos.

En junio de 1994, por ejemplo, tres sicarios rusos raptan a la hija menor de un empresario del departamento de Vad cuando se dirigía a la escuela. El empresario actúa legalmente en Moscú. Un conflicto comercial le opone a una sociedad moscovita; conflicto procedente de un negocio perfectamente ordinario y legal.

La sociedad moscovita considera que la empresa francesa le debe una indemnización por daños y perjuicios que asciende a tres millones de francos. La empresa francesa lo niega y los rusos ordenan el rapto de la hija del patrón.

Los rusos hacen llegar al padre de la niña un mensaje: si en un plazo de tres días los tres millones de indemnización no han sido pagados, le cortarán un brazo a la niña. Antes de que puedan llevar a cabo la amenaza, los «asociados» moscovitas son detenidos por los gendarmes de la brigada de Muy (Vad),

He aquí un asunto resuelto por la Brigada de Represión del Bandidismo (BRB) en París: el 24 de febrero de 1994, un ciudadano sueco que paseaba por los Campos Elíseos es secuestrado en pleno día por un comando de truhanes rusos. La víctima es oficial de la marina mercante. Es de origen ruso y tiene negocios en San Petersburgo. Negocios que, probablemente, le han supuesto algún conflicto con una o varias pandillas locales. El 8 de marzo de 1995, los inspectores de la BRB detienen a los nueve supuestos autores del secuestro. Es un arresto bastante movido. Un inspector resulta herido por las balas.

El asunto de los Campos Elíseos permite a las autoridades

francesas, que trabajan en estrecha colaboración con policías y magistrados alemanes, hacer interesantes descubrimientos, en especial la existencia en Europa de verdaderas sociedades de servicios que practican el secuestro, el cobro de deudas, el rapto, el «castigo» y la intimidación de los morosos recalitrantes. Esas sociedades trabajan por encargo y sus sicarios actúan en toda Europa.

IV

Los bajos fondos de Moscú

La sociedad contemporánea rusa, que ha hecho nacer a los señores del crimen, ofrece la fascinante imagen de la anomía. Este concepto está en el centro de la teoría sociológica de Emile Durkheim¹ y designa una situación en la que el tejido social está hecho jirones, en la que ninguna norma supraindividual limita la agresividad de los individuos o los grupos, en la que las pocas instituciones estatales supervivientes ya sólo controlan territorios marginales de la vida colectiva. No hay ya relaciones interpersonales racionalmente organizadas y legalmente normalizadas, no hay instituciones sociales totalizadoras, no hay relaciones mando/obediencia organizadas, no hay estratificaciones estables. Por lo que se refiere a la superestructura —moral pública, teoría de legitimidad del poder político, etc.—, también está hecha añicos. Un caos de intereses conflictivos y deseos contradictorios domina el campo social. Reina un capitalismo salvaje cuyas conductas no están ya determinadas, canalizadas, dominadas por un poder social normativo, un Estado, una magistratura. La sociedad legal queda minimizada, relegada al margen del acontecer social.

Por la extensión de su territorio, el poder potencial de su economía, las extraordinarias riquezas de su subsuelo, su posición estratégica en dos continentes y su arsenal nuclear, Ru-

1. Durkheim desarrolla este concepto principalmente en dos de sus obras: *La división del trabajo social* (1893) y *El suicidio* (1897); cfr. también Jean Duvignaud, en introducción, *Journal sociologique*, París, PUF, 1969, pp. 19 y ss.

sia es sin duda alguna una potencia mundial. Como tal es tratada —en la ONU, en los Balcanes y en cualquier parte— por Estados Unidos, la Unión Europea y la OTAN. Aparentemente, su gobierno es poderoso.

Yuri Nicolaievich Popov, profesor moscovita de economía política, autor de renombre internacional, desarrolla una interesante teoría.² Para él, Boris Yeltsin es el lejano sucesor de Gri-gori Alexándrovich Potemkin. Primer ministro de la zarina Catalina II, Potemkin había desarrollado un ingenioso sistema para engañar a la emperatriz sobre el estado real del imperio y camuflar, así, el fracaso de su política de reformas: cada vez que la *zarina* abandonaba su palacio de San Petersburgo para emprender un viaje de inspección por algún lugar de Rusia, Potemkin hacía levantar a lo largo de su camino aldeas pintadas de colores alegres y variados. Pero las fachadas ante las que pasaba la diligencia imperial eran, precisamente, sólo apariencia. Detrás no había casas ni talleres ni granjas: sólo el vacío.

¿Está justificado el abisal pesimismo de Yuri Popov?

Algo me parece indiscutible: la Rusia de hoy es un caos social organizado de acuerdo con la racionalidad predominante de los cárteles de la criminalidad transnacional. Se halla en estado de anomía.

Pino Arlacchi utiliza el mismo concepto de anomía para analizar la sociedad siciliana de la posguerra. Calabrés de origen, Arlacchi es uno de los mejores especialistas del fenómeno mañoso. La autoridad de sus obras en el mundo entero es indiscutible.³ Pero la sociedad anómica que Arlacchi describe

2. Conversación con el autor.

3. Pino Arlacchi, *Mafia et Compagnies. Uéthique mafioso et l'esprit du capitalisme*, trad. al francés de Aldo de Forno, prólogo de Jean Ziegler, Grenoble, Presses Universitaires de Grenoble, 1986; ídem, *Gli uomini del dishonore*, Milán, Arnaldo Mondadori, 1992; ídem, *Addio Cosa Nostra*, Milán, Rizzoli, 1994.

con tanta sutileza —la sociedad siciliana— cubre un territorio de veinticinco mil kilómetros cuadrados y tiene menos de diez millones de habitantes. Salvo por algunos centros urbanos (Palermo, Messina, Catania), es tan pobre como Job.

La Federación Rusa, en cambio, es una gran potencia mundial que se extiende desde las fronteras de Polonia y Moldavia hasta el océano Pacífico y el océano Ártico, desde el mar Báltico hasta el mar Caspio. País-continente, abarca toda la Rusia europea, el Cáucaso del norte y Siberia. Su territorio cubre once franjas horarias. Rusia posee la mayor masa territorial de todos los Estados que existen en el planeta. La ciudad de San Petersburgo está geográficamente más cerca de Nueva York que de Vladivostok, y ésta se halla más cerca de Seattle que de Moscú. Abarca dieciséis repúblicas y territorios autónomos y reúne en su seno una multitud de pueblos con tradiciones a menudo milenarias, con lenguas, civilizaciones y modos de producción distintos: rusos, siberianos, bashkires, carelios, kalmukos, kabardinobalkartes, buratos, osetos del norte, chechenos, komis, mariis, etc., en resumen, una población inmensa y abigarrada de casi 150 millones de seres humanos. En el subsuelo de sus diecisiete millones de kilómetros cuadrados duermen fabulosas riquezas mineras: la Federación Rusa es el primer productor de oro del planeta, el primer productor de diamantes, de petróleo, de gas natural, de manganeso, de uranio, etcétera.

Pese a los acuerdos SALT (Strategic Arms Limitation Treaties) I, II y III, poseía todavía en 1997 más de veinte mil cabezas nucleares y miles de cohetes portadores, decenas de los cuales de alcance intercontinental.

Para las democracias de la Europa occidental, la aparición de una sociedad anómica en Rusia tiene, pues, consecuencias infinitamente más peligrosas que las provocadas por el establecimiento de la anomía en Sicilia.

Recuerdo una clara mañana de septiembre de 1986 en Moscú. Presidida por el primer ministro finlandés Khalevi

Sorsa, una delegación del SIDAC (Socialist International Di-sarmament Council) era recibida en el Kremlin. Marcial guardia de honor a ambos lados de la entrada de la torre del Reloj, larga espera luego en un salón de cortinajes rojos y techo artísticamente esculpido. Finalmente, los dos batientes de la inmensa puerta de la sala San Pablo se abrieron, empujados por oficiales de la guardia. Fuimos introducidos en la sala, cuyas altas paredes estaban forradas de seda verde pálido. Arañas de cristal colgaban del techo, decorado con dorados motivos campestres. Al otro extremo de la sala se abrió, silenciosamente, una puerta; por la alfombra persa avanzaron los miembros de la delegación soviética: Andréi Gromiko, presidente del Soviet Supremo, con vacilantes pasos de anciano, rostro gris y arrugado; Anatoli Dobrynin, antiguo embajador en Washington; Valentin Falin, rostro alargado y triste, jefe del departamento extranjero del Comité Central; tras él, gor-dezuelo, rubicundo y alegre, Vadim Zagladin, su adjunto.

A uno y otro lado de la interminable mesa de caoba, los miembros de ambas delegaciones se hicieron frente, arrellanados en altos sillones cubiertos de brocado azul marino; tras cada uno de los sillones, en la pared, un medallón ancestral delicadamente pintado. Por las altas ventanas de marco dorado que dan a la plaza Roja atravesaba las cortinas de seda blanca una luz lechosa.

Contemplando los rostros tranquilos y pesados de nuestros interlocutores, percibiendo su tranquila arrogancia, escuchando sus análisis geoestratégicos, tenía yo la impresión de hallarme ante los verdaderos dueños de buena parte de nuestro planeta. Ni siquiera en mis más enloquecidos sueños habría podido yo imaginar la próxima caída de su poder ni la infiltración, la subversión, el dominio de la economía rusa por los señores del crimen.

La escritora Marina Rumiantseva da a la fauna nocturna de los nuevos hoteles de lujo, casinos y restaurantes de *gour-mets*, que luce gruesas cadenas de oro y costosas pieles, el

nombre de *kuptsi*. En la literatura rusa, sobre todo en Gógol y sus contemporáneos, el término designa a los «comerciantes», gente forrada de dinero. Vulgares, arrogantes, luciendo ostentosamente las muestras de su éxito, son gente inculta. Una palabra yiddish, que se utiliza corrientemente en el Moscú de hoy, indica el origen de su súbita fortuna: *geshefti*, la especulación. Pero los *kuptsi* viven en un mundo distinto al de los *torgachi*, los pequeños especuladores, los mangoneadores de poco nivel. (Probablemente, estos últimos son expulsados, con violento desprecio, por los *nachalniki*, los cerberos colocados ante las puertas de los clubs nocturnos.)

Marina Rumiantseva menciona el juicio de Serguéi Gla-siev, presidente de la comisión económica de la Duma: «La Rusia actual es sólo un gigantesco casino. Nadie produce, todo el mundo no hace más que especular.»⁴

¿Desviación pasajera de la conciencia colectiva? ¿Sutil perversión de la formidable vitalidad del pueblo ruso? ¿Generalización a toda una clase de la conducta especulativa, incluso criminal, de algunos? ¿Accidentes coyunturales, contingentes?

Estas hipótesis son, a mi entender, demasiado simplistas. Las actuales prácticas y las motivaciones profundas de esos nuevos *kuptsi* y *torgachi* hunden sus raíces en una historia social más lejana.

Nunca ha existido en Rusia una burguesía nacional en el sentido occidental del término. El capitalismo de tipo europeo es una idea nueva para los hijos supervivientes de la sociedad bolchevique. Un régimen parecido a una democracia occidental sólo existió en Rusia durante ocho meses en 1917. Entre el brusco derrumbamiento del régimen feudal y el brutal advenimiento de la sociedad colectivista, ninguna burguesía apta

4. Cfr. Marina Rumiantseva, «El nuevo sueño ruso». El ensayo fue publicado en traducción alemana en *Die Weltwoche*, Zurich, 16 de noviembre de 1995.

para la acumulación capitalista, ninguna clase de empresarios comparable a la del siglo XIX occidental tuvieron tiempo de florecer.

En su novela *El jugador?* Fiódor Dostoievski traza un cuadro de ácidos colores de las relaciones que los rusos mantienen con el dinero. La novela apareció en 1866, apenas cinco años después de la supresión de la servidumbre. Sombría predicción del escritor: Rusia seguirá siendo aún, durante siglos, un país donde se enfrenten los dueños y los esclavos, los ricos y los pobres, los ociosos y los trabajadores forzados. Considerando el reinado de los bolcheviques y, luego, la época contemporánea del poder de los cárteles de la criminalidad organizada, la profecía de Dostoievski se revela sorprendentemente lúcida.

El jugador contiene penetrantes pasajes sobre el singular uso que hacen los rusos de su dinero, sobre su «incapacidad» para hacer fructificar el capital, su total despreocupación ante los imperativos de la acumulación: «El catecismo de las virtudes y las divinidades del hombre occidental civilizado designa, casi como punto central, la capacidad de crear, de acumular capital. El ruso, en cambio, es incapaz de crear, de hacer que fructifique el capital [...]. Nosotros, los rusos, nos vemos seducidos por instrumentos como la ruleta, con los que puedes hacerte rico en dos horas, y sin trabajar [...]. Un ruso no es sólo incapaz de crear capital sino que si, por casualidad, lo tiene, lo malgasta en seguida, de un modo abyecto la mayoría de las veces.»

La literatura rusa abunda en figuras —simpáticas a veces, inquietantes otras, pero poderosas siempre— de hábiles especuladores, arteros estafadores, picaros.

En San Petersburgo, en Nizhni Nóvgorod, en Moscú, en Minsk o en Vladivostok, todas esas figuras celebran hoy una suntuosa resurrección. Animán, ilustran, dominan la vida eco-

5. Fiódor M. Dostoievski, *El jugador*, Espasa-Calpe, col. «Austral», Madrid, 1979.

nómica y social de ese vasto país. Coexisten con un pueblo milenario de inagotable paciencia, de discreta melancolía, de inquebrantable valor, un pueblo que realiza honestamente su labor cotidiana e intenta sobrevivir, día tras día, en una situación económica que sumiría en la desesperación a cualquier ciudadano de la Europa occidental.⁶

Las estadísticas puestas al día por la Comisión sobre las Mujeres, la Familia y la Demografía, acreditada por el presidente Yeltsin, muestran un cuadro apocalíptico: la violencia, las drogas duras, la miseria económica y el alcohol están destruyendo a la población. En la escala de la esperanza de vida, los hombres rusos ocupaban en 1997 el lugar 135, las mujeres el 100. La esperanza de vida media de los rusos es inferior a la de todos los europeos y todos los norteamericanos. Es más corta que la del conjunto de los asiáticos (excepto los afganos y los camboyanos). El hombre ruso muere diecisiete años antes que el sueco, trece años antes que el estadounidense.⁷

6. Cfr. Alexis Berelowich y Michel Wieviorka, *Les Russes d'en has. Enquête sur la Russie post-communiste*, París, Ed. du Seuil, 1996.

7. Para el análisis de las conclusiones del informe, cfr. *Time Magazine*, Nueva York, 11 de agosto de 1997.

V El crimen organizado

privatiza el Estado

Hoy, en Rusia, el Amo y los demás señores del crimen rigen ramas enteras de la economía y dominan amplios sectores de la administración pública, de la Duma y del gobierno.

En la industria, el comercio, la banca y los servicios el crimen organizado posee o controla directamente (por medio de créditos a largo plazo, etc.) aproximadamente el 85 % de las empresas privadas. Más de cuarenta mil empresas de importancia nacional son administradas por aquél. Fuentes alemanas indican que las bandas se han hecho cargo —desde 1991— de más de dos mil empresas de Estado, encargándose de su transferencia al sector privado.¹

En un Estado tan vasto o poderoso como la ex URSS, donde prácticamente todas las riquezas nacionales (empresas, tierras, materias primas, servicios, etc.) pertenecían al sector público, la privatización obedece a mecanismos infinitamente complejos y multiformes. Sin embargo identifico algunos principios básicos, sencillos y apremiantes: son los funcionarios (directores de empresas públicas, funcionarios ministeriales, gestores de administraciones estatales, etc.) quienes preceden a la privatización, redactan los anuncios públicos de venta y fijan los precios de los objetos que deben venderse. Un campo casi ilimitado se abre para la mafia: puede corromper al fun-

1. El Instituto Max-Planck de Friburgo de Brisgau mantiene una división de Derecho Penal Internacional dotada de investigadores de gran competencia; para las cifras citadas aquí, cfr. S. Lammich, investigador del instituto, en *Berliner Anwaltsblatt*, núm. 10, 1997, p. 476.

cionario competente, asociarle a la privatización. Puede amenazar físicamente al funcionario recalcitrante, exterminar a su familia. Puede falsificar documentos a voluntad (letras de cambio, certificados bancarios, etc.) y ahogar cualquier contestación por medio de la más extremada violencia. En resumen, en la mayor parte de los casos —sectores bancario, industrial, de servicios— la privatización se hizo, desde finales de los años ochenta, esencialmente en beneficio de los cárteles del crimen organizado.

Durante el caótico paso de la economía dirigida al capitalismo salvaje, los grandes bancos e institutos financieros suizos asumen un considerable papel. En sus cuentas numeradas aterrizan, preferentemente, los millones de dólares de la corrupción, pagados por los señores del crimen organizado a sus cómplices en el aparato del Estado. Ante el Departamento Federal de Justicia y de Policía, en Berna, se acumulan las solicitudes (rusas) de ayuda judicial internacional: en febrero de 1991, la comisión de finanzas del Partido Comunista de la Unión Soviética, sintiendo su próximo fin, hizo transferir, por medio de un banco en Chipre, colosales sumas de las cajas del partido a cuentas privadas en Zurich. Otro ejemplo: dos repúblicas —Kirguizia y Uzbekistán— han buscado en vano hasta hoy, las reservas de oro de sus respectivos bancos centrales; con la activa complicidad de algunos altos funcionarios ex soviéticos, algunos truhanes los habían vendido en la plaza financiera de Zurich.

En 1997, Suiza era, en cifras absolutas, el primer inversor extranjero en Rusia. A medida que la economía criminalizada va estabilizándose, los capitales de la corrupción, del pillaje, de la extorsión vuelven a Rusia. Con identidad helvética, claro está.²

¿Cómo se desarrollan, concretamente, las privatizaciones? Veamos algunos ejemplos.

2. *Newsweek*, Nueva York, 1 de septiembre de 1997.

V. L, un hombre que está en la cuarentena, es hijo de un antiguo alto funcionario del difunto PCUS. Tiene un temperamento simpático y abierto y espíritu de empresa. Pese a su filiación, ha pasado ya seis años en el penal cuando desaparece la Unión Soviética; es, en efecto, un profesional del juego con naipes marcados, asociado a una banda que actúa en las grandes ciudades del valle del Volga.

En la época de la Unión Soviética, Nizhni Nóvgorod se llamaba Gorki. Sede de importantes industrias de armamento, estaba cerrada para los extranjeros.

En 1992 comienzan en Gorki las privatizaciones. V. I. adquiere importantes astilleros navales situados en un afluente del Volga. Luego, andadura clásica, establece un falso expediente y se dirige al Ministerio de Hacienda de la Federación Rusa.

Algunos aliados bien colocados, discretamente pagados o amenazados con ingenio, y ya está: el ministerio le concede, en divisas, un «crédito de modernización» por dieciocho millones de dólares. Objetivo del crédito: mantenimiento del empleo y compra, en Occidente, de grúas, cintas transportadoras y distintas instalaciones para que los astilleros navales sean internacionalmente competitivos.

El resultado de la operación puede servir de ejemplo para muchas otras privatizaciones: en cuanto V. I. se ha embolsado el préstamo, despide a diestro y siniestro. Hoy los astilleros no existen, pero V. I. es el afortunado propietario de un gran casino de juego y de algunos flamantes supermercados.

La continuación, sin embargo, es menos banal: la región de Nizhni Nóvgorod (cuatro millones de habitantes) y la capital regional (un millón y medio de habitantes) son competencia de un fiscal singularmente decidido, Alexandre Fedotov. Con la ayuda del joven gobernador de la región, Boris Nemtsov, hace detener al «armador»... y sobrevive. V. I. es

acusado de estafa, de corrupción de funcionarios y de infringir la reglamentación sobre las divisas.

El 17 de diciembre de 1995 se produce un golpe de teatro: V. I., que desde la prisión ha llevado a cabo una costosa campaña electoral a la norteamericana, es elegido diputado. Inscrito en el partido de derechas llamado Congreso de las Comunidades Rusas que dirige el general Lebed, antiguo comandante en jefe del 14.º Ejército en Moldavia, el «armador» goza ahora de inmunidad parlamentaria.

¿Puede serle arrebatada la impunidad? El fiscal Fedotov lo intentará. Pero las posibilidades son mínimas. Según Fedotov: «En el Parlamento, los criminales forman un poderoso *lobby*.»⁷¹

Por lo que se refiere a Boris Nemtsov, su valor y su tenacidad se ven recompensados: en marzo de 1997, Boris Yeltsin le nombra primer viceprimer ministro del gobierno federal, con la misión de luchar «contra los monopolios». El comentarista del diario *Le Monde* ve en Nemtsov el futuro «posible delfín» del presidente ruso.⁴

En ruso, la palabra *dumat* significa «ponerse de acuerdo», «reflexionar en común», «pensar». Literalmente, el sustantivo *duma* significa «lugar de concertación». Ese lugar alberga hoy en día muchas grandes fieras. En efecto, conseguir que sus operadores en dificultades sean elegidos para el Parlamento es una estrategia habitual de los cárteles del crimen organizado.⁵

Uno de los sectores donde los cárteles de la criminalidad organizada obtienen más jugosos beneficios es el del petróleo. La exportación de hidrocarburos proporciona a la Federación

3. Declaración de Fedotov, en *Facts*, Zurich, núm. 50, 1995.

4. *Le Monde*, 19 de marzo de 1997.

5. Otro ejemplo: A. B., antiguo jefe del más poderoso fondo de inversión de Rusia, el fondo MMM, que desvalijó a miles de inversores antes de su quiebra fraudulenta, es desde mediados los años noventa diputado en la Duma.

Rusa la mitad de todas sus divisas. Siberia produce el 80 % del petróleo y el 90 % del gas natural de la Federación. La competencia de los campos petrolíferos de las repúblicas de Asia central es dura. Pero las bandas están presentes en todas partes. Bien como propietarias de campos petrolíferos, bien como accionistas de las sociedades de comercialización. Las sociedades Rosneft, Lukoil, Sidanko, Yukos y Surgutneftigaz se ven, todas ellas, enfrentadas a las exigencias de los cárteles.

Los yacimientos son gigantescos: cuarenta mil pozos sólo en la región de Surgut. Un campo medio, el de Feodorovo, produce 122 millones de barriles anuales.

La fuente de beneficio mafioso vinculada al petróleo es poco conocida: el petróleo ruso viaja del círculo polar —de Staryi Urengoi, de Novyi Urengoi, etc.— al mar Negro. Cinco mil kilómetros de oleoducto en un eje norte-sur a través de la inmensa Federación. La sociedad Transneft es propietaria del oleoducto. Un oleoducto es, esencialmente, un tubo... y ese tubo es vulnerable. Algunos cárteles alquilan, pues, su protección a los transportistas. Incendios, explosiones, sabotajes artísticamente practicados preceden la nueva renegociación del contrato de «protección» de cada uno de los tramos.

Según estimaciones de la Interpol en 1997, los cárteles criminales de la Federación Rusa disponían juntos, en esa fecha, de más del 40 % del producto nacional bruto.

Sólo la ciudad de Moscú cuenta con 152 casinos que ofrecen todos los juegos posibles. El doble que en Las Vegas. Prácticamente todos los casinos están controlados por los señores del crimen.

La Interpol estima que en algunas regiones metropolitanas —especialmente en Moscú, San Petersburgo y Vladivostok— casi el 80 % de los restaurantes, comercios, firmas comerciales, empresas industriales, bancos, etc., son sometidos a extorsión. La actividad tiene en Rusia un nombre poético: *kricha*

(«techo»). El chantajista vende su protección, un «techo», a su víctima. Según las mismas estimaciones, casi el 70 % de los bancos rusos pertenecen directamente a los cárteles del crimen organizado.

Pero los sectores donde los señores del crimen logran los beneficios más astronómicos, más rápidos y más seguros son los de la exportación ilegal y el comercio mundial de petróleo, oro, hierro, minerales estratégicos y gas natural. La complicidad activa, voluntaria u obtenida por medio de amenazas, de los dirigentes de los grandes complejos estatales, parcialmente privatizados, y de las empresas del sector industrial militar es la condición para esas exportaciones ilegales.

Según la Interpol, casi el 80 % de las exportaciones de piedras y metales preciosos escapan del control del Roskom-dragmet, abreviación rusa para la comisión de control de las piedras y metales preciosos de Rusia.

El texto de un joven desconocido, llamado Román Tkatch, que recorrió en bicicleta, durante cinco meses, vastos territorios de la Federación permite comprender mejor la particular situación institucional del país.

Tkatch ve la actual Federación como un mosaico de «principados» casi independientes unos de otros. Algunos de estos principados viven intensamente la transformación de la sociedad totalitaria en sociedad de capitalismo salvaje. Esos «principados» mantienen estrechas relaciones con el mundo occidental y viven una modernización acelerada de sus equipamientos tecnológicos y de su infraestructura. Gozan de un poder político relativamente estable y una rápida movilidad vertical de algunos de sus habitantes, que va a la par con una creciente proletarización de amplias capas de la población.

Otros «principados», en cambio, viven en el inmovilismo; nada parece haber cambiado desde el hundimiento del poder soviético: los mismos cuadros dirigentes, la misma moral pú-

blica, la misma ineficacia de las empresas industriales, el mismo abandono del sector de servicios, de la banca; las mismas infraestructuras destartaladas; la misma vida pública y, a menudo, familiar uniformemente gris; la misma seguridad económica relativa de la mayoría de los habitantes.⁶

Los señores del crimen y sus cómplices prosperan, evidentemente, en aquellos de esos «principados» que están comprometidos en la modernización acelerada, que viven una rápida inserción en el mercado mundial.

¿Quién ejerce el poder institucional en Rusia?

Ernst Mühlemann, mi colega en la Comisión de Asuntos Exteriores del Parlamento suizo, fue el ponente general del Consejo de Europa para la admisión de la Federación Rusa. Es uno de los mejores conocedores de los arcanos del Kremlin.

Cuando le pregunto sobre la naturaleza del poder ruso responde: «Rusia es una democracia. No porque se respeten allí las reglas del Estado de derecho. Que no es así. Rusia es una democracia naciente por el mero hecho de que, tras siglos de autocracias varias, pero siempre abrumadoras, conoce hoy una organización pluricéntrica del poder.»⁷

He aquí los principales centros de ese poder imperial compartido, citados de mayor a menor: el presidente de la Federación, con su administración presidencial en el Kremlin; el gobierno federal, con su administración en la Casa Blanca; la Duma y el Consejo de la Federación, que son las dos cámaras legislativas; las fuerzas armadas, que juntas suponen algo más de 1,3 millones de hombres y mujeres; el Ministerio del Inte-

6. Román Tkatch, en *Russkaia Mysl (El pensamiento ruso)*, París, 9 de noviembre de 1995; agradezco a N. Z. tanto la traducción de este texto como la de todos los demás documentos en lengua rusa utilizados en este libro.

7. Ernst Mühlemann, conversación con el autor.

rior de la Federación, con sus tropas especiales; los cuatro servicios secretos, nacidos del antiguo KGB; los 89 gobernadores de las regiones, elegidos por el pueblo, y sus respectivas administraciones.

Los rumores sobre la complicidad de algunos dirigentes de la Federación con tal o cual señor del crimen organizado son innumerables. Los moscovitas, que tienen sentido del humor, denominan el inmediato entorno de Yeltsin «el Rasputín colectivo».

Una anécdota: cierta noche del otoño de 1995 suena el teléfono en el domicilio de Ernst Mühlemann, en Ermatingen, junto al lago Constanza. Al otro extremo del hilo, una voz llena de pánico; la de un poderoso hombre de negocios suizo instalado en Moscú. El hombre dirige una cadena (suiza) de almacenes de gran superficie implantada en varias ciudades rusas. En su despacho moscovita acaba de recibir la visita de tres hombres elegantemente vestidos. Los visitantes vespertinos exigen que ceda, en un plazo de tres días, el 51 % de las acciones de su sociedad. Al marcharse, aquellos caballeros han dejado en la mesa las fotos de los hijos de tres colaboradores suizos.

Ernst Mühlemann no es sólo uno de los diputados más influyentes de la Confederación, es también general de reserva del ejército suizo y antiguo director de la Unión de Bancos Suizos. Sabe que la situación de su compatriota es grave. Avisa al gobierno de Berna.

Éste entra en contacto con Moscú. Suiza es un inversor poderoso en Rusia. Los ministros rusos prometen su ayuda.

Para mayor seguridad, Mühlemann entra también en contacto con Alexandre Korjakov, antiguo oficial del KGB, amigo desde hace mucho tiempo y guardaespaldas de Yeltsin. En agosto de 1995 manda la guardia presidencial, un ejército particular muy eficaz y perfectamente equipado de veinte mil hombres.

La intervención suiza en Moscú se ve coronada por el éxito. La cadena de almacenes suizos prospera. No ha habido más visitas nocturnas ni chantajes ni atentados. Nada.

Posdata sobre Alexandre Korjakov: el general fue expulsado del Kremlin, entre las dos vueltas de la elección presidencial, en junio de 1996 por los jóvenes reformadores colocados por Yeltsin. Sin embargo, su poder oculto seguirá siendo considerable. El domingo 9 de febrero de 1997, con ocasión de una elección parcial para la Duma, será elegido para ocupar la silla vacante de Alexandre Lebed en Tula, importante centro industrial militar situado a doscientos kilómetros al sur de Moscú. Publicará un libro terrible sobre la pretendida corrupción y los compromisos con el crimen que imputa al dueño del Kremlin.

Soy consciente de que, desde el punto de vista del análisis del poder político en Rusia, este capítulo es absolutamente insuficiente. Pero además de que mi propósito aquí no es ofrecer una sociología política del Estado ruso, las fuentes disponibles para comprender el funcionamiento de los poderes en Rusia presentan, todavía hoy, grandes lagunas.

Heike Haumann habla de «*kaum mehr überschaubaren Konfliktlinien*» («líneas de conflicto casi incomprensibles»). Según él, la ideología nacionalista sirve para «legitimar el reino de la falange de aprovechados y criminales».⁸

Queda en particular una inmensa zona de sombras en la que se mueven, aproximadamente, un millón y medio de agentes, cuadros y dirigentes del antiguo KGB (troceado en cuatro servicios distintos) y del GRU (el servicio de espionaje del antiguo Ejército Rojo). A lo largo de la existencia del Estado bolchevique, el KGB (y los órganos que, bajo distintas

8. Heike Haumann, *Geschichte Russlands*, Munich, Verlag Piper, 1996, pp. 643-644.

denominaciones, le precedieron) fue la espada y el escudo del Partido Comunista. El GRU, por su parte, debía proteger al Estado y las fuerzas armadas. KGB y GRU eran organizaciones «criminales» en el sentido de que estaban fuera y por encima de cualquier ley y que utilizaban métodos que no tenían en absoluto en cuenta ni las normas sociales existentes ni las órdenes de la magistratura ni el menor derecho del hombre. El GRU sigue existiendo; el KGB (con cuatro apelativos distintos) también. Probablemente, ni la mentalidad de sus dirigentes y ejecutores ni sus métodos hayan cambiado. Atienden, inspiran, facilitan la acción de los jefes del Kremlin. ¿Cuál es su influencia cotidiana en el funcionamiento de la Duma, del gobierno, de la presidencia de la Federación? ¿Cuáles son los vínculos que KGB y GRU mantienen con los *Vor y zakon* y con su Amo, así como con los demás cárteles del mundo organizado? ¿Vínculos conflictivos, coexistencia pacífica, dominio, complicidad o subordinación? Las fuentes que poseemos no permiten decidirlo.⁹

9. Otros autores formulan tesis más dogmáticas. Por ejemplo, Renata Lesnik y Hélène Braun consideran que las redes del antiguo KGB son las auténticas dueñas de la política de la Federación y de la criminalidad organizada. Cfr. *L'Empire de toutes les mafias*, ob. cit., pp. 17 y ss.

VI La guerra civil

mañosa

Los señores del crimen rusos son expertos en supervivencia. Refiriéndose a ellos, un investigador alemán utiliza dos palabras casi intraducibles, «*gestahlt und lebensfähig*» («templados en acero y aptos para sobrevivir en cualesquiera condiciones»).

¿Por qué?

Tras haber crecido y prosperado bajo el régimen totalitario, luchando contra una de las policías secretas más feroces del mundo (el KGB), los criminales rusos han construido sus organizaciones con una rigurosa compartimentación, en una clandestinidad a toda prueba. Antes de la era brezhneviana y la generalización de la corrupción, antes de la lenta degeneración del aparato represor soviético, la pertenencia a una organización criminal se pagaba, irremisiblemente, con la muerte.¹

A partir de un decreto de 1937, los órganos del poder —el NKVD por aquel entonces— no sólo se encargaron de luchar contra los enemigos del Estado, los espías y los saboteadores, sino también contra los criminales de delitos comunes, los «bandidos».

En 1993, los archivos de la Lubianka se abrieron a los investigadores occidentales. ¡Y cuál no sería su sorpresa cuando encontraron muy pocos, o no encontraron en absoluto, docu-

1. A excepción del Gulag, donde los *capos* solían reclutarse entre los criminales.

mentos referentes a los procesos entablados contra las bandas criminales!

Un cártel del crimen organizado infiltrado y, luego, desmantelado por el KGB era casi siempre liquidado por medio de ejecuciones sumarias. Cualquier procedimiento judicial se consideraba superfluo.

El código del secreto en el interior de las bandas era —y, por consiguiente, sigue siendo— extraordinariamente riguroso: todo quebrantamiento, aun el más nimio, de la disciplina de la banda era sancionado con la tortura y una muerte particularmente cruel.

Los depredadores rusos desarrollaron, durante decenios, formaciones sociales sui géneris, radicalmente distintas de las demás formaciones criminales que existen en Europa o en Estados Unidos.²

Estas bandas libran permanentemente una guerra fratricida sin cuartel.

Algunos ejemplos recientes:

1. Viktor Kogan reinaba sobre un distrito muy extenso del Gran Moscú: el de Orekhovo-Borrisovo. Kogan era un jugador apasionado y socio del Amo.

El 13 de abril de 1993 amanece gris y lluvioso en Moscú. Kogan está sentado a una mesa de *blackjack* de su casino preferido, rodeado por sus guardaespaldas. Un comando perteneciente a una banda apodada los Jóvenes Lobos irrumpe en la sala y ametralla a Kogan.

Tres meses más tarde, el 22 de julio, uno de los asesinos de Kogan es reconocido por un guardaespaldas que sobrevivió a la matanza. El guardaespaldas lo mata en plena calle.

2. Cfr. especialmente el estudio del Bundeskriminalamt de Wiesbaden, *Osteuropäische organisierte Kriminalität, Stand Oktober 1995*, con una introducción general sobre el origen social de las bandas.

Cuatro semanas después, Oleg Kalistratov y Oleg Chistin, dos adjuntos del difunto Kogan, cenan tranquilamente en un restaurante del barrio. Unos «jóvenes lobos» salen de tres coches deportivos, acaban con los guardias apostados en la puerta y se precipitan al interior del restaurante. Chistin y Kalistratov son ejecutados a quemarropa. Al día siguiente, la milicia, avisada por unos vecinos, encuentra a uno de los asesinos de Kalistratov y Chistin, bañado en su sangre, en el cuarto de baño de su apartamento.

El 10 de septiembre, Ielena Kogan, viuda del señor de Orekhovo-Borissovo, pasea en una suave tarde de estío por el bulevar Orekhov. Una bomba estalla a su paso. Ielena Kogan sobrevive, pero queda mutilada para el resto de su vida.

2. Algunos señores del crimen gozan entre sus conciudadanos de un prestigio —un afecto incluso— sorprendente. Tomemos el caso de Otar Kvantrichvili, un georgiano que reinaba en Moscú. El hombre era apuesto: alto, de ojos claros, con el cráneo desnudo, ancha la frente, perfil romano y una dignidad natural. El Amo era su amigo.

Conocido benefactor de ancianos y huérfanos, el georgiano gastaba importantes sumas. Aparecía regularmente en la televisión. Financiaba equipos de jóvenes de fútbol y hockey. Mantenía una guardia personal armada de ciento cincuenta hombres.

Tomaba cada semana su baño en la sauna del muelle Kra-nopresnenskaia.

Allí fue ejecutado el 5 de abril de 1994 por unos asesinos anónimos.

Acompañado por una conmovida muchedumbre, fue enterrado en el cementerio Vaganov, en el panteón familiar donde reposaba ya su hermano, asesinado anteriormente.

El alcalde de Moscú, Yuri Lujkov, que también se decía su amigo, siguió valerosamente el cortejo fúnebre.

3. He aquí un último ejemplo de la guerra fratricida.

Una hermosa tarde de julio de 1991, en la Fasanen-Platz de Berlín. Los paseantes son numerosos. De pronto estalla un tiroteo en el jardincillo del restaurante Gianni, muy cercano.

La reconstrucción ordenada por la policía berlinesa revela el siguiente guión: cuatro hombres de edades distintas —tres con chaquetón de cuero, el cuarto cuidadosamente vestido— están sentados a una mesa, en el jardín, a la sombra de un parasol. El hombre elegante es Tenguíz Vajtangovich Ma-rianashvili, señor de un poderoso cártel georgiano. Un j». /en de veintidós años, Y. J., empuja tranquilamente la puerta, se dirige hacia la mesa, saca una ametralladora y dispara. Maria-nashvili y dos de sus guardaespaldas tienen tiempo de coger sus armas de las chaquetas que cuelgan de las sillas. Responden. En el tiroteo mueren dos guardaespaldas. Y. J. queda gravemente herido.

Natural de Minsk, el joven Y. J. es un asesino profesional. En Berlín cumplía un contrato de veinte mil marcos alemanes por cuenta de Saidamin Mussotov, supremo dirigente de un cártel checheno que opera en Berlín. Joven, de grandes ojos negros y cabello de azabache, de estatura atlética, es un caíd respetado.

Y. J. será condenado más tarde por la justicia alemana a siete años de cárcel por homicidio e intento de homicidio. Por lo que se refiere a los supervivientes georgianos, desaparecieron antes de que llegara la policía.

La causa del litigio: un próspero cirujano-dentista de origen ruso, instalado en Berlín, había recibido poco tiempo antes la visita de dos emisarios chechenos. El guión clásico; los chechenos «ofrecían» su protección al dentista explicándole

lo que les aguardaba a él y a su familia si, «aunque fuera imposible», rechazaba aquel servicio. Por un desgraciado azar, el dentista abonaba ya elevados «pagos de protección» al señor georgiano. Hombre de notable sangre fría, el dentista no se desconcertó y avisó a sus protectores georgianos. Marianash-vili le dio entonces un sorprendente consejo, le pidió que avisara a la policía.

Ésta reaccionó de acuerdo con la ley. Hizo vigilar la consulta del dentista y detuvo a los dos chantajistas chechenos en su siguiente visita.

Saidamin monta en cólera y da la orden de ejecutar al señor georgiano. De ahí el tiroteo de la Fasanen-Platz.

Detenido en el lugar de los hechos, el ejecutor (torpe) Y. J. es llevado al hospital más cercano y discretamente vigilado día y noche. Cierta noche, un visitante desconocido se presenta en la recepción del hospital; solicita ver a Y. J. Aparecen los policías y lo reducen en pocos segundos. El visitante no ha tenido tiempo de sacar su pistola ametralladora, escondida en la chaqueta que lleva al brazo.

Según hipótesis de la policía berlinesa, el visitante nocturno es un asesino que trabaja por cuenta de Maria-nashvili.

Pocos días más tarde, un cadáver flota en las glaucas aguas del canal Central de Amsterdam. Vestido con un traje de un gran sastre, el muerto lleva dinero, un reloj Rolex de oro y una arma corta, pero no documentos. Vía Interpol, las autoridades holandesas entran en contacto con distintas policías europeas; los investigadores berlineses identifican el cadáver. Es el del depredador georgiano.

Por lo que al apuesto Saidamin se refiere, se exilió a Estados Unidos, desde donde dirige, por fax codificado y emisarios transatlánticos, su «territorio» en Alemania.

Sin embargo, el cártel georgiano no acepta la ejecución de su jefe. Sus agentes acosan a Saidamin por distintas ciudades norteamericanas. Pese a su extremada movilidad, a sus

guardaespaldas, a su documentación falsa, a los constantes cambios de identidad y todas las precauciones tomadas, el señor checheno acaba bajo los disparos de los asesinos georgianos.

¿Por qué esa hecatombe? Un funcionario del BKA alemán, que quiere guardar el anonimato, responde: «Las pandillas rusas no vacilan en exterminar a familias enteras.» ¿Por qué esa eficacia en la eliminación de los adversarios? El mismo funcionario lo explica así: «Los mañosos italianos juegan a los bolos, los truhanes rusos al ajedrez.»

En 1997, la dirección de la milicia del Gran Moscú publica unas cifras sorprendentes: mientras que la penetración del crimen organizado en los sectores industrial, bancario y de servicios aumenta, el número de crímenes de sangre y demás delitos típicamente mañosos disminuye. Entre 1995 y 1997, los crímenes que incluían el uso de la violencia bajaron en casi el 30 %. Durante los siete primeros meses de 1996, 952 personas fueron asesinadas en el Gran Moscú; han sido «sólo» 851 durante el mismo período del año 1997. Un movimiento análogo se observa al examinar otros capítulos de la estadística: entre 1995 y 1997, los raptos, secuestros, violaciones, ataques a mano armada y mutilaciones voluntarias disminuyeron un 33 % por término medio.

La guerra civil mañosa se calma. ¿Por qué? ¿Será la creciente eficacia de la milicia, de las nuevas leyes represivas, o una brusca toma de conciencia del gobierno, seguida de enérgicas medidas antimafiosas, lo que frena el brazo de los asesinos? En absoluto. La propia dirección de la milicia proporciona la respuesta: durante los dos últimos años fueron distribuidos los principales mercados y territorios del Gran Moscú, se fijaron las fronteras y se reconocieron las respec-

tivas competencias de los distintos boyardos. Un orden ma-
ñoso, una *pax mafiosa* ha sustituido gradualmente el estado
de guerra descontrolada de los comienzos del salto al capita-
lismo.³

3. Sobre las estadísticas y las explicaciones de la milicia, cfr.
Newsweek, Nueva York, 1 de septiembre de 1997.

VII El tráfico de seres humanos

Los señores del crimen rusos se entregan a una actividad que ninguna camorra, ningún clan siciliano, ninguna *n'dranghetta* calabresa, ninguna hampa marsellesa o berlinesa practicó antes, o al menos no del mismo modo: nos referimos a la trata, a gran escala, de seres humanos.

¡Miren a su alrededor! Por las calles de París, de Ginebra, de Munich o de Milán se habrán encontrado ya, sin duda, con unos seres inseguros, pálidos, a menudo mal vestidos, que avanzan con pasos vacilantes pidiendo, con voz tímida y un acento inclasificable, una información o una limosna.

Son los nuevos esclavos, clandestinos entre los clandestinos, víctimas del tráfico de seres humanos organizado por los depredadores rusos.

Los documentos y los informes orales que permiten determinar la magnitud de esta nueva trata de esclavos proceden de la Organización Internacional para las Migraciones (OIM). Opera a la sombra del cuartel general europeo de las Naciones Unidas, en Ginebra, y carece de cualquier poder policíaco o judicial. Es una organización no gubernamental. Practica lo que los norteamericanos denominan el *monitoring* de los flujos migratorios. Sus investigadores siguen los movimientos de población, intentan conocer la identidad y los motivos de los emigrantes y se esfuerzan por identificar las redes que los vehiculan.

En las sociedades de la ex URSS y de la Europa del Este, asoladas por un desbarajuste totalitario que duró entre cin-

cuenta y setenta y cinco años, centenares y centenares de miles de personas, sobre todo jóvenes, tienen sólo una obsesión: marcharse, encontrar en el oeste una existencia digna y una renta. Decenas de miles de kosovares, de albaneses, y también kurdos, amontonados en la costa albanesa, sueñan con cruzar el Adriático. Millones de rusos y caucásianos sueñan con la emigración. Decenas de millares de rumanos y polacos intentan cada año cruzar el Oder para penetrar en Alemania.

Los recorridos son a menudo extremadamente complejos: para llegar a Alemania, país especialmente valorado por los cárteles (y los emigrantes) gracias a su alto nivel de vida, los kosovares y albaneses se reagrupan en Montenegro y luego son llevados a Lombardía y, de allí, encaminados por vía terrestre a Francia. Algunos se instalan. La mayoría, sin embargo, se dirige a Alsacia y penetra en Renania.

Otro recorrido: algunos chinos, y también kurdos de Turquía, Iraq e Irán, se concentran en Moscú, en los campos de alojamiento controlados por los cárteles. De allí son llevados en barco a Estonia, Letonia y Lituania. Por vía terrestre —camiones de los cárteles o trenes— siguen su ruta hacia la Europa occidental.

¿Cuántos son? La OIM no conoce la cifra exacta. Sólo una certidumbre: durante los ocho primeros meses de 1997, 690 000 personas procedentes del Este (incluyendo el Oriente Medio) presentaron una solicitud de asilo en algún país de la Eurspa occidental. Según una estimación de la OIM, entre 1989 y 1996, casi un millón de chinos, huyendo de la miseria, penetraron en la Europa occidental y en Estados Unidos.

Algunos cárteles rusos trabajan en estrecha colaboración con otras organizaciones criminales, particularmente italianas. Un caso reciente revelado por la *procura* (los tribunales) de Bolzano, en el Tirol del Sur, ilustra esta colaboración: en oto-

ño de 1995, el fiscal de Bolzano dictó 52 órdenes internacionales de detención contra los responsables de una organización internacional de traficantes de seres humanos. Según los tribunales, esta organización, en el plazo de dos años, habría hecho pasar veinte mil personas de Italia a Alemania. Beneficio neto estimado: cinco millones de dólares sólo por pasar la frontera tirolesa entre Italia y Austria.¹

En agosto de 1997, el prefecto de Reggio di Calabria, Enzo Miùello, publicó un interesante informe: centenares de mujeres, hombres y niños procedentes de la orilla oriental del Adriático desembarcan clandestinamente, cada mes, en Calabria. Se trata de un *joint-venture* entre cárteles del crimen organizado ruso y la *n'dranghetta* calabresa. Para evitar los guardacostas italianos, las embarcaciones emprenden una larga y complicada ruta: de las costas de Albania descienden hacia el sur, cruzan el mar Jónico y atracan en los alrededores de Catanzaro. Los clandestinos son principalmente kurdos, iraquíes, egipcios y gente de Sri Lanka. El precio de la travesía, por término medio, es de seis mil francos suizos por persona, una enorme suma que se concede a crédito y será luego pagada por el trabajo esclavizado en empresas o plantaciones de Calabria, Campania o Lombardía.²

La situación del trabajador o trabajadora en negro instalados en Occidente se parece a la del *bota frió* («el que come frío») de un latifundio brasileño del interior de Pernambuco o de Piauí. *Bota frió* es el nombre que se da a los jornaleros agrícolas. Seleccionados cada mañana en la plaza del pueblo por el *feitor* (capataz) del terrateniente, llevan una fiambreira con alubias negras preparadas por sus mujeres. Comen frío. Están entre los seres más explotados, más humillados de la Tierra,

La deuda contraída con el cártel, expresada en términos

1. Información de agencia, en *Der Tagesanzeiger*, Zurich, 3 de noviembre de 1995.

2. Despacho de la Agencia France-Presse, en *Le Matin*, Lausana, 27 de agosto de 1997.

monetarios, es por lo general tan elevada que el trabajador clandestino —camarero de restaurante en Berlín, peón en París, recadero que trabaja en negro para una empresa suiza, etc.— pocas veces está en condiciones de liberarse.

Como el *bota frió* de la plantación de caña de azúcar o cacao del nordeste del Brasil, sigue siendo esclavo de su patrón (el cártel para los emigrantes del Este, el latifundista para el peón *caboclo*) durante años, decenios, toda la vida a veces.

Entre el *caboclo*, prisionero de la crueldad de su latifundista, y el emigrante caído en manos del cártel existe sin embargo una diferencia: el latifundista brasileño «paga» a su *caboclo* con bonos, pedazos de papel firmados por aquél que éste puede cambiar en la tienda de la plantación por el *fejao* (alubias negras), el arroz, el aceite y la sal necesarios para la supervivencia de su familia. El emigrante clandestino, transportado y luego colocado por los señores del crimen organizado, en cambio, sufre un sistema de dominación y control infinitamente más perfeccionado.

La mayoría de los cárteles rusos disponen de una infraestructura electrónica moderna y completa. La identidad del emigrante, de su familia, sus ganancias, sus empleos sucesivos, etc., se anotan con toda precisión.³

Una vez llegado a la Europa occidental, tres posibles destinos aguardan al esclavo del cártel.

Puede trabajar en negro en la economía legal: en la industria y los restaurantes, en la construcción, en empresas de comercio o servicios pertenecientes a agentes económicos ordinarios. Sufre la permanente incertidumbre y angustia del despido, la precariedad del alojamiento, la imposibilidad de una movilidad social cualquiera.

O bien se produce el milagro y el esclavo recibe un esta-

3. Sobre la logística de los cárteles criminales, cfr. Ulrich Sieber y Marión Boegel, *Logistik der organhierten Kriminalität*, estudio piloto encargado por el Bundeskriminalamt y editado en la serie del BKA, Wiesbaden, 1993, vol. 28.

tuto de manos de las autoridades del país que le acoge: derecho de asilo, permiso de residencia humanitario, permiso de acogida temporal, etcétera.

Tercer destino: el inmigrante es empleado directamente en una de las innumerables empresas implantadas en la Europa occidental —complejos inmobiliarios, casinos, restaurantes, sociedades industriales, bancos, comercios, burdeles, etc.— pertenecientes al cártel.

Pero en los tres casos citados la visita del cajero local o regional de la organización criminal es inevitable, cada fin de mes va a cobrar lo que le deben.

Sólo para el año 1997, la OIM estima en más de siete mil millones de dólares las ganancias brutas obtenidas de la trata de seres humanos por los señores del crimen organizado.

La situación parece especialmente dramática para las mujeres. Numerosos cárteles mantienen en Kíev, San Petersburgo, Alma Ata, Tashkent y otras ciudades «agencias de maniqués» o «agencias de reclutamiento de jóvenes bailarinas». Puesto que no soportan ya la miseria económica de sus familias, las muchachas responden masivamente a los anuncios que aparecen día tras día en la prensa local.

La primera selección se efectúa en las agencias. Las jóvenes reciben contratos perfectamente legales, así como un primer pago y un billete hacia Occidente. Al llegar a Berlín, Zurich, París o Londres descubren rápidamente la trampa. En vez de los directores de teatro, club nocturno o de baile mencionados en el contrato, las acogen los patronos de los burdeles o las redes de proxenetas.

La OIM cifra en quinientas mil el número de muchachas y mujeres sexualmente explotadas en 1997 en burdeles, casas de masaje y redes de prostitución callejera por los cárteles del crimen organizado. La Interpol, por su parte, estima la cifra en, por lo menos, un millón de víctimas.



Mencionaré, como recordatorio, otro drama oculto del tráfico de seres humanos: el que viven diariamente los numerosos hijos de las prostitutas esclavas.

La carretera E-55, que une Praga con Dresde, suele ser llamada «carretera de la vergüenza». Miles de mujeres ucranianas, polacas, checas, eslovacas, zíngaras —algunas con apenas trece años— ofrecen sus encantos en los innumerables bares, barra-cas, detrás de los matorrales, en los fosos que flanquean esa arteria por la que diariamente circulan centenares de camiones que unen la poderosa Alemania, con Chequia y la Europa central. Prácticamente, todas esas mujeres están estrechamente controladas por distintos cárteles del crimen organizado. La competencia es devastadora; las exigencias de los clientes, a menudo brutales, implacables. Las mujeres deben hacerlo todo y, en particular, aceptar relaciones sin ninguna protección.

Procedentes de las más lejanas campiñas, muchas de esas mujeres no tienen la menor idea del control de natalidad.

Los nacimientos no deseados son numerosos. El Estado che-co ha instalado en Teplice un centro de acogida donde las prostitutas paren, depositan y, luego, abandonan a sus hijos. La revista *Der Spiegel* cuenta el destino de muchos de estos bebés. Ejemplo: el de la pequeña Nicola, nacida en 1995 sin padre ni madre conocidos. Llegada al mundo prematuramente, de madre sifilítica, la pequeña estará tullida toda su vida, aullando por la noche, llorando de día. El médico que la trata advierte: «Sus sufrimientos psíquicos y físicos exigirán una asistencia vitalicia.»⁴

La reciente evolución de la trata de mujeres muestra cinco tendencias:

1. El número de víctimas ha aumentado rápidamente desde comienzos de los años noventa. La afluencia de mujeres de la Europa del Este no ha disminuido en absoluto la trata de

4. *Der Spiegel*, núm. 30,

la que son víctimas las mujeres del África negra, Asia, el Magreb y el Caribe.

2. La edad media de las víctimas es cada vez más baja. El número de prostitutas menores aumenta de modo inquietante. Algunos cárteles se han especializado en aprovisionar los circuitos europeos de pedofilia.

3. A medida que se organiza la represión de la trata, la prostitución se sume en la clandestinidad. Correlativamente, el control ejercido por los cárteles sobre sus víctimas se hace cada vez más violento y cruel.

4. Comparados con los de las redes tradicionales de proxenetismo —como se conocen en Francia, Italia, Inglaterra y otros países—, los métodos de organización utilizados por los cárteles del Este son infinitamente más eficaces. La penetración policíaca en estos nuevos circuitos de exportación se hace difícil. Apoyados en una logística extraordinariamente efectiva, en un control permanente y violento de las víctimas y de sus familias, que permanecen en los países de origen, estos circuitos oponen a la penetración policial una compartimentación sin grietas.

5. El nuevo tráfico genera considerables beneficios: en Berlín, una prostituta callejera gana diariamente, por término medio (cifra de 1997), 350 dólares. De esta suma sólo está autorizada a conservar 14 dólares para su supervivencia y el envío de giros a la familia. Los cárteles suelen comerciar entre sí con las mujeres, vendiendo o comprando según los precios, siempre variables, del mercado de «bailarinas» especialmente rentables. Berlín es hoy el principal mercado de esclavas.

¿Qué hace Europa?

Actualmente, la esperanza está encarnada en una hermosa mujer pelirroja, decidida e inteligente. Conocí a Anita Gradin en el Consejo Ejecutivo de la Internacional Socialista. Ministro durante mucho tiempo del gobierno sueco, amiga y com-

pañera de lucha de Olof Palme, Pierre Schori y Brigitte Dahl, Anita Gradin es comisaria europea de Justicia.

En junio de 1996, de común acuerdo con Caspar Einem, ministro austríaco del Interior, Anita Gradin convocó en Viena una conferencia de los quince Estados miembros de la Unión Europea y de los Estados que habían presentado una demanda de adhesión a la UE. Ciento cincuenta especialistas en la represión de la trata de mujeres colaboraron con los delegados gubernamentales.

Anita Gradin consiguió que se adoptaran innovadoras medidas. En primer lugar, una nueva definición del delito. Antes de 1996, las policías europeas sólo podían intervenir si había «prostitución y coacción». Desde entonces, la definición es mucho más amplia. Comprende cuatro elementos: el delito de trata se realiza si la víctima cruza una frontera internacional, si hay intervención de un intermediario, pago de los servicios y estancia ilegal en el país de residencia.

En Viena se trataba de resolver un problema aparentemente sin solución: ¿cómo encargarse de la protección de una víctima que se niega a colaborar con la policía?

Hasta ese momento la persecución judicial de la explotación sexual de las mujeres chocaba con el mutismo de las víctimas. Por varias razones; las que intentan obtener protección de la policía son severamente castigadas, a menudo torturadas y, a veces, mutiladas. Los cárteles del crimen organizado suelen aplicar el mismo castigo a los miembros de la familia que permanecen en el país de origen.

Las muchachas, adolescentes aún en muchos casos, no hablan la lengua del país de residencia, están aisladas de sus colegas y sienten una instintiva desconfianza hacia cualquier autoridad estatal, sea cual sea. Guiadas por su experiencia —rusa, polaca, uzbeca, búlgara, ucraniana, kazaka, etc.—, temen la colusión entre sus «protectores» y la policía. Se equivocan. Sin embargo, les cuesta mucho admitir la existencia de una policía independiente de la mafia.

La policía y las prácticas judiciales y administrativas puestas en marcha por Bélgica sirvieron de modelo en la conferencia de Viena. Una circular ministerial belga de 1994 ofrece a quien presente una denuncia (que justifique la apertura de un proceso penal) y se declare dispuesta a participar como testigo en el ulterior proceso una autorización de residencia de duración ilimitada.

En la práctica belga, desde su primer contacto voluntario con la policía (o desde su arresto) la víctima recibe un permiso humanitario de residencia de cuarenta y cinco días. Se encarga de ella un servicio social particular. Si durante este período decide presentar denuncia, su autorización de residencia provisional se prolonga hasta tres meses. Si, después, decide colaborar con la justicia, la autorización se hace permanente.

Prácticamente, todas las mujeres víctimas de la trata carecen de documentación. Nunca llegan a tener permiso de residencia; reclutadas como «bailarinas» en un cabaret o «masajistas» en un salón, tienen un permiso de duración limitada; pero el cartel les confisca los documentos (incluido el pasaporte) en cuanto llegan al país de residencia.

La generalización a toda Europa de la práctica pionera de Bélgica constituye una esperanza realista en la lucha contra la explotación sexual de las mujeres.

La lectura de las relaciones de la OIM produce la impresión de que los cárteles criminales organizan el transporte de su mano de obra esclavizada hacia Europa occidental y América del Norte de acuerdo con los métodos más racionales, más avanzados.

Esta impresión es parcialmente errónea. En la cotidiana realidad, a menudo actúan intermediarios arcaicos, caóticos y violentos. Redes de transportistas operan como segundos contratistas. Aunque cobran regularmente atractivas sumas, fracasan con frecuencia en su tarea de encaminar hacia los lucrativos mercados a los trabajadores clandestinos.

Espantosas tragedias se han producido en las fronteras marítimas o terrestres de los países ricos, ante la indiferencia de la prensa que, por lo general, sólo dedica a estos «incidentes» algunos sueltos en las páginas de «informaciones diversas».

Un ejemplo referente a una frontera terrestre: Porajow es una pequeña ciudad polaca, capital de una región fronteriza con Alemania. Año tras año, los transportistas llevan a miles de clandestinos —rumanos, rusos, albaneses, ucranianos, polacos, kurdos, árabes, etc.— a esa región. Chantaje, guerra de bandas, corrupción de los guardias fronterizos orientales. Cada año son encontrados cadáveres de clandestinos en los matorrales, los pequeños valles y el sotobosque del valle del Neisse, víctimas de guardias corruptos o transportistas asesinos.⁵

Algunos ejemplos de dramas marinos:

— Un ferry une diariamente la ciudad estonia de Tallinn con el puerto de Estocolmo. En febrero de 1994, el atento oído de un tripulante permitió evitar una catástrofe. El marino, que hacía su ronda de inspección por la cala del ferry, oyó unos golpes sordos, repetidos, procedentes de un contenedor que había sido declarado vacío al embarcar. Advirtió al comandante, que decidió cortar con un soplete el contenedor, de doce metros de largo por dos y medio de ancho. En su interior, un calor asfixiante del que surgen gritos, llantos y gemidos. Los salvadores descubren, amontonados, a veintiséis niños, el más joven de ocho meses, catorce mujeres y veintiséis hombres. «¡Ha sido un milagro! Si los miembros de la tripulación no hubieran oído ruidos insólitos, en Estocolmo habrían recibido 66 cadáveres (en su mayoría kurdos iraquíes y afganos), pues no quedaba ya oxígeno en el contenedor»,⁶ declaró un policía sueco.

— Cinco pasajeros clandestinos rumanos fueron embarca-

5. Cfr. el reportaje de Isabelle Lesniak en *Liberation* del 14 de julio de 1996.

6. En *La Tribune de Genève*, Ginebra, 23 de febrero de 1994.

dos por los transportistas en El Havre, amontonados en un contenedor, con destino a Estados Unidos. Cuatro no sobrevivieron a la primera etapa, la travesía de la Mancha. Alertados por las llamadas de auxilio, los descargadores del puerto británico de Felixstowe, que transportaban los contenedores a un navio mayor, descubrieron un superviviente y cuatro cadáveres.

Los Estados occidentales consideran a los capitanes responsables de su carga de clandestinos. Se aplican dos métodos: la repatriación con cargo al transportista, de los clandestinos desprovistos de documentos de identidad; prácticamente, todos los clandestinos están en ese caso, pues el cártel criminal los despoja de sus papeles antes de embarcar. La multa: Gran Bretaña hace pagar al armador dos mil libras (medio millón de pesetas, aproximadamente) por cada clandestino. Canadá castiga al capitán del navio transportador con una multa de cinco mil dólares canadienses por cada clandestino. Para los capitanes y marinos que descubren clandestinos a bordo es grande la tentación de librarse de ellos arrojándolos al mar antes de la llegada.'

Evidentemente, la OIM no tiene estadística alguna de esas muertes anónimas, de todos aquellos —hombres, mujeres, niños a veces— que mueren sin que nadie los vea. Las tragedias desconocidas son sin duda numerosas en alta mar. Para sobrevivir a marinos asesinos, a capitanes verdugos se necesita una suerte inaudita.

7. Cfr. la película de Nicolás Vladimoff *Clandestins*, producción Arte-TSR, 1997.

VIII

Huérfanos desvalijadores de cajas fuertes

Incluso gran número de niños son reclutados, utilizados, obligados al crimen por los «lobos de las estepas» orientales. Antiguos agentes de la Securitate, la policía secreta de Ceausescu, transforman en gánsters a inocentes huérfanos y procuran así valiosas divisas a los cárteles rumanos.

La policía judicial de Baviera (Landeskriminalamt) fue la primera que sacó a la luz las estrategias, los métodos de trabajo, los sistemas de reciclaje de beneficios de las bandas rumanas. Como veremos en la última parte de este libro, Baviera es uno de los raros *Länder* alemanes cuyos servicios secretos (Verfassungsschutz) colaboran con la policía judicial en su lucha contra el crimen organizado. Trabajando en investigaciones que implican a delincuentes rumanos, los agentes secretos bávaros han ido de sorpresa en sorpresa. Remontando complicados circuitos, han dado con antiguos conocidos: sus adversarios del tiempo de la guerra fría, los agentes de la Securitate. La mayoría de los cárteles rumanos que operan en Alemania son dirigidos, en efecto, por antiguos altos funcionarios de la difunta policía secreta de Ceausescu.

Una de estas organizaciones criminales parece especialmente eficaz: la Guardia. Distribuidos en células estrictamente compartimentadas y sometidos a una rigurosa disciplina militar, los soldados de esta banda son responsables de cuatro mil a cinco mil infracciones criminales cometidas en el plazo de cuatro años (1991-1994). Cada célula recibe de Bucarest un plan de acción concreto: en cuanto han llevado a la madre

patria el botín exigido —de un montante que oscila entre quinientos mil y tres millones de marcos alemanes—, sus agentes tienen derecho a tres meses de vacaciones en Rumania.

Muchos de los jóvenes criminales que trabajan para la Guardia en Baviera (o en cualquier otro punto de la Europa occidental) son adolescentes que tienen sobre sus espaldas años de abandono y sufrimiento en los sórdidos orfanatos de Ceausescu o de sus sucesores.

La suerte de los niños abandonados sigue siendo trágica en Rumania. En 1996, la Unicef contó cien mil jóvenes colocados en instituciones. Muchos de ellos son maltratados diariamente. Sobre todo los huérfanos o niños abandonados que son devorados por el sistema penitenciario o psiquiátrico. La Asociación para la Prevención de la Tortura publica espantosos estudios de casos.¹

Médicos sin Fronteras considera que el 10 %, por lo menos, de los niños albergados en instituciones acabarán sus días en asilos psiquiátricos. Uno de cada tres necesitará asistencia vitalicia.²

El 35 % de los niños con menos de quince años viven en la absoluta miseria. El índice de "mortalidad infantil era del 23,9 ‰ en 1997, es decir, el más alto de Europa después de Albania.

Los orfanatos suelen hallarse en un estado lamentable: la Unicef estima que cada niño goza sólo de cinco a seis minutos diarios de atención en estas instituciones.

La situación no es mucho mejor en los hospitales. En los servicios de pediatría, la mitad de las camas están ocupadas por niños abandonados. La Unicef advierte que no están enfermos, aunque enferman rápidamente.

1. Asociación para la Prevención de la Tortura, *Les Mauvais Traitements et les conditions de détention en Roumanie*, Ginebra, abril de 1996.

2. Christophe Chatelot, «La détresse des sans-famille roumains», *Le Monde*, 7 de febrero de 1996.

Los supervivientes —muchachos y chicas— de esos penales son reclutas ideales para la Guardia.

La central de Bucarest confecciona documentos de identidad falsos. Por lo que se refiere al entrenamiento de los nuevos reclutas, se realiza en Rumania: supervivencia, lucha cuerpo a cuerpo, técnicas de asesinato silencioso, sabotaje. Comunicaciones codificadas, seguimiento y contraseguimiento, decodificación de sistemas de seguridad electrónicos, todo eso forma parte de la formación.

La Guardia funciona, desde todos los puntos de vista, como un servicio secreto clásico: «escondrijos» para malhechores; sistema de comunicación codificado y por radio; sociedades de cobertura legal; ayuda sobre el terreno a los criminales infiltrados a cargo de trabajadores emigrados o comerciantes residentes, acostumbrados a la lengua, a los usos y costumbres alemanes, y que disponen de cuentas corrientes en bancos legales.

Las actividades de la Guardia en suelo alemán son muy variadas y siempre lucrativas: robo de coches y transporte al Este; chantaje con la «protección» de empresas, familias o personas; ataques a mano armada, preferentemente a los restaurantes de las autopistas; atracos en cajas de ahorro y bancos, generalmente en pueblos o ciudades de importancia media.

Los policías del Landeskriminalamt de Munich expresan una frustración particular: los criminales detenidos, condenados, fichados, que han purgado su pena y luego son expulsados, suelen regresar con una nueva identidad tan «legal» como la anterior. Casi todos tienen un abanico de pasaportes legales falsos. Los policías bávaros sospechan que la Guardia mantiene las mejores relaciones con algunos altos funcionarios del actual Estado rumano.

La Guardia y demás bandas rumanas parecen, sobre todo,

1

especializadas en cajas fuertes (de oficinas de correos, cajas de ahorros, administraciones municipales, empresas o industrias situadas en aldeas, pueblos o pequeñas ciudades). Su formación, recibida en campos de entrenamiento por antiguos especialistas de los servicios de Ceausescu, resulta muy eficaz. Un riguroso reparto del trabajo asegura el éxito. Un primer equipo arranca de la pared la caja fuerte, que es transportada por un segundo equipo a un garaje alquilado anteriormente o a un lugar discreto de los alrededores. Un tercer equipo tala el blindaje y un cuarto evacúa el botín.

La compartimentación heredada de la tradición de los servicios secretos permite casi siempre a los distintos equipos llegar a su escondite secreto. Un ejemplo: en primavera de 1995, la alarma sonó en la pequeña ciudad de Honnefeld, cerca de Coburgo. La Guardia acababa de asaltar la oficina de correos. La policía de Coburgo intervino rápidamente. Pero los dos primeros equipos habían terminado ya su trabajo; no había ya caja fuerte en la oficina de correos. Un helicóptero recorrió la campiña. En un bosque, al fondo de un vallecillo, los policías encontraron la caja fuerte, intacta. El tercer y cuarto equipos —encargados respectivamente de la apertura del cofre y la evacuación del botín— no habían intervenido. Al oír las sirenas de los coches de policía y ver el helicóptero habían abandonado el terreno, como los otros dos equipos. No hubo ninguna detención.

IX La derrota de Josef Oleksy

Un desequilibrio subyace en este libro: cuando evoca la guerra librada contra el crimen organizado habla, casi exclusivamente, de fiscales o policías de la Europa occidental. Sin embargo también en la Europa del Este hay gran número de hombres y mujeres que —en condiciones a veces extremas— luchan valerosamente contra los sanguinarios señores. Josef Oleksy, de Varsovia, nos da un impresionante ejemplo.

Algunos cárteles polacos del crimen organizado nacieron y se desarrollaron con la bendición del régimen comunista. A partir del fin del estado de sitio en Polonia, la economía había sido liberalizada rápidamente. Pero seguía siendo débil, confrontada con las más enérgicas reivindicaciones de los consumidores polacos. Tenía, en especial, una urgente necesidad de divisas. Puesto que las exportaciones legales no eran suficientes para pagar la importación de bienes de gran consumo, algunos sectores del aparato del Partido y del Estado entraron en colaboración semiclandestina con la mafia.¹

Las actividades de los cárteles polacos en la Europa occidental, especialmente en Austria y Alemania, eran y siguen siendo muy variadas: robo masivo y transferencia a Polonia de coches, aparatos electrónicos, equipamiento doméstico, géne-

1. Sobre la sociogénesis de los cárteles criminales polacos, cfr. Jan Grajweski (juez del Tribunal Supremo de Varsovia y profesor de Derecho Penal), *Die organisierte kriminalität in Polen und ihre Verbindungen in Osteuropa*, Stuttgart, Landeszentrale für Politische Bildung, 1993.

ros alimenticios, pero también monedas, fruto del atraco bancario. Actividades múltiples y siempre lucrativas.²

Con el advenimiento de la democracia y de las actividades públicas —sobre todo la libre circulación de personas—, las fuentes de beneficios de las bandas polacas se diversificaron; hoy obtienen considerables sumas gracias a la exportación y a la «protección» de la mano de obra clandestina.

Los padrinos polacos trabajan en estrecha simbiosis con los *Buyuk-baba* turcos. Aprovechan de mujeres, de adolescentes, de muchachos a veces, los burdeles turcos en Frank-furt, Berlín, Amsterdam, Milán, Viena, etcétera.

En Varsovia, Cracovia o Gdansk, las muchachas, las adolescentes son reclutadas gracias a anuncios engañosos y contratos ficticios. Los padrinos polacos las venden, por catálogo, a los *Buyuk-baba*. El vendedor se encarga del transporte de la mujer comprada, especialmente de que cruce las fronteras lituana o alemana.

Una sola cifra, procedente de la OIM: de 1945 a 1996, el número de pasos ilegales por la frontera entre Lituania y Polonia se dobló.

Los cárteles polacos se distinguen por su violencia: veintiuna bombas estallaron en territorio polaco entre enero y mayo de 1995.

Algunos ejemplos: el 12 de febrero de 1995, el coche de un hombre de negocios con empresas en Moscú salta por los aires en la ciudad de Lublin; dos muertos. El 3 de marzo, en el barrio de Praga, en Varsovia, una papelería es destruida. Diez días más tarde, un señor del crimen organizado, Czeslaw K., regresa a su casa, una mansión situada en el barrio de Mar-ki, en Varsovia. Cuando abre la puerta estalla una bomba. Czeslaw muere en el acto, y también su guardaespaldas. Pasa

2. Cfr. en particular el análisis realizado por el periodista Piotr Do-growolski, cuyo texto fue traducido por la *Sonntags-Zeitung*, Zurich, 28 de mayo de 1996.

una semana y Marian C, propietaria de varias oficinas de cambio, es ejecutada con tres disparos de revólver en su oficina, en pleno día. El 12 de abril, el financiero Wlodimierz N. viaja en su limusina con chófer. En una emboscada, los agresores disparan sus Kalachnikov y hieren gravemente al financiero. El 22 de mayo, en Varsovia, en el barrio de Brodmo, dos dirigentes de un cártel son ejecutados con pistola-ametralladora; un tercero queda gravemente herido.³

Un hombre planta cara a la mafia polaca: Josef Oleksy. En la segunda mitad de los años noventa, ocupa en Varsovia el puesto de primer ministro. Crea, siguiendo el modelo italiano, una comisión antimafia con grandes poderes de investigación. Pero, al revés que la comisión italiana que depende del Parlamento, la polaca sólo responde ante el primer ministro.

Es un hombre calvo, de ojos claros e indomable valor. Evidentemente, su decidida lucha contra la criminalidad organizada disgusta a algunos altos responsables del Estado, del ejército y del aparato de seguridad polaco.

Un asunto en particular perjudicó a Oleksy, el del financiero Y. M.

Oleksy cometió el error de perseguir con decisión al poderoso crápula.

He aquí los hechos: Art-B es una sociedad polaca de importación-exportación fundada en 1989. Y. M. es su administrador delegado. Art-B provoca el escándalo financiero más resonante de la Polonia posttotalitaria. El ministerio público acusa al administrador delegado de haberse apoderado de cuatrocientos millones de dólares y haber corrompido a dirigentes del Banco nacional.

Como consecuencia, el gobernador del Banco nacional,

3. La Comisión Oleksy no facilita los apellidos de las víctimas.

Grzegorz Woitiwicz, es expulsado de su puesto. Y. M. huye a Israel.

El 13 de junio de 1994, Y. M. es detenido en el aeropuerto de Zurich-Kloten gracias a una orden de captura internacional emitida por Polonia. Oleksy pide su extradición. Y. M. recurre al Tribunal Federal suizo, y pierde. Suiza lo extradita el 8 de febrero de 1996.

En Varsovia comienzan entonces a circular documentos «confidenciales» que afirman que Oleksy fue (o sigue siendo) un agente a sueldo de los servicios secretos de Moscú. Una acusación comprometedoras en una Polonia independiente desde hace poco y ferozmente hostil al poder ruso.

Oleksy planta cara de nuevo. Impotente ante las difamaciones anónimas, pide al presidente de la República que se abra una investigación sobre su propia persona. Se inicia la investigación, que llega a la conclusión de que las acusaciones son infundadas: todos los documentos «confidenciales» son falsos.

Sin embargo, Josef Oleksy es expulsado de su puesto de primer ministro y jefe de la comisión antimafia.

TERCERA PARTE

EL EJERCITO ROJO, CUNA
DE ASESINOS

Para nosotros, su gloria es sólo humareda
que denuncia los estragos de un incendio.

BERTOLT BRECHT, *Lúculo*

Pacha Mercedes

Durante más de cincuenta años, el Ejército Rojo fue una pesadilla para los occidentales. Muchos lo veíamos como un animal poderoso, imprevisible, dispuesto siempre a saltar hacia el oeste, a devorar las frágiles democracias de Francia, Alemania occidental, Italia, Suiza. Las cohortes de blindados con la estrella roja abalanzándose hacia el Rin, París bombardeada, Lombardía invadida... ¿Quién puede afirmar no haber sido nunca visitado por semejante pesadilla?

Todavía en 1985, fecha del acceso al poder de Mijaíl Gorbachov, la Unión Soviética tenía en Alemania, en los países de la Europa del Este, en suelo ruso, en el Cáucaso y en el Extremo Oriente algo más de cuatro millones de hombres armados, una aviación táctica y estratégica, una flota presente en los cuatro océanos y un arsenal de 42 000 cabezas nucleares. Estas fuerzas armadas contaban con numerosas unidades de comandos, de especialistas en el combate clandestino, de *snipers* y otras unidades de élite superentre-nadas.

El Ejército Rojo se derrumbó en menos de cinco años. En 1990, Gorbachov decidió liberar el glacis occidental de la URSS y retirar sus guarniciones de la RDA, Polonia, Hungría, Bulgaria, etc. Centenares de miles de hombres fueron desmovilizados desordenadamente, a toda prisa.

En el mes de agosto de 1991, la propia URSS se desintegra. El ejército ruso hereda la mayor parte de las unidades y del equipo del ejército, la aviación y la flota soviéticas. En

1997, el ejército ruso cuenta oficialmente con un millón trescientos mil soldados, suboficiales y oficiales. La cifra es discutida por el Instituto de Estudios Estratégicos de Londres, pues las deserciones y la insumisión son abundantes. En 1995, sólo el 24 % de los reclutas fueron llamados a filas. Entre cincuenta mil y setenta mil reclutas se negaron a servir. Durante los seis primeros meses de 1997, más de tres mil soldados desertaron.

¿Se ha esfumado la pesadilla?

No. Un nuevo peligro, más actual, más concreto, más inmediato ha aparecido en el Este. El ex Ejército Rojo se ha convertido en cuna de los asesinos de la mafia. De los escombros del aparato militar ex soviético surge una amenaza más temible todavía que todos los generales de la ex URSS reunidos: ejecutores fríos, muy competentes y dispuestos a todo, parados natos de un ejército en pleno desconcierto.

Contemplémoslo más de cerca.

Entre 1990 y 1995, la desmovilización de las unidades se llevó a cabo en condiciones a menudo humillantes. Basta con un rápido viaje a Moscú para descubrir, en los arrabales inundados por las lluvias invernales, los «contenedores» donde se alojan, en condiciones indignas, los oficiales subalternos, los suboficiales y sus familias.

La más formidable reserva de sicarios de la mafia la constituyen los ex combatientes de la guerra de Afganistán.

En 1979, el Ejército Rojo invadió Afganistán. Durante diez años, las mejores unidades del ejército, las tropas de élite del KGB y los comandos superequipados que dependían directamente del Estado Mayor se agotaron en interminables combates contra los *muhadjidin* tadjik, pathanes, baluches y uzbekos. La derrota se consumó en 1988. Gorbachov se negó a exponer por más tiempo sus soldados a la mortífera guerra de desgaste. La retirada duró cuatro años. Se llevó a cabo en

las peores condiciones; entre 1988 y 1989, los convoyes que intentaban replegarse hacia el Uzbekistán, el Tadzjikistán, la vecina Kirguizia (repúblicas soviéticas hasta 1991) eran regularmente atacados y diezmados en las rutas montañosas, estrechas y accidentadas, por los guerrilleros de uno u otro de los señores afganos de la guerra.

Los oficiales y soldados rusos, chechenos, uzbekos, tad-zhik, siberianos, moldavos, etc., que vuelven sanos y salvos a sus respectivas ciudades de guarnición están llenos de amargura, se sienten humillados, abandonados, traicionados por la autoridad política. Como la mayoría de ejércitos coloniales, el Ejército Rojo, derrotado y repatriado a toda prisa de Afganistán, alberga, contra el Estado y el gobierno que le han traicionado, sentimientos de desprecio y de odio. Los cárteles del crimen organizado reclutan, pues, fácilmente a decenas de miles de veteranos superentrenados, amargados y dispuestos a todo para ganarse unos rublos.

El reclutamiento se efectúa en Rusia y en el territorio de las antiguas repúblicas soviéticas de Asia central y el Cáucaso, pero también y sobre todo en Peshawar, en Pakistán, lugar de residencia de numerosos desertores de la guerra de Afganistán.

Por consiguiente, los 5 700 cárteles de la mafia rusa inventariados por la Interpol en 1996 se procuran sus asesinos en una reserva casi inagotable. Asesinos de una excepcional calidad profesional, pues la mayoría de ellos están habituados a las técnicas más sofisticadas del asesinato por arma de fuego, veneno, con las manos desnudas o con arma blanca.

Es preciso matizar: según el FBI, algunas unidades de las tropas especiales del difunto KGB se unieron in corpore a alguno de los cárteles del crimen organizado. Los especialistas de las unidades de comando del ejército, en cambio, se hicieron a menudo independientes: tras haber fundado «agencias de protección», «gabinetes de detectives privados», etc., venden sus servicios al mejor postor.

Finalmente, otros ex militares operan sobre una base estrictamente individual. Son los *free-lance*. Ejecutan contratos por toda Europa. Éste es, especialmente, el caso de numerosos veteranos de la Fuerza Alpha, equivalente soviético de los boinas verdes norteamericanos. Estos lobos solitarios son los asesinos más peligrosos, los más difíciles de identificar y vigilar. Louis Freeh, director del FBI, expresa otra preocupación: «Durante la guerra fría, un armisticio informal impedía a los agentes del KGB asesinar agentes norteamericanos, y viceversa... Ahora ya no.»¹

Los nuevos asesinos no están ya para delicadezas...

Actúan tanto en suelo ruso como en París, Lyon, Ginebra, Berlín o Montreal, Nueva York y Los Ángeles.

Un hombre encarna hasta la caricatura la decadencia de las fuerzas armadas de la ex URSS: Pável Serguéievich Gra-chev. Hasta el martes 18 de junio de 1996 fue el poderoso ministro de Defensa de la Federación Rusa.

Le llaman *Pacha Mercedes* a causa de su pasión por las limusinas de lujo. Su vitalidad es proverbial. Su cinismo también.

Bajo, fornido, el cabello muy corto, el rostro redondo, los rasgos groseros, el hombre es originario de Tula, en la Rusia central. Es un pendenciero nato, tipo Trinquier o Bigeard —y tan particular como ellos intelectualmente—. Dotado de un valor personal y una vitalidad formidables, escaló grado tras grado en los paracaidistas. Fue un «héroe» de la guerra contra los afganos. Su carrera fue ejemplar y se vio favorecida por numerosos azares.

En agosto de 1991, los duros del agonizante régimen soviético organizaron su golpe en Moscú contra Gorbachov, que

1. Louis Freeh, declaraciones a *Newsweek*, Nueva York, 17 de junio de 1996.

estaba de vacaciones a orillas del mar Negro. Boris Yeltsin se puso a la cabeza de la resistencia.

El Ejército Rojo estaba dividido, vacilante. Grachev fue el único general que movilizó inmediatamente sus unidades a favor de los «demócratas» y, particularmente, de Boris Yeltsin.

El paracaidista acertó; convertido en presidente de la Federación Rusa, Yeltsin hizo de él su militar favorito.

En octubre de 1993, el general Rutskoi y los demás insurrectos se atrincheraron en el edificio del antiguo Soviet Supremo. El ejército vaciló y dudó de nuevo. Grachev hizo intervenir los blindados y acabó con la resistencia de los sitiados.

En diciembre de 1994, el general de aviación Dudaiev y los independentistas chechenos proclamaron su ruptura con Moscú y la secesión de la pequeña República del Cáucaso del Norte. Grachev, que entretanto se había convertido en ministro, corrió a la televisión. Anunció que iba a arrasar Grozni, capital de los renegados, con un «único regimiento de paracaidistas» y «en dos horas». Como antaño Bigeard o Trinquier en Argelia, se proclamó defensor de la civilización cristiana contra el islam.

Resultado: una guerra atroz de más de tres años. Miles de cadáveres de jóvenes soldados rusos arribaron en sus ataúdes de cinc a sus aldeas y ciudades de origen. Grozni quedó hecha cenizas. El ejército de Grachev libró una guerra de inaudito salvajismo, matando decenas de miles de mujeres, niños y hombres. Y sin embargo fue humillado, derrotado por unos patriotas chechenos que suscitaron la admiración del mundo.

Y ahora la corrupción: numerosos generales del ex Ejército Rojo han amasado colosales fortunas. Desde 1991, la Duma vota anualmente créditos de millones de rublos destinados a permitir la reinstalación en tierra rusa de miles de soldados y oficiales, con sus familias, retirados de la ex RDA y otras guarniciones en la Europa del Este. Muchos generales se quedan con el diezmo. La mayoría de los repatriados vegetan en ba-

rracas en las afueras de las grandes ciudades, cobrando sólo un miserable sueldo.

Algunos oficiales de alta graduación ganaron millones de dólares vendiendo por su cuenta a los serbios de Bosnia cañones y blindados de las existencias del Grupo Oeste.

El escándalo se produjo en 1992. La televisión difundió una película sobre los reclutas de la isla Russki, una guarnición del Extremo Oriente. La opinión pública descubrió a adolescentes famélicos, casi agonizantes algunos. Varios estaban en el hospital. Cuatro habían muerto ya de hambre. Los funcionarios del Ministerio de Defensa encargados del aprovisionamiento se habían apropiado regularmente de los alimentos para venderlos en el mercado negro.

Investigar sobre las fechorías de los oficiales corruptos cuesta muy caro. El joven Dmitri Kholodov era el comentarista militar del diario *Moskovski Komsomolets*. Contó cómo algunos generales responsables de la repatriación de las tropas acantonadas en la ex RDA vendieron por su cuenta blindados, cañones y aviones de combate a las milicias serbias de Bosnia. En octubre de 1994, una bomba colocada en su despacho destruyó al imprudente periodista.²

Amigo personal y aliado de Boris Yeltsin, Grachev seguía siendo intocable. Hasta la mañana de junio de 1996, que marcó su perdición. El general Alexandre Lebed, nuevo secretario del Consejo Nacional de Seguridad, revocó a Grachev y a seis generales de la administración del ministerio. El ministro cayó, pero no fue juzgado.³

Un joven recluta destinado en Grozni comentó, sobriamente, la caída de Pacha Mercedes: «Hace mucho tiempo que

2. La redacción no se doblega: algunos días después del atentado, publicó documentos que acusaban a Grachev y su clan de haberse apoderado de los fondos destinados a la construcción de alojamientos para soldados. El dinero, al parecer, sirvió para comprar coches Mercedes, entre ellos un 600 que Grachev regaló a su hijo por su boda.

3. Alexandre Lebed cayó, a su vez, en octubre de 1996.

hubieran debido colgarle en la plaza Roja. Aquí murieron muchos soldados por su culpa. Y si hay soldados que han muerto de hambre también es culpa suya.»⁴

Aunque le pese al joven recluta, el sucesor de Grachev en el Ministerio de Defensa, impuesto por Lebed, tampoco es un santo: el general Igor Nicoláievich Rodionov, de unos sesenta años, paracaidista y antiguo luchador en Afganistán, era en 1989 comandante del distrito militar de Trans-caucasia.

El 9 de abril de 1989, más de cien mil hombres, mujeres y niños georgianos se manifestaban pacíficamente en el bulevar Rusteaveli, en Tbilisi, por la independencia de su República. Gorbachov exigió que acabase la manifestación, pero ordenó a Rodionov que no utilizara balas ni blindados.

¡No importa! El valeroso general equipó a sus paracaidistas con gas de combate, puñales y palas cortantes y, luego, los lanzó contra el cortejo. Resultado: 19 manifestantes asesinados, entre ellos dos niñas degolladas y un bebé decapitado en los brazos de su madre, y 138 heridos graves.⁵

El reinado de Igor Rodionov fue de corta duración. Tras una reunión sorpresa del Consejo de Defensa, el 22 de mayo de 1997, el presidente Yeltsin procedió, ante las cámaras de televisión, a la humillación pública de Igor Rodionov y su acólito, el jefe de Estado Mayor Víctor Sansonov. Bajo una avalancha de las más graves acusaciones, los generales fueron expulsados de su puesto. Yeltsin justificó su acción de un modo muy gráfico: «El soldado se adelgaza, el general se engorda.»⁶

Posdata referente a Pacha Mercedes: en 1997, la OTAN decide abrirse al este de Europa. Muchos de los antiguos Estados satélites de la ex URSS son recibidos en el seno de la organización, lo que provoca la cólera del Kremlin. La OTAN

4. En *Le Monde*, 20 de junio de 1996.

5. Sobre la biografía de Rodionov, cfr. *Der Spiegel*, Hamburgo, núm. 30, 1996.

6. Cita en *Le Nouveau quotidien*, Lausana, 23 de mayo de 1997.

argumenta, intenta apaciguar a los rusos. Crea un órgano consultivo, el Consejo Permanente de la OTAN y Rusia. El presidente Yeltsin prevé nombrar a Grachev como su representante permanente en este consejo.⁷

7. *Der Spiegel*, Hamburgo, 25 de agosto de 1997.

II Chernobil a domicilio

En una hermosa tarde de primavera, el 25 de abril de 1986, unos técnicos trabajaban en la central nuclear de Chernobil, situada cerca del pueblo del mismo nombre, en el valle del Dniéper, en Ucrania occidental. Con motivo de la programada amonización de la velocidad (para mantenimiento) del reactor número 4, procedieron a una prueba del circuito eléctrico. La prueba provocó un brutal aumento de la temperatura. El núcleo del reactor estalló a la una de la madrugada, el 26 de abril. La primera nube radiactiva dispersó por la atmósfera el 10 %, aproximadamente, de los productos radiactivos del reactor.

Más de cincuenta mil personas vivían en el pueblo y en la aldea de Prípiat. Nada se había previsto para su evacuación. Sólo a finales de abril, 96 000 mujeres, hombres y niños de los alrededores de Chernobil fueron alejados de la zona contaminada. Miles de ellos morirían de cáncer de hueso y de leucemia.

El núcleo del reactor número 4 ardió durante días y noches, liberando en la atmósfera cada vez más nubes radiactivas. Esas nubes viajaron hacia el oeste. En la Europa occidental cundió el pánico. Al norte de Suecia, el gobierno de Estocolmo ordenó acabar con todos los renos. En París, Berna y Milán se prohibió la venta de legumbres no controladas.

El espectro de una importante catástrofe nuclear, con alimentos contaminados, aguas envenenadas y el aire radiactivo recorre nuestro continente.

¿Temor justificado? ¿Pánico desmesurado sin una auténtica relación con un peligro existente?

Nunca lo sabremos.

Diez años después de la catástrofe de Chernobil, un nuevo peligro aparece: la exportación ilegal y la venta privada en Occidente, el Oriente Medio y el Sudeste de Asia de armas y materias nucleares procedentes de los arsenales de la antigua URSS.

Un investigador alemán resume el asunto: «Para los europeos del oeste se está preparando un Chernobil a domicilio.» Desde el comienzo de la década de los noventa aparece en los «análisis de la situación» realizados periódicamente por las centrales de policía de los distintos Estados de la Europa occidental un término inédito: la «criminalidad nuclear». Ese tráfico de nuevo género es ampliamente dominado por el crimen organizado. Está vinculado a la decadencia del ejército.¹

¿De qué sustancia se trata?

1. El plutonio radiactivo es un material transuránico. Se utiliza en las armas nucleares como componente explosivo. Es también de capital importancia para el desarrollo de la aplicación industrial de la energía nuclear. Es una materia tóxica y extremadamente peligrosa. Su mantenimiento y su transporte exigen equipos altamente especializados.

2. El uranio tiene también un importante valor mercantil. Es el combustible nuclear por excelencia. El uranio puede ser enriquecido de múltiples modos: por vía gaseosa o por otros procedimientos físicos. La fabricación de una bomba atómica necesita plutonio y uranio enriquecido. Para producir una reacción en cadena se necesita uranio que contenga una importante proporción de isótopos 235.

3. El osmio es muy tóxico, pero no radiactivo. Es indis-

1. Jacques Attali, *Économie de l'Apocalypse*, París, Fayard, 1995.

pensable sobre todo para la producción de aleaciones duras. Su alto valor mercantil es consecuencia de ello. La aleación del osmio y el indio es utilizada para los bolígrafos, como catalizador y en instrumentos de precisión. Aleaciones de osmio sirven también para fabricar los contactos eléctricos.

4. Otra sustancia frecuentemente ofrecida por las bandas rusas en los mercados occidentales es el mercurio rojo, que desempeña también un importante papel en la producción nuclear.

El precio de cada una de estas sustancias en el mercado es perfectamente conocido por los traficantes. Ejemplo: en 1997, un gramo de uranio 235 valía veintiocho dólares.²

¿De dónde proceden estas sustancias?

La mayoría de generales que mandan las bases y arsenales de armas nucleares de la Federación Rusa fueron nombrados por Pacha Mercedes. Los investigadores occidentales están convencidos de que algunos de ellos están directamente al servicio de los cárteles criminales o son corruptibles. Los inspectores norteamericanos, en especial, quedaron profundamente asombrados al comprobar, sobre el terreno, la casi inexistente protección de los depósitos, parajes y arsenales nucleares del ex Ejército Rojo.³

El Bundeskriminalamt (BKA, Oficina Federal de Policía Judicial) estableció, para los años 1993 y 1994, la lista de sustancias aprehendidas:

- Plutonio 239.
- Cobalto 60.
- Californio 252.
- Uranio natural.

2. Información proporcionada por Alexandre Rumiantsev, director adjunto del complejo de investigación nuclear Kurchatov, cerca de Moscú, en *Focus*, Munich, núm. 19, 1997.

3. Véase más adelante, en este mismo capítulo.

- Uranio enriquecido.
- Estroncio.
- Plutonio-americanio.
- Cesio 137.
- Cobalto.
- Mineral de uranio.
- Polvo de uranio.
- Osmio.
- Mercurio rojo.
- Escandio.
- Kriptón 85.
- Pastilla de uranio (índice de enriquecimiento: 1,6 a 4,4 % U 235).⁴

El BKA intenta identificar las principales vías de entrada: tratándose de materias muy sensibles que exigen medios de transporte y equipos a menudo sofisticados, esas vías tienen numerosas etapas.

Los cárteles rusos utilizan, para llegar a Berlín y al puerto de Hamburgo, la vía del Báltico, Bielorrusia y Polonia. Otra ruta pasa por Ucrania, Moldavia, Rumania, Bulgaria y Hungría, y finaliza en Viena. Una tercera atraviesa los territorios de Rumania, Bulgaria, Hungría, Eslovaquia y Chequia, para llegar a Baviera.

Técnicamente, la puesta en el mercado occidental de las sustancias nucleares ilegalmente extraídas de las reservas de los nuevos Estados ruso, kazako, ucraniano —territorios que, en tiempos de la URSS, concentraban el arsenal nuclear— se realiza de dos modos distintos.

Está en primer lugar la criminalidad nuclear clásica. Un

4. Tomamos aquí, a título indicativo, la estadística del BKA de los años 1993-1994 (período de la primera entrada masiva en Europa de sustancias conseguidas ilegalmente). Informes más recientes confirman la configuración de este contrabando. Cfr., por ejemplo, *Rapport du Département federal (Suisse) de justice et police. Protection de l'Etat*, cap. «Prolifération», Berna, 1997, pp. 99 y ss.

cártel se apodera, por medio del robo, la violencia o la corrupción, de la sustancia nuclear en las centrales civiles, laboratorios o en instalaciones militares. Las encamina, bajo mano, hacia Europa y las comercializa por vías clandestinas, trabajando de común acuerdo con venales hombres de negocios europeos.

Segundo método: el cártel criminal crea una o varias sociedades pantalla. Estas sociedades, registradas en Licchtenstein o en las Bahamas, se ponen en contacto, legalmente, con un laboratorio europeo especializado, privado o público, y le piden —como suele hacerse con cualquier otra sustancia— que certifique la mercancía. Ejemplo: Suiza, uno de los Estados industrialmente más desarrollados del mundo, alberga un elevado número de laboratorios de gran prestigio internacional.

El laboratorio europeo hace su trabajo; examina las cualidades del plutonio, estroncio, etc., que le someten a análisis y pone su sello. El laboratorio hace un trabajo puramente científico. Nada le obliga a investigar la procedencia del material o la identidad del verdadero propietario. Y, aunque lo deseara, la mayoría de las veces sería incapaz de hacerlo.

Provisto del sello del laboratorio, el material nuclear ilegalmente adquirido es legalmente negociado en los mercados internacionales.

En 1993, las autoridades policiales y judiciales de la Unión Europea y Suiza (todas juntas) intervinieron en 241 casos de tráfico de sustancias nucleares.⁵ En 118 de esos casos, el material no era en absoluto radiactivo o lo era sólo débilmente. En 1994, las autoridades de la Europa occidental trataron 267 casos de criminalidad nuclear. Desde entonces, las cifras están en constante aumento.

5. Se trata de investigaciones policíacas que desembocaron en una acusación.

La Agencia Internacional para la Energía Atómica (AIEA), con sede en Viena, es la responsable de la lucha contra este tráfico. Desde que fueron aprehendidas en la Europa occidental las primeras e importantes cantidades de plutonio, la AIEA se puso en contacto con los gobiernos de las antiguas repúblicas de la ex URSS y con los Estados de la Europa oriental. Ha puesto en marcha un programa científico y policíaco de control de las reservas existentes. Aunque los inspectores de la AIEA no pueden actuar en el territorio de almacenamiento sin la presencia de agentes de los gobiernos implicados, su acción resulta sin embargo eficaz; pese a que no todos los robos o «cesiones voluntarias» de materiales nucleares almacenados en el Este pueden ser impedidos, es posible hoy, al menos, localizar con bastante precisión los lugares de procedencia de los materiales ofrecidos al Oeste.

Queda aún un horripilante guión que obsesiona a los inspectores de la AIEA y a las autoridades policíacas y judiciales occidentales: la utilización con fines terroristas de esas sustancias o su reventa a regímenes que, para alcanzar sus objetivos políticos, recurrieran al atentado o, al menos, a la amenaza de atentado nuclear.

En la lucha contra la criminalidad nuclear internacional, Estados Unidos desempeña un papel decisivo.

«Burlas de la Historia», diría Friedrich Wilhelm Hegel. Estados Unidos, por medio de colosales créditos, intenta hoy mantener con vida los centros de investigación militar de su antiguo enemigo. Protegen esos centros, financian programas de investigación, asumen los salarios.

Ejemplo: situada en un profundo bosque a unos 250 kilómetros al sudeste de Moscú, Arzamas es una de las diez ciudades rusas llamadas, aún en 1996, «cerradas».

Arzamas cuenta con 96 000 habitantes, entre ellos los 9 500 físicos nucleares e ingenieros de armamento más cualificados del país. Sajarov trabajó en aquel lugar durante décadas. Allí vio la luz la bomba soviética de hidrógeno.

En 1992, el dinero de Moscú ya no llegaba a Arzamas. Pacha Mercedes era ministro del ramo. Se acabaron los salarios. Se acabaron los medicamentos en los hospitales. La subalimentación afectaba a los niños. Depositarios de un saber ul-trasecreto, los científicos estaban desesperados: algunos marcharon a China, otros estudiaban las ofertas de Irán o Libia. Otros —aunque sólo sea una sospecha— escuchaban benevolentemente a los emisarios de los padrinos.

Intervino Estados Unidos: el laboratorio nacional de Los Alamos, en Nuevo Méjico, tomó a su cargo los hospitales, envió decenas de investigadores, inició programas conjuntos y asumió la supervivencia de los científicos rusos (y también armenios, ucranianos, kazakos, etc.) de Arzamas.⁶

Estados Unidos tuvo que afrontar otro problema: el rea-grupamiento y desmantelamiento de la enorme reserva de armas nucleares ex soviéticas. Desde el hundimiento de la URSS, el presidente Bush pretendió obtener el reagrupamiento de las armas almacenadas en Ucrania, Bielorrusia y Kazajstán en el territorio de la Federación Rusa. Los senadores Sam Nunn y Richard Lugar hicieron votar una ley que autorizaba al presidente estadounidense a participar, con sustanciales pagos, en el programa de destrucción de las armas nucleares ex soviéticas. Según James Reston, las existencias ex soviéticas se elevaban, en 1992, a más de treinta mil cabezas nucleares.⁷

Sin embargo, el acuerdo cuatripartito conseguido por el presidente Bush no se siguió: los gobiernos de Kíev y Alma Ata deseaban también aprovecharse de los centenares de

6. Cfr. John Barry, «Russia's Nuclear Secrets. Inside a Closed Atomic City», *Newsweek*, 2 de mayo de 1996.

7. James Reston, *Deadline. A Memoir*, Nueva York, Random House, 1991; cito la edición de bolsillo (Times Books), 1992, p. 467.

millones de dólares puestos en circulación por la ley Nunn-Lugar. En 1994, Clinton volvía a la carga: concluía con Ucrania un pacto de reducción (*Cooperative Threat Reduction*) de cohetes intercontinentales con cabezas nucleares múltiples.

En Kazajstán se puso en marcha un programa secreto, el programa Saphir. Preveía transportar a Estados Unidos el uranio enriquecido kazako; el uranio seguiría siendo propiedad de la República del Kazajstán, pero Estados Unidos lo resguardaría en sus almacenes.

En 1996, finalmente, el presidente Clinton imponía a Pacha Mercedes un programa suplementario que pretendía proteger, en la propia Rusia, los almacenes de material nuclear (uranio enriquecido, plutonio, etc.) de los ataques mañosos.

Dotado con 330 millones de dólares, el programa financia la actividad de vigilancia conjunta de los almacenes del ex Ejército Rojo por inspectores norteamericanos, rusos, ucranianos y kazakos. La vigilancia se concentra alrededor de las cincuenta instalaciones nucleares más importantes. El secretario adjunto del Departamento de Energía, Charles B. Curtis, encontró una sorprendente fórmula para definir la contribución norteamericana: «*Wards, guns and gates*» («Guardias, armas y alambre de espino»). Curtis, sin embargo, estaba inquieto: «No hay tiempo. Necesitaremos mucha suerte para poner en marcha nuestro programa [...] antes de que se produzca un robo importante.»⁸

¡Qué razón tenía Curtis!

En septiembre de 1997, el general Alexandre Lebed, antiguo consejero para la seguridad de Boris Yeltsin y actual jefe de la oposición en Rusia, dio la alarma: «Las fuerzas armadas rusas han perdido el control de, por lo menos, cien cabezas nucleares. Se trata de bombas del tamaño de una maleta, fá-

8. Charles B. Curtis en *International Herald Tribune*, 1 de marzo de 1996.

cilmente transportables, y que una sola persona puede hacer estallar en menos de treinta minutos. Cada una de estas bombas puede matar más de cien mil seres humanos.»⁹ ¿Quién robó esas armas? ¿Cuándo? ¿Dónde? ¿Con qué objetivo? Le-bed no lo dice (o no lo sabe).

La criminalidad nuclear internacional muestra su predilección por el territorio helvético. Gracias a las prácticas liberales de sus laboratorios, a la competencia de sus bancos multinacionales, a sus aeropuertos intercontinentales, a sus telecomunicaciones y a su secreto bancario, Suiza es, desde el comienzo de los años noventa, una verdadera encrucijada de la criminalidad nuclear internacional.

Examinemos algunos de los casos más recientes.

Ya en 1994 algunas empresas ofrecían en el mercado mundial grandes cantidades de mercurio rojo, cuyo tráfico internacional es vigilado con especial atención por los inspectores de la AIEA.

Un elemento parecía alarmante: el bajo precio del mercurio rojo. El kilo era ofrecido a 375 000 dólares.

En 1994, los servicios secretos norteamericanos hicieron público el programa de construcción de una bomba nuclear norcoreana. Alarma en Washington: uno de los regímenes más locos del planeta, ya sin aliento, afligido por la hambruna y por una guerra de sucesión interna, tal vez poseería muy pronto medios concretos para el chantaje nuclear.

La revista *Die Bilanz* publicaba los facsímiles de la correspondencia de una empresa de Zurich con diplomáticos de la embajada norcoreana en París. Esta correspondencia indicaba que el mercurio rojo se hallaba en un almacén del aeropuerto franco-suizo de Basilea-Mulhouse. Se esperaba la visita de los norcoreanos. La correspondencia hablaba también del mon-

9. Alexandre Lebed en *Le Monde*, 6 de septiembre de 1997.

tante de la comisión exigida por los intermediarios, seis mil dólares por kilo de mercurio vendido.¹⁰

¿Quién estaba detrás de esta transacción?

Tres antiguos oficiales del KGB, dos de los cuales fueron detenidos por la policía federal suiza. El primero fue extraditado a Estados Unidos, el segundo a Austria (los dos eran objeto de una orden internacional de busca y captura).

Numerosos actores de la criminalidad nuclear pueden contar con el consejo, la ayuda y la asistencia de abogados y gestores suizos, especialmente con algunos de los que ejercen en Zug. La encantadora y pequeña ciudad de Zug, situada en plena Confederación, alberga gran número de sociedades llamadas «buzones», cuya única actividad consiste, precisamente, en proporcionar un nombre a cambio de pago.¹¹

Recordémoslo: cada uno de los veintiséis estados miembros de la Confederación Helvética tiene soberanía judicial. Posee su propio sistema judicial y policíaco, su propio Código procesal. Las prácticas judiciales dudosas y la creciente corrupción de alguno de esos cantones son, pues, difícilmente controlables por las autoridades federales. Y ello a pesar de que la Confederación tiene, en la persona de Carla del Ponte, un fiscal federal de excepcional competencia e insólito valor.

También Estados Unidos constituye un mercado privilegiado para los traficantes de sustancias nucleares. En 1997, las

10. *Die Bilanz*, Zurich, núm. 9, 1994.

11. Y no sólo en Zug. Al presentar su dimisión, el joven fiscal del cantón de Schwyz, Joseph Dettling, dijo: «El dinero ruso inunda nuestro país... Aquí, en Schwyz, y en el vecino Estado de Zug, aparecen casi cada día nuevas fiduciarias [...] Estamos aquí al extremo de la autopista que procede de Zurich. Los rusos embarcan en el aeropuerto de Zurich-Kloten, por la mañana, con las maletas llenas de dólares. Depositán su dinero en los bancos y sociedades fiduciarias al mediodía. A medianoche están de regreso en Moscú» (en *The European*, Londres, 16 de noviembre de 1995).

autoridades federales identificaron veinticinco organizaciones mañosas rusas especializadas en este tráfico. Para combatirlas, Washington creó un servicio especial, la Task Forcé Odessa. Sus éxitos son impresionantes. Ejemplo: en julio de 1997, dos traficantes lituanos, de origen ruso, Y. D. y J. R, fueron llevados ante un juez de Miami. El primero tenía treinta y seis años, el segundo veintiocho. Pertenecían a la nueva y dinámica generación de mafiosos rusos. Pese a ello, se dejaron agarrar como chiquillos. Algunos «topos» de la Task Forcé les habían tendido una emboscada. Los agentes se habían disfrazado de «hombres de honor» de la Cosa Nostra neoyorquina. El fiscal acusó a los dos truhanes rusos de haber ofrecido a los «topos» americanos cohetes Sam del tipo XIV y del XVI, así como material nuclear.¹²

12. *Neue Zürcher Zeitung*, Zurich, 2 de julio de 1997.

III

La heroína de Asia central y de Vladivostok

Los lectores pueden preguntarse a qué viene, en esta parte consagrada a la decadencia y la parcial criminalización del ex Ejército Rojo, un capítulo sobre el tráfico de heroína procedente del Asia central y del Extremo Oriente. La explicación es sencilla: sin un preciso conocimiento de las consecuencias económicas, sociales y políticas de la guerra de Afganistán no se comprendería nada de la actual estructura del mercado de la heroína en Europa.

En diciembre de 1979, las divisiones blindadas soviéticas invadieron Afganistán. En 1988 se consumó su derrota. El 14 de abril de aquel año, Andréi Gromiko, ministro de Asuntos Exteriores de la URSS, firmaba en Ginebra los acuerdos del armisticio. La retirada de las tropas soviéticas hacia el Uzbekistán y demás repúblicas soviéticas de Asia central concluía a finales de abril de 1989. En Kabul, el régimen satélite creado por el KGB y dirigido por Najibullah permaneció en el poder. No cayó hasta la primavera de 1992. Najibullah y alguno de sus cómplices se refugiaron entonces en la misión de la ONU, en Kabul. El 27 de septiembre de 1996, los talibanes (inte-gristas musulmanes especialmente retrógrados) conquistaron por primera vez Kabul (fueron expulsados poco después). Invadieron los edificios diplomáticos de la ONU —situados en zona extraterritorial—, arrancaron a Najibullah de su escondite y le colgaron del farol más cercano. Infligieron la misma suerte a su hermano y a sus allegados.

Durante toda la guerra de Afganistán, pero sobre todo en

su fase final, numerosos oficiales soviéticos organizaron, ante la benevolente mirada de sus superiores, un tráfico altamente lucrativo de morfina-base, heroína y sus derivados; alentaron la plantación de adormidera y protegieron los laboratorios. Esos antiguos militares dominan hoy todavía vastos circuitos y abastecen, en gran parte, el mercado de la droga de Europa y América del Norte.

La conferencia de las Naciones Unidas sobre el crimen organizado, celebrada en Ñapóles en 1994, dedicó una sesión especial al examen de las mutaciones del mercado de la heroína en Europa. En 1994, las tres cuartas partes de la heroína consumida por los drogadictos de la Europa occidental procedían de un triángulo geográfico formado por las repúblicas centro-asiáticas de la ex URSS, el norte de Pakistán y Afganistán.

Tomemos el caso del opio: en 1995, según las estimaciones del PNUCID (Programa de las Naciones Unidas para el Control Internacional de las Drogas), los ex militares rusos importaron de Afganistán unas doscientas toneladas de opio. En la frontera afgana, un kilo de opio cuesta aproximadamente 150 dólares. En el mercado de Osh, en Kirguizia, lugar de paso obligado hacia Europa, el mismo kilogramo se vende a más de mil dólares. Llegado a Moscú, el kilo de opio *alcanza* casi los diez mil dólares. Dominado en sus dos terceras partes por los talibanes, que conquistaron Kabul por segunda vez en 1997, Afganistán produjo aquel año unas 2 300 toneladas de opio, es decir, más del 40 % de la producción mundial. El opio afgano es cultivado en unas 55 000 hectáreas, en su mayor parte pertenecientes a las regiones controladas por los talibanes. El PNUCID instaló en Islamabad, en el vecino Pakistán, su delegación para el Asia central y meridional.

Los talibanes dan pruebas de una admirable moralidad: castigan con la muerte el consumo de heroína en su territorio. En cambio, la exportación prospera. ¡Que perezcan los ene-

migos del islam! Cada semana, toneladas de droga abandonan el territorio afgano hacia el Occidente infiel. Los talibanes cobran de cada cargamento el impuesto islámico del 10 %, el *zak*. Sus mandos militares protegen los laboratorios diseminados por su territorio. Varios cárteles de la mafia rusa son los que se encargan de comercializar, fuera de Afganistán, la pasta de morfina, de heroína y los demás productos derivados proporcionados por los talibanes. El negocio es rentable: en 1997, el gramo de heroína más o menos pura se vendía en las calles de Hamburgo, Milán, París o Zurich a un precio que variaba, según las entregas, entre 90 y 140 dólares.¹

Los ex militares rusos disponen, para la distribución de estupefacientes, de sistemas de transporte y comunicación sin igual.

Ejemplo: en 1995, unos aduaneros polacos, tras recibir un soplo, interceptaron un vagón lleno de derivados de la heroína y de heroína pura poco después de atravesar la frontera de Brest-Litovsk. Pusieron los sellos en las puertas del vagón y lo estacionaron en una vía muerta.

Al día siguiente no había vagón. Por la noche, una locomotora procedente de la estación de Brest-Litovsk enganchó el vagón para devolverlo a territorio bielorruso, donde, es evidente, los traficantes disponían de excelentes relaciones políticas.

Desde hace unos cinco años, especialmente gracias al PNUCID, la lucha contra los traficantes de droga se ha intensificado en la frontera con la Europa del Este. Los señores rusos buscan pues colaboraciones extraeuropeas para poder ex-

1. Cfr. también la entrevista que Pierre Hazan hizo a Hans Christian Poulsen, delegado del PNUCID, en *he Nouveau Quotidien*, Lausana, 30 de junio de 1997.

portar su mercancía a través de fronteras menos severamente guardadas. El colaborador más activo de los cárteles rusos es Nigeria.

Poblado por más de cien millones de habitantes, cuarto productor de petróleo del mundo, la Federación de Nigeria es un país poderoso. Sin embargo, desde hace dos décadas está gobernado por dictadores militares, por lo general nacidos en el norte musulmán, a cual más corrupto y cruel, pero todos igualmente apoyados por las grandes compañías petroleras, especialmente la Shell. A veces, por la presión de la opinión pública mundial, los dictadores parecen dispuestos a retroceder un paso. Pero la mejoría es siempre de corta duración. Dueño durante mucho tiempo de los circuitos de tránsito de la heroína procedente de Asia, el general Ibrahim Babangida tuvo que aceptar el establecimiento de un gobierno de transición y la organización de elecciones presidenciales. Al amanecer del 17 de noviembre de 1993, el general nordista Sani Abacha derribó al jefe del gobierno interino, Ernest Schone-kan. El normal funcionamiento de los circuitos ruso-nigeria-nos de tráfico de estupefacientes volvió a ponerse en marcha.

Toneladas de opio, heroína y derivados —afganos, birmanos, kirguizes, paquistaníes, etc.— transitan por Port Harcourt y Lagos.

El general Sani Abacha es un compañero fiable que, hasta hoy, ha resistido valientemente a todas las coacciones norteamericanas y europeas.

El viernes 10 de noviembre de 1995, el dictador ordenó colgar al escritor Ken Saro-Wivwa y ocho militantes ecologistas del pueblo de los ogoni.² Los nueve hombres eran

2. Los ogoni viven en el delta del Níger. Sus tierras han sido arruinadas por la contaminación y las destrucciones provocadas por las perforaciones de la Shell.

opositores políticos pacíficos, pero decididos, del padrino de Lagos.

El lunes 13 de noviembre del mismo año, la Federación de Nigeria era excluida de la Commonwealth. Nunca antes semejante sanción había sido adoptada contra uno de los Estados miembros. Además, la casi totalidad de los países «civilizados» llamaron a sus embajadores en Lagos.

La sanción contra Abacha y su régimen está ampliamente justificada. Es sorprendente, sin embargo, la severidad y la rapidez con la que fue tomada.

El presidente serbio Milosevic y sus asesinos han sido responsables, desde 1991, de decenas de miles de violaciones, mutilaciones y asesinatos. Los gobiernos de la Europa occidental siguen tratando con ellos. Bastó con nueve opositores ahorcados un amanecer de noviembre de 1995, en la prisión de Port Harcourt, para que el general Abacha fuera expulsado del concierto de las naciones.

Una sola explicación: los Estados occidentales utilizaron el ahorcamiento de un gran escritor y sus compatriotas para comunicarle al dictador de Lagos su descontento por su eficaz y fructífera colaboración con los traficantes rusos de heroína.

Un caso interesante es el de la región de Primorskii-Krai, en el Extremo Oriente Ruso, donde los ex militares del difunto Ejército Rojo son particularmente activos. Durante cerca de sesenta años, esa inmensa región a orillas del océano Pacífico ha sido «zona de administración militar». Herméticamente cerrada no sólo a los extranjeros sino también a cualquier ciudadano soviético que no dispusiera de un salvoconducto especial, era exclusivamente gobernada por el aparato de seguridad y el ejército. El procurador general Valeri Vassilenko libra actualmente un desesperado combate, marcado por numerosas derrotas, contra los señores que gobiernan la economía de la región.

En 1997, unos dos millones y medio de personas vivían en

la región de Primorskii-Krai. Su principal ciudad es Vladivostok, el gran puerto del océano Pacífico.

La *Neue Zürcher Zeitung* llama a la región «*der wilde Os-ten Russlands* [el salvaje Oriente]». ³

El Extremo Oriente Ruso posee el récord de la criminalidad organizada de toda la Federación: más de cincuenta mil crímenes contra la integridad física y contra la propiedad perpetrados sólo en la ciudad de Vladivostok (750 000 habitantes) durante los nueve primeros meses de 1995. Las autoridades hablan de un consumo de drogas duras en las región veinte veces superior a la media nacional. Un floreciente comercio es el de la fabricación y venta de losas sepulcrales; los jefes de las bandas compran de antemano, y a menudo muy caros, sus monumentos fúnebres en los cementerios de la ciudad.

El Ministerio del Interior de la Federación es, tradicionalmente, el adversario más decidido del Ministerio de Defensa. En efecto, el Ministerio del Interior tiene también su propio ejército, mantiene tropas especiales y posee aviones, blindados y misiles balísticos. Se ha puesto en guardia a Moscú: el Ministerio del Interior publica de buena gana cifras exageradas sobre los crímenes cometidos en las ciudades de guarnición dependientes del Ministerio de Defensa.

He aquí las cifras del Ministerio del Interior para la región que nos preocupa: en 1994, por cada cien mil habitantes, 1 700 crímenes de sangre se cometieron en Rusia. La proporción es mucho más alta en Primorskii-Krai: 3 200 crímenes de sangre por cada cien mil habitantes. En la región actúan 38 cárteles del crimen organizado con varios miles de «soldados». ⁴

3. *Neue Zürcher Zeitung*, Zurich, 13 de junio de 1997.

4. En 1995, las autoridades encargadas de la represión penal en la provincia marítima del Extremo Oriente Ruso adoptaron una insólita iniciativa: con el fin de alertar a la opinión pública rusa (e internacional) sobre la situación local, invitaron a Vladivostok a algunos periodistas. Entre ellos, dos reporteros de la prensa occidental: Didier Frangois e Isabelle Lasserre; cfr. *Liberation* y *Le Journal de Genève*, 8 de noviembre de 1995.

Según el PNUCID, Vladivostok es hoy una encrucijada internacional del tráfico de drogas hacia Europa. El aprovisionamiento en materias primas y en sustancias químicas —necesarias para la fabricación de drogas— procede de tres fuentes principales: de Vietnam, por vía marítima; de Corea del Norte, donde (según las autoridades rusas) algunos dirigentes de la policía secreta del Estado son proveedores regulares, y, por fin, de China, de donde procede, por vía terrestre, la efedrina utilizada en los laboratorios de Vladivostok.

Los señores del crimen organizado controlan mayoritaria-mente el comercio de madera, pescado, marisco, petróleo, la importación-exportación de aparatos electrónicos y aparatos domésticos. El 90 % de los coches que circulan por la región son de origen japonés, importados fraudulentamente. Por lo que se refiere al sector bancario, está casi por completo en manos de las bandas.

Otras actividades más exóticas procuran importantes rentas a ciertos amigos de Pacha Mercedes. En octubre de 1995, por ejemplo, un tren militar procedente del Kazajstán y que se dirigía a Corea del Norte fue «secuestrado». Transportaba aparatos de radar y artillería pesada. Descargado en pleno campo, el botín desapareció. En realidad fue encaminado hacia los circuitos clandestinos del tráfico internacional de armas de guerra.

Finalmente, en junio de 1997, el presidente Yeltsin intentó someter el «salvaje Oriente». Hercúlea tarea: la nueva Constitución prevé la elección por el pueblo de los 89 gobernadores de la Federación. Moscú no puede pues destituir a su antojo a un gobernador criminal o incompetente. En el caso de la región de Primorskii-Krai, Yeltsin halló una solución original: el gobernador Nasdratenko fue puesto bajo la tutela del jefe local de los servicios secretos de la Federación (FSB), que desde entonces ejerce la mayor parte de los poderes administrativos y jurídicos en la región.

CUARTA PARTE

MONSEÑOR Y SUS UNIDADES
NEGRAS

Todos los peces desaparecen, la
Justicia se conmueve: que
comparezca el tiburón, que se
explique si es que puede.

El tiburón es amnésico, los
testigos no saben nada, y
sin una prueba jurídica, el
tiburón no lo es.

BERTOLT BRECHT,
La balada de Mackie el Navaja

El bandidismo bancario

Frente al bandidismo bancario mundial, las autoridades de las sociedades democráticas parecen curiosamente impotentes.

En junio de 1982, unos transeúntes londinenses perciben, bajo el Black-Friars Bridge («puente de los Hermanos Negros»), un cadáver colgando de una viga metálica y que se balancea al viento matinal. Es el cadáver de Roberto Calvin.

Calvin ha sido uno de los banqueros más poderosos del mundo. La caída de su imperio, construido en torno al Banco Ambrosiano, provocó una quiebra de más de mil millones de dólares y arruinó a decenas de miles de empresas y de honrados ahorradores.

Julio de 1982: los presidentes de los bancos centrales de los países occidentales se reunieron a toda prisa en la gran torre de cristal del Banco Internacional de Pagos, en Basilea. Adoptaron rigurosas normas con el fin de impedir, para siempre, la repetición de semejante calamidad.

Diez años más tarde, el Banco de Crédito y de Comercio Internacional (BCCI) se desintegró con un estruendo de fin del mundo. Esta vez, la quiebra se elevaba a más de doce mil millones de dólares y el número de acreedores arruinados a más de cien mil. Nuevo pánico, nueva reunión de urgencia de los banqueros centrales. Otras normas internacionales, más coactivas aún, fueron promulgadas.

En noviembre de 1995, uno de los más poderosos imperios financieros japoneses, la Daiwa Bank, acusada de prácticas criminales en los cinco continentes, se derrumbaba. Yukio

Yoshimura, ministro de Hacienda en Tokio, decretó sanciones ejemplares. En Estados Unidos, el gobierno cerró todas las sucursales de la banca, acusándola de haber organizado, en detrimento de los clientes norteamericanos, una estafa con las obligaciones y demás valores de más de mil millones de dólares. Reunidos en Basilea, los banqueros centrales adoptaron numerosas y rigurosas directrices internacionales de vigilancia y control.

Dos años más tarde (en noviembre de 1997), un nuevo temblor de tierra se produjo en las finanzas japonesas: esta vez le tocó a la mayor casa de comercio de valores de Asia, la Yamaichi Securities Company, que se derrumbó con un estruendo apocalíptico. ¿El montante de la quiebra? Treinta billones de yenes, es decir, unos cuarenta mil millones de dólares. ¿Cómo pudo producirse tal desgracia? Existe un cártel mafioso en Japón particularmente sofisticado que se llama Sokaya. Sus gánsters tienen una especialidad: obtienen por corrupción o violencia informaciones confidenciales sobre una empresa (*insider informations*, en inglés). Gracias a estas informaciones, someten luego a un lucrativo chantaje a los dirigentes de la empresa en cuestión. El 2 de diciembre de 1997, la justicia de Tokio entabló un proceso contra un tal Koike, influyente miembro del cártel. Y la desgracia siguió su curso: al tener conocimiento de que los gánsters habían infiltrado con éxito la Yamaichi Securities Company, los depositarios, por decenas de miles, retiraron sus fondos... y la casa se hundió.

De nuevo, pues, la pregunta: ¿cómo proteger el mundo internacional de las finanzas contra el bandidismo bancario?

Esta cuarta parte de nuestro libro pone de relieve el nacimiento, el vertiginoso crecimiento y la brusca desintegración del mayor banco criminal de todos los tiempos, el Banco de Crédito y de Comercio Internacional.

El BCCI no era sólo una formidable máquina de lavar el dinero sucio de centenares de señores del crimen. Fue en sí mismo, como veremos, uno de los más poderosos cárteles de la criminalidad organizada que han existido en el planeta.

A su cabeza, uno de los más pasmosos padrinos de este fin de siglo, Agha Hasan Abedi, llamado *Agha Sahib*, «monseñor» en lengua urdu.

II

La irresistible ascensión de Agha Hasan Abedi

A lo largo de toda su existencia, de 1972 a 1991, el BCCI estuvo implantado en los cinco continentes y tenía sucursales en setenta y tres países. En Estados Unidos y en la Europa occidental contaba con más de cuatrocientas agencias. Su cuartel general mundial se hallaba en un suntuoso edificio en plena City de Londres. Por lo que se refiere a la sede parisina, estaba instalada en los Campos Elíseos.

En el archipiélago de las islas Caimanes, una posesión británica del Caribe, el BCCI mantenía una sociedad holding que controlaba centenares de sociedades *off shore*, algunos *trust-funds*, sociedades fiduciarias y establecimientos financieros no bancarios.

En el seno de los consejos de administración del BCCI y de sus sociedades afiliadas actuaban príncipes de las dinastías reinantes de la Arabia Saudí y de los emiratos del Golfo, antiguos ministros de Estados Unidos y de los Estados europeos, aristócratas británicos y antiguos presidentes o directores generales de bancos multinacionales occidentales.

El International Credit and Investment Corporation (ICIC), que pertenece también a la galaxia del BCCI, financiaba, entre otras instituciones, la Fundación ICIC. Ésta practicaba la beneficencia pública a gran escala y con el mayor eco posible. En Londres, el hospital Cronwell, uno de los establecimientos sanitarios más célebres del reino, se veía favorecido por su generosidad. La fundación estaba asociada con la del ex presidente estadounidense Jimmy Cárter. Mantenía, en los

ÍM

cinco continentes, a huérfanos, centros de aprendizaje y de investigación científica, clínicas de tecnología punta, escuelas, hospitales para ancianos.

El BCCI concedía astronómicos créditos a los más diversos gobiernos. La Federación de Nigeria los había logrado por valor de más de mil millones de dólares.

El fundador del BCCI, Agha Hasan Abedi, era un paquistaní elegante y frágil, de confesión chiíta. Gozaba de un inmenso prestigio personal. Allegado de numerosos jefes de Estado y de gobierno, íntimo de varias dinastías reinantes en Arabia y Asia del sur, era recibido en la Casa Blanca y en numerosos palacios gubernamentales del planeta.

Sus armas eran la opacidad y el secreto. Debido a un sistema de organización y de contabilidad singular, del que hablaremos más adelante, nadie supo nunca a cuánto ascendían exactamente los capitales por él manipulados ni las verdaderas cifras de los balances del BCCI y sus sociedades afiliadas.

En el momento en que se enterraba al flamígero paquistaní, el *New York Times* hizo el recuento aproximado de sus fechorías. Balance: a lo largo de su existencia, Agha Hasan Abedi había estafado a centenares de millones de acreedores por una suma global superior a doce mil millones de dólares.¹

No hay duda, el padrino chiíta fue un hombre de una inteligencia, una vitalidad, una ambición y una capacidad de análisis excepcionales, cualidades que se revelaron muy pronto en su vida.

Nació en Lucknow, en la India, el 22 de septiembre de 1922 (su pasaporte indica la fecha del 14 de mayo). Lucknow es una prestigiosa y muy antigua ciudad de la India septentrional, capital hasta 1859 de un reino indomusulmán, el reino de Oudh. También el nombre de «Oudh» tiene una histo-

1. *New York Times*, Nueva York, 7 de agosto de 1995.

ria complicada: deriva del título ceremonial de los nababs (soberanos) de Lucknow.

El padre de Abedi pertenecía a un antiguo linaje: era un chiíta erudito, sagaz administrador, lector apasionado, alimentado por la cultura ancestral del reino de Oudh.

En la India, los eruditos chiítas son a menudo administradores, chambelanes de los maharajas. El padre de Abedi se encargaba de los inmensos bienes del raja Sahib, de Mahmu-dabad. Hasan frecuentaba la Facultad de Derecho local. Su infancia, su primera juventud fueron las de un muchacho modesto que llevaba, según los usos y costumbres ancestrales, una vida de familia tradicional y trabajadora.

En 1945, el joven entró como pequeño empleado en el gran banco chiíta del subcontinente indio, el Habib Bank. Fue destinado a la sucursal de Bombay.

Sus biógrafos² le describen como un hombre joven de ojos negros, mirada intensa, ondulados cabellos de azabache, poca estatura y musculoso. Era un hombre que gustaba —y que se gustaba—. De esa época procede su predilección por los vestidos extravagantes y la ropa costosa. Más tarde, en la City de Londres, será célebre por sus zapatos de piel de cocodrilo y sus eternas camisas de seda rosa.

En 1947, el ocupante británico abandona el subcontinente indio. Algunas terribles matanzas interétnicas presiden la división de la India y el nacimiento de los nuevos Estados de la India y el Pakistán. Catorce millones de personas emigran de este a oeste y de sur a norte. Varios millones mueren. La familia de Abedi, musulmana, se dirige al Pakistán, el país de los «puros», fundado por Muhammad Ali Jinnah y su Liga musulmana. La familia pierde todos sus bienes. También el Habib Bank se traslada. Vuelve a instalarse en Karachi. Abedi asciende.

2. Cfr. Peter Truell y Larry Gurwin, *BCCI. The Inside Story of the World's most Corrupt Financial Empire*, Londres, Bloomsbury, 1992; James Ring Adams y Douglas Frantz, *A Full Service Bank*, Nueva York, Simón & Schuster, «Pocket Books», 1992.

En 1959, el joven empleado se sentía frustrado. Sabía que en ese banco familiar, regido por el broncíneo código del paternalismo chiíta, no iría a ninguna parte. Dimitió. Con algún dinero prestado, fundó su propio banco: el United Bank Limited (UBL). Rápidamente, el UBL prosperó. A mediados de los años sesenta, Abedi era el primer empresario del Pakistán que se equipaba con ordenadores. Adquirió el primer IBM 360-40 de toda el Asia del sur.

A finales de la década, el UBL se convirtió en el segundo banco privado de Pakistán.

¿Cómo explicar ese éxito? Uno de los rasgos de la naturaleza fundamental de Abedi se revela ya: hace un doble juego, seduciendo a unos, mintiendo a otros, ocultando a todo el mundo sus verdaderas intenciones.

Karachi, capital del Sind, es hoy una ciudad de trece millones de habitantes que se levanta en el valle bajo del Indo. Su puerto es el tercero del continente asiático. Una endémica guerra civil —hoy un conflicto abierto que provoca cada año centenares de muertos— asóla la ciudad y sus arrabales. Se enfrentan en ella dos poblaciones: los muhajir y los sindi.

Los sindi son los habitantes del Sind, la inmensa, soberbia y fértil región del valle bajo del Indo.

Los muhajir son musulmanes llegados de la India. Pese a la división de 1947, hoy viven todavía decenas de millones de musulmanes en la India. Pakistán y la India libran una guerra soterrada. El motivo es el control del valle de Kachemira, situado al pie del macizo del Himalaya, que ambos Estados reivindican y que la India ocupa, en gran parte, desde 1948.

Periódicamente, el odio interétnico se inflama en la India y, de nuevo, centenares de miles de familias musulmanas se dirigen al Pakistán, con frecuencia a la superpoblada Karachi.

En mi última visita a Karachi, en diciembre de 1995, atra-

vesé las calles desiertas que separan el aeropuerto internacional del centro de la ciudad en el coche blindado del cónsul general de Suiza. Sin poder salir, escuché por la noche los disparos que crepitaban alrededor del hotel Sheraton y vi en el cielo violeta el rastro luminoso de las balas.

El conflicto dura desde hace medio siglo, aunque con intensidad variable.

Abedi supo actuar como un maestro entre las tempestuosas olas del odio interétnico: con los ricos comerciantes, dirigentes políticos y pequeños trabajadores muhajir exhibía su calidad de inmigrante discriminado y de chiíta. El dinero afluyó a las cuentas del UBL. Al mismo tiempo, conseguía ganarse la confianza de varios de los grandes latifundistas del Sind. Los señores del Sind viven como nababs en sus palacios urbanos. Poseen colosales fortunas.

En sus propiedades del valle y del delta, los campesinos, sus esposas y sus hijos trabajan encadenados, como esclavos, por unas pocas rupias diarias. En sus talleres, niños de cinco a diez años pierden la vista anudando en la penumbra, con sus pequeñas manos, los hilos de preciosas alfombras. Conozco pocas oligarquías tan feroces y despectivas como la de los señores feudales del Sind: Benazir Bhutto nació allí, como Farooq Legah-ri, presidente de la República durante mucho tiempo.

El chiíta financiaba el comercio de armas de ambos bandos, que, a su vez, le asociaban a sus propios negocios. Se convirtió, especialmente, en íntimo de uno de los políticos más poderosos de Pakistán, Nawaz Sharif, por aquel entonces primer ministro de la provincia del Panjab y en la actualidad primer ministro de Pakistán.

Abedi tenía otro amigo: el jeque Zayed ben Sultán Al-Nahyan, señor de Abu Dhabi y presidente de la Federación de los Emiratos Árabes Unidos.

Zayed era un legendario cazador halconero, autor de poemas épicos que celebran el amor de las mujeres y un apasionado por las carreras de camellos.

Abedi le asedió, le cortejó pacientemente, le cubrió de alfombras, de halcones, de camellos de carreras, de mujeres.

Le sedujo con su mesianismo antibritánico. Se ofreció al emir para administrar su dinero.

Zayed se convirtió en socio del chiíta. En todo el golfo Árábigo y también en los palacios de Riyad y de Djedda su prestigio era grande. Su amistad abrió a Abedi las puertas de los palacios.

¿En qué momento preciso de su historia el banquero-traficante del golfo Árábigo, el especulador financiero de Karachi, el proveedor de armas y agente doble de los muhajir se convirtió en un señor del crimen transcontinental organizado? ¿Cuándo se transformó Agha Hasan Abedi en Agha Sahib, en Monseñor?

La fecha clave es octubre de 1973. La cuarta guerra árabe-israelí despertó por aquel entonces a la OPEP, la organización de países productores de petróleo. Ésta amenaza a Occidente con un bloqueo petrolero y provoca la escalada de los precios.

Impulsado por una formidable intuición, Abedi acababa de fundar pocos meses antes, con Swaleh Naqvi, su socio en el ULB, y algunos veteranos del Habib Bank, una institución financiera en Europa, el BCCI. Lo registró en Luxemburgo y estableció su cuartel general en un edificio de Park Lane, en Londres.

En diciembre de 1973, el precio del petróleo se duplicó. El jeque Zayed y los demás capitalistas del antiguo ULB acumularon miles de millones de dólares y confiaron gran parte a su banquero chiíta y a su nuevo establecimiento, el BCCI.

Presa de una brusca megalomanía, el pequeño refugiado del reino de Oudh decidió entonces vengarse, de un solo golpe, de todas sus humillaciones pasadas. En adelante querrá conquistar el mundo.

Su ambición era convertirse en el financiero más poderoso del planeta. La maquinaria infernal se había puesto en marcha.

nr El mesianismo

tercermundista

Monseñor era un ideólogo formidable, un encendido polemista, un profeta adorado por sus centenares de miles de partidarios. Aunque los capitales de partida del BCCI hubieran sido proporcionados por las petrodinastías del Golfo, recordaba su oscuro pasado de inmigrante, humillado sin cesar en su diario comercio con las familias reinantes del Sind. El BCCI será el banco de los trabajadores, de los comerciantes, de los más humildes artesanos asiáticos. Esos trabajadores, esos comerciantes, esos artesanos eran millones: primero en el valle del Indo, luego más allá del golfo Árabe, en los emiratos, en Inglaterra más tarde, y por fin en Estados Unidos, en África, en América latina y, más lejos todavía, en las Filipinas e Indonesia.

Para ellos iba a crear esa extraordinaria red de sucursales y sociedades de servicios donde el cliente era recibido por compatriotas que hablaban en su lengua, conocían sus costumbres, sus necesidades, sus angustias.

Esa red de bancos, llamados de proximidad, produjo su propia ideología legitimadora. En campañas publicitarias de dimensiones mundiales, Abedi afirmaba incansablemente que quería dar su oportunidad al ahorrador, al depositario, al acreedor de origen asiático, desvalijado, desplumado por las grandes instituciones financieras occidentales. La fundación del BCCI tenía algo de cruzada. En inmensas reuniones populares (o en fiestas más restringidas, destinadas a las oligarquías de los países de Asia del sur y del Oriente Medio), Abe-

di se presentaba como el Mesías. Iba a realizar una nueva distribución de las riquezas mundiales. Frente a los blancos y a su omnipotencia financiera, instauraría un imperio: el del hombre asiático consciente ya de su fuerza colectiva y de su identidad.

Eficaz mesianismo: no sólo decenas y decenas de millares de familias de trabajadores, empresas o instituciones bancarias del Tercer Mundo, sino también algunos bancos centrales confiaron sus haberes a Abedi. Durante sus años de gloria, el BCCI no sólo administró las reservas del Banco Central del pobre Estado de Botswana, sino también las del Banco Central de Nigeria, una de las economías más poderosas del Tercer Mundo.

Una multitud de diarios, de emisoras de radio y televisión fundados por Agha Sahib en Asia, el Oriente Medio, Londres, Nueva York, Lagos y Yakarta difundían, incansablemente, las promesas de la fe.

Un discurso pronunciado por Monseñor en Londres, en 1988, da la medida del compromiso «moral» del BCCI: «Una pasión moral subyace en el BCCI. Nos ayuda a soportar cada día las dificultades y las penas inherentes a nuestro trabajo de administradores. Recibimos con corazón alegre la tarea que nos es confiada y la cumplimos con gozo. Los difíciles tiempos que vivimos exigen que la dirección de la BCCI prenda, en cada persona de nuestra familia [los empleados del BCCI], la llama de la más alta visión y de la más elevada calidad moral. El valor y la pureza vencerán.»¹

Este doble juego, que durante dieciocho años produjo astronómicos dividendos y le convirtió en uno de los nababs más poderosos del mundo, consistía en una estrategia bastante simple a fin de cuentas: oscuro de piel, nacido en una humilde familia chiíta perseguida y expulsada de sus tierras de origen, en la India, dominado por una ardiente obsesión de

1. En Peter Truell y Larry Gurwin, *BCCI...*, ob. cit., p. 49.

revancha social, Agha Sahib se proclamaba protector de los humildes, banquero de los abandonados.

Predicaba incansablemente este mensaje: todos los bancos poderosos del mundo pertenecen a los occidentales, a los blancos, a los inmemoriales opresores de los pueblos de Asia y del Tercer Mundo.

La conquista colonial había fundado sus imperios en el siglo pasado. La explotación de los ahorradores asiáticos y africanos —en resumen, de la gente modesta y crédula de piel oscura— garantizaba hoy su poder.

El BCCI sería la venganza de los humildes, el banco de los descalzos, la providencia de los pobres. Sería tan poderoso, tan indestructible como cualquier otro imperio financiero erigido por el Occidente dominador. Sería la Némesis de los explotados.

Y los pobres de los cinco continentes le creyeron, con-fiándole los ahorros duramente conquistados, endeudándose con él y trabajando hasta deslomarse para realizar sus sueños.

Sin embargo, Agha Sahib, el chiíta de verbo mágico y manos de oro, era sólo un vulgar demagogo que transformaba la fe de centenares de miles de sus ovejas en dinero contante y sonante para su único y personal beneficio. Construyó su cártel criminal con la sangre de los pobres. Como cualquier otro jefe de secta, estafó el dinero y la fe de sus creyentes, erigiendo su fortuna personal sobre los escombros de sus sueños.

Dice León Bloy: «La sangre del pobre es el dinero. De él se vive y muere desde hace siglos. Resume expresivamente todo sufrimiento.»² Para centenares de miles de pequeños ahorradores asiáticos en todo el mundo, esta profecía se convirtió en una cruel realidad en 1991.

2. León Bloy, *La salvación por los judíos. La sangre del pobre. En las tinieblas*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1985.

Forzoso es advertir la extraordinaria eficacia de la estrategia ideológica de Monseñor. Sigue actuando aún más allá de su muerte.

A fines de 1995, en Karachi, tomé de nuevo contacto con algunos de mis amigos de la difunta *South*. Esta revista aparecía en quince lenguas. Editada en Londres, había sido financiada por la Fundación ICIC. La fundación estaba inscrita en el registro comercial de Georgetown, en las islas Caimán. Era emanación de una de las innumerables sociedades holding *off shore* del BCCI, la International Credit and Investment Corporation Overseas Limited.

Pese a su dudosa financiación, *South* gozaba de una gran libertad editorial. Durante los años setenta y ochenta, fue una de las principales revistas internacionales comprometidas en la defensa de los pueblos del Sur. En los medios europeos de sociología de las sociedades del Tercer Mundo gozaba de una bien ganada reputación. Yo la leía regularmente. *South* se hundió con el naufragio del BCCI.

En Karachi, en diciembre de 1995, descubrí con asombro la total ceguera de sus antiguos redactores: todos sentían por Agha Sahib afecto y admiración. Era imposible criticar ante ellos al aventurero del Sind.

En *Politics and Business*, un semanario de izquierdas drásticamente crítico con el actual régimen paquistaní, Humayun Gaubar publicó una apología de Abedi con el revelador título de «The Fall Guy» («El chivo expiatorio»).

La teoría que convierte a Abedi en una inocente víctima del gran capital occidental está desarrollada con fuerza: «Agha Sahib, banquero progresista, defensor de los pueblos del Tercer Mundo [...] utilizado por Occidente para sus propios objetivos y manejos [...] Occidente le marginó y destruyó cuando no tuvo ya necesidad de él [tras el fin de la primera guerra de Afganistán] [...] Abedi ayudó a Jamaica, Perú, Ni-

geria y Pakistán [...] eso tenía que disgustar a Occidente [...] Era un hombre de libertad: nunca intervino en los asuntos de la revista *South*. Ésta era financiada por el BCCI, un banco musulmán [...] y sin embargo *South* estuvo prohibida durante diez años en Arabia Saudí y en Kuwayt [...] Cuando el BCCI se volvió demasiado poderoso, los grandes bancos occidentales tuvieron miedo [...] Decidieron abatirlo.»³

Gaubar da una original interpretación de la operación de Tampa, que confirmó la caída del BCCI y de la que hablaremos más adelante: «... una emboscada, una celada absolutamente montada por los agentes secretos de las aduanas norteamericanas, destinada a liquidar el único banco multinacional de los pueblos del Tercer Mundo [...] Abedi cayó víctima de las hienas.»⁴

3. Humayun Gaubar, «The Fall Guy. Agha Hasan Abedi», *Politics and Business*, Karachi, 22 de agosto de 1995.

4. *Ibíd.*

IV La organización del imperio

Gracias, especialmente, a las investigaciones y auditorías públicas realizadas tras la desintegración del BCCI en 1991 por cuatro comisiones especializadas del Senado y del Congreso de Estados Unidos y por la comisión investigadora nombrada por la Cámara de los Comunes, es hoy posible esbozar, al menos de un modo aproximado, el organigrama del imperio de Agha Hasan Abedi.¹

Pocas veces en la historia de las investigaciones judiciales una organización criminal ha sido objeto de tantas indagaciones —y efectuadas por profesionales de tanta competencia— como el BCCI.

Sin embargo, el término «organigrama» es impropio. Ni los

1. Debo un especial agradecimiento a los funcionarios de la Library of Congress, de Washington, por su constante ayuda. La lectura de cuatro informes (y audición de testigos) me ilustró espléndidamente:

— *The BCCI Affair. Hearings before the subcommittee on Terrorism, Narcotics and International Operations of the Committee on Foreign Relations. US Senate, 102nd Congress, First and Second Sessions.* I parte: August 1, 2, 8, 1991; II parte: October 18, 22, 1991; III parte: October 23, 24, 25, November 21, 1991; IV parte: February 19, March 18, 1992; V parte: May 14, 1992; VI parte: July 30, 1992.

— *The BCCI Affair. A Report to the Senate Committee on Foreign Relations from Senator John Kerry, Sairman, and from Senator Hank Brown, Ranking Member, Subcommittee on Terrorism, Narcotics and International Operations, at the Conclusion of an Investigation of Matters Pertaining to the Bank of Credit and Commerce International. 102nd Congress, Second Session, September 30, 1992.*

distintos tribunales y jueces de instrucción de los diversos Estados ni los juristas de los múltiples comités de investigación del Senado y el Congreso o de la Cámara de los Comunes ni los inspectores de los servicios aduaneros ni tampoco los especialistas en investigación financiera internacional o bursátil contratados por los bancos centrales o las comisiones de control de las distintas Bolsas consiguieron establecer un organigrama coherente y completo del imperio. Como máximo, pudieron identificar las complejas redes financieras de las sociedades holding, *trust-funds*, sociedades fiduciarias, bancos y sociedades de servicios que se entrecruzaban, se superponían o competían en un orden que nadie, de un modo definitivo, ha logrado comprender.

Los principales actores de la aventura imperial, en cambio, han sido identificados en su mayoría, y algunas de sus actividades reconstituidas.

— *Bank of Credit and Commerce International (BCCI) Investigation. Hearings before the Committee on Banking, Finance and Urban Affairs, U.S. House of Representatives, 102nd Congress, First Session; I parte: September 11, 1991; II parte: September 13, 1991; III parte: September 27, 1991.*

— *The Bank of Credit and Commerce International and S. 1019. Hearing before the Subcommittee on Consumer and Regulatory Affairs of the Committee on Banking, Housing, and Urban Affairs, US Senate, 102nd Congress, First Session, May 23, 1991.*

También el Parlamento inglés hizo una investigación:

— *Banking Supervision and BCCI: International and National Regulation. The Treasury and Civil Service Committee Reports of the House of Commons, 1991 and 1992.*

Por lo que se refiere a las investigaciones realizadas por el Banco de Inglaterra y la polémica pública que la tardía reacción de su gobernador suscitó en el Parlamento de Westminster y en la opinión pública, debo agradecer a los documentalistas y responsables de la biblioteca de la ONU, en el palacio de las Naciones de Ginebra, que me permitieron informarme.

El informe final del Banco de Inglaterra fue publicado en sus párrafos esenciales, acompañados de comentarios, por el *Financial Times*, Londres, 23 de octubre de 1992.

Esos actores pertenecían a cinco categorías distintas:

— Primero, los banqueros propiamente dichos, directores, cuadros y empleados del BCCI, de sus sedes nacionales, de sus sucursales regionales y locales, de sus holdings, sociedades financieras, fiduciarias o de servicios. Esos banqueros «ordinarios» se contaban por millares.

— Vienen luego los «banqueros en la sombra», un puñado de asociados fieles a Abedi, elegidos a dedo, que formaban el gobierno secreto del imperio. En las islas Caimán se había instalado lo que el senador americano John F. Kerry, presidente de la Comisión de Terrorismo, Tráfico de Drogas y Operaciones Internacionales, denomina «banco del banco».

— Un tercer tipo de actores lo constituían «los encargados del protocolo».

— El cuarto, «los empresarios».

— El quinto, los miembros de las «unidades negras».

Examinemos, una tras otra, las cinco categorías de protagonistas.

Nada que decir sobre el personal ordinario del BCCI, el que se encargaba de recoger los depósitos, invertir los fondos, conceder créditos comerciales, financiar las transacciones legales; en resumen, efectuar el conjunto de operaciones habituales en un gran banco transcontinental.

Los banqueros ordinarios actuaban en setenta y tres países. Su primera tarea era recaudar dinero. Ese dinero procedía, en gran parte, de los depósitos de trabajadores, comerciantes, grandes mercaderes de Asia del sur, Oriente Medio y el África negra, o de los emigrantes asiáticos, árabes o africanos en Europa o en América del Norte o del Sur.

Gran parte de esos colosales fondos era transferida, casi de inmediato, a cuentas secretas en las islas Caimán. Y puesta a disposición del «banco del banco».

Los banqueros ordinarios sólo tenían una obligación,

mantener en caja el suficiente dinero para cubrir las solicitudes de extracción habituales de los depositantes. Según los cálculos de la Comisión Kerry, dichas extracciones se elevaron, durante el decenio 1981-1991, aproximadamente, al 10 % de la totalidad de los fondos depositados.

Cantidades extraordinariamente importantes podían ser pues transferidas cada mes, clandestinamente, a las islas Caimán.

El «banco del banco» estaba compuesto por el círculo^ dirigente supremo, que incluía a Monseñor, sus amigos y primos más íntimos.

Durante los numerosos procesos penales que siguieron a la caída del BCCI, algunos de los más importantes directores financieros del imperio decidieron colaborar con la justicia.

Pues bien, ninguno de ellos estuvo en condiciones de establecer los circuitos completos utilizados por el dinero recaudado.

Y con razón: la contabilidad central del imperio la llevaba personalmente Hasan Abedi y algunos financieros, paquistanés en su mayoría, que sólo él conocía. Estos hombres trabajaban de un modo arcaico: los documentos se escribían a mano, en lengua urdu y utilizando un código que ningún fiscal consiguió descifrar.

Alimentado por las cuentas secretas de las islas Caimán, el «banco del banco» era una organización criminal de tipo clásico. Blanqueaba y reinvertía los miles de millones del tráfico intercontinental de drogas y armas de guerra, de la evasión fiscal, de los rescates del terrorismo y del producto de la corrupción de ministros y altos funcionarios del mundo entero.

Falsificaba documentos bancarios de acuerdo con las necesidades del momento, trasladaba constantemente inmensas sumas de un continente a otro, violaba a voluntad los reglamentos sobre divisas, las leyes fiscales y, sencillamente, las leyes

penales de los países donde operaban. Y, sobre todo, el «banco del banco» adquiriría, con las más diversas identidades (gracias a las *shell companies*, sociedades ficticias creadas para la ocasión), el control de numerosas sociedades industriales y comerciales, compañías de seguros y bancos en el mundo entero.²

Prestaba apreciables servicios a sus poderosos clientes.

Ejemplo: a partir de los años ochenta, las policías europeas y norteamericanas pusieron en marcha mecanismos de defensa y de control, cada vez más eficaces, contra la importación a Europa y Estados Unidos de heroína procedente del valle del Indo, Anatolia y el llano de Kabul. Los traficantes tenían que encontrar, pues, vías alternativas (que no pasaran ya por Bulgaria y Yugoslavia), y abrieron la ruta africana. La heroína era enviada a Nigeria, y de allí a los distintos puertos atlánticos de Estados Unidos y Europa.³

Agha Hasan Abedi se encargó de conseguir la complicidad de los militares que ocupaban el poder en Lagos. El general Babangida y sus acólitos recibieron del «banco del banco» un crédito de mil millones de dólares, con un interés insignificante.

La generosidad de Abedi con los sucesivos dictadores de Lagos resultó provechosa: el Banco Nacional de la poderosa Federación de Nigeria depositó sus reservas de divisas y oro en el BCCI, en Londres.

Un ejemplo más: Saddam Hussein y su clan de takriti, que ocupan el poder en Bagdad desde 1978, se apropiaban sistemáticamente, en su personal beneficio, de una parte de lo recaudado con la exportación del petróleo iraquí. Iraq había sido, hasta el bloqueo de 1991, el segundo productor de hidrocarburos del mundo.

El «banco del banco» se encargaba del buen funcionamiento de esa red de pillaje.

2. Véase p. 186.

3. Véanse, pp. 175-176.

Monseñor trabajaba con increíble eficacia: tras la guerra del Golfo, el Consejo de Seguridad autorizó a varias clases de víctimas (la dinastía reinante en Kuwayt, particulares de varias naciones, los gobiernos que proporcionaron tropas a la coalición victoriosa, etc.) a reclamar daños y perjuicios a Iraq por un montante total de varios centenares de millones de dólares. La opacidad de la red de blanqueo del botín de Saddam organizada por Abedi es tal que, hasta el día de hoy, los demandantes sólo han obtenido sumas irrisorias.

El «banco del banco» mantenía en todo el mundo una eficaz red de corrupción. Sólo en Estados Unidos, decenas de aduaneros, supervisores de las terminales de carga de los aeropuertos, inspectores fiscales y policías eran pagados por el «banco del banco» y hacían así posible la libre circulación de armas, drogas y demás mercancías de contrabando.

Algunos dictadores de África, Asia y América latina —Samuel Doe, de Liberia; Manuel Antonio Noriega, de Panamá; Joseph Désiré Mobutu, del Zaire; varios jeques del golfo Arábigo, etc.— eran clientes distinguidos del «banco del banco».

Entre esos «cleptócratas» figuraba también, lamentablemente, un eminente miembro de la Internacional Socialista, el joven y simpático presidente de Perú, Alan García, que ejerció el poder en Lima de 1985 a 1990.

Era uno de mis más cálidos colegas en el Comité de la Internacional Socialista. Recuerdo una cena en el hotel Rio Palace de Copacabana, en Río de Janeiro, en 1982, en la que García, dirigente de la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA), nos expuso sus audaces planes para escapar —si era elegido presidente— a la tenaza de la deuda exterior que, por aquel entonces, asfixiaba a Perú. García era el preferido de Willy Brandt, despertaba la admiración de todos.

García, ¡ay!, era un corrupto y un estafador. Al acceder a

la presidencia de Perú se convirtió en uno de los mejores clientes del «banco del banco» y en amigo personal de Abedi.

En Perú, el «banco del banco» se superaba a sí mismo: estimulada por Abedi, la presidencia peruana decidió comprar aviones de combate Mirage para sus fuerzas armadas. Abedi financiaría el negocio en unas condiciones perfectamente ruinosas para el Tesoro peruano. Algunos diputados de la oposición descubrieron el escándalo. El Parlamento peruano exigió la reducción del número de aviones y la renegociación de los pagos.

Monseñor no se desconcertó en absoluto. Vendió a Pakistán y a la India, dos países que combatían en Kachemira, los aviones «peruanos» sobrantes. Perú tuvo que pagar enormes multas por la ruptura del contrato.

El escritor Mario Vargas Llosa, infeliz candidato del Frente Democrático a la elección presidencial de abril de 1990, libró en aquellos años, 1985-1990, una vigorosa lucha contra la corrupción y prevaricación del régimen de García. En el notable libro que da cuenta de ese combate, *El pez en el agua*,⁴ Vargas Llosa acusa a García de complicidad con Abedi en el pillaje del Tesoro peruano.

¿Acusación gratuita, inspirada por el odio personal a un competidor político? En absoluto. Las revelaciones de Vargas Llosa son confirmadas por un informe norteamericano de 1991, establecido por el fiscal general de Manhattan, Robert Morgenthau.

Los cárteles del crimen organizado del mundo entero utilizaban los servicios, los sagaces consejos y las redes del «banco del banco». Como lo hacían los terroristas más notorios, los más sanguinarios de este fin de siglo: Abu Nidal recurría a Abedi para reciclar los millones de dólares de rescate obtenidos con el terror y el chantaje a sus infortunadas víctimas.

4. Mario Vargas Llosa, *El pez en el agua*, Editorial Seix Barral, col. «Biblioteca Breve», Barcelona, 1993. También hablé con Vargas Llosa, a este respecto, en Frankfurt, en octubre de 1996.

El tráfico de armas organizado por el «banco del banco» era especialmente eficaz: Monseñor estaba presente en la mayoría de los campos de batalla del planeta, aprovisionando preferentemente a todas las partes en conflicto.

No sólo financiaba la entrega de armas de guerra sino que, además, éstas eran transportadas por los aviones y los camiones pertenecientes al «banco del banco», aseguradas por sus propias compañías de seguros y custodiadas por sus propios guardias. El paso de las fronteras estaba garantizado por los respectivos funcionarios nacionales, corrompidos desde las islas Caimán.

La competencia de los dirigentes del «banco del banco» impresionó hasta a los más avezados investigadores: gracias a una estrategia clandestina que implicaba a numerosas compañías ficticias (*shell companies*), el «banco del banco» consiguió adquirir numerosas sociedades industriales, comerciales y bancarias en el mundo entero, en particular tres bancos de Estados Unidos: el First American Bankshares de Washington, el National Bank de Georgia y el Independence Bank de California.

Abedi llevaba hasta muy lejos su generosidad con los amigos y cómplices. Sólo mencionaré un caso: un exuberante y corpulento saudí, de unos sesenta años, recibió un crédito de quinientos millones de dólares del «banco del banco» para comprar algunas compañías norteamericanas. Como única garantía tuvo que depositar parte de las acciones de las compañías compradas. Lo que transformaba los quinientos millones de dólares en un puro y generoso regalo personal.

Examinemos la tercera clase de agentes del imperio: los *protocol-officers* («encargados del protocolo»).

Era un cuerpo de funcionarios menor y sólo lo menciono aquí como recordatorio.

Había una oficina de «protocolo» adjunta a cada una de las setenta y tres sedes principales del BCCI.

La cofradía de los «encargados del protocolo» se ocupaba, con habilidad, de las necesidades extrabancarias de los clientes más importantes.

Manténía redes internacionales de *call-girls*; obtenía becas para los retoños de las familias poderosas en las universidades de Europa y Estados Unidos; se encargaba de los transportes intercontinentales o regionales con una flotilla de aviones privados y de limusinas de lujo; disponía de chalets de vacaciones en la Costa Azul, Acapulco y Jamaica; pagaba discretamente —en Divonne, Cannes, Monaco o Las Vegas— las deudas de juego de los príncipes saudíes, y prestaba, con eficacia y discreción, todos los servicios personales exigidos por los acreedores de importancia.

Por lo que se refiere a los «empresarios», eran financieros de altos vuelos, extremadamente competentes en su mayoría. Dirigían sociedades financieras aparentemente independientes del BCCI. Su tarea consistía en administrar la fortuna —debiera decirse «el botín»— de clientes que operaban en la penumbra y a quienes no les gustaba aparecer con su identidad propia.

Los «empresarios» eran nombrados directamente por Abedí. Su número ascendía a un centenar.

No pertenecían al «banco del banco» ni tampoco, por lo tanto, al círculo íntimo del imperio. El «banco del banco» se encargaba de malhechores internacionales de envergadura (Saddam Hussein, Mobutu, Samuel Doe, los dictadores de Lagos, Alan García y otros), cuya manipulación exigía una especial destreza. Monseñor estaba convencido de que era el único en tenerla.

Los «empresarios», por su parte, se encargaban de considerables clientes clandestinos, aunque de menor importancia política y financiera.

Daré sólo un ejemplo: Manuel Antonio Noriega. Hombre corpulento de rostro picado de viruelas, había sido

oficial de la Guardia Nacional de Panamá. En julio de 1981, el general Torrijos, comandante de la guardia, murió cuando su avión explotó en pleno vuelo. El rumor atribuye a Noriega la responsabilidad de la colocación de la bomba en el aparato.

Convertido en jefe de la guardia, Noriega hizo de Panamá una base para el tráfico de la droga expedida desde Colombia, Bolivia y Perú y destinada al mercado norteamericano. Amjad Awan, del BCCI, abrió cuentas bancadas con distintos nombres para Noriega. El general depositó allí millones de dólares, fruto de las comisiones pagadas por los señores de Cali y Medellín, de la corrupción local y de su sistemático expolio de los fondos públicos panameños.

Durante años, Noriega figuró en la lista de asalariados de la CIA norteamericana. Ésta le utilizaba en sus operaciones de sabotaje contra Cuba.

En febrero de 1988 cambió la dirección del viento. Washington decidió librarse de Noriega. En dos procesos separados, las fiscalías de Miami y Tampa le acusaron de tráfico de drogas, blanqueo de dinero y colaboración con traficantes.

El ejército de Estados Unidos montó en 1990 una sangrienta expedición militar —dos mil civiles panameños muertos—. Detenido, Noriega fue llevado a Estados Unidos y encarcelado.

El BCCI dio pruebas de su habilidad. Sólo una parte de los capitales robados por el general pudo ser recuperada. Cuando fue inculpado, veintitrés millones de dólares que le pertenecían, en dos cuentas distintas del BCCI en Londres, fueron identificados por los fiscales norteamericanos. Pero antes de que pudiera decretarse un secuestro, el BCCI transfirió esos capitales a otras cuentas en Luxemburgo.

Poco después, el dinero desapareció de nuevo. Los fiscales encontraron por fin algunas migajas en distintas instituciones europeas, especialmente en la Unión de Bancos Suizos

(UBS), copropietaria por lo demás, con el BCCI, de un banco en Ginebra.⁵

La quinta y última categoría de soldados del imperio estaba constituida por las «unidades negras», los sayones de Abe-di, su guardia pretoriana. «Unidades negras» es el nombre que les dan los investigadores británicos. Las actas de la subcomisión del senador John F. Kerry hablan de *black network* («red negra»).

Esa «red negra» estaba compuesta por sicarios, criminales comunes, asesinos. Dominados a distancia por el padrino paquistaní en persona, prestaban servicios pagados a los clientes más secretos, más mimados del BCCI.

Eran contrabandistas que disponían de sus propios barcos y aviones, de sus propios almacenes de armas pesadas y de sus propias organizaciones financieras. Actuaban, frecuentemente, como asesinos a sueldo.

Organizaban por su cuenta el tráfico intercontinental de cocaína, heroína y drogas químicas.

Hacían fortuna como proxenetas organizando el tráfico de mujeres y manteniendo burdeles y casas de lenocinio en Estados Unidos y Europa.

Una de las tareas más delicadas de los miembros de las «unidades negras» era la vigilancia minuciosa, cotidiana de las actuaciones de los «empresarios», de los «encargados del protocolo» y de los banqueros ordinarios del BCCI.

Estos sicarios eran elegidos a dedo, se los sometía a un entrenamiento militar intensivo, estaban organizados en células que funcionaban al modo de una sociedad secreta y tenían nombres en código. Su número nunca superó los 1 500. Su eficacia era temible.

Eran capaces de montar operaciones de gran complejidad.

Daré algunos ejemplos:

— Adolfo Calero, jefe de los «contras» de Nicaragua, des-

5. Se trata del BCP (Banco de Comercio e Inversión, S. A.).

de 1982 hizo su guerra clandestina, con base en Honduras, contra los victoriosos sandinistas. Los utilizó para organizar algunos de los más mortíferos atentados contra la población civil de Esteli, Managua o Granada. Después de que el Congreso prohibiera al presidente Reagan seguir financiando las actividades terroristas de los «contras» en Nicaragua, el coronel Oliver North, jefe de una red de espionaje especial en la Casa Blanca, se puso en contacto con el gobierno de Arabia Saudí, que aceptó tomar el relevo. Sin embargo, no existían relaciones directas entre las autoridades de Riyad y la organización de Alfredo Calero. Una «red negra» del BCCI se encargó de abrir las cuentas necesarias, de las transferencias bancarias, de la compra y el transporte de armas.

— Aproximadamente en la misma época, un delicado asunto llenaba los periódicos: Arabia Saudí deseaba adquirir —contra la voluntad de su tutor norteamericano— misiles del tipo Silkworm. Fabricados en China, estos misiles iban equipados con un sistema de dirección de origen israelí. El BCCI actuó como intermediario comercial y financió la compra a crédito. Las «unidades negras» se encargaron del transporte.

— Siria intentaba, clandestinamente, poseer misiles Scud-B. Las armas estaban disponibles en Corea del Norte. También aquí el BCCI figuró como intermediario (el término utilizado por los investigadores americanos es *broker*). Gracias a los sistemas de contrabando puestos en marcha por las «unidades negras», los Scud-B llegaron sin problemas a Latakia, el principal puerto sirio del Mediterráneo.

— Un informador de la justicia norteamericana cuenta esta operación que data de abril de 1989: un navío cargado de contenedores atracó una noche en Karachi. Elementos de una «unidad negra» lo esperaban en el muelle. Pagaron en dólares —en billetes usados— a los aduaneros encargados de verificar la carga. Entraron en acción las grúas y descargaron el barco. Unos camiones esperaban en el muelle. Al alba, los contenedores fueron transportados a un aeropuerto privado

del extremo sur del Sind (la provincia de Karachi) y embarcados en un Boeing 707 que no llevaba marca de identificación alguna. La salida de un avión regular de las Pakistani International Airlines (PIA) que debía dirigirse a Europa por la misma ruta fue anulada en el último momento. Probablemente porque los hombres de la «unidad negra» sobornaron al piloto. El Boeing, utilizando el plan de vuelo y los códigos correspondientes al avión de las PIA, pudo así, sin problemas, atravesar el espacio aéreo de varios países sin despertar la menor sospecha de cualquier torre de control. Desde Praga, el Boeing siguió su rumbo hacia Estados Unidos. El informador ignora qué había en los contenedores. Simplemente añade: «Todo es posible. Tal vez en aquellos contenedores hubiera armas, o droga, u oro. Por lo general llevábamos ese tipo de carga.»

La información que poseía sobre los demás era una de las más valiosas armas de Monseñor. Sus hombres de las «unidades negras» mantenían redes de espionaje en todas las capitales donde actuaba el BCCI.

Utilizaban escuchas telefónicas ilegales, vigilancia por vídeo, observación directa, seguimiento, violaban el secreto de la correspondencia.

Para consolidar su poder ante los gobiernos recalcitrantes, los clientes demasiado ávidos o los policías, aduaneros o jueces con un exceso de celo el chiíta solía utilizar el chantaje... gracias a las informaciones obtenidas por sus «unidades negras».

Agha Hasan Abedi estaba poseído por una desconfianza casi patológica hacia todos los agentes de su imperio: la menor estafa, el menor abuso de confianza cometido por el más pequeño o el más importante de uno de sus decenas de miles

de empleados era castigado con la muerte, frecuentemente precedida de horribles torturas. Su venganza era implacable.

He aquí un caso ilustrativo: un joven «encargado del protocolo» que trabajaba en Karachi intentó abandonar el BCCI aterrizado por algunos acontecimientos de los que había sido testigo. Canceló su cuenta corriente en la sucursal local del banco y vendió su casa. Abedi se olió sus manejos. Unos integrantes de una «unidad negra» ejecutaron a su hermano. Luego, cierta noche, mientras era retenido fuera de su domicilio, unos desconocidos irrumpieron en su casa y violaron a su mujer. El empleado en cuestión consiguió huir a Estados Unidos, donde actualmente vive con una falsa identidad.

Otro ejemplo de venganza personal: Monseñor tenía un sátrapa en Multan, la antigua capital de la cofradía de los su-fís, una ciudad varias veces milenaria del valle medio del Indo. El hombre pidió dimitir de sus funciones y retirarse al campo. Monseñor aceptó de buen grado. Pero, unos días más tarde, el renegado recibió por correo la mano cortada de su hermano, reconocible por el sello con el escudo de la familia en el ensangrentado dedo corazón.

V La impunidad

Nuestro planeta está cuajado de servicios secretos de todas las nacionalidades. Por medio de satélites que giran alrededor del globo, sistemas informáticos y escuchas de comunicación ejercen una vigilancia casi permanente sobre todas las actividades humanas y sobre cada una de las parcelas de la Tierra.

Entregado al reciclaje, por valor de miles de millones de dólares, de los beneficios del crimen organizado, practicando el blanqueo del botín de dictadores y terroristas, organizando la trata de seres humanos, el tráfico intercontinental de drogas y el comercio de armas, el imperio de Agha Sahib funcionó sin grandes problemas durante dieciocho años.

Operaciones criminales practicadas a tan gran escala y durante tan largo tiempo, que implicaban tal volumen de dinero y tan numerosos agentes, tenían que llamar, necesariamente, la atención de los servicios secretos de varios Estados del mundo.

¿Por qué semejante impunidad? La guerra de Afganistán nos da una respuesta: coincide con la época de mayor prosperidad del BCCI y de las «unidades negras». Afganistán es un país estratégico por el que pasan todas las rutas que unen el Asia central con el Asia del sur. Desde 1979, el cuerpo expedicionario soviético chocó con la feroz resistencia de los pueblos tadjik, hazara, uzbeko y pathan.

Inexpugnables guerrillas combatían en las montañas del Hindú Kus, en los valles, las llanuras y las gargantas de un inmenso territorio que ni Alejandro Magno ni los khanes mon-

goles ni las tropas coloniales británicas habían conseguido conquistar. Los señores de la guerra, los jefes de tribu, los líderes mesiánicos tendieron por todas partes sus emboscadas, aniquilaron patrullas, atacaron guarniciones y, más tarde, libraron abierta batalla con los invasores soviéticos.

Pacientemente, los servicios secretos occidentales, especialmente los norteamericanos, establecieron alianzas con los jefes de la resistencia. Armaron a sus guerreros, instruyeron a sus sabotadores, se encargaron de sus comunicaciones, equiparon sus hospitales y proporcionaron, por satélite, las informaciones indispensables para ataques de envergadura.

Trabajando en estrecha colaboración con el *Inter Service Intelligence* (ISI) del ejército paquistaní, la CÍA americana armó, en el Panshir, a los guerreros de Ahmed Chah Massud. Apoyó en el sur a Gubuddin Hekmatyar y su ejército de fundamentalistas islámicos, el Hezb-i-Islami. Incluso los chutas de Karim Khalili, teledirigidos por Irán, recibieron el apoyo de Estados Unidos.

A mediados de los años ochenta, la base de la CÍA en Islamabad era la mayor del mundo. En el valle de Peshawar, en el de Swat y en la llanura de Taxila, la CÍA mantenía campamentos donde miles de combatientes islámicos de origen argelino, egipcio, paquistaní, iraquí, etc., eran formados como comandos antisoviéticos e infiltrados, luego, más allá de Tork-ham Gate, en Afganistán.

Haré un paréntesis. Hay una especie de ironía de la Historia, pues algunos de esos combatientes islámicos formados por la CÍA son hoy enemigos mortales del imperio norteamericano y sus aliados y clientes en Bosnia, Arabia Saudí, Egipto y otras partes del vasto mundo.

Pesadilla de los estadounidenses: tras la firma de los Acuerdos de Dayton (21 de noviembre de 1995), más de veinte mil soldados norteamericanos de la IFOR están acantona-

dos en Bosnia... donde se encuentran varios centenares de veteranos islámicos de Afganistán. «*Theses guys are mean... You got to control them*» («Esos tipos son terribles... Tenemos que conseguir controlarlos»), dijo, angustiada, la portavoz del Pentágono.¹

En noviembre de 1995, los «afganos» hicieron saltar a bombazos el centro de la misión militar de Estados Unidos en Riyad, causando varios muertos.

Otro ejemplo: el 25 de junio de 1996, un camión se detuvo ante el edificio de ocho pisos de El-Khobar, junto a la base aérea de Dhahran, en Arabia Saudí. Dos hombres huyeron en un coche blanco. Unos segundos más tarde, el camión estalló. El edificio se derrumbó, enterrando bajo los escombros a diecinueve empleados de la US Air Force y dejando más de trescientos heridos.

Situado entre el Oriente árabe, Persia, el Asia central y el Asia del sur, Afganistán ocupa desde siempre una posición geoestratégica determinante. Durante la ocupación soviética (1979-1988), los combatientes islámicos, financiados por Estados Unidos, mantuvieron una heroica resistencia.

Es evidente que sin una eficazísima complicidad local —en especial de las tribus pathanes, presentes a ambos lados de la frontera— no era posible ningún apoyo logístico a favor de los combatientes insurrectos al oeste del río Kabul.

En esta región del mundo, Monseñor era un insoslayable padrino. Era el socio de Ayub Afridi, dueño del paso del Jay-bar y jefe del clan de los Afridi, uno de los más poderosos clanes pathanes.

Los mismos miembros de las «unidades negras» eran fre-

1. Dana Priest, «US Worried about Foreign Islamic Fighters», *The Washington Post*, artículo reproducido por *The News International*, Kara-chi, 2 de diciembre de 1995.

cuentemente reclutados entre los clanes pathanes. Las «unidades negras» eran utilizadas por los servicios occidentales como sabotadores, terroristas y contrabandistas de armas en la región del Jaybar y en las montañas y llanuras del Afganistán oriental.

Hipótesis que remite a las relaciones amistosas mantenidas entre las fuerzas armadas norteamericanas y la mafia siciliana en 1943: durante más de una década, Monseñor negoció al más alto nivel y con una consumada habilidad para el chantaje su apoyo al esfuerzo de guerra occidental a cambio de la impunidad de su BCCI en todas partes del mundo.²

2. Peter Truell y Larry Gurwin acusan explícitamente a la CÍA. Cito: «*The CÍA seems top have protected BCCI and its backers well over a decade*» (en *BCCI...*, ob. cit., p. 429).

VI Una cálida noche en Tampa

Dice Confucio: «Los más poderosos muros se derrumban por las grietas.»

La primera brecha en el imperio del Sahib apareció cierta noche de octubre de 1988 a orillas del golfo de México, en la ciudad de Tampa, en Florida.

Dos jóvenes y brillantes financieros habían decidido casarse. La hermosa y elegante Kathleen C. Erickson y Robert Mu-sella, su futuro esposo, miembros ambos de *Xajet-set* local, habían hecho bien las cosas: habían alquilado a precio de oro el club más selecto de Tampa, el Innisbrook Resort —mil acres de campo de golf, tres piscinas olímpicas y una retahúa de lujosos chalets—, situado a 35 kilómetros al noroeste de Tampa. Habían enviado a sus amigos y conocidos, dispersos por todo el mundo, la siguiente invitación: «En presencia de nuestros padres, el señor y la señora Erickson y el señor y la señora Muse-lla, está usted invitado a reunirse con nosotros, el domingo 9 de octubre de 1988, en el césped del Golf Club de Tarpon Springs, en Florida, para celebrar el inicio de nuestra nueva vida.» Firmado: «Kathleen C. Erickson y Robert L. Musella.»

Durante todo el día 8 de octubre, los jets privados y los aviones de línea reservados para la ocasión descargaron, en el aeropuerto de Tampa, una muchedumbre, cuidadosamente elegida, de invitados, que unas limusinas llevaban hasta sus respectivos chalets.

Comenzaron los festejos el 9 de octubre por la mañana, con un suntuoso almuerzo, conciertos y atracciones múltiples.

Pero antes de la cena de gala, que iba a ser seguida por un castillo de fuegos artificiales, el novio se dirigió a cierto número de sus amigos más íntimos. Les anunció, en voz baja, que en un hotel cercano iba a celebrarse una fiesta más íntima, reservada a los hombres. Habría hermosas y anónimas jóvenes a disposición de los invitados. Se trataba, afirmó Muse-lla, de «enterrar dignamente mi vida de soltero».¹

Los felices elegidos desaparecieron discretamente. Una flotilla de limusinas los llevaron a Tampa. El guateque iba a celebrarse en el último piso de la torre NCNB, en el restaurante MacBeth. Los siete primeros pisos de la torre están ocupados por aparcamientos. Una tras otra, las limusinas se introdujeron en el aparcamiento. En el sexto piso, un *buttler* de uniforme detenía cada uno de los coches con una lista en la mano, comprobaba el nombre del ocupante y le dirigía hacia el séptimo piso. La limusina proseguía el ascenso, y se detenía en el último piso.

Un grupo de jóvenes impecablemente vestidos, con gafas de sol y revólver en la axila, aguardaban allí las limusinas. Unos tras otros, con pocos minutos de diferencia, los invitados fueron sacados de los coches, colocados contra la pared, registrados y esposados.

El jefe del grupo recitaba, a cada uno de ellos, la misma amable cantinela: «*Welcome to Tampa. You're under arrest.*»

Añadía rápidamente la fórmula de la Enmienda Miranda, como exige la ley: «Tiene usted derecho a negarse a responder a las preguntas cuya respuesta pudiera perjudicarle durante su proceso. La ley le autoriza a designar, para asistirle, al abogado de su elección...»

Pasada la sorpresa, la mayoría de los invitados, esposados, soltaron la carcajada creyendo, firmemente, en una nueva y deliciosa broma de su amigo Musella.

¡Lamentablemente se equivocaban!

1. Peter Truell y Larry Gurwin, en *BCCI...*, op. cit., p. 249.

Los jóvenes pertenecían a los servicios de investigación especial de las aduanas estadounidenses.

Por lo que a Musella y a la hermosa Kathleen se refiere, eran agentes secretos infiltrados, desde hacía tres años, en el cártel de Medellín y que se habían convertido en íntimos amigos de Pablo Escobar. Bob Musella, Robert Mazur de verdadero nombre, era un actor inigualable. Y también uno de los auténticos grandes héroes de la lucha clandestina contra el crimen organizado. Durante tres años, en cualquier momento del día y de la noche, había desafiado una muerte horrible viviendo en la inmediata cercanía de los señores de Medellín.

Natural de Nueva York, Mazur había iniciado su carrera al salir de la universidad, en 1972, como *special agent* de la división de investigación criminal del Internal Revenue Service (IRS, el departamento de impuestos). Más tarde pasó a los servicios especiales de la aduana. Era un veterano luchador, dotado de un valor y decisión fuera de lo común.

Observemos más de cerca la operación montada por Mazur, alias Musella. Por orden de su gobierno, Mazur-Musella se instaló en Tampa en la segunda mitad de los años ochenta. Adoptó la identidad de un administrador de bienes y corredor de divisas. Apartamento dúplex a orillas del mar, limusinas, avión privado, lujoso barco de recreo. Adquirió, con fondos gubernamentales, todos los bienes que caracterizan al financiero de éxito. Llevaba una vida de nabab. Sus clientes eran los barones colombianos, peruanos, bolivianos del tráfico de drogas. Blanqueaba, para ellos, centenares de millones de dólares.

Era su hombre de negocios oficial. Como tal, se convirtió en uno de los clientes más mimados de la sucursal del BCCI en el 100 de West Kennedy Boulevard, en el Building Riversi-de Plaza.

Era también recibido como un rey en cada una de sus vi-

sitas de negocios a la sede regional del BCCI, en Panamá. Con sus socios del BCCI montó los más complejos circuitos de blanqueo, de inversión, utilizando con habilidad las relaciones del banco en casi todas las plazas financieras del mundo. Cada mes, decenas de millones de dólares pasaban por sus manos. Como administrador de bienes, cobraba millones de dólares de comisión. Además recibía, por parte de los agradecidos directores del BCCI, de los señores de Medellín y de Cali, de César Rodríguez, sicario de Noriega, y de decenas de otros «socios», suntuosos regalos personales.

Pues bien, desde que en octubre de 1988 la «C-Chase», nombre en clave de la operación montada por el gobierno de Estados Unidos, finalizó en Tampa, Mazur vuelve a ser el modesto funcionario que siempre fue. El conjunto de sus «cuentas» fue cancelado por las autoridades, devolvió todos los regalos recibidos, regresó a Washington y espera su nueva misión. Es necesario un carácter muy bien templado, una insólita devoción por la cosa pública para resistir las tentaciones, casi inhumanas, que conlleva el trabajo de un agente transformado, durante algunos años, en multimillonario que actúa fuera de cualquier control.

Un acontecimiento concreto fundamenta la excepcional temeridad, el compromiso inquebrantable de Robert Mazur.

En 1984, su amigo Enrique Camarena Salazar, un agente de la DEA (Drug Enforcement Administration) infiltrado en una organización mexicana, fue raptado en Guadalajara y torturado hasta la muerte por los sicarios del cártel de Medellín. Mazur nunca lo olvidó. En Florida arriesgó la vida para vengar a su amigo.

La cosecha fue buena en Tampa: entre los hombres caídos en la trampa estaba la mayoría de altos cuadros del BCCI, encargados de las operaciones de blanqueo de los miles de millones de dólares pertenecientes al cártel de la cocaína.

Todos los prisioneros fueron llevados inmediatamente al Federal Building de Zack Street, en Tampa, donde están las oficinas de la aduana, del FBI y de otros servicios del Departamento de Justicia y del Departamento del Tesoro. Fueron fotografiados y se les tomó luego las huellas digitales. Los interrogatorios comenzaron aquella misma noche.

Simultáneamente, en Europa y en Estados Unidos la policía detenía a varios dirigentes del BCCI vinculados al cártel de Medellín, que se habían negado a asistir a la boda de Musella y Erickson o que no habían podido hacerlo por más acuciantes obligaciones.

Nazir Chinoy, Asif Baakza y Syed Akbar fueron apresados en Londres. Rudolf Armbrecht en Miami. En varias capitales europeas, en Estados Unidos y en África, la policía penetró en los locales de las sucursales del BCCI y numerosas sociedades afiliadas para confiscar el material informático, los archivos y la contabilidad.

La operación tuvo especial éxito en París. Las autoridades francesas habían tomado sus precauciones: el 4 de octubre anterior, un inspector de los Renseignements Généraux se había presentado en la sucursal de los Campos Elíseos. Aduciendo que las autoridades habían recibido una amenaza de atentado con bomba, solicitó un plano detallado de las oficinas del BCCI. El 9 de octubre, los agentes se dirigieron directamente a la sala de ordenadores, donde ningún aparato había podido ser «limpiado».

James Ring Adams y Douglas Frantz transcriben este diálogo: cuando el 9 de octubre los policías franceses se presentan al guardia de seguridad del BCCI, de centinela en el vestíbulo de entrada, éste reconoce al inspector de los RG y pregunta alegremente: «¿Otra bomba?» El inspector responde: «No. Esta vez la bomba soy yo.»²

2. James Ring Adams y Douglas Frantz, *A Full Service Bank...*, ob. cit, p. 236.

El maestro de obras de la trampa de Tampa se llama William von Raab, por aquel entonces director general de Aduanas. Ejerció esta función prácticamente durante los dos mandatos de Ronald Reagan, e inspiró su «cruzada mundial contra los traficantes de drogas».

Le debo a Von Raab mi personal agradecimiento: me ayudó a defenderme en el proceso ante el Tribunal de Apelación de París por la querrela que, en 1990, presentó contra mí Hans W. Kopp tras la publicación de mi libro *La Suisse lave plus blanc?*

3. Jean Ziegler, *ha Suisse lave plus blanc*, París, Éd. du Seuil, 1990. Describo la ayuda recibida de Von Raab en *he Bonheur d'être suisse*, París, Le Seuil/Fayard, 1993, p. 278.

VII Se

cierra

A consecuencia de los arrestos de Tampa, ocho dirigentes y cuadros medios del BCCI fueron llevados ante los tribunales de Estados Unidos. El BCCI intentó limitar los daños, desautorizando a los dirigentes detenidos y colaborando, puntualmente, con la justicia.

Sin embargo, las más diversas autoridades de un amplio abanico de países comenzaron a interesarse por el BCCI.

En todas partes del mundo, los investigadores topaban con extremas dificultades debidas a la gran complejidad de las estructuras del BCCI, a las numerosas relaciones y protecciones políticas de las que gozaban sus dirigentes y a la cínica habilidad, a la astuta inteligencia, a la decisión de Agha Hasan Abedi.

Una investigación iba a resultar especialmente fructífera, la que dirigieron con competencia y energía las autoridades británicas. Robert Leigh-Pemberton, gobernador del Banco de Inglaterra y, como tal, responsable de la vigilancia de las conductas bancadas en la City de Londres —donde se hallaba el cuartel general del BCCI—, fue su motor. El 5 de julio de 1991, a las 13 horas, los inspectores del Banco de Inglaterra se presentaron ante las puertas de las veinticinco sucursales del BCCI en territorio británico, solicitaron a los empleados que abandonaran el lugar, secuestraron decenas de miles de documentos y sellaron las puertas.

En el proceso que siguió, el primer punto de la acusación era explícito: «*Fraudulent conduct on a world wide scale*» («Estafa a escala mundial»).

Un único problema: Luxemburgo. Cuando, el 5 de julio, los inspectores se presentaron en el BCCI Holding, S. A. de esa ciudad encontraron las puertas cerradas. La dirección y el personal conmemoraban, con un día de retraso, la fiesta nacional estadounidense con una gran comida familiar en el campo. Los coches de policía, con sus aullantes sirenas, recorrieron durante varias horas el territorio, minúsculo, del gran ducado. Fue preciso localizar a los excursionistas para poder presentarles, en debida forma, la orden de embargo firmada por el juez luxemburgués.

Los miembros del estado mayor del BCCI de Luxemburgo, sus esposas e hijos fueron encontrados, por fin, en un prado, sentados bajo un sauce llorón.

El imperio de Agha Hasan Abedi tenía numerosos reinos satélites. En la mayoría de países, su liquidación supuso también arrestos y procesos.

Salvo en Suiza... Las autoridades helvéticas dominan el arte de librarse con discreción de los financieros dudosos, desenmascarados en el extranjero, a quienes mimaron y honraron antaño.

Ninguno de los cómplices de Monseñor fue detenido.

Abbas Gokal —una figura del todo Ginebra, elegante paquistaní cincuentón— y sus dos hermanos tenían las oficinas en los seis pisos de un edificio de cristal ahumado en la glorietta de Rive, en Ginebra.¹

Mustapha Abbas y Murtaza Gokal son chutas, como Abedi. Nacidos en la India, emigraron a Iraq. El 14 de julio de 1958, el rey era asesinado en Bagdad. Unos militares golpistas, inspirados por Gamal Abdel Nasser, barrieron la monarquía y expulsaron a los extranjeros vinculados con la corte. La familia Gokal huyó a Karachi. La sociedad Gulf Shiping Lines se fundó en 1969 con la ayuda —ya— de Hasan Abedi.

■1. Cfr., especialmente, la investigación de Pascal Auchelin en *L'Heb-do*, Lausana, 13 de agosto de 1993.

Amasaron una formidable fortuna gracias a los frutos tropicales, el algodón, el petróleo, los desechos industriales, pero, sobre todo, el transporte marítimo.

Bajo los más distintos apelativos y matrículas, poseen más de un centenar de barcos.

En agosto de 1991, cuando el imperio de Agha Hasan Abe-di hacía aguas, se anunciaron las primeras liquidaciones de sociedades «ginebrinas». Las autoridades las dejaron morir tranquilamente. La firma Marco Trade se extinguió en paz; luego Gulf Invest. La Oficina de Seguimiento y Quiebra de Ginebra registraba, simplemente, las deudas, cada vez más astronómicas. Nadie conocerá nunca la exacta magnitud del desastre.

El juez de instrucción hizo poner sellos en las puertas del edificio de la glorieta de Rive; aunque no se apresuró demasiado. Ginebra no necesitaba el enésimo escándalo financiero.

En la glorieta de Rive se colocó, sencillamente, un contestador en los teléfonos del cuartel general fantasma de los hermanos Gokal. Quien llamaba a la oficina escuchaba una voz suave: «La línea está momentáneamente interrumpida.»

La Unión de Bancos Suizos, asociada —infeliz— en los negocios de los Gokal, adquirió una hipoteca de 36 millones de francos suizos sobre el edificio. Como otros muchos financieros «ginebrinos» hicieron antes, Abbas Gokal y los suyos se esfumaron discretamente. Sin ser molestados.²

El destino alcanzará por fin a Abbas Gokal, seis años más tarde, en abril de 1997. Los agentes del Serious Fraud Office

2. Abriré un paréntesis: las cosas han cambiado radicalmente, entretanto, en Ginebra. Gracias especialmente al notable fiscal general Bernard Bertossa y sus más cercanos colaboradores. Pese a la empeñada resistencia de muchos abogados mercantilistas. Pese a la extrema debilidad de las leyes y los bloqueos del Parlamento federal, Bertossa persigue con valor y decisión a los financieros venales y a los señores del crimen organizado. Con un pequeño número de fiscales y jueces de Francia, Alemania, Italia, Bélgica y otras partes, lucha por la constitución de un espacio judicial europeo y una ayuda mutua y eficaz entre los magistrados de los distintos países.

(SFO) de Londres acosaron al delincuente y le detuvieron por fin. Oíd Bailey, el tribunal criminal de Londres, le condenó en abril de 1997 a una pesada pena por haber estafado la modesta suma de mil doscientos millones de dólares. Según la *Neue Zürcher Zeitung*, el proceso Gokal constituye «el mayor proceso por estafa» que haya conocido Gran Bretaña.³

La investigación que, en 1992, debía terminar definitivamente con Monseñor fue dirigida por el fiscal general del distrito de Manhattan, en Nueva York.

El miércoles 29 de julio se celebró una conferencia de prensa en las oficinas del fiscal. Ante más de trescientos periodistas y cámaras del mundo entero, Robert Morgenthau, cabellos blancos cuidadosamente peinados, gafas de fina montura, esbelto y flaco, y con un eterno cigarro entre sus huesudos dedos, propinaba el golpe de gracia.

Hijo de Henry Morgenthau, el legendario ministro de Hacienda del presidente Franklin Roosevelt, el fiscal general fue un aliado de los Kennedy. Su ídolo y amigo había sido Robert Kennedy, el inflexible ministro de Justicia de comienzos de los años sesenta. Había trabajado a su lado, luchando sin descanso contra la mafia infiltrada en los sindicatos.

Robert Morgenthau había aprendido una lección: el crimen organizado es un enemigo débil sin la corrupción, sin la protección política que es capaz de comprar.

Las medidas adoptadas por el Banco de Inglaterra habían acarreado la clausura en todo el mundo de la mayoría de las ventanillas del BCCI. Era necesario impedir, también, que los poderosos protectores de Agha Hasan Abedi consiguieran sabotear los procedimientos penales y civiles que iban a iniciarse entonces.

3. Sobre los detalles del proceso, cfr. *Neue Zürcher Zeitung*, Zurich, 5-6 de abril de 1997.

Con voz monocorde, Morgenthau leyó este texto: «Este banco [el BCCI] ha sido una empresa criminal que ha corrompido a los directivos de varios bancos centrales, altos funcionarios gubernamentales y demás, para adquirir un poder mundial y mucho dinero [...] Un gran jurado de Nueva York acaba de inculpar a seis individuos por conducta criminal y complicidad en los manejos del BCCI. Entre ellos figuran Clark M. Clifford y Robert A. Altmann.»⁴

La concurrencia contenía el aliento. Silencio de muerte.

Morgenthau pertenece al *stablishment* del Partido Demócrata. Le debe toda su carrera. Sin embargo, los dos inculcados eran pilares del Partido Demócrata de Estados Unidos.

Altmann, uno de los más poderosos abogados de Washington, presidente del banco First American Bankshares, había sido el principal consejero jurídico del BCCI.

Clifford, ochenta y cuatro años por aquel entonces, prestigiosa figura de la política norteamericana desde Truman, había sido consejero de todos los presidentes demócratas desde 1945. Era lo que los estadounidenses denominan un *power broker*, un hombre que hace y deshace carreras políticas. Había sido ministro de Defensa. James Reston, antiguo *executive editor* del *New York Times* le consideraba uno de los hombres más poderosos de Estados Unidos.⁵

4. Sobre el relato de la conferencia de prensa de Morgenthau, cfr. Peter Truell y Larry Gurwin, *BCCI...*, ob. cit.

5. James Reston, *Deadline. A Memoir*, ob. cit., pp. 184 y ss.

VIII La muerte de Agha Sahib

En una tarde cargada de negras nubes, el sábado 5 de agosto de 1995, a las 17 horas, Agha Hasan Abedi expiró. Tenía setenta y tres años. Dos días después, el hombre que había reinado durante dieciocho años sobre uno de los imperios financieros más poderosos de la Historia, era enterrado casi clandestinamente. Menos de cien personas —sobre todo humildes paquistaníes, antiguos empleados, conductores, jardineros, parientes, su esposa y su única hija, la joven Maha Dadahoy— componían el cortejo que, en Karachi, llevaba sus despojos hasta el panteón familiar, en el cementerio de Alí Bagh. Ningún jefe de Estado, ningún ministro de gobierno alguno, ningún dignatario de banco alguno, ninguno de sus colegas o amigos circunstanciales que, durante casi dos décadas, compartieron la lujosa existencia o se aprovecharon de la generosidad de Agha Sahib se había desplazado. En Alí Bagh, aquel tempestuoso día de agosto de 1995, enterraron a un apestado.

El cuerpo que recibió tierra aquel día era un cuerpo martirizado. Desde hacía siete años, Agha Sahib vivía un infierno.

Una extraña maldición había presidido su destrucción física.

En sus tiempos de esplendor, el dueño del BCCI había hecho construir clínicas de vanguardia, centros de investigación, hospitales ultramodernos en varias capitales occidentales. La

beneficencia pública, masiva, era una de las armas favoritas en su estrategia de conquista de la opinión pública. Pero era preciso que aquel mecenazgo, aquella generosidad fueran visibles, que tuvieran un eco admirativo en la prensa; en resumen, que fuesen útiles. ¿Construir hospitales de vanguardia en las perdidas sabanas de África, entre las poblaciones desheredadas de los Andes o en una miserable ciudad del Punjab o del Rajasthan? ¡Ni pensarlo! ¿Dónde estaría el beneficio en términos de relaciones públicas? Edificaba sus clínicas en Occidente, preferentemente en Estados Unidos y en Londres, donde las cámaras de televisión grababan sus obras de beneficencia.

Sin embargo, a veces, aunque pocas, en este bajo mundo aparece una especie de justicia inmanente. Júzguenlo ustedes mismos.

Cierto día de febrero de 1988, el chiíta fue a visitar a uno de sus parientes en la antigua ciudad de Lahore, en el Punjab. Le derriba un primer ataque cardíaco. El segundo, tres días más tarde, le puso a las puertas de la muerte.

Un médico local le administró electrochoques. Pero el enfermo cayó casi inmediatamente en coma. Su respiración se hizo difícil. Corría el riesgo de ahogarse. Para aliviar la desfalleciente respiración, otro médico punjabí le introdujo un tubo en la garganta. Pero el único tubo disponible en todo el hospital era de desmesuradas dimensiones. El médico destruyó las cuerdas vocales del paciente, infligiéndole daños irreparables.

Inconsciente aún, Monseñor fue llevado al hospital Crom-well de Londres el 7 de marzo. Luego al Yacub's Harefield, especializado en trasplantes cardíacos. Pero fue inútil. Su cerebro estaba dañado, sus funciones vitales definitivamente reducidas. Los siete años que le separaban de la muerte fueron una ininterrumpida sucesión de días y noches de dolor.

Cualquier sufrimiento humano es detestable y merece respeto. Pero se impone una pregunta: ¿si el BCCI hubiera in-

cluido el hospital de Lahore en su ruidosa campaña de relaciones públicas, si su dueño hubiera elegido el establecimiento del Punjab como uno de los escaparates de su «caridad», su destino, probablemente, habría seguido un curso distinto. Claro que Lahore está lejos de las cámaras de las televisiones occidentales. En términos de relaciones públicas, una inversión sanitaria en Lahore no era rentable.

Artesano de su propio martirio, Monseñor cayó víctima de su propia estrategia de la mentira.

QUINTA PARTE

LA GUERRA DE LA LIBERTAD

La guerra por la libertad debe librarse con cólera.

Louis ANTOINE DE SAINT-JUST,
ante sus jueces, en 1794

La sombra del Estado policíaco

Gerhart Baum, ministro alemán del Interior durante los «años de plomo» de la confrontación con la Fracción del Ejército Rojo y uno de los juristas más eruditos de Europa, dice: «*Der Erfolg ist nicht der Masstab für das Recht*» («La eficacia no puede ser el patrón de medida para el fundamento del Derecho»). Añade: «El que busca la seguridad en detrimento de la libertad pierde su seguridad [...] Sólo el Estado policíaco es por completo eficaz.»¹

¿Alucinaciones de un jurista extremadamente escrupuloso? No lo creo. El Estado policíaco existió en Europa. Puede renacer tras otras máscaras. Para la democracia occidental constituye una amenaza tan actual, por lo menos, como la criminalidad transcontinental organizada. Europol es la policía judicial supernacional. Fundada en 1993 por los Estados miembros de la Unión Europea, debe convertirse en «el FBI europeo», con un ordenador central que memorice los datos de todas las policías nacionales de la UE. Europol ocupa hoy un hermoso palacio modernista en el 47 de Raam-Weg, en La Haya... Durante la ocupación alemana de los Países Bajos, este palacio había albergado el cuartel general de la Gestapo.

Otros universitarios, especialistas en Derecho Penal o Criminología, enuncian similares evidencias. Winfried Hassemer escribe: «La criminalidad y el miedo a la criminalidad»

1. Gerhart Baum, conversación con el autor.

no mantienen entre sí las mismas relaciones que el fenómeno y su espejo. La sensación de estar amenazado que experimenta el ciudadano, el miedo que siente ante el crimen organizado no son simples reflejos de la amenaza realmente existente. Esos sentimientos, tan ampliamente difundidos hoy en la población europea, tienen causas más profundas, en especial la destrucción del tejido social y la pérdida de solidaridad entre los seres y los pueblos [...] Toda la evolución de nuestras sociedades [democráticas occidentales] se dirige hacia una creciente soledad del individuo, hacia una desolidarización _Entsolidarisierung\, hacia la glorificación y el reforzamiento del más fuerte en progresivo detrimento del más débil.»²

Hassemer dice más adelante: «Es una táctica ampliamente extendida de la política populista, tal como la manejan nuestros gobernantes, utilizar los oscuros miedos nacidos de la pérdida de la solidaridad social. Táctica rentable, pues induce al ciudadano a aceptar restricciones siempre renovadas, cada vez más severas, de sus propios derechos y libertades individuales [...] Quien defienda hoy esas libertades, particularmente las leyes de protección de datos, es acusado por esos populistas de defender posiciones anacrónicas, ingenuas, exageradas o, peor aún, irrealistas [*lebensfern*].»

En resumen, Hassemer afirma que, víctimas de una dialéctica negativa, sutil e insidiosa, nuestras sociedades democráticas refuerzan —sin venir a cuento— el pánico ante el crimen organizado.

¿Es decir, que para Hassemer los lobos de las estepas rusas, los padrinos sicilianos asesinos de Falcone, los señores patha-nes traficantes de heroína, los banqueros mañosos sólo constituyen, a fin de cuentas, una amenaza menor? ¡Claro que no!

La advertencia de Baum, de Hassemer y de otros, empe-

2. Winfried Hassemer, «Innere Sicherheit in Rechtsstaat...», art. cit., pp. 664-665.

nados prioritariamente en la escrupulosa salvaguarda de las libertades y los derechos del ciudadano, apunta hacia otro lado: advierte que la democracia está viva y que el crimen organizado puede ser vencido con los medios del Estado de derecho.

Examinaremos pues cada una de las principales nuevas medidas de la lucha contra el crimen organizado, actualmente en discusión, a la luz de esta doble exigencia: ¿cómo salvaguardar los derechos y libertades esenciales del ciudadano permitiendo al mismo tiempo, a la policía y a la justicia, responder con un máximo de eficacia a los ataques diarios, potencialmente mortales, de los señores del crimen organizado?

La diversidad de los sistemas judiciales, monetarios, institucionales que existen en el planeta es sencillamente pasmosa: 168 Estados acuñan su propia moneda —y pueden ser víctimas de los monederos falsos—, 185 territorios forman parte de la Unión Postal Universal y emiten sus propios sellos de correos, sus propios números de cuenta de cheques postales. 239 códigos de dos letras han sido atribuidos por la International Standard Organization. Sólo en la Unión Europea existen quince leyes de procedimiento penal distintas, una multitud de aparatos policíacos concurrentes y quince sistemas judiciales, cada uno de ellos profundamente marcado por una mentalidad, una tradición y una cultura propias. Quien dice cultura dice adhesión a valores colectivos, visiones del mundo axiomáticas, símbolos singulares y modos de actuar nacidos de la larga historia de un pueblo. La cultura de una nación determina su relación con la ley.

¿Unificar con un golpe de varita mágica las magistraturas, los aparatos policíacos, los procedimientos penales? ¡Olvídenlo! Siglos de historias singulares, tradiciones nacionales más sólidas que la roca se oponen a ello.

II El paralizado brazo del juez

El fiscal general de Berlín, Hans Jürgen Fátkinháuer, advierte: «Los señores del crimen organizado son hoy los únicos auténticos cosmopolitas [...] Son los ciudadanos del mundo.»¹

Las fronteras detienen a los jueces, pero no a los criminales.

Nunca habrá lucha victoriosa contra la criminalidad trans-fronteriza organizada sin la creación de un espacio judicial europeo.²

Ahora bien, estamos en la prehistoria. Las organizaciones judiciales nacionales, los sistemas procesales, las singulares mentalidades que gobiernan la conducta de los investigadores y los valores que inspiran inconscientemente o semiconscientemente los veredictos constituyen, hoy, el postrer refugio de la identidad nacional.

En cada una de las cumbres de jefes de Estado de la Unión Europea, las naciones liquidan algunos de sus derechos de soberanía. ¿Los ejércitos nacionales? Están fundiéndose en un sistema continental de seguridad con mando único. ¿El franco francés, el florín, el marco alemán, la lira, la libra esterlina, la peseta, la dracma, el escudo? Antes de que termine el siglo serán suplantados por el euro. ¿Las banderas nacionales? Pintorescas supervivencias destinadas a los museos de etnografía y a las manifestaciones folclóricas. ¿Las fronteras y las delimi-

1. Hans Jürgen Fátkinháuer, «Organisierte-Kriminalität-Bekämpfung und Rechtshilfe», *Kriminalistik*, núm. 5, 1994, pp. 307 y ss.

2. Denis Robert, *La Justice ou le Chaos*, París, Stock, 1996.

taciones territoriales, las barreras aduaneras, los controles para pasar los ríos y los puertos de montaña? Acabados, liquidados, remitidos a un pasado arcaico.

¿Y los jueces? Y ahí chocamos con lo sagrado. ¡Nada de jueces extranjeros entre nosotros!

Por todas partes sigue vivo el recuerdo de las guerras y las ocupaciones, cicatrices de siglos de desgarrones en Europa. Tocar la absoluta soberanía de los jueces es como emprenderla con el núcleo de la existencia nacional.

¿Cómo paliar el fraccionamiento del espacio judicial continental que paraliza constantemente el brazo de los jueces y hace prácticamente imposible la victoria sobre el crimen organizado?

El método que hoy se aplica es el llamado de la «ayuda mutua judicial». Cada Estado europeo (y la mayoría de los demás) ha dictado leyes de ayuda mutua. Una densa y complicada red de convenios de colaboración judicial cubre el planeta. Sin embargo, la mayoría de esas leyes y esos convenios son dramáticamente insuficientes.

La mayoría de los países ponen numerosos obstáculos a la persecución transfronteriza rápida y eficaz del crimen organizado. Restricciones paralizantes inspiradas todas ellas en la sacrosanta idea de la soberanía del juez autóctono.

Tomemos tres ejemplos que conciernen, todos ellos, a Suiza.

El primero: el gobierno socialista español, desdichadamente, había puesto a la cabeza de su aparato policíaco a un modesto militante de talento limitado pero fiel al partido. Director de la Guardia Civil, Luis Roldan se convirtió en el primer polizonte del país. Reinaba sobre un verdadero imperio económico, y efectuaba, por millones y millones de pesetas,

compras de coches, de uniformes, de alimentos, de sistemas de comunicación. Dirigía inmensas obras (cuarteles, etc.) y administraba considerables fondos secretos.

Pues bien, Roldan era un corrupto y un estafador, aunque pretendiera haber actuado a petición y por cuenta del PSOE.

El gobierno le acusó de apropiación indebida. Roldan huyó al Extremo Oriente. Gracias a un mandato internacional fue detenido y encarcelado en España.³ Los jueces españoles descubrieron sus cuentas en Suiza, especialmente las de la Unión Bancaria Privada (UBP) de Ginebra. Esas cuentas albergaban importantes sumas procedentes de la corrupción internacional. Varias multinacionales las habían alimentado, sobre todo la sociedad alemana Siemens. Una sentencia de un tribunal suizo reveló, en verano de 1997, que al menos mil seiscientos millones de pesetas habían transitado por las cuentas secretas suizas.⁴

Para intentar desentrañar la madeja de las transferencias delictivas, los jueces españoles debían echar mano a los documentos bancarios helvéticos.

Roldan resultó un coriáceo adversario. Sus abogados ginebrinos multiplicaron los recursos contra cualquier gestión de embargo solicitada por los jueces españoles o contra las medidas de restitución adoptadas por los jueces de Ginebra. La última de las múltiples etapas del drama de Roldan tuvo lugar en junio de 1997: el Tribunal Federal (el Tribunal Supremo de Suiza) interrumpió una vez más la ejecución de la colaboración judicial por «vicio de forma en el procedimiento».⁵

3. José María Irujo, gran reportero del diario español *El País*, con un admirable trabajo de investigación de más de dos años, permitió encontrar el rastro de Roldan y de sus principales cómplices; cfr. también Juan Gasparini, *Roldán-Paesa, la conexión suiza*, Madrid, Akal, 1997.

4. *La Tribune de Genève*, Ginebra, 17 de julio de 1997.

5. Sentencia del Tribunal Federal, núm. 262/1997, 27 de junio de 1997.

El segundo ejemplo: el caso Bofors. En 1986, el ejército indio decidió comprar a la sociedad sueca Bofors 410 obuses al precio de mil cuatrocientos millones de dólares.

Poco después, la prensa sueca reveló que la compra fue acompañada por el pago de considerables sobornos de Bofors a generales y altos funcionarios próximos al gobierno de Rajiv Gandhi.

Según estas revelaciones, de cuarenta a cincuenta millones de dólares fueron ingresados en cuentas personales de bancos de Zurich y Ginebra.

En 1989, Rajiv Gandhi perdió las elecciones generales. En febrero de 1990, el nuevo gobierno de Nueva Delhi pidió la colaboración judicial de Suiza. En principio se concedió pero innumerables recursos impidieron la transferencia a la India de prueba alguna.

Sólo en enero de 1997 —¡es decir, siete años después de presentada la solicitud!— el gobierno suizo autoriza la entrega de una caja sellada con quinientos documentos bancarios a la embajada de la India en Berna.

Entretanto, en la India los delitos de corrupción pasiva cometidos por los generales y los funcionarios han prescrito y es imposible la sanción penal de los corruptos.

He aquí el último ejemplo:

Al amanecer del 25 de febrero de 1986, el dictador de Filipinas, Ferdinand Marcos, y sus principales cómplices fueron expulsados del palacio de Manacanang (Manila) gracias a una insurrección popular. El cleptócrata y su banda habían reinado durante veintitrés años y acumulado un colosal botín. La mayor parte de los miles de millones de dólares robados por Marcos y los suyos estaban a salvo en cuentas numeradas de los bancos suizos.

El gobierno Reagan, tutor del régimen de Manila, ejerció una intensa presión sobre Suiza. El 24 de marzo de 1986, el gobierno de Berna decidió congelar las cuentas. Comenzó entonces una encarnizada batalla entre los abogados de los bancos suizos y el nuevo gobierno filipino.

En diciembre de 1997, por primera vez en once años, el Tribunal Federal de Lausana autorizó el regreso a Manila de una parte del botín de Marcos.

Magistrados y policías de toda Europa intentan, con iniciativas personales o grupusculares que a menudo se sitúan en el límite de la ley, tejer una informal red de colaboración transnacional. Discretos coloquios entre jueces de nacionalidades distintas, encuentros amistosos, conferencias telefónicas regulares permiten a veces economizar el procedimiento de colaboración judicial y desembocan en la comunicación «espontánea» de documentos esenciales para la condena de un culpable.

Estos jueces practican lo que se denomina la «colaboración salvaje».

Sin embargo, la colaboración salvaje no resuelve el problema. Infranqueables barreras legales siguen levantándose ante los jueces, impidiendo cualquier colaboración transfronteriza rápida y eficaz.

He aquí el formidable arsenal de la lucha contra la colaboración judicial que ofrece la ley suiza:

1. Los documentos transmitidos al Estado solicitante y las informaciones en ellos contenidas sólo pueden ser utilizados con fines de investigación o servir de prueba en un procedimiento penal que se refiera a una infracción de derecho común.

2. La utilización directa o indirecta de esos documentos y de las informaciones en ellos contenidas queda excluida en un procedimiento de naturaleza fiscal con carácter penal o administrativo. Lo mismo ocurre con los delitos aduaneros o referentes a las disposiciones en contra de la exportación

ilícita de capitales o con las leyes monetarias sobre el cambio, así como con las prescripciones que restringen la importación, la exportación y el tránsito de algunas mercancías, y todo ello independientemente del hecho de que los procedimientos estén dirigidos contra el acusado o contra terceros.

En consecuencia, estas informaciones en ningún caso pueden ser transmitidas o puestas en conocimiento de las autoridades fiscales del Estado que las reclama ni de otros agentes estatales que tengan tareas administrativas o represivas en materia fiscal o monetaria. Eso es también válido para la comunicación a dichas autoridades en terceros países.

3. La distinción entre infracción de carácter monetario o fiscal e infracción de derecho común debe hacerse, exclusivamente, de acuerdo con la ley suiza. (Sin embargo en Suiza el fraude fiscal no es un delito y, por lo tanto, la cooperación no se aplica a él.)

4. Estos documentos e informaciones nunca serán transmitidos ni puestos en conocimiento de las autoridades de un tercer Estado salvo si éste ha declarado previamente que aceptará las restricciones antes citadas. Esta declaración será comunicada a la Oficina Federal de Policía.

5. Cualquier otra utilización de estos documentos e informaciones está subordinada a la expresa y previa autorización de la Oficina Federal de Policía.

El número de posibles recursos es tal que cualquier colaboración judicial puede ser retrasada durante años o incluso bloqueada por completo: en el noventa por ciento de los casos, el delincuente internacional escapa a la condena porque sus delitos prescriben.

En la pequeña República de Ginebra —menos de cuatrocientos mil habitantes— hay más de mil quinientos abogados. Los más hábiles, los más astutos de ellos ganan anualmente

verdaderas fortunas sabotando los mecanismos de colaboración judicial al servicio de estafadores y padrinos internacionales.

Pese a una tímida reforma de la ley federal sobre colaboración judicial, votada por el Parlamento helvético en 1996, la situación sigue siendo extremadamente favorable para el delincuente y su abogado.

El fiscal general de la República y del cantón de Ginebra, Bernard Bertossa, resume mis palabras: «Suiza es sobre todo el paraíso de los recursos contra la colaboración judicial.»⁶

Todo este sistema de colaboración judicial en Europa proviene de una visión de nuestro continente totalmente superada.

Hubo un tiempo en que los obstáculos legales, opuestos a una eficaz colaboración judicial, estaban plenamente justificados.

¿Que el Estado de Vichy solicitaba la colaboración de la justicia de Ginebra en un proceso abierto contra un hombre de negocios judío? Era imperativa una máxima protección del inculpado judío.

¿Que un tribunal nazi solicitaba en 1934 a un banco che-co que le comunicase los extractos de cuenta de una empresa alemana investigada por poseer una cuenta corriente en el extranjero? La empresa alemana debía poder protegerse contra la excesiva colaboración de la justicia checa con los tribunales nazis.

Hace dos o tres generaciones, nuestro continente estaba plagado de sistemas judiciales arbitrarios, violentos y corruptos. Los jueces nombrados por Mussolini, Dollfu, Hitler, Franco, Salazar o Pétain eran —salvo escasas excepciones— simples administradores de la lógica racista y fascista.

6. Bernard Bertossa respondiendo a las preguntas de Frédéric Mon-tanya en *Le Courrier*, Ginebra, 6 de marzo de 1997.

Pero Europa ha cambiado. Radicalmente. En su parte occidental, hoy en día, todos los sistemas judiciales son equivalentes. Todos se inspiran en los valores de la civilización democrática, son custodios del Estado de derecho.

La propia idea de la existencia de leyes de colaboración judicial que comporten restricciones en detrimento del libre ejercicio de la justicia es indecente.

Sea quien sea y se le juzgue donde se le juzgue, en la Europa occidental cualquier detenido tiene hoy la garantía de un proceso equitativo.

Cualquier Estado europeo que recibiera una solicitud de comunicación de documentos judiciales por parte de otro Estado europeo debería atenderla sin tardanza.

Sólo debería ser admisible un examen formal de la demanda de colaboración.

Debería terminarse con cualquier recurso concedido al detenido contra la solicitud de colaboración, puesto que cualquier recurso retrasa el procedimiento sobre el fondo.

El proceso sobre el fondo tiene siempre lugar ante la justicia del Estado demandante. Ante esa justicia podrá defenderse el acusado.

Resumamos. Caído en las redes de la justicia, el criminal sólo tiene un sueño: ganar tiempo, hacer que el procedimiento se prolongue hasta el día en que su delito haya prescrito. Lo que, en materia de estafa internacional, por ejemplo, tiene éxito en el noventa por ciento de los casos.

III La impotencia de los policías

La colaboración transfronteriza entre policías de distintos países plantea también numerosos problemas. Louis Freeh, director del FBI, declaró ante el Senado norteamericano: «Con las autoridades italianas hemos llegado a tal nivel de cooperación que los agentes del FBI y de la DEA operan libremente en Italia. Los italianos hacen lo mismo en Estados Unidos. De este modo hemos conseguido combatir eficazmente a la mafia e infligir importantes golpes a su estructura.»¹

En 1997, el FBI duplicó el número de sus oficinas en el extranjero. Pasaron de 23 a 46, y el número de agentes especiales destinados en el extranjero, de 70 a 129. Se han abierto nuevas oficinas, especialmente, en Pekín, El Cairo, Tel-Aviv e Islamabad.

En Praga, el FBI equipa y entrena a los comandos SOKO, encargados de combatir el tráfico de seres humanos. Un cuerpo de policía especializado en la lucha contra la criminalidad organizada es financiado, equipado y encuadrado en Hungría por el FBI.

La más ambiciosa realización del dinámico Louis Freeh, firmemente apoyado por el presidente Clinton, es la International Law Enforcement Academy (ILEA), instalada en Budapest desde abril de 1996. Está dirigida por el *special agent* Les-

1. Declaración de Louis Freeh en *La Repubblica*, 2 de agosto de 1996.

lie Kaciban y forma cada año, en cinco sesiones sucesivas, a unos 250 «superpolis» procedentes de la ex URSS y de los países de la Europa central y oriental. La academia tiene el aspecto de un lujoso campamento. Todos los gastos son asumidos por el contribuyente estadounidense.

Profesores rusos e italianos tratan el fenómeno de la mafia; profesores alemanes, la proliferación nuclear; irlandeses e ingleses, la cooperación intercomunitaria, etcétera.

La academia tiene asignadas dos tareas esenciales: la transferencia al Este de las técnicas de investigación practicadas por el FBI, apoyadas en una tecnología avanzada, y la puesta a punto de una cooperación policíaca informal entre el FBI y las policías nacionales de los países del Este.

Louis Freeh anuncia para 1998 la creación de academias similares en América latina y Asia.

¿Está justificado el optimismo de Freeh? No. A pesar de algunos éxitos locales, la cooperación policial transfronteriza choca todavía contra obstáculos burocráticos, se ahoga en sabios debates sobre la soberanía policíaca nacional; en resumen, se pierde en las arenas movedizas de los celos gubernamentales.

El triste destino de la Europol es ilustrativo. Creada en 1993, la institución abarca en principio los territorios de los quince Estados miembros de la Unión Europea. Pero la mayoría de las policías nacionales de la Europa del Oeste se han negado, hasta hoy, a conceder a Europol prerrogativas significativas. Provista de efectivos ordenadores, Europol sólo es, esencialmente, una encrucijada de informaciones para las distintas investigaciones en curso contra el crimen organizado que realizan las policías nacionales competentes. Europol no tiene la posibilidad de abrir y realizar por sí misma una investigación, infiltrar un cártel o proceder a detenciones. Sus agentes no llevan armas. Como dice uno de sus dirigentes,

Jürgen Storbeck: «La única arma de Europol es el ratón [del ordenador].»²

El canciller Kohl desea un «futuro FBI europeo». De hecho, Europol es un eunuco. Probablemente lo seguirá siendo por mucho tiempo. El 27 de abril de 1997, los ministros de Justicia y de Interior de los quince Estados miembros de la Unión Europea trataron de nuevo de Europol en Luxemburgo. La resolución final de la conferencia expresa el deseo de que la «capacidad operativa» de Europol se «refuerce» (aumento de sus efectivos hasta trescientos funcionarios en el año 2000, extensión de las competencias, etc.). Puesto que los Países Bajos, Dinamarca, Suecia y Gran Bretaña vacilaban, no se adoptó ninguna medida concreta.³

La ocasional colaboración entre las distintas policías nacionales enmascara una incapacidad congénita de los Estados europeos para renunciar a su sacrosanta soberanía policíaca y construir una policía judicial continental eficaz.

Los sangrientos señores no tienen tan delicadas vacilaciones. Dirigen diariamente sus cárteles transfronterizos eliminando por la fuerza a sus competidores, degollando a los recalcitrantes, intimidando y corrompiendo a los débiles. A pasos de gigante, imponen en Europa el oscuro reinado del crimen organizado.

Añadiré que no me parece en absoluto ineficaz y criticable en sí el trabajo de organizaciones policiales internacionales como Europol e Interpol. Asumen una indispensable tarea de cooperación.

Tomemos el ejemplo de la Interpol (OIPC). Sus ordenadores catalogan más de quinientos mil asuntos que están sien-

2. Jürgen Storbeck, «Europol, Probleme und Lösungen», *Kriminalistik*, núm. 1, 1996.

3. Sobre los argumentos británicos, cfr. especialmente *The Sunday Times*, 27 de abril de 1997.

do tratados por las distintas policías nacionales; cada día se difunden unos seis mil mensajes desde el cuartel general de Lyon (es decir, casi 1,7 millones en 1997). 177 Estados forman parte de la OIPC, lo que la convierte en la segunda organización internacional después de las Naciones Unidas. No desconozco el excelente trabajo cotidiano realizado por las policías de Europol y de la OIPC.⁴

Mi crítica es de orden estructural: sin una organización policíaca internacional —más concretamente: continental europea— dotada de competencias supranacionales no es posible una lucha eficaz en Europa contra la criminalidad organizada.

4. Ralf Krüger hace el inventario en «Innere Sicherheit in Europa, Schengen-Maastricht, Stationen der Polizei auf dem Wege nach Europa», *Kriminalistik*, núm. 12, 1994, pp. 773 y ss.

Internet unifica el mundo

A este mundo estatal, judicial y policial extremadamente fraccionado se opone la creciente y rápida unificación de los sistemas planetarios de telecomunicación.

Para el crimen organizado, Internet es un regalo del cielo.¹

En todos los países industrializados, los hombres se han acostumbrado a confiar a los ordenadores las más variadas informaciones; los datos médicos más confidenciales, los planes de inversión de las empresas, los expedientes de investigaciones policiales, las informaciones bancarias más secretas e incluso la moneda viajan por el Web en los ordenadores. En Estados Unidos, en Alemania, en Francia, en Suiza, en todas partes florecen empresas de servicios «en línea» y sociedades servidoras de acceso a Internet.

Hace poco todavía, el usuario tenía que confeccionarse prácticamente solo el programa. El «kit de conexión» planteaba innumerables problemas. Para enviar el correo electrónico o participar en un debate intercontinental con interlocutores diseminados era preciso construir programas especializados, accesibles a un reducido número de personas.

Hoy, los programas de navegación abundan. «Navigator» de Netscape, por ejemplo, es fácilmente accesible. «Open

1. Referente a toda la problemática vinculada a la utilización de Internet por el crimen organizado, debo especial agradecimiento a mis colegas de la Universidad de Ginebra especialistas en Internet, Jean Rossiaud, Muse Tegegne y Raoul Ouédraogo.

Text», «Lycos», «Alta Vista» y otros buscadores de información facilitan el trabajo del usuario.

Internet está alterando las comunicaciones entre los hombres, las empresas, las naciones. Datos esenciales para la expansión de una empresa, operaciones bancadas, transacciones de cualquier firma comercial circulan por el planeta a la velocidad de la luz. Desde hoy mismo Internet constituye para millones de sociedades financieras, comerciales, industriales, y también para algunos gobiernos, un dispositivo indispensable para efectuar transacciones, adquirir, comunicar e intercambiar información, negociar, obtener datos.

Internet se ha convertido también en una poderosa arma para el desarrollo de los países del Tercer Mundo: la Conferencia de las Naciones Unidas para el Comercio y el Desarrollo (CNUCED, UNCTAD en inglés) pone a disposición de los exportadores del Tercer Mundo (artesanos, comerciantes, cooperativas campesinas) un programa que les permite entrar directamente en contacto con sus eventuales compradores en Europa. El ordenador central está en Ginebra. Éxito espectacular: incluso las empresas más modestas, totalmente separadas hasta hoy de los mercados internacionales, aprovechan este programa.

Pero todos los usuarios de Internet —poderosas sociedades industriales, personas privadas, bancos multinacionales o comerciantes del Tercer Mundo— están obsesionados por la protección de las informaciones que transitan por el *ciberespacio*. Los grandes trusts multinacionales, en especial, están preocupados por la amenaza que los espías industriales hacen gravitar sobre la confidencialidad de su modo de producción y sus estrategias comerciales. Estos espías actúan solos (y venden sus informaciones al mejor postor) o se introducen en Internet espoleados por un competidor.

Contemplemos en particular los problemas que se les

plantean a los grandes bancos: para ser eficaces, la mayoría de sus estrategias de inversión, sus OPA (ofertas públicas de adquisición), sus especulaciones en Bolsa o sus montajes financieros exigen una absoluta confidencialidad. Los operadores bancarios, sean cuales sean, están —y con razón— empeñados en el secreto de los datos que se intercambian en la red. Para ellos, los programas de cifrado cumplen una función decisiva.

En los mercados americanos, japoneses y europeos existen, ya hoy, gran número de programas de cifrado. Uno de los más extendidos, disponible desde 1991, se llama PGP («Pretty Good Privacy»). Los especialistas lo consideran indescifrable.

Annie Kahn llama a los programas de cifrado «los escudos de la guerra económica».² Son las únicas armas verdaderamente eficaces contra el espionaje económico, especialmente el espionaje industrial.

En cambio, para todos aquellos que se encargan de defender el Estado de derecho contra el crimen organizado los programas de cifrado son una pesadilla. Los cárteles criminales del mundo entero tienen a su servicio informáticos de alto nivel. Internet constituye un valioso auxiliar para la mayoría de las comunicaciones entre los distintos cárteles criminales, sobre todo los asociados en *joint-ventures* internacionales. Sus comunicaciones están protegidas por programas de cifrado prácticamente impenetrables.

¿Qué pueden hacer Europol, el FBI, las policías judiciales de los Estados? Una sola respuesta: escuchar, interceptar, descifrar los mensajes que transitan por las redes establecidas por criminales. Sin embargo, el cifrado hace imposible la vigilancia electrónica del *ciberespacio*. Una contradicción casi insuperable se le plantea al legislador: para permitir que las poli-

2. Annie Kahn, «Internet dans l'oeil des policiers du monde entier», *Le Monde*, 1 de agosto de 1996; cfr. también Charles Poncet, «L'intégration d'Internet dans l'ordre juridique suisse», en *Revue de Droit de la Communication*, núm. 4, 1997.

cías combatieran con eficacia el crimen organizado sería necesario prohibir el cifrado. No obstante, esos programas son necesarios para proteger a las empresas legales contra el espionaje económico.

Una sorda batalla se está librando en cada uno de los grandes países industriales occidentales.³

De los siete países más industrializados del mundo, seis dan prioridad a las exigencias de las sociedades multinacionales. Admiten la utilización masiva y la comercialización de los programas de cifrado. Una sola excepción: Francia.

Los nuevos países industriales del Extremo Oriente y el Sudeste Asiático (Corea del Sur, Tailandia, Singapur, Taiwan, China, etc.) permiten el cifrado, aunque está sometido a una estricta reglamentación.

En Alemania, la situación es ambigua: la utilización de los programas de cifrado está autorizada, pero prohibida su exportación.

El Benelux está dividido: los Países Bajos aplican una ley parecida a la de Alemania; Bélgica imita la legislación francesa.

¿Y Estados Unidos? Es el caso más interesante puesto que muestra en toda su complejidad las contradicciones sociales, ideológicas y culturales que están en la base de la cuestión del cifrado.

En Estados Unidos, tradicionalmente, el gran capital dicta la ley. Son utilizados programas de cifrado múltiples y perfeccionados. Su venta es totalmente libre. Prácticamente, todas las grandes compañías de seguros, transportes, servicios, bancos e industrias los usan.

3. Sobre los debates que se desarrollaron en primavera de 1996 en el Senado norteamericano, cfr. Steven Levy, «Computers, Scared Bitless», *Newsweek*, 10 de junio de 1996. Véase también la sentencia del Tribunal Supremo de Estados Unidos del 26 de junio de 1997 (que se refiere especialmente a la *Communication Decency Act*).

Pero al mismo tiempo Estados Unidos está obsesionado por el crimen organizado y el terrorismo internacional. La eventualidad de que un Estado considerado «terrorista» —Irán, Libia, Sudán, Iraq— pueda comprar libremente los programas de cifrado norteamericanos traumatiza al FBI, la CÍA, la DEA y el Pentágono. Se prohíbe pues su exportación.

Los programas de cifrado norteamericanos son los mejores del mundo, su venta genera anualmente colosales beneficios. La eterna lucha entre los intereses privados y las exigencias públicas provocó que los fabricantes de programas de cifrado asediaran al Congreso, y la legislación fue enmendada; se podría exportar los programas... pero de un modo restringido. La clave de desciframiento tendría, como máximo, 40 bits, aunque en los programas que se venden en el mercado interior puede alcanzar los 128 bits. Con una clave de desciframiento que no supere los 40 bits, los servicios secretos pueden descifrar el código de una red utilizada por los terroristas, los señores de la heroína o los traficantes de seres humanos.

Francia tiene una tradición de libertad profundamente arraigada en la conciencia colectiva. La libertad de información constituye para el ciudadano francés un derecho sagrado... aunque sea a menudo violado por grupos financieros o por el Ministerio de Defensa u otras instancias del Estado.

Francia se niega a alinearse con las posiciones del G7.

Las presiones ejercidas por los demás Estados industriales (y las sociedades multinacionales y bancos autóctonos) sobre el gobierno francés son, sin embargo, muy fuertes. París ha dado medio paso atrás: el nuevo artículo 17 de la ley sobre telecomunicaciones admite mensajes cifrados, pero con una condición imperativa: la clave del descifrado debe depositarse en un «tercero de confianza». ¿Quién es el «tercero de confianza»? Cualquier organismo autorizado por el primer ministro.

El sistema francés es astuto: garantiza la confidencialidad de las informaciones transmitidas a través del *ciberespacio* por los grandes agentes económicos y, por lo tanto, los protege contra el espionaje industrial, bancario, etc. Al mismo tiempo, las autoridades encargadas de la seguridad del Estado, de la vigilancia del territorio o de la lucha contra el crimen organizado pueden, en cualquier momento, obtener del «tercero de confianza» la clave de desciframiento de un programa que proteja la red utilizada por unos sospechosos.

Mi conclusión provisional: no cabe para mí duda alguna de que el sistema francés es el que tiene en cuenta más equitativamente todos los contradictorios intereses presentes.

Vigilancia electrónica indiscriminada

Las escuchas telefónicas autorizadas por los jueces son absolutamente indispensables en la lucha contra los señores del crimen organizado.

El sucesor de Toto Runa —llamado *la Bestia*— a la cabeza de la Cosa Nostra, Giovanni Brusca —llamado *el Cerdo*—, había encontrado el escondrijo perfecto: una casa con jardín en un extremo del pueblo de Canitello, en la Sicilia meridional. Vivía allí con aparente modestia junto a su compañera, el hijo de ésta, su hermano y unos guardaespaldas. El grupo se había fundido en el anonimato de los parados, jornaleros y pequeños burgueses de Canitello. El Cerdo dirigía su tráfico transatlántico de heroína, sus obras públicas, sus extorsionadores, sus asesinos y toda su vasta organización de acuerdo con el método más tradicional, más seguro que existe: con mensajeros que se desplazaban en moto o en bicicleta.

Un día, durante unos segundos e inexplicablemente, Brusca cometió el error de utilizar un teléfono móvil. Descubierta inmediatamente por una central ambulante de escucha, fue detenido por una unidad especial de la policía italiana.¹

Además de la escucha telefónica, practicada desde hace años en todos los países europeos, una arma esencial en la lucha contra los señores del crimen es la «vigilancia electróni-

1. Véanse pp.

ca». ¿De qué se trata? Las autoridades colocan micrófonos o cámaras ocultas miniaturizadas en apartamentos o despachos donde pueden reunirse sospechosos o delincuentes buscados.

Nunca hubiera sido posible el arresto de Toto Runa, jefe de la «cúpula» de la Cosa Nostra siciliana, sin una vigilancia electrónica generalizada. El depredador era buscado desde hacía veintisiete años. El año de su arresto, calles enteras de Palermo habían sido sembradas de cámaras ocultas y micrófonos direccionales. Un *pentito* —un informador— había revelado la presencia y los movimientos en Palermo de Toto Runa.

Giovanni Maria Flick, ministro de Justicia en Roma, da por primera vez cifras concretas: en 1996 se ordenaron 44 176 medidas de vigilancia electrónica (cámaras, micrófonos direccionales y miniaturizados), lo que significa el doble de las adoptadas en 1992. La ciudad más vigilada de la Europa occidental es Palermo.²

Las autoridades francesas deben algunas de sus victorias más resonantes a la vigilancia electrónica «extensa». En agosto de 1996 fue detenido en un hotel de Pantin un chino de unos treinta años, residente en Francia, sospechoso de ser el dirigente supremo en Europa de una tríada china llamada «el Gran Círculo». Especializada en la importación de heroína pura, la organización, creada por unos chinos de Bangkok, habría sucedido a la temible 14 K, con base en Hong Kong y desmantelada al final de los ochenta.

Procedente de Tailandia, la heroína pura era importada a Francia de un modo original: una prestigiosa casa especializada en la venta de objetos de arte chino era utilizada sin saberlo; las bolsas viajaban ocultas en jarrones de la dinastía Ming y en objetos preciosos de todo tipo.

2. Cfr. la declaración de Giovanni Maria Flick, *Die Welt*, Hamburgo, 2 de diciembre de 1997.

Ya en 1994, la vigilancia electrónica había permitido infiltrar y luego dismantelar otro cártel criminal asiático dirigido por un laosiano. El padrino laosiano fue detenido en Basilea. Su captura permitió a los policías franceses de la Oficina Central de Represión del Tráfico Ilícito de Estupefacientes dismantelar una vasta red de traficantes y proceder a decenas de arrestos en Francia, Holanda y Suiza.

¿Significa eso que cualquier forma de vigilancia con cámaras de vídeo, micrófonos miniaturizados o de largo alcance dirigidos contra un sospechoso o contra personas susceptibles de ponerse en contacto con éste es eficaz y legítima?

No estoy tan seguro.

De entre todos los Estados de la Europa occidental, la República Federal de Alemania es la que ha elaborado el proyecto de vigilancia electrónica generalizada más detallado, más coherente y también el más extenso.

Contempla una vigilancia secreta que opera con medios ópticos y acústicos. Su objetivo es captar las conversaciones de los sospechosos y vigilar su conducta privada. Esta vigilancia implica la instalación de cámaras o micrófonos. Los aparatos se colocan en el interior de los locales frecuentados por los sospechosos. Pueden situarse en la vecindad micrófonos llamados «direccionales», que captan a distancia las conversaciones privadas.

La colocación de micrófonos y cámaras es evidente en los locales pertenecientes a los sospechosos o frecuentados regularmente por ellos. Pero puede también realizarse en el domicilio de un tercero que no tenga relación alguna con los sospechosos, a quien no se le atribuye ningún delito y no es objeto de investigación policial. Basta para ello que los investigadores tengan la convicción de que, un día u otro, los sospechosos vayan a reunirse en el domicilio de esa persona. Micrófonos direccionales miniaturizados y cámaras pueden tam-

bien instalarse en apartamentos, oficinas, ventanillas de banco, locales industriales, laboratorios de investigación, es decir, en cualquier local donde, eventualmente, podría desarrollarse una actividad susceptible de interesar a los investigadores.

La vigilancia electrónica generalizada sólo puede ordenarse en el marco de investigaciones sobre delitos graves: tráfico de seres humanos, armas o drogas; toma de rehenes, secuestros; terrorismo; asesinatos con circunstancias agravantes. Los sospechosos deben pertenecer al crimen organizado.

Tres jueces, actuando colegiadamente, dan la autorización—limitada a cuatro semanas y renovable— para la instalación de los equipos de escucha.

El fiscal general de Berlín, Hans Jürgen Fátkinhauer, considera la vigilancia electrónica generalizada el arma fundamental en la lucha contra la criminalidad transfronteriza organizada; muchos magistrados y la mayoría de los policías de los demás países de la Europa occidental comparten su opinión.³

El sistema plantea sin embargo algunas cuestiones fundamentales.

Instalar micrófonos en el apartamento de una persona que nada tiene que ver con los sospechosos y que lo ignora todo de las investigaciones en curso atenta contra un derecho esencial, el de la inviolabilidad del domicilio. El procedimiento priva a la persona vigilada de cualquier intimidad y constituye una evidente intrusión en su vida familiar, afectiva y privada.

Debilita considerablemente el secreto en otros campos: el de fabricación, el médico, el del abogado, etcétera.

La siniestra sombra del KGB y de la Gestapo se yergue tras la vigilancia electrónica generalizada.

3. Citados en Konrad Freiberg, Berndt Georg Thamm y Wolfgang Sielaff, *Das Mafia-Syndrom. Organisierte Kriminalität, Geschichte, Verbreiten, Bekämpfung*, Verlag Deutsche Polizeiliteratur, 1992, p. 235.

Entre vigilancia preventiva y vigilancia represiva, la frontera es difusa —tanto en Alemania como en Francia o en Italia—. Si es admisible, en último término, la vigilancia preventiva del domicilio de un tercero para evitar la ejecución de un crimen grave que esté preparándose, la vigilancia electrónica indiscriminada es difícilmente justificable en el marco de una investigación policial que pretende identificar a los culpables de un crimen ya cometido.

Heribert Ostendorf, fiscal general de Schleswig-Holstein, ve nacer un peligro más general: si la vigilancia electrónica indiscriminada se generalizase, nadie podría ya sentirse a cubierto. Ningún habitante de ningún país europeo tendría la garantía de que su vida íntima no fuera espiada, vigiladas sus relaciones, su apartamento sembrado de micrófonos y sus menores hechos y gestos, incluso los más privados, grabados e introducidos en un ordenador. ¿Resultado? Una sensación de inseguridad, de desconfianza; tal vez incluso de paranoia generalizada. En cualquier caso, una evidente destrucción del sentimiento de confianza, de seguridad, de paz de ánimo tan importante para el buen funcionamiento de una sociedad democrática.⁴

Estados Unidos posee una institución interesante: el *Wire Tape Report*. La justicia federal publica cada tres meses un informe detallado de todos los casos de vigilancia electrónica en el que se indica la razón de la vigilancia, su duración, el número de personas vigiladas y el de personas detenidas y condenadas a consecuencia de la vigilancia.

Christian Pfeiffer, profesor de Criminología en Hannover, es un ferviente partidario de la publicación en Europa de semejantes informes, destinados a combatir la desconfianza general del público.⁵

4. Heribert Ostendorf, *Organisierte Kriminalität. Eine Herausforderung für die Justiz*, Verlag Deutsche Polizeiliteratur, 1991, pp. 68 y ss.

5. Christian Pfeiffer, «Kriminalitätskontrolle, Wege aus der Sackgasse», *Der Kriminalist*, núm. 1, 1994, pp. 15 y ss.

Segunda objeción: la vigilancia electrónica generalizada es técnicamente poco eficaz. Por ejemplo, los micrófonos direccionales que, colocados a varios centenares de un local sospechoso, pueden captar conversaciones mantenidas tras las ventanas cerradas son descubiertos por simples escaners. Lo mismo ocurre con las cámaras y micrófonos camuflados en los locales por los que circulan los sospechosos. Detectores relativamente baratos, disponibles en el mercado libre, identifican fácilmente cámaras y micrófonos. El crimen organizado suele utilizar esos escaners y demás detectores.

El comisario principal Schwerdtfeger, hoy consejero ante el prefecto de policía (*Polizeipräsident*) de Dusseldorf, advierte: «El equipamiento electrónico de los criminales es infinitamente superior al que disponen los policías. El crimen organizado pone en jaque las más sofisticadas vigilancias [...] Carecemos de medios, de dinero. De todo. Los criminales poseen el material electrónico más moderno. Siguen todas las evoluciones de la tecnología. La policía no aguanta la carrera. Nuestros presupuestos son infinitamente modestos.» Y el comisario formula un deseo: «¡Si al menos el Estado nos entregara el material electrónico aprehendido a los criminales! Por fin tendríamos material efectivo.»⁶

En 1997, el canciller Helmut Kohl hizo prevalecer su opinión. Pese a la feroz resistencia que los defensores de las libertades individuales opusieron a su proyecto, su ley recibió el aval de la oposición parlamentaria, el SPD.⁷ Pero —ironía

6. El Comisario principal Schwerdtfeger, conversación con Uwe Mühlhoff.

7. Cuando estoy concluyendo este libro (enero de 1998), la situación legislativa es la siguiente: la ley Kohl no ha superado todavía la pendiente del Bundestag, del Parlamento. El debate formal está previsto para el primer semestre de 1998. Pero entre el canciller y su oposición se ha establecido un acuerdo que debe garantizar la votación de la ley sin notables enmiendas.

de la Historia—, teóricamente derrotados, los defensores de las libertades han vencido en la práctica.

Lo repito: la vigilancia electrónica generalizada (*grosser Lauschangriff*), practicada ya por la mayoría de los *Länder* alemanes, se revela ampliamente ineficaz. Para acosar con eficacia a los señores del crimen, la policía tendría que utilizar micrófonos miniaturizados, direccionales y cámaras de la más avanzada técnica; en resumen, un material electrónico que los cárteles fueran incapaces de detectar y convertir en inofensivo. Sin embargo es una empresa casi imposible. Además, numerosos cárteles del crimen organizado emplean asesinos y traficantes ajenos a Europa; para llevar a cabo las escuchas, la policía debe disponer de traductores cualificados de lenguas chechena, igur, uzbek, patuna, urdu, etc. Eso cuesta una fortuna. La mayoría de los *Länder* alemanes, e incluso el Tribunal Federal, carecen de semejantes sumas.

Esto es también cierto en Francia: ninguna de las policías francesas (Servicio de Investigación de Aduanas, RG, etc.) dispone de suficientes medios financieros para adquirir un material equivalente, al menos, al utilizado por los señores del crimen. Ninguna puede combatir eficazmente las contramedidas (detección de vigilancia, interferencias, etc.) puestas en práctica por los padrinos; ninguna tiene el dinero necesario para pagar la utilización racional y eficaz del producto de las vigilancias.

Un héroe de nuestro tiempo: el «topo»

En la guerra que libra la sociedad civilizada contra el crimen organizado, los instrumentos técnicos son importantes. Pero infinitamente más importantes son los hombres y las mujeres.

En esta guerra, los magistrados y los policías actúan como combatientes de primera línea.

Consideremos primero a los policías. Por todas partes de Europa (y en América del Norte) han desarrollado técnicas de investigación directamente inspiradas en la actividad de espionaje y de contraespionaje que realizan los servicios secretos.

Entre todos los policías comprometidos en la batalla contra el crimen organizado la figura del *undercover agent* («agente infiltrado»), que actúa con una falsa identidad y participa personalmente en las actividades criminales del cártel, es la más ambigua, la más difícil de determinar. Se le conoce familiarmente como «topo».

¿Cómo definirle?

En el estricto sentido del término, el topo no es un soplón ni un informador de la policía. Es un agente encubierto. Actúa con una falsa identidad y mantiene informadas a las autoridades de una infracción que se está produciendo o de un proyecto cuando se ha infiltrado entre los delincuentes investigados.

En esta definición hay un elemento esencial: el topo se distingue claramente del agente provocador.¹ Por regla general,

1. En la larga panoplia de funciones asumidas por el «topo» en los distintos sistemas policiales, cfr. una lista casi exhaustiva de análisis de ca-

el agente infiltrado debe evitar provocar un delito y no debe participar en la ejecución del crimen. El agente infiltrado, el topo, constituye una arma decisiva en la guerra contra los señores sangrientos.

El imperio criminal de Agha Hasan Abedi seguiría enriqueciéndose tranquilamente, protegiendo y haciendo fructificar los botines de Saddam Hussein, Abu Nidal, el general No-riega y los traficantes de cocaína de Medellín; sus «unidades negras» seguirían asesinando a clientes recalcitrantes y sus dirigentes estafando a los bancos centrales de Nigeria, Perú y Pakistán sin el extremado valor de dos jóvenes *undercover agents* norteamericanos, Kathleen C. Erikson y Robert Muse-Ua, alias *Robert Mazur*.

Jack Blum, quien al final de su carrera dirigió los equipos de investigadores de la subcomisión del senador Kerry (terrorismo, tráfico de drogas y operaciones internacionales), fue durante su vida un *undercover agent* de varios servicios secretos de Estados Unidos. Judío creyente y antiguo estudiante del Bard-College de Nueva York, fue reclutado por la justicia por dos profesores refugiados de la Alemania nazi, Heinrich Blücher y su esposa, Hannah Arendt. De un modo lúcido y a mi entender perfectamente justificado, compara la mentalidad de los señores del crimen organizado de hoy con la de los jerifaltes nazis.² Sin su decisión, su valor y su legendaria sangre fría, muchos traficantes de armas, de mujeres y de drogas, así como muchos asesinos internacio-

sos en *Krim-Dok*, CD-Rom ya citado. Este CD-Rom contiene casi cien mil entradas referentes a los sistemas y tácticas policiales de casi todos los Estados del mundo. En lo referente a Francia: Jean-Paul Brunet, *ha Pólice de l'ombre. Indicateurs et provocateurs dans la France contemporaine*, París, Éd. du Seuil, 1990.

2. Sobre la biografía de Jack Blum, cfr. Peter Truell y Larry Gurwin, *BCCI...*, ob. cit., pp. 237 y ss.

nales a sueldo, seguirían actuando en la más completa impunidad.

En Suiza, otro agente americano, conocido sólo por el nombre de *Sam el Rubio*, hizo caer la banda de Yassar Mus-sullullu y de Haci Mirza, traficantes de drogas turcos de envergadura intercontinental que estaban profundamente implantados en ciertos sectores del mundo bancario de Zurich y gozaban de inquietantes complicidades en el palacio Federal de Berna. Con los truhanes turcos, Sam el Rubio adoptaba la máscara de un emisario de la mafia siciliana instalado en Milán. La verdadera identidad de Sam el Rubio sólo la conoce el juez de instrucción de Ticino, que la guarda en sobre sellado en su caja fuerte del palacio de Justicia de Bellinzona.

Sam es un topo temerario: negoció con Haci Mirza en el cuartel general de la banda, un suntuoso chalet en Estambul. Le mostró al viejo y suspicaz Mirza —que le acompañó a Zurich— en el sótano de un banco de la ciudad los tres millones de dólares que le entregaría cuando recibiera cien kilos de morfina-base en un aparcamiento de Chiasso. Mirza, siempre inquieto, pidió ver también el laboratorio de la «banda de Sam». La DEA tuvo entonces que montar en Ticino, pieza a pieza, un laboratorio ficticio que Sam enseñó al turco, muy impresionado. La trampa funcionó a la perfección. Los traficantes turcos entregaron la heroína y fueron detenidos. Condenados por el tribunal de Bellinzona, se enmohecen en la penitenciaría de la Stampa.

En todas partes del mundo, los topes, sean de la nacionalidad que sean, pagan un pesado tributo. Siento una profunda admiración por su fuerza de carácter, sus convicciones y su valor.

Cuando son descubiertos, esos hombres y mujeres son regularmente asesinados, y a veces sometidos a atroces torturas. Se amenaza a sus familias con represalias.

Recordaré sólo el ya citado ejemplo de Enrique Camarena Salazar, funcionario del gobierno de Washington infiltrado en una organización de traficantes mexicanos. Descubierto, fue torturado hasta la muerte por los guardaespaldas de los padrinos. Murió sin dar el nombre de los demás topes que trabajaban en la organización. Los torturadores fueron detenidos y condenados.

La mayoría de profesores de Derecho Penal —franceses, alemanes, ingleses, austríacos, etc.— se muestran indignados por la utilización de topes. La literatura científica europea abunda en análisis críticos, objeciones y condenas de lo que los autores denominan una transgresión de la regla de derecho. Tratándose aquí de un capítulo de conclusiones, renuncio a citas bibliográficas extensas y me limito a resumir los argumentos.

Un topo sólo es eficaz si goza de la total confianza de los señores del cártel que debe infiltrar. Para ganarse esta confianza tiene forzosamente que participar en delitos y ejecutar las acciones criminales que se le confían. El reproche más grave que formulan los críticos contra los topes es que suelen provocar el delito. Para infiltrar una organización de traficantes de drogas o de seres humanos, en especial, el topo se ve obligado a menudo a disfrazarse de comprador o de emisario de importantes compradores. En otras palabras, la sutil distinción jurídica entre «agente infiltrado» y «agente provocador» resulta la mayor parte de las veces inexistente. Se llega así a una paradoja: para combatir la criminalidad organizada, el topo se ve obligado a incrementar el número de actos criminales.

Ejemplo: Sam el Rubio, que —presentándose como emisario de una familia de la mafia siciliana que operaba desde Milán— provocó la entrega en Chiasso de morfina-base por la banda de Haci Mirza.

Sin embargo, un topo es, en primer lugar, un funcionario del Estado que ha prestado juramento y pagado por los contribuyentes. Más aún, pertenece a un cuerpo de funcionarios especialmente encargado de la defensa del orden público y del Estado de derecho. Es muy sorprendente pues que semejante funcionario pueda, con toda impunidad, participar en un crimen o incluso provocar actos delictivos.

Otro difícil problema se plantea en el momento del proceso. El proceso es público. El topo desempeña en él un papel capital: el de testigo clave de la acusación. Pero el topo debe sobrevivir. Revelar su identidad sería firmar su sentencia de muerte.

En Europa se aplican métodos de procedimiento muy diversos: el topo se presenta enmascarado en la audiencia, o es interrogado a través de un circuito de vídeo que sólo le muestra de espaldas mientras la voz se hace irreconocible gracias a una interferencia electrónica, o es interrogado en un despacho anexo a la sala de audiencia por el presidente del tribunal, sólo en presencia del fiscal, de la parte civil y del abogado de la defensa.

En Alemania se adopta un método original: al topo se le asigna un *coach*, un tutor. Ante este último presta testimonio bajo juramento. Presenta todos sus cuadernos en los que ha consignado, día tras día y noche tras noche, cada uno de los hechos de su vida clandestina. El tutor, un policía que ha prestado juramento también, estudia esos cuadernos, interroga a su colega hasta en los más ínfimos detalles, examina su contabilidad, sus gastos, los regalos recibidos, el beneficio obtenido con los actos delictivos... Luego, el tutor se presenta ante el tribunal. Solo.

Existen otros métodos. En el caso Magharian, por ejemplo, el tribunal de Bellinzona (Ticino) se conformó con un testimonio escrito, transmitido bajo sello al presidente del tribunal.

Todos estos métodos comportan la misma deficiencia: tan-

to en Oíd Bailey, en Londres, como en los palacios de Justicia de París, Milán, Madrid o Colonia, el procedimiento es contradictorio. El interrogatorio de los testigos constituye la parte esencial. No obstante, el abogado de la defensa sólo puede interrogar eficazmente al testigo de cargo en la medida en que conoce su biografía, su distribución del tiempo, su personalidad, sus orígenes sociales y familiares, sus afectos, sus aversiones, es decir, su identidad.

Todas estas objeciones formuladas por los juristas contra la utilización de los topos me parecen fundadas.

Sin embargo las rechazo.

Se oponen dos intereses: el del estricto respeto del Estado de derecho y su orden procesal, por una parte, y la imperiosa necesidad, que incumbe al Estado de derecho, de defenderse con eficacia contra el crimen organizado, por otra.

El segundo interés prevalece sobre el primero. Sin los topos, ninguna de las sociedades civilizadas de Europa tiene la menor oportunidad de infiltrar, *paralizar*, destruir los cárteles intercontinentales de la criminalidad organizada.

Con respecto a los topos se plantea también otro problema: el de la participación de los servicios secretos en la guerra contra la criminalidad transfronteriza organizada.

También aquí las soluciones imaginadas por los distintos Estados europeos varían. En Francia, la DST o la Información Militar no participan, en principio, en las investigaciones que llevan a cabo la policía judicial o los servicios especiales de aduanas. La misma situación prevalece en los países del Bene-lux, en Austria y en Suiza.

En Inglaterra y en Italia, en cambio, los servicios secretos desempeñan un papel a menudo fundamental en la guerra contra los señores de los cárteles. El desempeñado por el MI5 británico no provoca discusiones. Y lo mismo ocurre con el trabajo del SISMI en Italia.

Sin embargo, esta colaboración es singularmente delicada en Alemania: cada *Land* tiene un Landescriminalamt (policía judicial) y un Verfassungsschutz (servicio secreto encargado de la defensa de la seguridad del Estado). En Baviera, por ejemplo, ambas autoridades colaboran estrechamente en la lucha contra las bandas del crimen organizado. En 1996, en Munich, cincuenta de los quinientos agentes del Verfassungsschutz estaban destinados a investigaciones referentes al crimen organizado. En 1996, esos agentes participaron en la infiltración de catorce organizaciones (chinas, rusas, rumanas, chechenas, etc.) con una reconocida eficacia. Gunther Beckstein, ministro del Interior de Baviera, exigió consecuentemente que ese tipo de colaboraciones fueran escuchadas por el conjunto de los *Länder*?

Los servicios secretos poseen medios electrónicos y métodos de investigación, infiltración y vigilancia de los que carece la policía judicial. Para luchar contra cárteles cuyas actividades se sumen en la más rigurosa clandestinidad, los servicios secretos suelen ser más eficaces que la policía «ordinaria».

Los agentes secretos no pueden proceder a arrestos. Se limitan a transmitir sus informaciones y pruebas a la policía judicial que, por su parte, detiene a los criminales, los encarcela y los entrega a los jueces.

En Alemania, el debate es virulento: el recuerdo de la Gestapo —omnipotente policía política del Tercer Reich— está presente en todos los espíritus. (Durante la fundación de la República Federal de Alemania, en 1948, las autoridades de ocupación norteamericana, inglesa y francesa habían exigido expresamente una estricta separación entre policía judicial y policía política.) Así, el fiscal general de Alemania, Kay Nehm, rechaza formalmente el modelo bávaro.

A mi entender, la participación activa de los servicios secretos en la lucha contra el crimen organizado está perfecta-

3. Gunther Beckstein, en *Die Spiegel*, núm. 30, 1996.

mente justificada. La experiencia bávara y también los éxitos del SISMI italiano y del MI5 británico indican claramente que los servicios secretos dan prueba de una eficacia de la que suelen carecer los sabuesos de la policía judicial. El sistema francés necesitaría una profunda reforma.

VII El muro de silencio

La guerra contra el crimen organizado provoca profundas mutaciones en la conducción de los procesos. Confronta a los magistrados con problemas absolutamente nuevos.

El «soldado» de un cártel ucraniano, el «hombre de honor» de la Sacra Corona de Apulia, el *capo* de la Camorra napolitana o el padrino de una familia de la Cosa Nostra neoyorquina se niegan, por lo general, a hablar. ¿Responder a las preguntas del magistrado? ¡Nunca! Si hablara, el criminal pondría en peligro su propia vida y la de su familia.

Para derribar el muro de silencio, los magistrados de los distintos países aplican métodos variados.

Dos métodos se enfrentan: el italiano y el anglosajón.¹

Antes de analizar estos dos métodos opuestos fijémonos en Francia que, por su parte, no tiene un método lo bastante preciso para derribar el muro de silencio que oponen los sospechosos, inculcados o acusados mañosos a la justicia.

Un artículo del Código Penal contempla que el juez puede tener en cuenta la colaboración del acusado con la justicia a la hora de fijar la pena. Al margen de eso existe —tanto en

1. Debo indicaciones teóricas esenciales a Dominique Poncet, profesor de Derecho Procesal en la Universidad de Ginebra y abogado de reputación internacional. Cfr. especialmente Dominique Poncet, «El sistema acusatorio en la práctica. Intento de comparación: Estados Unidos, Italia y Suiza», en *Repertorio di giurisprudenza patria*, Bellinzona, 1994, núm. 1.

la investigación policial como en el proceso propiamente dicho— lo que un gran penalista francófono llama «acomodos con el cielo».

El fondo del asunto estriba en lo siguiente: Francia está regida por el principio de la oportunidad. Cuando los elementos objetivos de la infracción se han reunido, el magistrado puede proseguir. Pero puede también archivar el expediente. Se trata pues de un antiguo debate filosófico que opone dos teorías del Derecho Penal. La que, como heredera de Immanuel Kant, se adhiere al principio de legalidad: cualquier infracción a la norma debe ser forzosamente perseguida. La otra, llamada de la oportunidad, que sólo se procede si es útil. Francia se adhiere al principio de la oportunidad. Italia, por ejemplo, al de legalidad. (Los distintos cantones suizos, cada cual con su propia ley procesal, se adhieren a uno u otro de esos dos principios.)

El principio de legalidad tiene a su favor el hecho de estar, aparentemente, más de acuerdo con la exigencia de justicia; el de la oportunidad, en cambio, permite al juez ejercer una justicia más humana, más equitativa. (Ejemplo: un padre de familia que, conduciendo su coche, aplasta por descuido a su mujer y sus tres hijos no será forzosamente perseguido porque su dolor es ya lo bastante atroz y la sociedad nada ganaría condenándole por homicida.)

Cierto es que Francia no dispone de un método eficaz que permita a los magistrados, o incluso a los policías, asegurar de un modo útil y perfectamente legal la colaboración de un «soldado» arrepentido de un cártel del crimen organizado.

Veamos ahora el método anglosajón: se lo conoce con el nombre de *plea-bargaining* («regateo de la acusación»).

En cuanto termina la investigación policial, el mafioso recibe la visita del fiscal. Éste le ofrece un *deal* («arreglo»). El criminal acepta ponerse al servicio de la acusación; testimo-

niara sobre todo lo que sabe, sobre los soldados del cártel, los crímenes cometidos, las estructuras de la organización, los dirigentes secretos. En contrapartida, el criminal colaborador se beneficia del Witness Protection Program. Recibe una nueva identidad, dinero, otra existencia civil, un alojamiento. Él y su familia son protegidos por la policía durante un período negociable. Y, sobre todo, el criminal colaborador negocia con el fiscal la pena que va a imponérsele. Una precisión: de hecho, existen dos *plea-bargaining*. El criminal colaborador puede obtener del fiscal una nueva definición del delito; si el criminal ha cometido un asesinato, obtendrá que el fiscal sólo lo califique de homicidio voluntario o por negligencia. O también, si el criminal ha cometido varios delitos graves, el fiscal sólo tomará uno en consideración. Segundo tipo de *plea-bargaining*. la fijación de la pena. El criminal colaborador negocia con el tribunal la pena solicitada.

La *plea-bargaining* tiene su historia: el Derecho Penal americano está profundamente marcado por la herencia calvinista de los Padres fundadores. Confesar públicamente los pecados, hacer acto de contrición demuestra una actitud cristiana. El derecho debe favorecer esos actos de contrición. La institución de la *plea* —poder pedir perdón— está arraigada en la tradición.

Antaño, al iniciar cualquier proceso, el juez preguntaba a su conciudadano pecador si quería revelar públicamente su pecado, pedir perdón, aceptar libremente la sanción de la falta.

Hoy, la institución ha cambiado: no sirve ya, en primer lugar, la moral pública sino las estrategias y tácticas del tribunal. Frente a los señores del crimen organizado, a su cinismo, a su habilidad procesal, a la ley del silencio que cubre sus actividades, el fiscal necesita aliados. Transformar a un acusado en testigo de cargo es todo un arte. Los fiscales norteamericanos saben hacerlo. En su guerra contra los señores sangrientos, la victoria y la derrota dependen de la habilidad de lograr que uno o varios actores cambien de chaqueta.

En el derecho procesal de todos los estados miembros de Estados Unidos, la *plea-bargaining* desempeña pues un papel crucial.

Alemania conoce una institución ligeramente distinta, aunque inspirada en la *plea-bargaining*. Se llama la *Kronzeugenregelung* («reglamentación de los testigos de la acusación»). Transforma a un inculpado en un colaborador voluntario de la acusación. También comporta ventajas evidentes, tanto para el criminal «que cambia de chaqueta» como para el fiscal, aunque reciba en los medios universitarios acerbas críticas.²

Pero la *plea-bargaining* anglosajona o la *Kronzeugenregelung* alemana no sólo conciernen al criminal detenido, acusado y que se arriesga a una condena severa. Es sólo un aspecto de la estrategia procesal y sólo tiene efecto en el marco judicial.

No es éste el caso del sistema italiano, que abarca en cambio, un campo claramente más vasto.

Lleva el romántico nombre de «penitencia». El *pentito* («penitente» o «arrepentido») puede manifestarse en cualquier momento de su sangrienta carrera. Asqueado por su propia actividad criminal, puede ponerse en contacto con cualquier fiscal, juez de instrucción o magistrado de la audiencia para confesar y negociar su paso a la vida civil. Otro supuesto: detenido, el *pentito* cambia de bando en plena instrucción. O también: condenado, y puesto que no soporta ya las duras condiciones de vida en las prisiones especialmente construidas para los terroristas y los mañosos o, sencillamente, ante la perspectiva de pasar el resto de sus días tras los barrotes, pide que se contacte con un magistrado; a cambio de una liberación anticipada o de una sustancial reducción de la pena, revela todo o

2. Cfr. especialmente los argumentos del profesor Ellen Schlüchter, de la Universidad de Bochum, «Erweiterte Kronzeugenregelung?», *CRP*, núm. 2, 1997, pp. 65 y ss.

parte de lo que sabe sobre otros crímenes no aclarados todavía, cometidos por su «familia» o por «familias» aliadas o rivales.

Sin embargo, un arrepentido no recobra automáticamente la libertad a cambio de su conversión. La ley dice de un modo algo ambiguo: el *pentito* purga en adelante su pena en un lugar que «no es forzosamente una penitenciaría». En la práctica, los *pentiti* se alojan en cuarteles de carabinieri o, también, en barcos anclados ante la costa. Cambian de abogados. Si son puestos en libertad provisional, reciben un salario de subsistencia. Si son encarcelados en los cuarteles, pueden reunirse con sus familias. Por lo general son conducidos de noche —por itinerarios y a horas siempre distintos—, en coche celular, al domicilio familiar.

Su vida no es envidiable: sus familias y ellos mismos están constantemente amenazados de exterminio por los asesinos de la mafia. Italia no conoce un *witness protection program* como Estados Unidos. Falta dinero. No hay cirugía plástica ni protección policíaca individual eficaz las veinticuatro horas del día. El *pentito* es un individuo, hombre o mujer, expuesto tanto si reside en el cuartel, si realiza visitas domiciliarias o si vive con nuevos documentos de identidad en un apartamento financiado por el Ministerio de Justicia.

Existen en 1998 unos mil seiscientos *pentiti* en Italia. Si se añaden los miembros de la familia más próxima, son ocho mil o diez mil personas que deben protegerse día y noche.

Durante el verano de 1997, el Parlamento italiano tomó una importante decisión: pese a la enérgica resistencia de los fiscales, revisó el artículo 513 del Código Penal y melló considerablemente el arma de los *pentiti*. En adelante sólo serían consideradas como pruebas en los procesos las declaraciones de los *pentiti* confirmadas ante el magistrado correspondiente. Hasta entonces, un *pentito* testimoniaba ante el fiscal (que en Italia es también el juez de instrucción); ese testimonio era reconocido

como elemento de prueba al llegar el proceso. A partir de entonces, el *pentito* tendría que confirmar explícitamente su declaración ante el tribunal cuando se celebrase el proceso.

Esta nueva reglamentación es mortalmente peligrosa para los *pentiti*. En Italia (como en otras partes de Europa), la magistratura trabaja lentamente. Transcurre un largo período entre las primeras audiciones del fiscal y la vista del juicio. Sin embargo, la mafia persigue con la mayor crueldad a los *pentiti*. Asesina familias enteras, extermina mujeres y niños. Daré, en las siguientes páginas, algunos ejemplos de ese furor exterminador.

Existen pues grandes riesgos de que, tras haber testimoniado en el despacho del fiscal al inicio de la investigación, el *pentito*, ante el tribunal, pierda su sangre fría, sea presa de la angustia y, aterrorizado por el asesinato de todos sus parientes, se niegue por fin a confirmar su testimonio inicial.

La revisión del artículo 513 significa la victoria de los «garantistas» sobre los fiscales. Los «garantistas» afirman que los miembros de la mafia deben tener los mismos derechos que los demás justiciables. Los fiscales, en cambio, opinan (y con razón a mi entender) que la mafia resulta un enemigo tan violento y cínico del Estado de derecho que está justificada una reglamentación de excepción; como la contenida en la antigua versión del artículo 513.³

En agosto de 1997, los fiscales perdieron esta batalla.

La justicia italiana, evidentemente, procura por todos los medios suscitar esas conversiones «milagrosas».

Inmediatamente después del asesinato del juez Giovanni Falcone, su mujer y sus guardaespaldas, la prisión de Ucciarone, en Palermo —uno de los diez establecimientos de alta seguridad de Italia—, así como las demás penitenciarías del

3. Sobre los argumentos de los unos y los otros, cfr. «Il 513 diventa legge tra la polemica», *la Repubblica*, Roma, 1 de agosto de 1997.

sur del país fueron vaciadas de sus pensionistas mañosos. Era preciso concentrar a los señores del crimen cautivos en lugares alejados.

Fuera de su territorio de origen, el «hombre de honor» no es nada: ya no puede —con sutiles alusiones— aterrorizar a los guardianes, amenazarlos con represalias contra sus familias y obtener favores.

Los principales *capi* cautivos, miembros de las más importantes familias mañosas, fueron trasladados a la penitenciaría de Pianosa, isla vecina a la de Elba, situada ante las costas de Toscana, o a la punta noroeste de Cerdeña, a Asinara.

La isla de Pianosa alberga unos ciento cuarenta detenidos del crimen organizado, entre ellos personajes de tanta consideración como Michele Greco, llamado *el Papa*, Nitto Santa-paola y Pippo Calò.

Noventa *capi* más están encerrados en el bunker de Asinara. Entre ellos prácticamente toda la «cúpula» de la Cosa Nostra, decapitada en 1993-1996: el joven Giovanni Brusca, *el Cerdo*; su predecesor de casi setenta años, Toto Runa, *la Bestia*; el cajero Antonio Mangano; Leoluca Bagarella, cuñado de Riina; los tres hermanos Madonia y, desde hace poco, Paolo Cuntrera, extraditado de Venezuela.

El complejo de Asinara es un modelo en su género. Rodeada de un agua límpida, ceñida por playas de arena fina, salpicada de blancas calas, esta isla de 52 kilómetros cuadrados es un paraíso para el visitante ocasional y un infierno para los prisioneros. Por lo demás, ellos mismos se llaman los «reprobos».

Como en Pianosa, también aquí los jefes mañosos están sometidos al duro régimen del artículo 41 bis, reglamento carcelario adoptado en septiembre de 1992, tras la oleada de asesinatos de fiscales, jueces y carabinieri. En el austero despacho pintado de blanco de Gianfranco Pala, el joven director de Asinara, que tiene una formación de psicólogo y jurista, sólo hay dos fotografías: las de los jueces mártires Borsellino y Falcone.

Las celdas tienen tres metros de longitud, dos y medio de ancho y tres y medio de alto. El aislamiento es completo. Los prisioneros sólo pueden recibir una visita de una hora una vez al mes; el contacto se efectúa a través de un cristal blindado. Centenares de guardianes y carabineros provistos de armas y de los más modernos equipos de vigilancia se encargan de la protección de la isla, del bunker, de los almacenes y del alojamiento de las familias de los guardianes. Varios helicópteros, un avión y tres lanchas hacen imposible cualquier aproximación no autorizada a la isla. Una ley especial sanciona con tres años de reclusión cualquier tentativa de desembarco. Treinta guardianes, que trabajan en tres equipos de diez, vigilan las veinticuatro horas del día a Toto Runa.

Al director, Gianfranco Pala, le obsesiona una pesadilla: la de un desembarco mafioso por mar o un ataque por helicóptero. Paralelamente, sabe que la mafia mata fácilmente a aquellos de sus jefes que han caído en manos de la justicia.

En la cárcel de Voghera, en 1986, el principal banquero de la mafia, Michele Sindona, bebió una taza de café. Un misterioso asesino había puesto cianuro. Sindona murió entre atroces sufrimientos.

En Asinara, Riina, Bagarella y los demás se hacen ellos mismos la comida. Una vez por semana, el propio director procede, siempre en distintas ciudades de Cerdeña, a la compra de alimentos. Los entrega en un baúl metálico, cerrado con llave, a los prisioneros que, en el interior de su celda, disponen de un hornillo eléctrico y una nevera.

La inmensa mayoría de «reprobos» —salvo los muy jóvenes— saben que nunca más saldrán del bunker. Esta convicción favorece en gran modo la «penitencia».⁴

4. En abril de 1997, el gobierno anunció su intención de cerrar antes de que finalizara el año las penitenciarías de Asinara y Pianosa y trasladar los detenidos a otros lugares. La razón invocada, que es preciso favorecer el turismo y, por lo tanto, el empleo en ambas islas. El anuncio gubernamental provocó la vivísima oposición de la magistratura.

Todos estos métodos —anglosajón, alemán o italiano— para lograr que los criminales cambien de bando sufren el nutrido fuego de la crítica. Ciertos profesores de Derecho Penal y Criminología, especialmente, se muestran implacables.

El criminal que obtiene una reducción negociada de su pena —raras veces la impunidad absoluta— pone en jaque el principio constitucional de igualdad de todos los delincuentes ante la ley. Con su traición escapa completamente o en parte a la sanción penal. Ciertos crímenes de sangre y contra la propiedad quedan así impunes.

La justicia anglosajona aplica la *plea-bargaining* de modo indiscriminado: incluso las sanciones por los crímenes más odiosos, con un gran número de víctimas, pueden ser objeto de negociación con los fiscales, lo cual es moralmente escandaloso y peligroso desde el punto de vista de la prevención.

Con respecto a la *Kronzeugenregelung*, los juristas alemanes formulan también ciertos reproches: desde su punto de vista, el proceso ante el tribunal se convierte en una farsa, puesto que las decisiones esenciales referentes a la definición del delito y la sanción infligida al criminal se adoptan antes incluso de que se inicien las audiencias públicas ante el tribunal.

Pero el método que levanta los más ardientes debates en la opinión pública es el aplicado por los jueces italianos. Numerosos juristas afirman que el *pentito* constituye un peligro público. ¿Por qué? Porque cualquier mafioso —en libertad, inculcado o condenado— puede ponerse en contacto en cualquier momento con el magistrado que elija. A cambio de la promesa de impunidad y de protección (para él y su familia) puede revelarles secretos sobre las estructuras, las fechorías, los dirigentes, cuya verificación será luego extremadamente larga, difícil y compleja. La «penitencia»: ¡qué formidable arma para acabar con una «familia» rival, liquidar a un enemigo o satisfacer odios y venganzas personales!

Emmanuele Macaluso, en particular, ataca la institución de la «penitencia».⁵ Pone como ejemplo ciertas investigaciones abiertas en Palermo y Perugia contra Giulio Andreotti. Un mafioso arrepentido reveló al juez que había «visto al primer ministro dar el abrazo [el signo secreto de reconocimiento de los "hombres de honor"]» a Toto Rima, *la Bestia, capo dei capi* de la Cosa Nostra siciliana. Y comenzaron los problemas de Andreotti...

Emmanuele Macaluso no es un cualquiera. Nacido en Caltanissetta en 1924, militante comunista desde su juventud, ha luchado durante toda su vida contra la mafia siciliana. Secretario regional del Partido Comunista, diputado en la Asamblea regional, más tarde senador en Roma, ha arriesgado decenas de veces su vida y la de su familia. Muchos de sus camaradas han caído bajo las balas asesinas. Su crítica contra la institución de la «penitencia» debe tomarse en serio.

Pino Arlacchi se opone a Macaluso. Su veredicto es limpio: sin los arrepentidos no hay guerra victoriosa contra la mafia. Los argumentos de Arlacchi parecen convincentes.

Arlacchi publicó un libro, clásico ya, sobre el *pentito* Antonio Calderone. En una casa secreta puesta a su disposición y protegida día y noche por la policía, Calderone aceptó hablar días enteros con Pino Arlacchi.

Calderone fue, durante largos años, una figura fundamental de la criminalidad organizada transcontinental. Nacido en Catania en 1953, dirigió con su hermano Pippo una de las «familias» más poderosas de la Cosa Nostra. Desde comienzos de los años sesenta y hasta comienzos de los ochenta, acumuló una inmensa fortuna criminal, ordenó innume-

5. Emmanuele Macaluso, *Giulio Andreotti...*, ob. cit., especialmente el capítulo «I pentiti», pp. 157 y ss.

rabies asesinatos y estableció una red de tráfico y extorsión a ambos lados del Atlántico. La llegada al poder de los Corleonesi, las «familias» salidas de la pequeña ciudad de Corleo-ne, en el centro de la isla, a comienzos de los ochenta, encendió una guerra civil mañosa sin precedentes. Pippo fue asesinado; Antonio huyó a Francia. Allí fue detenido y ex-traditado a Italia. Antonio decidió colaborar con las justicias italiana y francesa. Su «penitencia» permitió inculpar a más de doscientos mañosos. Hoy vive protegido, con una nueva identidad, fuera de Italia.⁶

Calogero Ganci, de treinta y cuatro años, uno de los asesinos más feroces al servicio de los Corleonesi, se convirtió en *pentito* en 1996. Confesó más de un centenar de asesinatos y permitió resolver el enigma del atentado del que había sido víctima el general Della Chiesa, prefecto de Palermo. Previamente, la «penitencia» de Vincenzo Ferro, asesino profesional e hijo de un capo mañoso de Trapani, había permitido también a la justicia italiana dar severos golpes a la Cosa Nostra.

Las «penitencias» de Ganci y Ferro, especialmente, hicieron nacer una esperanza en la opinión pública: la de una posible y lenta disgregación de las principales familias mañosas y un debilitamiento progresivo de la ley del secreto.

Los argumentos de Arlacchi se ven reforzados por el mero hecho de que los *pentiti* pagan, generalmente, un elevado precio por su «penitencia». La mafia nunca perdona la quiebra de la *omerta*, el juramento que todo «hombre de honor» sella con su sangre y por el que se compromete a no revelar bajo ninguna circunstancia y en ningún momento la menor información sobre la vida, los actos o los nombres de los dirigentes de su organización.

6. Pino Arlacchi, *Gli Uomini del dishonore, la mafia siciliana nella vita del grande pentito Antonio Calderone*, Ediciones Mondadori, Milán, 1992.

La tarde del martes 21 de agosto de 1996 era espléndida en Sicilia. El sol brillaba sobre Catania, la principal ciudad industrial de la isla. Como cada día desde hacía meses, una joven morena vestida de negro se dirigía, acompañada por su primo y su prima, a la tumba de su marido. La muchacha se llamaba Santa Puglisi, tenía veintidós años y era la viuda de Matteo Romano, veintiún años, «hombre de honor» del clan mafioso de Antonio Savasta. Romano había sido asesinado por criminales anónimos unos meses antes.

La muchacha se arrodilló para orar ante la tumba. Su primo de catorce años, Salvatore Botta, y su prima de doce la imitaron. Los asesinos surgieron del fondo del cementerio. Ejecutaron a Santa Puglisi de un disparo en la nuca. Los dos niños gritaban, imploraban por su vida. Los asesinos dispararon; acabaron con el muchacho. La niña sobrevivió, gravemente herida.

Había corrido el rumor de que, indignada por el asesinato de su marido, Santa Puglisi estaba dispuesta a ponerse en contacto con un juez. Los asesinos de Romano regresaron para exterminar al resto de la familia.

Tomaso Buscetta, el más célebre de los «arrepentidos» italianos, que prestó inmensos servicios a los jueces americanos, franceses, alemanes, suizos e italianos, goza —¡raro privilegio para un extranjero!— del Witness Protection Program desde 1984. Ello no ha impedido que, en Europa, no menos de treinta y seis miembros de su familia —entre ellos mujeres, niños y adolescentes— hayan sido asesinados.

Estos ejemplos demuestran que, en la disputa entre Macaluso y Arlacchi, Arlacchi tiene razón, sea cual sea el precio en sangre que deba pagarse. La mafia teme como a la peste a los «arrepentidos».

Concluamos provisionalmente: la ley suprema que rige la existencia de los señores, «hombres de honor» y simples «soldados» de los cárteles criminales rusos, chechenos, polacos o de las familias mañosas italianas, francesas, alemanas o ibéricas, es el secreto. Sólo dos personajes son capaces de derribar ese muro de silencio: el topo y el desertor.

La generalización en toda Europa del sistema italiano de los *pentiti* es indispensable para la guerra que libra la sociedad civilizada contra las bestias salvajes del crimen organizado.

VIII Los abogados

El papel de los abogados es importante en el procedimiento judicial. Yo mismo soy abogado, inscrito en el Colegio de Ginebra. Puesto que elegí muy pronto la carrera universitaria actué poco tiempo en los tribunales. Pero una pregunta me acosó, ya en mis primeros días en la sala de audiencias: ¿cómo conciliar mi natural repulsión por el crimen con la obligación —asumida por juramento— de procurar en cualquier circunstancia y con plena conciencia la defensa de un inculpado que recurriese a mis servicios?

Cuando se trata de crimen organizado, de criminalidad económica o de corrupción grave, los acusados suelen gozar de una considerable ventaja. Puesto que disponen de excepcionales medios financieros, pueden permitirse los servicios de los abogados más famosos y brillantes. Entre el tribunal y la defensa, las cartas están entonces marcadas: un gran abogado puede consagrar a determinado expediente medios y un tiempo infinitamente superiores a aquellos de los que dispone un simple fiscal. Perdida en los meandros de un expediente de una complejidad a menudo kafkiana, la justicia se extravía, se agota, y es derrotada.

Tomemos un ejemplo: la caída del imperio SASEA. La SASEA era una sociedad holding de turbios orígenes domiciliada en Ginebra. Controlaba 346 sociedades financieras, comerciales, industriales, etc., en treinta y cinco países. Su diri-

gente supremo era una temible figura llamada Florio Fiorini. De origen italiano, voluble, corpulento, astuto e inteligente, tenía el título de administrador delegado. Sus socios preferidos en los negocios eran los dirigentes del Crédit Lyonnais, en París. Su cómplice principal, un antiguo camarero de café, Giancarlo Paretti. Fiorini tiene el don de las relaciones humanas: se rodeaba de directores generales y administradores sacados de los más diversos medios. Un antiguo presidente de la Confederación, un coronel francés de paracaidistas retirado, hombres de negocios salidos de la rué des Granges (habitat tradicional de la oligarquía calvinista ginebrina) y otras figuras más o menos brillantes conferían a sus manejos la necesaria respetabilidad. La SASEA se ocupaba de una infinidad de actividades, legales e ilegales: exportaciones de carne en mal estado a Gabón, transacciones financieras amañadas, negociación de títulos falsificados, etcétera.

El *condottiere* italiano fue detenido por la policía ginebrina el 20 de octubre de 1992. Su imperio se derrumbó con un estruendo apocalíptico. El Crédit Lyonnais y otros muchos capitalistas se conmovieron hasta las bases. Se decretó la quiebra el 30 de octubre. El agujero alcanzó la astronómica cifra de más de dieciséis mil millones de francos franceses, la mayor quiebra que Ginebra haya conocido (y una de las mayores, de la reciente historia de Europa). Fiorini no perdió el buen humor. Encarcelado en Champ-Dollon, aguardaba tranquilamente su proceso.

Éste se inició una mañana de junio de 1995 en el palacio de Justicia de Ginebra. El drama judicial enfrentó a algunos notables oradores: el decano Marc Bonnant por la defensa, el profesor Dominique Poncet como acusación particular (Crédit Lyonnais), el fiscal Laurent Kaspar-Ansermet, los abogados Maurice Harari, Dominique Lévy y otros juristas de prestigio.

Volvamos a la instrucción:

El juez Jean-Louis Crochet llevó a cabo con decisión el estudio de los manejos de Fiorini y seis de sus coinculpados. Durante más de cuatro años consagró 1 086 horas a audiencias, redactó 41 ordenanzas y 18 comisiones rogatorias. Toda la instrucción costó siete millones de francos franceses. Ocupó 650 gruesas carpetas federales. Sólo los peritajes ordenados por el juez ocupan 15. El expediente comporta doscientas mil pruebas. Cuatrocientas actas de investigación se extienden, por otro lado, en miles y miles de páginas.¹

Desde el primer día de la instrucción, los abogados de la defensa asistieron a cada una de las audiencias. Durante cuatro años, siguieron el asunto día tras día.

Terminado su trabajo, el juez de instrucción Crochet transmitió el expediente al tribunal. Este intentó familiarizarse con aquel Himalaya de documentos. Más tarde tendrían que hacerlo los jueces de la audiencia. Intentarían asimilar en un tiempo reducido aquellos miles de pruebas. Mientras, los abogados de la defensa —lo repito— habían seguido el asunto desde el primer día. Fiorini fue condenado por una multitud de delitos (falsificación de títulos, etc.) y le cayeron seis años de cárcel. Se le descontó la prisión preventiva. Condenado en junio, salió de la cárcel en octubre. Libre como un pájaro... y, probablemente, rico también como Creso. Salió de Suiza. Todo el proceso no duró más de cuarenta y ocho horas.²

1. En el asunto SASEA, el papel de la prensa fue fundamental. Jean-Noél Cuénod, valeroso cronista judicial de *La Tribune de Genève*, obligó con sus análisis a la justicia suiza (y francesa) a llevar hasta el fin la investigación.

2. En 1998, la situación judicial de Fiorini es la siguiente: vive libremente en su chalet de Monte Pulciano (Toscana), aunque teóricamente sigue acusado en Italia por diversos delitos.

Marc Bonnant no es sólo un hombre de excepcional talento y gran erudición, sino también un intelectual que reflexiona constantemente sobre el sentido de su misión. Su convicción se resume en pocas frases: el abogado de la defensa desempeña su papel en un drama más vasto. No es más que uno de los actores en el escenario. Los demás deben hacer su trabajo con la misma energía, la misma decisión que el abogado del acusado: la verdad judicial surge de la sutil dialéctica que opone, entre sí, a los abogados de la defensa, los de la acusación civil y el fiscal. No se puede reprochar a un abogado defensor que posea el fuego sagrado de realizar con minuciosidad e inteligencia su trabajo de defensa.

Contra la disfunción procesal que produce el enfrentamiento entre los brillantes defensores del corrupto o el criminal, por una parte, y los esfuerzos del tribunal, por el otro, hay un remedio: la unión personal entre el juez de instrucción y el fiscal. Esta unión existe en los países anglosajones, en Italia y en Alemania. Pero no en la mayoría de cantones suizos ni en Francia.

En estos países es necesario incrementar urgente y masivamente los medios a disposición de la instrucción y el tribunal. Hay que aumentar el personal y dotarlo de un material electrónico efectivo; los magistrados deben poder ofrecer protección eficaz a aquellos criminales dispuestos a colaborar con ellos; ningún Witness Protection Program existe en Europa. Los jueces deben tener acceso a los datos de los bancos y las compañías de seguros y recibir, para su utilización racional, la ayuda de contables y expertos financieros. Todo ello exige mucho dinero... y una seria voluntad de combatir por parte del gobierno.

Con las pobres armas de las que hoy disponen, los jueces y los fiscales van de cabeza a la derrota.

IX La

Hidra

¿Dónde está el peligro que hoy amenaza a nuestra civilización, nuestras democracias, nuestras libertades de ciudadanos? ¿Cuál es la máscara que lleva el enemigo? Eckhardt Werthebach, hasta 1997 presidente del Bundesamt für Verfassungsschutz (el contraespionaje alemán), responde:

«El peligro para el Estado de derecho no reside en el acto criminal como tal, sino en la posibilidad que tiene el crimen organizado —a causa de su enorme poder financiero— de influir perdurablemente en los procesos democráticos de decisión. La consecuencia más inmediata y más visible de esta situación es el rápido progreso de la corrupción entre los hombres (y las mujeres) que se dedican a la política y en quienes toman las decisiones de nuestra sociedad [...].

»Con su gigantesco poder financiero, la criminalidad organizada obtiene, secretamente, una influencia cada vez más importante sobre nuestra vida económica, social y política, pero también sobre la justicia y la administración pública. Algún día estará en condiciones de dictar sus normas y valores a nuestra sociedad [...].

»De este modo desaparecen gradualmente la independencia de nuestra justicia, la credibilidad de la política, la confianza en los valores y el poder protector del Estado de derecho. Esta pérdida de confianza es deseada [por el crimen organizado] [...].

»Al final tendremos un Estado infiltrado, subvertido, tal vez incluso dirigido por la criminalidad organizada. La co-

rrupción se considerará entonces un fenómeno ineluctable y generalmente aceptado.»¹

Comparto plenamente la pesimista visión de Werthebach.

Son urgentes ciertas reformas legislativas fundamentales. Daré aquí sólo dos ejemplos: la lucha contra el «lavado» de los beneficios criminales y contra la corrupción. La propiedad privada sigue siendo —¡ay!— una vaca sagrada en casi todos los países europeos. Los secretos en materia de fiscos, abogados y bancos son casi intocables. Esta situación es muy útil para los señores del crimen.

El talón de Aquiles de la criminalidad organizada es el re-ciclado, la «legalización» de sus astronómicos beneficios. El «lavado» cotidiano de miles de millones de beneficios criminales plantea a los cárteles delicados problemas. Estos mecanismos de reciclado deben ser prioritariamente paralizados.

En teoría, los medios existen. Bastaría con que las personas sospechosas de pertenecer a una estructura transfronteriza del crimen organizado tuvieran que probar su inocencia; el sospechoso debería así demostrar el origen legal de una importante fortuna (por ejemplo, superior a doce millones y medio de pesetas). La cuestión no es sencilla: podría suceder que un sospechoso, convertido en acusado, fuera absuelto de acuerdo con el principio de *in dubio pro reo*, pero su fortuna aprehendida —en el mismo proceso y por el mismo veredicto— basándose en el principio de *in dubio contra reum*.

En segundo lugar debería combatirse con vigor la corrupción de los políticos, jueces, fiscales y policías, así como de los dirigentes económicos de los sectores público y privado. Por medio de la corrupción los señores del crimen subvierten e in-

1. Eckhardt Werthebach, en colaboración con Bernadette Droste-Lehnen, «Organisierte Kriminalität», *Zeitschrift für Rechtspolitik*, núm. 2, 1994.

tentan dominar los Estados de derecho y nuestras sociedades democráticas.

También aquí, los medios de *lege ferenda* son numerosos: introducción en toda Europa de la sanción de la corrupción activa de funcionarios (o ministros) de un Estado extranjero; aumento de las penas por corrupción activa y pasiva a nivel nacional; creación de comisiones de control en la administración pública; mayor cooperación entre las sociedades privadas de control bancario o fiduciario encargadas de vigilar las cuentas de las sociedades anónimas, por una parte, y los tribunales y brigadas financieras (TRACFIN, etc.), por otra; prohibición de que los funcionarios ejerzan una actividad remunerada aneja; estricta incompatibilidad entre mandatos electivos nacionales o europeos y actividad remunerada como asesores, etc.; impedir en toda Europa que las sociedades industriales, bancarias, comerciales o de servicios conviertas de prácticas de corrupción participen en las ofertas públicas de compras o licitaciones.

El crimen organizado se parece a la Hidra, la monstruosa serpiente de varias cabezas de la mitología griega: cortad una cabeza... y otras dos crecen de inmediato. Para acabar definitivamente con el crimen organizado deberían emplearse los medios que utilizaron Hércules y Yolao para acabar con la Hidra de Lerna. Mientras Hércules cortaba las cabezas, Yolao aplicaba en las heridas abiertas un hierro al rojo vivo. En otras palabras, el crimen organizado sólo será vencido cuando la sociedad democrática occidental recupere sus valores fundacionales, el sentido de un destino colectivo y conductas comunes hechas de solidaridad y justicia.

Sin la insurrección de la conciencia colectiva y la movilización, por fin sería, de las autoridades públicas el porvenir verá en Europa la destrucción de la sociedad democrática.

Ninguna ley, ninguna policía, ninguna magistratura, por eficaces y competentes que sean, podrán nunca sustituir la libre decisión de los ciudadanos. Ni los cibercódigos de Internet ni la vigilancia electrónica generalizada, ni siquiera las instituciones de los topes y los *pentiti*, conseguirán vencer a la Hidra si no son apoyados y diariamente sostenidos por unas poblaciones conscientes de los peligros que las amenazan.

Los sangrientos señores avanzan con paso triunfal. ¿Cómo detenerlos? Movilizando de nuevo los valores que duermen en el fondo de nuestras memorias.

Los arrestos más espectaculares, los veredictos judiciales más severos, las leyes mejor argumentadas de nada servirán sin una renuncia a la búsqueda del beneficio a toda costa, sin un cambio radical de las mentalidades.

El capitalismo ha hecho siempre del aplastamiento de los hombres por un núcleo de unos pocos poderosos su lógica propia, que va empeorando en estos últimos tiempos. También en Occidente, violencia capitalista y violencia mafiosa tienden a confundirse cada vez más. Luchando contra la una se combate a la otra. Un mayor control popular de los gobernantes y una democratización en profundidad de la economía son armas eficaces para acabar con la Hidra.

Existe sin duda alguna un vínculo entre las deficiencias in-munitarias de las sociedades ante el crimen organizado y el grado de democracia alcanzado por esas mismas sociedades.

La ideología y la práctica neoliberales privan a la sociedad de sus anticuerpos. Debilitan a la democracia y las habituales fuerzas de resistencia que sería capaz de movilizar.

He encontrado en la obra de Francois Jullien, *Fonder la morale*,² una perfecta adecuación teórica a la cuestión que aquí nos ocupa. Jullien compara los fundamentos de la moral

2. Francois Jullien, *Fonder la morale*, París, Grasset, 1995.

en Rousseau y Kant con la tradición china que se remonta a Mencio, en el siglo IV antes de nuestra era, tradición según la cual el hombre es bueno, alberga naturalmente la solidaridad, la compasión, la piedad. Pero como las plantas, que necesitan un entorno favorable de calidez, luz, agua, etc., para desarrollarse, las virtudes morales del hombre permanecen en germen o incluso mueren sin un entorno clemente.

Pues bien, nunca como en la economía globalizada y bajo el reinado de la ideología neoliberal el marco de vida —en la teoría y en la práctica— ha sido tan contrario al florecimiento de la moral.

¿Qué nos amenaza hoy? Una ruptura de la civilización. Ni más ni menos. O, parafraseando al profeta de Königsberg: «Nos aproximamos a pasos de gigante a la fractura del tiempo [*Abbruchkante der Zeit*].» Ayudada diariamente por el aturridor martilleo, el ruido y la furia de la sociedad mediática, la ideología neoliberal ataca al propio corazón de nuestra herencia cultural, el del *Aufklärung*, el de las Luces.

Negad al hombre cualquier posibilidad de actuar sobre su propio destino, naturalizad la economía, difamad la ley, relegad a los desvanes de la historia cualquier empresa colectiva razonada, libremente decidida, y liquidaréis los valores que, desde hace doscientos años, han permitido a los europeos —a pesar de Hitler o Stalin, Mussolini o Franco, a pesar de Auschwitz y las dos guerras mundiales— vivir como seres civilizados, relativamente libres y demócratas.

Bertolt Brecht, en *Madre Coraje y sus hijos*, resume mis palabras:

*Llegará el día en que, para nosotros, se
volverá la página. No está lejos*

*Entonces nosotros, el pueblo, acabaremos
con la gran guerra de los grandes señores.*

*De los mercaderes, con todos sus lacayos
y su danza de guerra y de muerte, se
librará para siempre el nuevo mundo del
hombre común.*

*Llegará el día, pero la hora de su llegada
depende de mí, depende de ti. Quien no
camine con nosotros todavía que se
ponga en marcha sin tardanza.*